

Ángel María de Lera

LAS ÚLTIMAS BANDERAS



La primera novela que trató en España la Guerra desde el punto de vista republicano fue obra de Ángel María de Lera (Baides, 1912-Madrid, 1984), que ya había escrito *Los clarines del miedo* (1958).

Las últimas banderas (1967), Premio Planeta de ese año, la protagoniza el capitán republicano Federico Olivares, que abandona la lucha ante la derrota. Sufre a sus propios partidarios y rechaza la posibilidad de huir. Lejos de su familia, su amante, Matilde, le propone salvarse con los nacionales. Olivares prefiere ingresar en prisión.



Ángel María de Lera

Las últimas banderas

ePUB v1.0

Sergio2R23.01.13

más libros en espaebook.com

Título original: *El título del libro*

Ángel María de Lera, 1967.

Diseño/retoque portada: Sergio2R

Editor original: Sergio2R (v1.0)

ePub base v2.1

En recuerdo de mi madre y de todas las
madres españolas que lloraron la guerra civil.

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta —no fue por estos campos el bíblico jardín—: son tierras para el águila, un trozo de planeta por donde cruza errante la sombra de Caín.

Antonio Machado

I

Al pasarse los dedos por la revuelta cabellera, sonó un lejano cañonazo y Federico sorprendió en el espejo cómo se movían sus labios al decir:

—Ya están zumbando éstos como todas las tardes —añadiendo después de una mirada a su reloj de pulsera—: Claro, es su hora.

Había abierto el grifo del agua mientras tanto y comenzó sus abluciones entre resoplidos.

—No te entretengas mucho —dijo entonces una voz de mujer en la habitación inmediata—. Se me está haciendo tarde.

Siguió un breve silencio y, mientras se secaba con la áspera toalla, Federico volvió a hablar:

—No te apures. Te llevaré en el folitre.

—¡Ni hablar! Prefiero el «metro».

—No me digas... ¿Por qué, Matilde?

—Pues porque te estarán esperando abajo tus compañeros y no me hace gracia verme entre tantos hombres.

—¿Es que se han metido alguna vez contigo? —volvió a preguntar Federico con el peine en alto, mirándose sus propios ojos en el espejo.

—No, claro que no.

—Pues entonces...

—Que no me gusta ir en pandilla, vaya.

—Está bien, mujer. Como tú quieras.

Volvieron a resonar los cristales con las explosiones, y Federico exclamó:

—Parece que están hoy más furiosos que nunca.

Y abandonó el cuarto de baño encogiéndose de hombros y murmurando:

—No sé cuándo se van a enterar de que así no conseguirán nunca nada. Eso de bombardear la Gran Vía a la salida de los cines...

Matilde, que se deslizaba de la cama, le interrumpió:

—Es la guerra, hombre.

—Ya. Ésa es la manera de justificarlo todo, ¿no?

Los pies desnudos de Matilde buscaban a tientas los viejos zapatos sobre la alfombrilla.

—Haber pensado eso antes de liaros la manta a la cabeza.

—¿Quiénes, nosotros?

Matilde se echaba sobre los hombros el raído abrigo de paño color marrón.

—Vosotros y ellos.

Federico la vio correr después, escalofriada, hacia el cuarto de baño. Le sonrió al pasar junto a él y el hombre advirtió, una vez más, la graciosa imperfección de aquellos dos dientes superiores, un poco separados, y la fuerza expresiva de sus oscuros ojos.

Lentamente, empezó a vestirse los pantalones de jamón. Sus altas botas militares aguardaban, tías, junto a una butaca, donde fue a sentarse después de tirarse de la entrepierna hacia arriba. Entonces se oyeron los resoplidos y los grititos

entrecortados de Matilde bajo el chorro de agua fría de la ducha, que no cesaron hasta que él terminó de calzarse.

La noche se asomaba por el balcón de la gran alcoba, que daba a una calle estrecha. Sus cristales, opacos por la suciedad y los papeles engomados que los cuadriculaban y que pendían ya como pingajos, habían ennegrecido completamente. No resplandecía más luz que la de la lamparita de noche, demasiado débil ya contra las sombras que brotaban de los rincones, y Federico antes de encender la lámpara central, cerró las contraventanas y corrió los ajados cortinajes cuyas argollas oxidadas chirriaron sobre la barra de latón. Desde donde estaba recorrió todo con la vista: el armario de luna entreabierto, el tocador, las dos butaquitas, las mesitas de noche y, por último, el gran lecho de metal blanco, sobre el que se veían algunas prendas de Matilde.

Sonó, vibrante, el timbre del teléfono y Federico se dirigió lentamente hacia la mesita de noche donde descansaba, y descolgó el auricular. Escuchó unos segundos y luego replicó:

—Bien. Ahora bajo. Es cosa de diez minutos —e iba a colgar, pero se detuvo para preguntar—: Pero ¿estáis todos? ¿Que no ha llegado todavía Casanova? Pues como se ande con bobadas va a tener que volver a pie al frente.

Después de dejar el teléfono fue hasta la puerta del cuarto de baño y dio en ella con los nudillos.

—Date prisa, Matilde, que ya me está esperando el folitre.

—En seguida salgo —y tiritaba al decirlo—. Pero no entres.

Federico sonrió levemente, pero apenas duró en sus labios el brillo de la sonrisa. Al mirar de nuevo en derredor, su rostro, atezado por la intemperie, se ensombreció. Habían cesado los disparos de cañón y, asimismo, los ruidos en el cuarto de baño. Un

silencio triste, sórdido y friolento parecía bostezar en la habitación. Muebles y enseres denotaban descuido y vejez. Durante tres años, nada se había renovado, ni repuesto, ni arreglado allí. ¿Quiénes habrían pasado por allí en tantas noches de angustia y de zozobra?

Federico tomó del armario la guerrera de pequeñas solapas. Después de abrochársela, sacóse el abierto cuello de la camisa militar y se ciñó el correa, del que pendía la funda con su Star 7,65. Por último, cogió el capote y la gorra de plato, que dejó sobre la cama. Aún se volvió a mirar en el espejo para echar una última mirada a su atuendo mientras se lustraba con la bocamanga el «huevo frito», la insignia que indicaba su adscripción a los servicios de Estado Mayor. Sus tres barras doradas de capitán bajo la estrella roja de cinco puntas, tenían ya deslucido, y hasta deshilachado, el hilo de oro.

—¡A tus órdenes, mi capitán!

Federico se volvió. Ante él estaba Matilde, sonriente, oliendo toda ella a jabón de tropa. Era muy delgada, pero con todos los perfiles de mujer bien marcados. Se había pintado un poco los labios, lo que hacía resaltar más aún la palidez del semblante y el sombrío resplandor de sus ojos. Quiso abrazarla, pero ella se le escurrió de entre los brazos, diciendo:

—Espera a que termine de vestirme. Estoy lo que se dice heladita.

—Con estas duchas de agua fría que te pegas, no me extraña que tengas frío, ni que cualquier día agarres una pulmonía —dijo él, muy serio.

—¡Y qué se le va a hacer, hijo! No va una a dejar de asearse porque ya no sepamos ni cómo es el agua caliente —y Matilde

introducía ya la cabeza por el tubo del vestido.

—Tienes razón, pero...

—No te preocupes, hombre. Esto ya no puede durar mucho. Federico no replicó y ella, mostrando la cara por el escote del vestido, preguntó:

—¿No te parece? La guerra está dando las boqueadas. Es lo que dice todo el mundo, hasta los más responsables.

—¿Sí? Me gustaría saber quiénes son esos tipos —masculló él.

—Mandamases. Yo no oigo otra cosa desde que el Gobierno se marchó a Francia.

—Mandamases... —y Federico se volvió de espaldas para recoger el capote y la gorra. Matilde, que seguía de reojo todos sus movimientos, insistió:

—¿Y qué piensas tú? Pero él le preguntó:

—¿Has terminado ya?

—No. Estoy esperando que me contestes.

Federico se volvió y ambos se miraron fijamente. Luego, él se acercó a ella, dejando antes otra vez sobre la cama el capote y la gorra, y le puso las manos sobre los hombros.

—No quiero ni pensarlo, ¿sabes? —murmuró:

—Está bien, pero eso no resuelve nada, Federico.

—¿Y qué tengo yo que resolver?

Los ojos del capitán parecían traspasarla, como si trataran de ver algo más allá de ella y de las paredes de la habitación, y Matilde apartó sus ojos de los de él y comenzó a alisarse las arrugas del vestido.

—Es algo en lo que no quiero pensar todavía, ¿entiendes? —dijo él, añadiendo—: No me gusta la guerra. Nunca me ha gustado, pero he tenido que hacerla, que es lo más triste, y

ahora...

Matilde buscó sus ojos.

—Te duele, ¿verdad? —le interrumpió.

—¿Que si me duele? No lo sabes tú muy bien. Entonces, ella dijo dulcemente:

—Lo que yo quiero es que me des tu palabra de que no vas a hacer una tontería —y se abrazó a él.

—No tengas miedo. Todavía no se ha perdido la guerra y...

—¿Y si estuviera ya perdida, Federico? —insistió Matilde—. Tú eres demasiado inteligente para creer que la situación puede cambiar de la noche a la mañana por una especie de milagro. Además, tú no crees en milagros, ¿no es así?

Federico sonrió y le acarició los húmedos cabellos.

—Sin embargo, Matilde, hubo una vez un milagro en el que no tuve más remedio que creer. Un milagro del pueblo. Nunca se me olvidarán aquellos días de noviembre.

Matilde movió lentamente la cabeza.

—No, Federico, no. Tú sabes muy bien que esas cosas no pueden repetirse, porque son milagros, por eso mismo.

—¡Quién sabe! Y, bueno, ¿qué entiendes tú por hacer una tontería?

—Hacerte matar a última hora —y los ojos de Matilde se oscurecieron aún más—. Aunque no sea por mí, por tu madre y por tu hermana, ¡por ti mismo! Tú vales más que todas las guerras del mundo.

Federico la estrechó fuertemente. Ella todavía temblaba, de frío y de congoja, y él la retuvo apretada hasta que sintió que se calmaba un poco. Entonces dijo:

—No he pensado nunca en eso, de verdad. Somos muchos

todavía para dejarnos coger como conejos. En el peor de los casos, siempre quedará, pienso yo, un boquete por donde escapar.

—Pero tú no has hecho nada malo para tener que huir...

—¿Te parece poco estar tres años pegando tiros contra ellos?

—Bueno, eso no importa. Lo que yo quiero decir es que tú no te has metido con nadie.

Federico le pasó las yemas de sus pulgares por los párpados y le secó las dos lágrimas que asomaban por ellos.

—Mira, aún no se ha dicho la última palabra. Queda tiempo. Hay mucho que hablar todavía, ¿comprendes? ¡Ojalá pudiéramos estar juntos todo ese tiempo! Pero ahora tengo que marcharme. Y eso es lo malo, por lo menos para mí.

Se separó de ella y volvió a recoger su capote, que Matilde le ayudó a ponerse. Después se colocó la gorra, un poco ladeada y caída sobre la ceja izquierda.

—¿Cuándo volverás? —preguntó ella.

—Tal como están las cosas ahora, cualquiera sabe. De todas maneras, lo antes que pueda.

—Bien —y Matilde trató de sonreír.

Se miraban a los ojos, sin poder desprenderse de ese último contacto de la mirada y sin querer dejarse arrastrar por sus sentimientos.

—Volveré, no lo dudes —dijo él, sonriendo también forzadamente, con mucha más tristeza que alegría.

Entonces ella se volvió bruscamente de espaldas a él.

—Sal de prisa. No quiero verte marchar.

Él dudó un instante.

—No te he preguntado todavía cómo está tu chico.

—Bien. Por suerte para él, no se entera de nada —contestó

Matilde sin volverse.

Sonó la puerta y luego se oyeron las fuertes pisadas de Federico perderse por el largo corredor del hotel. Matilde aguardó en la misma postura hasta que volvió a posarse el silencio. Entonces se dejó caer llorando ahogadamente sobre la gran cama revuelta.

El teniente Trujillo inició un leve saludo con la mano al ver avanzar hacia él a Federico por el oscuro vestíbulo.

—¡Hola! —exclamó Federico—. ¿Estamos todos?

—No. Faltan Cubas y Casanova.

—¿También Cubas? ¡Vaya, hombre! —Miró la hora en su reloj y, como si pensara en voz alta, añadió—: No estaría mal pasarse por la calle de Fortuny a ver qué noticias hay...

Bien —y se dirigió ya claramente a Trujillo—, quédate tú aquí hasta que yo vuelva, dentro de una hora o cosa así, a recogeros a todos. El que entonces no se encuentre aquí va a tener que volver al frente por sus propios medios. ¿O prefieres acompañarme?

—No, no, me quedo.

—¿Y la parienta?

—Como siempre. Bueno, tengo que contarte lo que me pasó ayer en un puesto de mando cerca de El Escorial... —Bajó la voz y prosiguió—: Estuve a punto de armarla... Pero ya te lo contaré cuando estemos más a gusto, a ver qué te parece. A mí es que cada día me da más asco la retaguardia —y, guiñando un ojo, por último, le preguntó—: ¿Qué, tienes algo de tabaco?

Federico hizo un gesto de contrariedad.

—¿Ya te has fumado la ración?

—Pero, Federico, ¿qué es un paquete de «Negrines» para diez días?

Tras un gesto de resignación, Federico se hurgó en uno de los bolsillos superiores de la guerrera, de donde extrajo fundas retorcidas de cigarrillos con algo de tabaco en el fondo, que Trujillo se apresuró a coger y a desliar sobre la palma de la mano.

—Tendrás que conformarte con esos culines, Trujillo.

—Vale. Nada más verlos se me ha empezado a llenar la boca de agua, hombre.

—Está bien, compañero, pero ¿qué habéis hecho con todo el tabaco que le sacasteis no hace muchos días a los fachas a cambio de papel de fumar y de camisetas?

—Hombre, es el que tenía guardado para traérselo a la parienta. Mi chico necesita leche condensada y sólo se puede conseguir a cambio de tabaco, como tú sabes.

—Ya.

Y, después de darle una amistosa palmada en el hombro, Federico salió a la calle. Junto a la puerta del hotel le aguardaba el Ford 17, pintado a brochazos verdes y marrones. Le faltaban dos portezuelas, tenía rotos todos los vidrios, excepto el parabrisas, y llevaba las cubiertas remendadas con trozos de otras, cosidos con alambre.

Al ver al capitán, el conductor puso en marcha el motor —después de dos o tres golpes fallidos de la manivela—, que carraspeó ásperamente e hizo algunas falsas explosiones antes de dar el tono normal de funcionamiento.

—Vamos a la calle de Fortuny, Tomás —dijo Federico, sentándose junto al conductor. El coche avanzó bamboleándose. Las sombras se encajonaban en aquella estrecha calle; pero, al salir a la carrera de San Jerónimo la noche era menos densa por las espolvoreadas claridades que caían de las alturas. Circulaba muy

poca gente, grupos de militares más que nada, pegada a las fachadas de las casas. En algunas esquinas brillaban débilmente algunas lámparas pintarrajeadas de azul o rojo.

El coche, sin luz en los rotos faros, comenzó a correr cuesta abajo.

—Afloja, Tomás, que nos vamos a romper la crisma o nos vamos a llevar a alguien por delante —dijo Federico al conductor.

Tomás, que llevaba la cabeza por fuera para ver mejor, contestó:

—Lo mejor es dejarlo a su aire. Los frenos no funcionan, pero le he metido la primera.

Pasaron dando tumbos por delante del Palace Hotel, convertido en hospital de sangre, a cuya puerta se congregaban algunos hombres y ambulancias de servicio. Todo apagado por fuera, dejaba entrever, sin embargo, una macilenta iluminación al fondo de su gran vestíbulo.

La plaza de Neptuno estaba a oscuras y desierta. Por la de Cibeles cruzaban algunos tranvías chirriantes, y entraban y salían coches del Ministerio de la Guerra, con prisas y apagados los faros. La diosa y su carro yacían ocultos tras su coraza de ladrillos y cemento contra los bombardeos. Muchas de las ventanas del Palacio de Comunicaciones estaban cegadas por sacos terreros y sólo algunas de la planta baja dejaban escapar un débil fulgor. El entronque de la Gran Vía y la calle de Alcalá semejaba una rambla donde confluyesen dos secas torrenteras. En balcones, puertas y ventanas se coagulaba la negrura.

Pese a la rapidez de la marcha, Federico creyó advertir un silencioso y extraño movimiento de parejas armadas en torno a los grandes edificios oficiales y en las desembocaduras de las avenidas

que allí se cruzaban. Tanto en la escalinata del Palacio de Comunicaciones como en los alrededores del Banco de España se dejaban ver numerosos retenes de tropa. Y, nada más llegar a la plaza de Colón, se tropezaron con camiones cargados de soldados. Los vehículos marchaban sin luces y los hombres iban en silencio. Los últimos de cada camión llevaban las piernas colgando y, sobre ellas, el fusil.

—Me parece que esta noche va a haber tomate —murmuró Federico, arrebujiándose más en el capote—. Ten cuidado no nos aplaste alguno, Tomás.

El conductor guardó silencio, todo ojos y atención a los peligros de la carrera a oscuras. Corría un viento frío que hacía lagrimear sus ojos.

Más soldados silenciosos, y como cansados, en las esquinas, y sombras movedizas de mal augurio por entre los árboles del paseo.

—Será que el enemigo prepara algún golpe gordo —dijo Tomás después de rematar el giro a la izquierda y embocar una calle ascendente.

—Sí, pero...

Federico, sumido en sus cavilaciones, hizo una ligera pausa para continuar después:

—Como no sea que se tema un ataque en combinación con los de dentro... Tenemos ahora muchos enemigos en casa.

—Que si tenemos... Cada día más. Como que en cuanto nos descuidemos un poco, nos comen. Si dependiera de mí...

—¿Qué harías?

—¿Que qué haría? Pues llevarme a fortificar a todos estos tipos que andan por la retaguardia. ¡La madre que los parió! Y de

pronto gritó:

—¡Dios!

Era un bulto humano, que saliendo inopinadamente de entre las sombras, se había echado casi encima del coche. Tuvo que hacer Tomás un rápido zigzag para no aplastarlo.

—¡Para! —ordenó Federico, saltando al suelo con la pistola empuñada.

Al oír su enérgica voz, el hombre que había surgido así de la oscuridad, se quedó quieto, esperando. El coche no se había detenido aún.

—¿Qué querías hacer? —preguntó Federico, apuntando al desconocido a menos de medio metro de distancia.

—Nada. Es que venía corriendo y no vi el coche.

—Conque corriendo, ¿eh? ¿Quién eres?

El desconocido dio un nombre entre dientes. Iba vestido con mono y zamarra, y se veía que era un muchacho de menos de veinte años, muy delgado. En medio de la oscuridad era difícil distinguir si sus ojos denotaban miedo u odio.

—¡A ver la documentación! —insistió Federico—. Y no me hagas ningún extraño, porque te frío.

El otro se desabrochó la zamarra y de un bolsillo superior del mono extrajo un papel, diciendo:

—Es el certificado del CRIM. Pertenezco a servicios auxiliares y estoy destinado allí.

—No te digo... Conque de servicios auxiliares y enchufado en el mismo centro de reclutamiento, ¿eh?

El muchacho no contestó y Federico, después de comprobar a medias los sellos del papel, se lo devolvió.

—¿Y adónde ibas tan corriendo?

—A mi casa. Vivo en la calle de Serrano.

—¿Y desde Pacífico te diriges a Serrano por aquí?

—Es que he ido a llevarle antes medio chusco de mi ración a un tío mío que vive aquí —contestó, ya con voz más tranquila, e indicó el edificio que tenía a la espalda.

Federico le palpó por encima y le registró los bolsillos, sin resultado. A pesar de ello, no se daba por satisfecho. Por el fruncimiento de sus cejas se advertía que luchaba con una duda pertinaz.

—A mí no me la das —le dijo al fin—. Tú eres de la quinta columna.

—Le juro que no, mi capitán. Si quiere...

—Y ese tío de quien hablas, no sé si será tu tío de verdad, pero de lo que sí estoy seguro es de que es también un emboscado.

—Si quiere, podemos ir al CRIM para comprobar lo que le he dicho.

—¡Menuda madriguera de fachas es el CRIM! Si vamos, el que se queda allí soy yo.

Tomás, entre tanto, había logrado parar el coche, y apareció junto a Federico amartillando un Astra del 9 largo.

—¿Nos lo llevamos al comité a ver qué dice allí? —preguntó a Federico.

El detenido miraba ahora ansiosamente el rostro en sombras del capitán, en espera de su decisión. Permanecía con los brazos caídos, rígido. Federico, tras una última vacilación, habló de nuevo:

—No, Tomás. Nuestra misión acaba aquí —y, dirigiéndose a su prisionero, añadió—: Anda, vete.

El muchacho, sin embargo, continuó inmóvil, mirando

fijamente al arma que seguía apuntándole al pecho. Entonces Federico la enfundó y obligó a hacer lo mismo a Tomás con una seña. El muchacho, andando lentamente primero y con ágil paso después, desapareció inmediatamente entre las sombras. Cuando se quedaron solos, Federico puso una mano sobre el hombro de Tomás para hacerle volver hacia el coche, pero apenas habían dado unos pasos cuando sonó un tiro de pistola y oyeron crujir el aire por encima de sus cabezas. Se echaron al suelo instintivamente y empuñaron de nuevo las armas. Siguieron dos disparos más por otros sitios muy cercanos sin que pudieran descubrir los fogonazos. Luego, se hizo otra vez el silencio.

—Ésos esperan a que nos levantemos para fusilarnos —murmuró Tomás en voz baja—. ¿Tú crees que haya sido el chaval?

—¡Yo qué sé! Todo es posible esta noche, que me está recordando a aquéllas de noviembre, sólo que ahora... —y, después de una pausa, añadió—: Pero tenemos que salir de aquí como sea. Vamos.

Tras una rápida y breve carrerilla ganaron el coche, que los acogió con el run-run amistoso del motor.

—Menos mal que no se ha parado —murmuró Tomás.

—Sí, pero no te entretengas. ¡Rápido! Mas ya no sonó ningún otro disparo.

Federico atravesó las negruras del portal, seguido de Tomás, y empujó la puerta. Pero estaba cerrada por dentro y tuvo que llamar. Y antes de abrir preguntaron:

—¿Quién va?

Federico Olivares. Abre.

—¡Ah, sí! —dijo la voz de dentro y apareció una franja de luz—. Pasa, hombre.

Al hombre que abrió la puerta le faltaba el brazo derecho. Vestía un viejo pantalón militar y un grueso jersey cruzado por un correa del que pendía una pistola.

—¡Hola, Madriles! —saludó Federico, y añadió, zumbón—: ¿Es que tenéis miedo de que os atraquen?

—¡Pa chasco, hombre! Es que se barrunta follón y por si las moscas...

Otro hombre venía hacia ellos, alto, delgado, enfundado en un largo abrigo oscuro. Saludó con énfasis:

—¡Salud! —y añadió, dirigiéndose a Madriles—: Si pregunta por mí el compañero Molina, dile que no he podido esperar más.

Levantó el puño y desapareció en el portal. Madriles cerró la puerta con cerrojo y dijo a Federico:

—El comité está reunido. ¿Vas a esperar?

—No. Voy a entrar.

—Es que me han dicho...

—Conmigo no va nada de lo que te hayan dicho, ya lo sabes —le interrumpió Federico y siguió diciendo—: Pero ¿quién es ese fulano que acaba de salir?

Madriles hizo un gesto despectivo con los labios.

—Creo que es el secretario del comité de las Ventas.

—¿El secretario del comité de las Ventas? —repitió con sorna Federico—. Pues resulta que cada vez que vengo del frente me encuentro con tipos desconocidos que son secretarios y todo eso.

—Lo que yo te decía antes —terció Tomás.

—De los viejos van quedando ya muy pocos, compañero —se lamentó Madriles—. Y los que quedan no pueden con todo. Por eso está llegando el relevo antes de tiempo. ¿Te has enterado de lo del pobre Pilares? Estuvo conmigo en el cuartel de la Montaña y

en Villamantilla, donde a mí me arrancó el brazo la cadena de un tanque, y a él le hirieron en una pierna. Pues hace menos de un mes que un obús le voló la cabeza en la Gran Vía.

—Dejemos ese capítulo ahora —dijo Federico haciendo una mueca de disgusto. Luego, quitándose el capote y tirándolo sobre un diván, prosiguió—: Voy a ver qué noticias me dan esos.

—Yo te espero aquí. Si tuvieras un pitillo... —y Tomás sonrió tímidamente.

El capitán sacó otras cuantas fundas de cigarrillos y se las dio, diciendo:

—Para los dos. No hay más.

A lo largo del pasillo fue asomándose a las diversas oficinas, sobre cuyas puertas vidrieras se leía: «Organización», «Propaganda», «Frentes», etc., para saludar a las mecanógrafas.

—¡Hola, Marina! ¿Qué tal, Visi? ¿Qué haces que estás tan gorda, Milagros?

Una escribía a máquina, pero las mas leían o charlaban entre sí. O había terminado la jornada, o el trabajo no era mucho, o preferían comentar los últimos rumores sobre la guerra. En cualquier caso, la impresión que daban aquellas oficinas era deprimente. Las respuestas las oía sonar a su espalda:

—¡Hola, pinta!

—¿Otra vez aquí? ¿Cuándo haces tú la guerra?

Milagros contestó:

—Algo hay que hacer para cubrir bajas, ¿no?

Por fin llamó a la puerta de «Secretaría general». Se oían voces apasionadas dentro. Una de ellas se impuso a las demás preguntando:

—¿Quién es?

Pero ya Federico había penetrado en la estancia.

—¡Salud, compañeretes! —saludó, sonriente, con familiaridad.

Media docena de hombres vestidos de paisanos, o con predominio de prendas de ese tipo, se hallaban sentados a una larga mesa, presididos por uno de ellos, pequeño, de unos cincuenta años, con unos ojos redondos, muy inteligentes, que le sonrió.

—Anda, siéntate. Llegas en un momento crítico.

—Pero no podré estar mucho tiempo con vosotros —accedió Federico después de tomar asiento—. Ya tenía que estar camino del frente.

—¿Que te vuelves al frente? —y el pequeño presidente paseó su mirada por los rostros de los demás miembros del comité, simulando un gesto de sorpresa—. Este hombre está loco.

—¿Que estoy loco? Vine a Madrid ayer mañana con cuarenta y ocho horas de permiso nada más, así que ya ves. Lo que ocurre es que no quería irme sin darme una vuelta por aquí y ver si, de paso, cogía alguna noticia.

Los miembros del comité sonrieron y Molina, el pequeño presidente, dijo:

—Pues ya no es necesario que vuelvas al frente. Tú te quedas en Madrid.

—El que está loco eres tú, Molina —y Federico dio un salto sobre la silla—. ¿Es que se ha acabado la guerra?

—Eso tú lo sabrás, hombre —replicó Molina—. ¿Cómo anda aquello?

Pero Federico, antes de contestar, se quedó mirando a uno de los asistentes.

—Vamos, concejal —le dijo—, ¿es que estamos en un

polvorín? ¿Das un cigarro antes, o qué?

Ángel, concejal del ayuntamiento de Madrid y empleado de la Tabacalera, sonrió maliciosamente.

—Ya sabes que yo no fumo —contestó.

—Mejor. Así lo guardas todo para los amigos. Anda, hombre, no te hagas de rogar.

—Tiene razón. Llevamos aquí más de dos horas discutiendo y todavía no lo hemos probado —dijo Molina en apoyo de la petición de Federico.

Los demás se dirigieron también por señas a Ángel y algunos se frotaban las manos. Ángel, muy lentamente y sin dejar de sonreír, se metió la mano en un bolsillo, hizo un gesto de sorpresa, pasó a hurgarse otro bolsillo, gozando con la expectación general y, al fin, puso sobre la mesa una petaca repleta de tabaco.

—Si la traía para vosotros, pero como no sabéis administraros...

—Venga, venga y déjate de sermones —urgió Molina—. Éste hay que echarlo gordo.

Pasó la petaca de mano en mano y siguió un largo silencio mientras liaban los cigarrillos. Al cabo, todos, excepto Ángel, que los contemplaba moviendo la cabeza, echaban humo por boca y narices, con una expresión pueril de felicidad.

—Ahora ya puedes informar, Federico —dijo al fin Molina, soplando un chorro de humo hacia las alturas.

—Hombre... —y Federico movió pensativamente la cabeza—. Corren muchos rumores en el frente. Lo único cierto es lo de las listas de los más comprometidos para darles pasaporte.

Muchos ya los tenemos. Se ha comentado la noticia de que estaban en Madrid Lister, Modesto y Tagüeña para hacerse cargo

del ejército del Centro y también que había vuelto Negrín con todo el Gobierno para continuar la lucha con más energía. Se habla de que Casado no está de acuerdo con Negrín... Qué sé yo. Pero la verdad es que continuamos de la misma manera: los soldados con los pies liados en trapos, sin víveres ni municiones... La cosa está muy mal, porque no se puede hacer en serio la guerra cuando hay que dar un parte diario para justificar los disparos que se hacen y las bombas de mano que se tiran... —Se encogió de hombros y añadió—: Hasta el más lerdo comprende que esto no puede continuar así, pero como llevamos diciendo lo mismo desde el corte de la carretera de Barcelona, parece como si ya no tuviera importancia. Ésta es la moral del frente. Pero a pesar de todo, hay mucha gente que piensa en los ascensos, en los traslados y en los permisos, sobre todo los mandos. Resulta que nuestros militares se han profesionalizado, vaya.

Siguió una pausa. Federico miraba los rostros de sus amigos, pero todos guardaron silencio hasta que Molina tomó la palabra:

—Bien. Pues has de saber que tanto Modesto, Líster y Tagüeña, como Negrín y Álvarez del Vaya, se han marchado de Madrid, rumbo a no sé dónde, creo que a un lugar entre Valencia y Alicante. Negrín quería convencernos de que no ha pasado nada extraordinario, que la dimisión de Azaña no tiene importancia porque Martínez Barrio está dispuesto a recoger su herencia y venirse a España. En fin, que todo sigue, más o menos, como hace un año.

—Pero se apoyaría en algo —insinuó Federico.

—Sí, claro, en la hipótesis de que la guerra mundial es inminente. Por eso es necesario resistir hasta ese momento, porque entonces la guerra en la Península tomaría otro rumbo

muy diferente.

—Bueno, en cierto modo...

Pero Federico vio que todos hacían gestos denegatorios con la cabeza y se contuvo.

—De ningún modo —afirmó rotundamente Molina, quien, a la vez que hablaba, apuntaba a su interlocutor con el índice de su mano derecha—. Lo ocurrido en Checoslovaquia, país mucho más ligado a Francia y a Inglaterra que nosotros, nos ha demostrado que las potencias democráticas están dispuestas a abandonarlo todo y a no alzar siquiera un dedo contra Hitler mientras éste no las ataque en su propio territorio. Por ahí, pues, no hay nada que esperar. Nosotros no podemos jugar esa carta. Por consiguiente, es preciso que hagamos algo por nuestra cuenta para salir cuanto antes del atolladero en que estamos metidos. ¿Conforme?

Federico, cogido de sorpresa, hizo un gesto ambiguo. Paco Ramírez, que había formado parte de la célebre junta de Defensa de Madrid en los días dramáticos de noviembre del treinta y seis, le preguntó:

—¿Qué se te ocurre a ti?

Federico se encogió de hombros y arrugó los labios.

—No sé exactamente qué. Desde luego, tirar las armas, no. Eso, nunca.

—¿Y quién habla de tirar las armas? —preguntó Molina.

—Cuando lo de noviembre —intervino de nuevo Ramírez—, falló, como falla ahora, el elemento oficial. Huyeron, de la noche a la mañana, el Gobierno, los Comités Nacionales, los altos mandos militares, todos los figurones políticos, y se quedó Madrid solo, sin armas ni municiones. Los que huían no nos dejaron más que un sobre cerrado con instrucciones secretas de abandono para el

general Miaja. Decían que Madrid era indefendible. Pero el pueblo no quiso enterarse. No se me olvidará nunca aquella primera reunión que tuvimos los de la junta con el general...

Los demás empezaron a mostrarse impacientes. Molina movía la cabeza y miraba al techo ostensiblemente. Pero Ramírez no renunciaba fácilmente cuando salía o sacaba a colación la gran aventura de su vida. Con su larga nariz, su boca en punta y sus hundidos ojuelos, su perfil tenía un aire vulpino. Presumía de agudo, de poseer una poderosa máquina de ideas en la cabeza. Pasó por alto, desdeñosamente, la actitud despectiva de sus compañeros y continuó hablando:

—Yo creo que habría que volver a hacer lo mismo que entonces.

—¿Qué? —le interrumpió secamente Molina.

—Explicar al pueblo lo que pasa, ponerlo en pie, crear un clima de heroísmo colectivo. Así atraeríamos sobre nosotros la atención de los Gobiernos extranjeros y de la opinión mundial. Una actitud decidida puede hacer dudar y contenerse hasta al propio enemigo.

—¡Bah, bah, bah! Se te olvida algo fundamental —le interrumpió de nuevo Molina—. Y es que la situación actual no tiene nada que ver con aquélla. En noviembre del treinta y seis sólo teníamos cuatro meses de guerra a la espalda y estaban intactas nuestras reservas morales y materiales. Hoy, el pueblo está agotado, hambriento y, hasta cierto punto, desilusionado, y después de tantos meses de rodar nuestra guerra por las primeras páginas de los periódicos, el mundo está ya harto de nosotros... —Hizo una pausa y agregó—: Aquello era el principio, Ramírez.

Se le había velado la voz. Los demás escuchaban suspensos, con picor en los párpados. Se habían consumido los cigarrillos y en

torno a las bombillas se condensaba una turbia atmósfera de humo.

—Sí —Molina afirmó lentamente con la cabeza—, aquello era el principio. En cambio, ahora estamos al final de la carrera, en su último tramo. Ésa es la diferencia que tú no quieres ver, Ramírez. Desgraciadamente, ya no nos queda más que salvar lo que podamos.

—Pero ¿cómo? —preguntó Federico.

Molina se le quedó mirando en silencio. Los demás callaban también, abrumados por el peso de los recuerdos que acababan de suscitarse y por la incertidumbre de lo que vislumbraban.

—Bueno, claro, tú no sabes nada —dijo Molina.

—¿Nada de qué? —insistió Federico, más y más alarmado.

—Verás, compañero —y Molina, forzando una sonrisa, adelantó el busto sobre la mesa—. Ya sabes que Negrín formuló tres puntos que sirvieran de base para un acuerdo con el enemigo, y que éste se negó en redondo a tratar con él. Bien, entonces es cuando decidió resistir a ultranza. Vino a Madrid, pero no se atrevió a plantear crudamente el problema frente a Casado. Habló vagamente de resistencia, aludió a ciertos triunfos de prestidigitador que se guardaba en la manga, de la coyuntura de la guerra mundial... Pero nada en concreto, y se marchó después de decir que la intendencia le trataba muy mal. Luego, ya en su cuartel general, creo que se llama Yuste, nombró general a Modesto y quiso hacer lo mismo con Casado, pero éste no aceptó el ascenso.

—Bien, pero eso...

—Espera, hombre. Ésos son los preliminares de lo que está sucediendo ahora.

—¿Ahora?

—Ya hace casi una hora que la radio debía haber comunicado la constitución de la Junta de Defensa que asumirá los poderes abandonados por Negrín y su Gobierno errante. Pero está visto que estas cosas se complican siempre en el último momento. De todas maneras no crean que nos hagan esperar mucho.

—¿La Junta de marras? —y Federico miró a Ramírez.

Éste movió la cabeza negativamente y Molina prosiguió diciendo:

—No. Una nueva, de la que formarán parte, además de Casado, Besteiro, Wenceslao Carrillo y otros.

—¿También los comunistas?

—No, hombre. Estarán representados en la Junta todos menos ellos, es decir, socialistas, cenetistas, republicanos...

—¿Y cuentan con Miaja?

—También está comprometido, pero no es muy de fiar. Posiblemente le den la presidencia, un cargo honorífico, porque el verdadero presidente será Casado. Besteiro llevará las relaciones con el extranjero.

—Pero ¿y los comunistas? —y Federico le miraba con aire atónito—. ¿Qué creéis que van a hacer?

—Seguramente, oponerse.

—Pero eso sería otra guerra entre nosotros.

—Sí.

—Pero es espantoso, Molina. Molina se encogió de hombros.

—Claro que es espantoso. Pero, o seguimos embarcados con ellos hasta el final, final que siempre será el mismo, sólo que en peores condiciones, o nos desprendemos de ellos y recuperamos la iniciativa para evitar...

—¿Qué? ¿Evitar qué? —y la voz de Federico era más bien un grito.

—Pues la matanza final, Federico. La entrada del enemigo a sangre y fuego, una Numancia inútil. Mira —y alzó la mano para recomendarle serenidad—, hay que partir de que hemos perdido la guerra. —Molina se detuvo y sus últimas palabras sonaron como una sentencia que hizo estremecer a los asistentes—. Sí, hemos perdido la guerra. Duro es confesarlo. Duele. Pero la verdad hay que afrontarla con valor. Somos militantes, no gente de aluvión. —Hizo otra pausa para mirar a todos y prosiguió—: Bien. No vamos a discutir ahora quién ha tenido la culpa. Es un hecho más fuerte que todos los razonamientos. Estando así las cosas, de lo que se trata es de evitar más muertes inútiles.

—¿Rindiéndonos? Eso sí que no —y Federico dio un puñetazo en la mesa.

Molina, muy dueño de sí, volvió a levantar las manos en señal de calma.

—No es ésa la palabra exacta, compañero. Simplemente, dar por terminada la partida con la condición de que los perdedores puedan abandonar la mesa y marcharse donde quieran, ¿comprendes?

Siguió un silencio oprimiente. Federico pidió con un gesto la petaca a Ángel y éste se la entregó sin ningún comentario. Lió un cigarrillo y la petaca volvió a circular de mano en mano.

Mientras esperaba su turno, dijo Raimundo, el orador del grupo, que hasta ese momento había permanecido callado:

—No hay otra salida.

—No, no la hay —afirmó otro de los asistentes: Tudela.

—De acuerdo —concedió Lavilla.

Por su parte, Ángel se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

Era como oír las palabras fatales y unánimes después de una consulta de médicos.

—Besteiro y Casado —continuó diciendo Molina, antes de llevarse a los labios el pitillo, todavía sin encender— cuentan con amigos y apoyos en Inglaterra y Francia para obtener las mejores condiciones posibles frente al vencedor. Ya conocéis a Besteiro: es un hombre intachable, moderado y sin ninguna responsabilidad durante la guerra. Nadie mejor que él para intervenir en una paz negociada. Su gran mérito consiste en cargar a última hora con este negocio en quiebra. Se necesita mucho valor y mucha honradez, porque Besteiro sabe muy bien la cruz que le espera.

—Dirán que fue el sepulturero de la República —apuntó Raimundo.

—Por supuesto —comentó Ramírez.

—Pero alguien tiene que enterrar a los muertos para que no los devoren las ratas —replicó Ángel, el concejal.

—Nosotros tendremos un enlace con la Junta para estar al tanto de lo que vaya sucediendo —y Molina lanzó al aire una bocanada de humo.

Federico miraba en silencio las insignias de su gorra, que tenía delante de sí, sobre la mesa. Dijo:

—Lo que me preocupa ahora es el enfrentamiento con los comunistas. Son los amos del sector centro. Pero lo de menos es ya quién se lleve el gato al agua: la Junta o los comunistas. Lo lamentable es que tengan que enfrentarse a tiros los que llevan luchando treinta y dos meses, y que lo hagan precisamente delante del enemigo, para que éste la goce bien al final. Ya sé que

las derrotas suelen acarrear siempre disputas entre los vencidos, pero... —Había estado hablando sin apartar los ojos de su gorra militar, cuyas insignias acariciaba con las yemas de los dedos, pero de pronto levantó la cabeza para preguntar a Molina—: ¿No sería posible convencer a los comunistas para que se estuvieran quietos mientras la Junta se juega su carta? En cualquier caso, ellos podrían decir siempre que no habían tenido arte ni parte en las negociaciones...

Molina movió lentamente la cabeza, denegando.

—¡Ca! No se conformarán con ser un elemento pasivo en este último episodio de nuestra guerra. Ya los conoces. De sobra saben que no hay nada que hacer, pero querrán salvar su prestigio para el día de mañana. Claro que no muy enérgicamente, porque correrían el peligro de dominar la situación y no les interesa cargar solos con la responsabilidad del desenlace. Lo malo es que dejarán a la Junta muy debilitada frente a Franco. Todo está previsto, pero, aun así, no hay más remedio que intentarlo. ¿Qué ganaríamos todos con que la guerra se prolongase un par de meses más?

Era dar vueltas en torno a lo mismo, volver al punto de partida para comenzar de nuevo a trazar otro círculo exactamente igual.

Se encontraban dialécticamente en un callejón sin salida, precipitados contra un muro.

—¿A qué hora se espera la comunicación por radio de la constitución de la Junta? —preguntó Federico al cabo de un silencio.

Molino, consultó su reloj e hizo un aspaviento.

—¡Caray! —exclamó—. Sí que se retrasan... —y, tras mirar interrogativamente a sus compañeros, añadió—: Pero no creo que

haya surgido ningún contratiempo serio, porque ya lo sabríamos. Así que estará al caer.

—Bueno —y Federico se levantó—, voy a decirle a mi gente, que me está esperando en el hotel, que ya no salimos para el frente esta noche y que estén atentos a la radio.

Nadie hizo ningún comentario y todos permanecieron en silencio mientras el capitán hablaba por teléfono.

—¿Trujillo? ¿Estáis todos?... ¿Que falta Casanova? No me extraña. Ya sabrás por qué. Ahora dile a Cubas que se ponga... ¡Hola, Cubas! Mira, dejamos la vuelta al frente para mañana.

No, no te preocupes. Ya me justificaré yo si llega el caso. El coche está a mis órdenes y soy yo el único responsable. No, no te puedo decir por teléfono lo que pasa, pero os enteraréis si esperáis el comunicado especial que la radio dará dentro, de unos minutos... Hazme caso y no preguntes más. ¡Salud!

Colgó el auricular y se volvió a su sitio lentamente, murmurando:

—Pues la cosa debe de estar ya en marcha, porque Casanova, un oficial comunista que venía con nosotros, se ha escabullido. Seguramente le ha pasado lo que a mí. —Hizo una pausa, miró a todos y dijo, moviendo tristemente la cabeza—: ¡Quién nos lo hubiera dicho al principio, eh! La revolución y la guerra... ¡Qué equivocación!

Molina y los demás asintieron en silencio, y aquél dijo:

—La verdad es que no estábamos preparados ni para la una ni para la otra. Ambas nos sorprendieron, ésa es la verdad. Se hablaba y se hablaba, sí, se hablaba sin parar de la revolución sin creer en ella, igual que los maletillas hablan de ese toro ideal que nunca les saldrá por los toriles. Así, cuando apareció en el ruedo,

no teníamos a mano ni un mal capote, ni sabíamos cómo empezar. Caballero, porque le llamaban el Lenin español, tuvo que echarse para adelante. No había más remedio que conservar el tipo... ¿Que las derechas se preparaban? Claro que sí.

—También estaban equivocadas, Molina —apuntó Federico.

—Pues claro que sí. En fin, para qué seguir. ¡Un verdadero bluff que nos ha costado bien caro a todos!

—¡Y tanto! —suspiró Ángel.

—Bueno, bueno, no era tan simple la cosa —intervino Raimundo—. Las derechas estaban dispuestas a todo.

—Pero de otra manera, hombre —le replicó Molina— Ellas también se engañaron. Esperaban que con un simple cuartelazo, habría bastante. Y aquí está lo más sorprendente del asunto. Los dirigentes revolucionarios no creían en la proximidad de la revolución, pero el pueblo sí. Los militares, por su parte, conocían bien la debilidad de los partidos políticos, pero no se habían dado cuenta de la politización del pueblo, de las masas sindicales, y, claro, sobrevino la catástrofe.

—Ahora es fácil hacer la crítica de lo pasado, a la vista de los resultados —replicó Raimundo.

Ramírez parecía dormir. Lavilla y Tudela perseveraban en su mudez.

—Es que ha llegado la hora de la crítica, compañero Raimundo —replicó Molina—. Aunque nos duela, compañero, hay que reconocer nuestro gran error. Nuestro fuerte debería haber sido la política, porque ¿qué sabíamos nosotros ni las masas de la guerra? Sin embargo, nuestra dirección política estuvo siempre dando bandazos, ya lo creo —y, mientras, palmeaba la mesa—. Quisimos hacer la revolución cuando debimos dedicarnos exclusivamente a

ganar la guerra, y quisimos hacer la guerra cuando ya la teníamos perdida, tanto dentro como fuera de España... ¡Qué idiotas! —y se quedó mirando en silencio sus manos, abatidas sobre el reluciente tablero.

—Desde luego —afirmó Ángel después de una pausa—, cambiamos los papeles y caímos en la trampa como conejos. Entonces gruñó con rabia Molina:

—La guerra no se debe hacer nunca si no es para ganarla... ¡Y como sea!

—De acuerdo —dijo Federico, dando vueltas a su gorra—, y había entre nosotros tan pocos con alma de guerrero... Pero, amigos, a nuestro pueblo le encandila la fanfarria militar: los uniformes, los desfiles, el mandar por galones... Lo externo, en una palabra. ¡Quién nos lo iba a decir! —Miró a su amigo Molina y preguntó—: ¿Cuántas veces hemos comentado tú y yo lo mal que lo hacíamos políticamente? Pero ¿qué se podía hacer contra aquel entusiasmo por los héroes y las batallas? Nacía, ésa es la verdad. Tan grande era la fuerza del ambiente, que hasta nosotros hemos pensado más de una vez si no estaríamos equivocados. Mira por donde nos ha resultado militarista nuestro pueblo, ¿eh? Y nosotros, en la higuera.

—Lo que se dice en la higuera —y Raimundo suspiró.

—He visto y comprobado, por desgracia —insistió Federico—, el mucho apego que tienen nuestros hombres a todo eso y...

—No sigas, Federico, no sigas —le interrumpió Molina—. Eso ya es agua pasada...

Federico suspiró hondamente.

—Sí, tienes razón —sonrió y, después de frotarse las manos, preguntó, mirando a todos—: Y ahora, ¿qué, compañeros? Hubo

quien cerró los ojos y quien se encogió de hombros. Molina fue el más expresivo, moviendo la cabeza y balanceando simultáneamente una mano abierta en el aire, para indicar, sin duda, lo niveladas que se hallaban, a su juicio, las posibilidades en pro y en contra.

—Yo creo —siguió diciendo Federico, tratando de dar a sus palabras un tono jocoso— que el campo de concentración, aquí o fuera de España, no hay quien nos lo quite. Eso, por lo menos, ya lo veréis —y, más gravemente, añadió—: Hasta hay que considerar la posibilidad de que a muchos nos manden al paredón.

—En cualquier caso, prefiero afrontar las consecuencias aquí —afirmó Molina, recostando la cabeza en el espaldar de la silla.

—¿Es que esperas que nos den caramelos? —le increpó Raimundo.

Molina sonreía.

—El primer envite va a ser de órdago, como el de un toro en la primera arrancada —dijo Tudela, acompañando sus palabras con un expresivo ademán—. Al que le coja, va listo. Así que yo creo que lo mejor será aplastarse en cualquier sitio hasta que pase la tormenta. La justicia de enero es horrorosa, pero...

—Señal de que tú ya tienes donde esconderte, ¿eh? —le disparó Raimundo.

—¡Ni hablar! ¡Qué más quisiera yo! —contestó Tudela, negando con la cabeza.

Entonces habló por primera vez Lavilla. Había sido ferroviario como Molina. Tenía la cara ancha; la cabeza, pesada; los ojos, bovinos.

—Parece que empezáis a tener miedo —balbució. Y ya más firme, continuó—: ¿Por qué han de meterse con nosotros?

España queda deshecha y nos necesitarán a todos para reconstruirla. Por lo menos tratarán de aprovechar a los que estamos especializados en alguna materia y a los intelectuales. Yo, por esa parte, estoy bien tranquilo.

Ramírez se echó a reír y su risa sonaba a tela rajada.

—¿Te crees que porque has escrito un libro a base de recortes de Prensa y de algunos plagios de autores importantes te van a respetar y te van a llamar a consejo? —y Ramírez no podía contener su risa—. Franco llama a Lavilla y le encarga... —la risa le interrumpió— le encarga, digo, que le asesore en política internacional. Seguro que ha leído tu obra El ajedrez internacional. ¡Seguro!

Lavilla se puso pálido y la ira se le acumuló de tal forma, que no pudo replicarle. Sólo le salían de los labios balbuceos ininteligibles. Tuvo que intervenir Tudela:

—Déjalo ya, Ramírez —y, dirigiéndose a Ángel, preguntó—: ¿Qué dice a todo esto tu amigo Gaspar, que tiene tantos amigos entre los del otro bando? Según tengo entendido, anda en conversaciones con un mandamás fascista que está refugiado en el hospital francés.

Ángel miró a Molina, que permanecía en la misma actitud indiferente, antes de contestar en forma insegura:

—Pues no sé... Hace días que no lo veo.

—Me parece que Gaspar sueña —comentó Raimundo. Ramírez, entretanto, había pasado amistosamente una mano por los anchos hombros de Lavilla, con ánimo de apaciguarle, y el presunto intelectual acabó por desenfurruñarse, quedando otra vez absorto en su imaginario ajedrez de alta política internacional.

—La cosa no es para tomársela a broma, queridos —y la voz de

Raimundo fue tomando tono oratorio a medida que hablaba—. Ni mucho menos. Y, si no, ahí está el comportamiento de los franceses con nuestros evadidos de Cataluña. ¡Qué vergüenza! Mira que encerrarlos en campos de concentración, al aire libre, rodeados de alambradas y de senegaleses... Creo que han muerto por miles, de hambre y de frío.

Entonces Molina, dejando su postura de abandono, se incorporó en el asiento y avanzó, según su costumbre, el busto sobre la mesa y empezó a apuntar con el índice de su mano derecha al círculo de cabezas que le rodeaba.

—Eso es, justamente, lo que hace insostenible la tesis de los negrinistas, que lo fían todo a la solidaridad internacional de los trabajadores. Tenemos que evitar otra desbandada sin orden. Lo de Cataluña no debe repetirse pase lo que pase, y para que no se repita hay que preparar la evacuación con tiempo e inteligentemente. Salir a Europa ahora, aunque nos fuese mejor que a nuestros compañeros de Cataluña, sería tanto como meternos en la boca del lobo para servir de cipayos en la próxima guerra.

—Naturalmente. Eso mismo es lo que yo sostengo en mi libro...

Pero nadie hizo caso a Lavilla y Molina continuó:

—Los españoles llevamos treinta y dos meses sirviendo de conejos de indias del nuevo armamento que preparan las naciones agresoras para el desafío final. Y ya está bien, ¿no? Que las empleen ellos cuando llegue ese momento y que nos dejen a nosotros en paz... —Hizo una pausa. Brillaban sus ojos, inteligentes. Abatió el índice y habló ya con más sosiego—: No. Por ahí, no. El porvenir de los que quieran marcharse está en las

naciones americanas. Pero para que pueda ser así, necesitamos barcos, dinero y tiempo. Y eso es lo que tratará de conseguir la Junta de Casado. Al menos, es lo que piensan él y Besteiro, según nuestros informes.

De pronto, sonaron unos nudillos en la puerta. Todos miraron hacia allí y Molina, levantando un poco la voz, ordenó — ¡Adelante!

Se abrió la puerta y apareció en ella la graciosa figura de Marina.

—¿Ya? —y Molina consultó otra vez su reloj.

—Sí.

—Pues trae aquí el aparato.

Marina dio media vuelta y desapareció, y los miembros de comité permanecieron en la misma actitud expectante hasta que la vieron reaparecer trayendo un pequeño aparato de radio. Entonces giraron en sus asientos para seguirla con la mirada mientras ella lo colocaba sobre una mesita auxiliar y enchufaba el cordón.

Inmediatamente, una voz, emergiendo de las profundidades del silencio, fue como la garra que los atrapase. Su emoción contagiosa tensó el aire e hizo palidecer a los oyentes, que trataban de imaginarse la escena que se estaba representando en otro lugar.

Besteiro, primero, y después el coronel Casado, expusieron la gravedad de la situación y su deseo de llegar a un entendimiento con el enemigo para establecer las condiciones de una paz justa.

La conmovida voz de Besteiro dijo, entre otras cosas:

«El Gobierno de Negrín, con sus veladuras de la verdad, con sus verdades a medias y con sus propuestas capciosas, no puede

aspirar a otra cosa que a ganar tiempo, tiempo que es perdido para el interés de la masa ciudadana, combatiente y no combatiente. Y esta política de aplazamiento no puede tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la complicación de la vida internacional permita desencadenar una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, perecerían las masas proletarias de muchas naciones del mundo... Yo os hablo para deciros que cuando se pierde es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades, el valor moral que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, sin negar su fe, anonadados por la desgracia... Yo os pido, poniendo en esta petición todo el énfasis de la propia responsabilidad, que en este momento grave asistáis, como nosotros le asistimos, al poder legítimo de la República, que, transitoriamente, no es otro que el Poder militar.»

La de Casado, dura y militar, se dirigió al enemigo, en un gesto de mano tendida:

«El pueblo español no abandonará las armas mientras no tenga la garantía de una paz sin crímenes. ¡Establecedla! No soy quien así os habla. Os dice esto un millón de hombres movilizados para la guerra y una retaguardia sin fronteras de retirada, dispuesta a batirse y luchar hasta la muerte por la consecución de estos fines, que son la paz.» Y terminó con los gritos: «¡Españoles! ¡Viva la República! ¡Viva España!» Las mecanógrafas, con Tomás y Madriles, se habían quedado en la puerta, escuchando. Cuando terminó la alocución de Casado, se advertía en casi todos los semblantes una mueca de perplejidad o decepción.

—Bueno, lo que hace falta ahora es que todo salga bien —dijo Molina.

Las mecanógrafas, excepto Marina, que continuó junto al aparato de radio, se retiraron, y lo mismo hicieron Tomás y Madriles, este último moviendo dolorosamente la cabeza.

—Han dejado todo en el aire como si dijéramos... —fue el comentario de Raimundo.

—Claro —observó Federico—, pero el paso está dado y ya es imposible volverse atrás. Esta noche es parecida a la del 18 de julio. Entonces también fuimos empujados sin que supiéramos adónde íbamos... Y me temo lo peor.

—Bueno, no hay que ser tan pesimista —replicó Molina—. Vamos a ver qué pasa en las próximas veinticuatro horas —y, volviéndose después a Marina, le preguntó—: ¿Has metido en mi cartera los documentos que señalé?

—Sí —se limitó a contestar ella.

—Pues en marcha. Aquí ya no tenemos nada que hacer —y se puso en pie, añadiendo—: Como no tenemos nada más que un coche, y la situación no ofrece muchas garantías, será mejor que haga dos o tres viajes para dejarnos a todos en casa. Yo me quedaré para el último.

Pero Federico le ofreció su folitre y Molina aceptó.

Federico dio orden a Tomás de volver por la glorieta de Bilbao, rumbo a Gran Vía y Sol.

—¿Dónde vas a pasar tú la noche? —le preguntó Molina.

—En el hotel.

—¿Has cenado?

—No tengo ganas.

—Puede que en casa haya algo para ti. Ya sabes: unas lentejillas...

—No, de verdad que no. Gracias, Molina.

Guardaron silencio y, al llegar a la glorieta de Bilbao, Molina susurró al oído de Federico:

—Dile que pare un momento, ¿quieres?

Federico dio la orden a Tomás y el coche se detuvo. La plaza estaba desierta, sumida en negruras, y sólo se oía el apagado resuello del motor.

—Hay tranquilidad en el frente —murmuró Molina—. Escucha, no se oye ni un tiro.

En efecto, a lo largo de los bulevares, rumbo a la Ciudad Universitaria, corazón rugiente de la ciudad sitiada, corría un frío viento sin voz, el viento callado de los bosques y de la noche.

Reemprendieron la marcha y, a poco, preguntó Federico:

—¿Qué piensas de todo esto, Molina?

Se miraron en la oscuridad, tratando en vano de verse los ojos.

—¿Quieres que te lo diga?

—Claro.

—Pues que es la noche más triste de mi vida.

II

—Me ha dicho mi hermano Jaime que tengas mucho cuidado estos días, que lo mejor es que te ocultes hasta que él avise. Nosotros conocemos un cortijo donde podrías pasar una temporada.

Federico se revolvió.

—¿Ocultarme yo?

Estaba hablando con su novia al pie de la reja, y allí la noche tenía un violento olor a jazmines.

—Hijo, no sé, pero como Jaime anda metido en esos líos...

—Ya lo creo. Por eso tuve que sacarlo de uno bien gordo.

—Bueno, Federico, fue una chiquillada y tú lo sabes.

—Pero pudo costarle muy cara, porque eso de escribir anónimos con amenazas de muerte no es ninguna tontería. El rostro de Aurora era un jazmín más en las sombras de la reja, pálido, bienoliente.

—Ya lo sé, pero me parece que mi hermano no anda bien de la cabeza. Si hubiera estado en sus cabales, no te lo hubiera mandado a ti, ¿no comprendes?

—Bien, pero ¿no puede ser otra chiquillada eso de recomendarme que me esconda? ¿Es que de verdad quiere

matarme alguien?

—Algo habrá oído, desengáñate. Te está muy agradecido por lo que hiciste por él y está deseando pagarte con la misma moneda. No me ha querido dar más explicaciones, pero por lo que le he oído hablar con mi padre, mientras yo me arreglaba en mi habitación, tiene mucho que ver con ello la noticia que ha dado la radio sobre el levantamiento de los militares en Marruecos. Yo no entiendo, Federico, nada de estas cosas, pero me da el corazón de que algo muy malo para todos va a pasar.

Aurora había vivido hasta entonces ajena a toda cuestión más allá de sus ilusiones de muchacha: sus labores en casa, sus vestidos, el paseo, el cine, el baile y sus relaciones con Federico. Pero de pronto, en el espacio de unos meses, había venido a turbar su vida la oposición política entre su novio, por un lado, y su padre y su hermano, por otro. Jaime debía de traerle entre manos algún asunto misterioso, porque apenas aparecía por el comercio familiar, ocultaba papeles en casa, andaba con botes de pintura, se reunía frecuentemente por las noches con sus amigos, un grupo de cuatro o cinco muchachos de su edad, y hacía muchos viajes en bicicleta a las poblaciones de alrededor. Cuando lo de los anónimos, se descubrió que los botes de pintura de Jaime servían para pintar, en las fachadas de las casas más apartadas del pueblo, flechas y yugos y la palabra FE. Su madre quiso oponerse a estos manejos del muchacho, pero su padre, no sólo la hizo callar, sino que le alentó en sus actividades políticas, llevado de su odio a los socialistas y republicanos que formaban el Ayuntamiento, antaño amigos y consocios del casino, pero que se le enfrentaron políticamente al advenimiento de la República, cuando, sin ganas ni afición, y sólo por no oponerse al gobernador, desempeñaba el

cargo de concejal. No iba nunca, por supuesto, a las reuniones de la corporación, y de la política municipal no le importaba más que lo que afectase a las cuotas de arbitrios para las mercancías con que él negociaba. No podía perdonar que sus antiguos amigos hubieran hecho pasar, precisamente por delante de su comercio, como en son de desafío o de burla —tal lo creyó él— manifestación popular que se organizó para festejar la proclamación del nuevo régimen. No pasó nada, naturalmente, y él siguió con su negocio en la forma de siempre, pero en los últimos tiempos le habían alcanzado las consecuencias de la paralización y el declive que se observaba en la vida económica del país, siendo los concejales republicanos quienes, con objeto de allegar recursos para mitigar el paro obrero, habían decretado la subida de los impuestos municipales sobre las mercancías que él importaba, lo cual trajo como consecuencia el aumento de sus cavilaciones y apuros a la hora de hacer frente a las letras de cambio.

Federico se quedó un instante mirando a los ojos de su novia, que brillaban intensamente en la oscuridad.

—¿Quieres que hablemos de otra cosa? —y sonrió—. Y no te preocupes por lo de los militares, nena. Es otra locura como la del diez de agosto, que el Gobierno sofocará rápidamente, como entonces. —Calló y, cogiéndole cariñosamente la barbilla, agregó —: ¿O es que te da ahora por la política?

—¿A mí? Ojalá no hubiera oído hablar nunca de política. Pero entre tú, mi padre y mi hermano... Parece como si no hubiera ya otra cosa de que hablar.

Y suspiró. Siguió un silencio que Federico aprovechó para echar una ojeada a la calle, pudiendo así observar, no sin

extrañeza, un desacostumbrado movimiento de hombres entrando y saliendo por los bares que había al otro extremo, o formando corros en sus puertas. Aurora, que había seguido su mirada asomando la cara por entre las rejas, susurró:

—Se ve mucha gente de aquí para allá, ¿verdad?

—Pues sí.

—Claro, como que estamos en vísperas de feria, hombre.

Aurora mostraba entonces la blanca dentadura a través de sus labios carnosos, y su boca pareció a Federico una fruta madura. El beso fue largo y quieto, hasta que ella se separó un poco. Quedaron mirándose con el aliento cortado y ella murmuró quedamente:

—Me parece que he oído los pasos de mi madre, pero no mires.

Federico dejó de apoyarse en la verja y respiró fuerte, conmocionado aún por el golpe de sangre saltona y vehemente. Y en ese momento percibió a un grupo de jóvenes que venía hacia allí casi corriendo, y que habían desaparecido los grupos formados a la puerta de los bares. Se apartó un poco más de la ventana para ver mejor y Aurora le preguntó, un tanto alarmada:

—¿Qué pasa, Federico?

—No sé. Algo raro —y le hizo una seña con la mano para que callara.

Los jóvenes estaban ya muy cerca y hablaban acaloradamente entre sí. El sopor de la noche se había hecho repentinamente más denso y pegajoso. Cuando llegaron a su altura, preguntó a los del grupo:

—¿Ocurre algo?

Venían sudorosos y agitados. Se detuvieron al reconocer a

Federico y uno de ellos dijo:

—Que ha salido del cuartel un piquete de tropa declarando el estado de guerra.

Federico quedó paralizado. Aurora, asomándose, preguntó aturdidamente:

—¿Habéis visto a mi hermano Jaime?

Otro de los recién llegados se encaró con ella:

—Conque si lo hemos visto, ¿eh? Seguramente está escondido ahí dentro, en casa.

Federico, recobrado ya, se interpuso rápidamente entre el mozo y su novia.

—No, no está. ¿Es que no basta que yo lo diga?

—Pues como nos lo tropecemos... —pero se reprimió y no dijo más, aunque el tono empleado dejaba pendiente la amenaza sin duda alguna.

El que hablara primero dijo entonces, cogiendo de un brazo a su compañero:

—Vámonos, no sea que lleguemos tarde —y, volviéndose a Federico, añadió—: Todo el personal se está reuniendo en el Ayuntamiento, ya lo sabe.

Después, los jóvenes reanudaron su camino a paso rápido, perdiéndose pronto de vista en una encrucijada de callejas. Al quedarse otra vez solos, Federico y Aurora se miraron largamente en silencio, cogidos de la mano. Al fin dijo ella:

—Ya te dije que Jaime está enterado de muchas cosas.

—Va a haber jaleo, sí —concedió Federico tras una pausa.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Por de pronto, voy al Ayuntamiento. Supongo que el alcalde y los del comité del Frente Popular tendrán alguna idea clara de lo

que está ocurriendo.

—¿Y después?

—Según.

Ella le cogió por una solapa y lo atrajo vehementemente hacia sí.

—Tú no te metas en nada, por lo que más quieras. ¡Prométemelo!

Trató de calmarla con caricias y Aurora se dejó besar una y otra vez, sin importarle ya los intencionados carraspeos de su madre en la habitación contigua. Al fin, Federico, con un gran esfuerzo por su parte, logró arrancarse de allí, diciendo a la muchacha, a modo de despedida:

—Descuida. Si la cosa se pone fea, te prometo esconderme en ese cortijo de que me hablabas antes.

Aurora le dejó marchar, agarrada a la reja, siguiéndole con la mirada nublada. Federico, por su parte, volvió varias veces la cabeza, hasta que ya no pudo distinguir su rostro.

Antes de llegar a los bares de la esquina, empezó a oír una misma voz brotando de varios receptores de radio a la vez. Una voz potente, ronca, patética. Sonaba con el tono de una proclama y rompía el silencio de la noche con estrépito militar.

Cuando ya pudo entenderla, oyó que decía: «Excelentísimo señor don Gonzalo Queipo de Llano, Capitán General de la Segunda Región Militar. ¡Viva la República!» Y, a continuación, las notas vocingleras del Himno de Riego.

Los bares aparecían repletos de hombres en todas las edades y en sus rostros se reflejaban los más contradictorios sentimientos y emociones. Los había atónitos, que no hacían más que mover la cabeza; sombríos, que escrutaban el semblante de los demás;

pasmados, que miraban a todos lados como en espera de una respuesta; alegres, que pedían copas en el mostrador, como si quisieran celebrar algo... Cuando el locutor repitió el viva a la República, le contestaron muchas voces enardecidas.

Federico pasó de largo, entrando en la zona de las calles más iluminadas, una de las cuales, que llevaba al real de la feria, aparecía adornada con cadenas de papeles multicolores y con mariposas de bombillas apagadas. Había mucha gente asomada a puertas y ventanas, por las que se escapaba el chorro sulfuroso de la voz del locutor de Radio Sevilla, junto con los vivas a la República, el Himno de Riego y los compases eléctricos de las marchas militares, como si anunciaran una gran fiesta patriótica.

—¿Qué pasa? —le preguntaron varias personas al pasar, y otras tantas veces tuvo que encogerse de hombros.

También oyó que comentaban:

—Pero ¿no es Queipo de Llano un general republicano?

—Digo, y de los de confianza. Si es Director General de Carabineros y está emparentado con Alcalá-Zamora...

La noche y la población entera retumbaban con el clamor frenético de los receptores de radio.

Cuando Federico traspuso las verjas del Ayuntamiento, se encontró con que sus jardines estaban invadidos por una espesa multitud de hombres en mangas de camisa, entre los que descubrió también a algunas mujeres. Federico reconoció en seguida a muchos de ellos, como pertenecientes a la C.N.T., a la U.G.T. y a los diversos partidos y organizaciones del Frente Popular. Al igual que los que se encontrara por la calle, se hallaban excitados, en plena confusión y desconcierto.

—¿Qué piensas tú?

Le había rodeado un grupo de jóvenes.

—¿Qué queréis que piense si no sé nada?

—Bien, pero ¿no crees tú que puede ser éste el golpe militar de que se viene hablando hace tantos meses?

—Sí, es probable.

Y un tercero, de pelo ensortijado y ojos negríssimos, afirmó vehementemente:

—Yo no me fío de Queipo de Llano ni de ningún republicano. ¡Ni siquiera de Azaña!

—Calla, hombre, que te pueden oír los republicanos y no estamos ahora en situación de discutir con ellos. Si es verdad que se trata de un golpe contra la República... —dijo el primero que hablara.

Pero le interrumpió el del pelo ensortijado:

—Es contra la reforma agraria, contra los sindicatos, es contra la revolución. Y los vivos a la República y el Himno de Riego son camamas para confiarnos y engañarnos. Como no andemos listos, compañeros, seremos otra vez nosotros, los de la C.N.T., los que paguemos el pato. Ya lo veréis.

—De todas maneras, aunque estemos alerta, no conviene disgustarnos con los republicanos, por lo menos hasta que se aclare un poco la situación, ¿no te parece, Federico? —insistió el otro.

Entretanto, había crecido el grupo y Federico quiso preguntar, a su vez:

—¿Qué dicen el alcalde y los del comité del Frente Popular?

—Algunos se encogieron de hombros despectivamente y los demás guardaron silencio.

—¿Y la radio de Madrid?

—No se oye —le contestaron varios.

—De todas maneras, algo sabrán los del comité, ¿no? Voy ahora mismo a enterarme.

—Están reunidos a puerta cerrada —le advirtió alguien.

—¿Y qué tiene que ver? A Federico le dejarán pasar.

En efecto, el guardia le dejó pasar, aunque Federico no formaba parte del comité, pues era altamente apreciado por muchos de sus miembros, a la sala donde se celebraba la reunión.

El alcalde, que estaba hablando, hizo una pausa para saludarle con un movimiento de cabeza e indicarle por señas que se sentara. Después, continuó:

—Todavía no está claro si éste es el golpe militar preparado por los monárquicos o si se trata tan sólo de una jugada preventiva de los militares republicanos para cortar en seco lo de África y salvar a la República, aunque de paso pretendan también barrer el Frente Popular.

—Es igual —le interrumpió un hombre de cara enjuta, de pómulos muy afilados, y pelo canoso—. Para nosotros, los comunistas, República y Frente Popular son una misma cosa.

—Está bien, está bien... —repuso el alcalde, moviendo lentamente la cabeza—. Lo que yo quiero decir es que, de momento, no parece que peligren las instituciones republicanas, hombre. Quiero decir que, por lo tanto, no hay que desesperar ni echar por el camino de en medio así como así...

—Lo que está claro, y sin ninguna duda, es que los que corren peligro son los trabajadores, nosotros, los hombres de la C.N.T. y de la U.G.T., nuestras organizaciones —dijo rotundamente el representante de la C.N.T., un tipo también delgado, pero de facciones menos angulosas que las del comunista.

Se disponía ya a replicarle el alcalde cuando se abrió bruscamente la puerta, dando entrada a un joven bien vestido, que estalló más que habló:

—El gobernador al aparato. ¡Por fin!

El alcalde entonces tomó inmediatamente el aparato telefónico que tenía ante sí, sobre la mesa, y se lo llevó al oído mientras los demás se hacían entre sí señas de silencio y calma.

—Dígame, dígame, señor gobernador... —Hubo una pausa y luego—: ¿Aquí? Las tropas están acuarteladas desde esta tarde y, hace poco, un piquete, al mando de un oficial, ha proclamado el estado de guerra, fijando en algunas esquinas el bando del general Queipo de Llano... ¿Cómo? Sí, sí, claro. Al saberse lo de Marruecos llamé inmediatamente por teléfono al comandante del batallón. Entonces es cuando me dijo que acuartelaría sus tropas. Le insté a venir al Ayuntamiento para hablar conmigo, en mi calidad de Delegado de Orden Público, pero se negó. Fue inútil que intentara hacerle comprender la responsabilidad en que incurría al desobedecerme. Me contestó que aceptaba íntegra toda la responsabilidad, pero me prometió que no se sublevaría. Ahora, después de declarar el estado de guerra, le he llamado otra vez para reprocharle su conducta y me ha respondido que es una cuestión de honor para él y para todos los que visten el uniforme militar. Me dijo, por último, que ya no obraría por cuenta propia, sino ateniéndose a las órdenes que reciba de sus superiores. En vista de ello le pregunté: «¿Está usted con la República o contra la República?» Y me contestó: «Estoy con España» Ya, ya. ¿Y Queipo?... ¿Sí?... Entonces... ¿De veras? ¿También? —Y, tras un último silencio, agregó—: Bien, señor gobernador. Pasaré la noche junto al teléfono, atento a sus llamadas.

Todo el mundo tenía los ojos clavados en él, tensos, dominando difícilmente su ansiedad, y el alcalde, en medio de un silencio dramático, dijo, con voz grave y dolorida:

—No es un alzamiento de militares republicanos, no. Es un golpe de muerte contra la República. La situación es muy grave. La mayoría de los oficiales del ejército español está comprometida, con sus generales al frente.

Al pronto, las palabras del alcalde dejaron a aquellos hombres perplejos, anonadados, totalmente sorprendidos pese a todas las suposiciones con que habían estado especulando. El alcalde rompió otra vez el silencio:

—Claro que la República cuenta también con algunos militares leales y, sobre todo, con los suboficiales y clases del ejército. El gobernador me ha dicho que, por ahora, todo está muy confuso. En Madrid, Barcelona y Bilbao, el Gobierno tiene la esperanza de restablecer pronto su autoridad, pero hay muchas guarniciones de las que no se sabe nada.

—¿Y el pueblo? ¿Qué hace el pueblo? —le preguntó el de la C.N.T.

—Sí, ¿qué hacen las organizaciones obreras de Madrid? —inquirió seguidamente el de la U.G.T.

—Es de suponer que tanto el pueblo como las organizaciones de izquierda estén con el Gobierno. Ni siquiera se lo he preguntado al gobernador. En cambio, le he preguntado qué sabe de Queipo.

—¿Y qué? —y la pregunta brotó de muchos labios a la vez.

—Es un rebelde también. Ha estado engañando al ministro de la Guerra hasta ayer mismo. El diputado Cordero Bell lo quiso detener en Huelva, pero el ministro se lo impidió diciéndole que

era uno de los pocos generales en que se podía confiar.

El comunista gritó:

—Entonces, el traidor es Casares.

Aunque abiertas de par en par las ventanas del salón, el aire permanecía inmóvil, apelmazado, hasta el punto que las nubecillas del humo del tabaco se habían adherido al techo y colgaban de él como telarañas. Era aquél un calor húmedo y pegajoso como el de la sangre. Los hombres se despojaban de las chaquetas y se arremangaban las camisas. En muchos, el sudor rodaba por las calvicies y goteaba desde las pestañas. El alcalde se pasaba de cuando en cuando un pañuelo por el mondo cráneo y por la sotabarba, y se enjugaba las manos con él.

El de la C.N.T., limpiándose de un manotazo las gotas de sudor que le caían por la nariz, vociferó:

—Y Azaña, que lo puso donde no debió ponerlo nunca. Los demás representantes de las organizaciones obreras se adhirieron a estas manifestaciones con voces acaloradas y gestos violentos, sin que surtieran mucho efecto las palabras y los ademanes de los republicanos reclamando serenidad. Sobresaliendo por encima de todas la voz del comunista, se le oyó proponer:

—¡Hay que pedir inmediatamente el Ministerio de la Guerra para el camarada Francisco Largo Caballero!

Las opiniones se dividieron, sin embargo, entre los mismos socialistas: los jóvenes, a favor; en contra los viejos. Los de la C.N.T., por su parte, se miraron entre sí y se abstuvieron de manifestarse. Se produjo a consecuencia de este debate una momentánea distensión que aprovechó el alcalde para apoderarse otra vez de la palabra:

—Un poco de calma, amigos; un poco de calma. No

disponemos de los elementos de juicio necesarios para pronunciarnos en un asunto tan delicado ni tampoco somos quiénes para decidirlo. Si ha habido negligencia por parte de alguien, la República tiene poder y dispone de procedimientos para imponer el castigo adecuado. Por otra parte, no vamos a creer que un ministro tenga que ser necesariamente infalible.

El comunista y sus amigos socialistas se hablaban al oído y hacían gestos denegatorios con la cabeza. También cuchicheaban entre sí los representantes de la U.G.T. y los de la C.N.T. El alcalde, que leía en los rostros lo que cada uno pensaba, continuó, cambiando de tono:

—Lo importante ahora, creo yo, es pensar en lo que se nos viene encima. ¿Qué podemos hacer nosotros en este momento para defender la República?

La pregunta calló todos los rumores y logró concentrar de nuevo la atención general.

—Voy a exponeros en cuatro palabras la situación —prosiguió diciendo, dueño ya de las riendas del debate—. La tropa está acuartelada. Bien. Pero estamos en contacto con algunos elementos importantes dentro del cuartel, que pueden darle la vuelta a la tortilla en cualquier momento. La guardia civil permanece tranquila y los carabineros están con nosotros. Si no viene nadie de fuera, quiero decir que si los sublevados de aquí no reciben refuerzos, es seguro que podremos dominarlos sin tardar muchas horas. Por consiguiente, opino que lo primero que debemos hacer es interceptar la carretera y todos los demás accesos menores por donde pudieran llegar elementos extraños con intención de unirse a la tropa. Y, después de eso, esperar.

Siguió un silencio hasta que se oyó una voz:

—¡Pido la palabra!

Era la del representante de la C.N.T.

—Habla, habla —le invitó el alcalde, al tiempo de enjugarse la calva con el pañuelo.

—La C.N.T. y la U.G.T., de común acuerdo, hemos tomado ya algunas otras medidas, la principal de las cuales ha sido la de declarar la huelga general por tiempo indefinido. Compañeros nuestros ocupan ya las oficinas de telégrafos, correos y teléfonos, para, de esa manera, estar al tanto de lo que digan los militares y de las órdenes que reciban. También hemos organizado grupos de escuchas de radio para conocer algo de lo que pasa en el resto de España. Seguro que la estación de radio de Madrid tiene que estar emitiendo continuamente y, aunque la pise la de Sevilla, es posible que en un descuido logremos captar algo, ¿no? Otros compañeros están recorriendo las barriadas y las huertas para informar al personal de lo que está ocurriendo y convocarlo en los alrededores del cuartel, porque lo mejor para impedir que los militares se echen a la calle es rodearlos de una muralla de carne, ¿sí o no? —y como nadie le contradijera, prosiguió—: Tenemos pocas armas, pero distribuyéndolas bien y procurando que cada cual lleve siquiera un palo en la mano, cuando mañana se asomen los militares y vean lo que tienen que saltarse, si es que antes no ocurre nada dentro del cuartel, es muy posible que prefieran estarse quietecitos, que se les caigan los palos del sombrero, vaya.

Y se sentó. Hasta los republicanos aplaudieron. En medio del entusiasmo, sólo al alcalde se le ocurrió preguntar:

—¿Y la carretera y el camino del cementerio?

El de la C.N.T. consultó con la mirada al de la U.G.T. y entonces fue éste quien se adelantó a contestar:

—Eso ya se verá después. No es probable que venga nadie de fuera esta noche. Bastante tiene cada cual con poner en orden su propia casa, me parece a mí.

—Ahora, cada cual a lo suyo —dijo el de la C.N.T., levantándose.

Le imitaron todos los demás y, al abrirse las puertas del salón, pasó ondeando por la cargada atmósfera un soplo de brisa que hizo a todos respirar con ansia, y desovilló perezosamente las nubecillas del humo de tabaco.

Fueron saliendo y pronto se oyó un recredido rumor de voces fuera. Los correligionarios del alcalde le miraban sin saber qué determinación tomar hasta que él les dijo:

—Iros vosotros también a descabezar un sueño. Si algo ocurriera, ya os mandaría llamar.

Federico los conocía. Eran comerciantes o profesionales acomodados. Hombres de casino republicano y de logia. Pequeños burgueses con hijos radicalizados políticamente, en uno u otro sentido, a su paso por la Universidad. De costumbres morigeradas, cuya ideología seguía alimentándose del jescuela y despensa! de Costa, de los discursos de Castelar y de los recuerdos cantonales de la primera República. Seres cómodos también, amigos de las plácidas discusiones de café sobre política, toros o mujeres.

Respiraron satisfechos al oír la orden del alcalde y quedaron solos éste, Federico y el joven que había anunciado tan dramáticamente la conferencia del gobernador.

La atmósfera, a causa de la leve corriente de aire, se había purificado un poco y era ya casi soportable. El alcalde hizo que se aproximaran a él los dos jóvenes y los invitó a fumar. Mientras liaban y encendían los cigarrillos, se oyeron gritos en el jardín,

contestados clamorosamente.

—¡Viva el partido socialista!

—¡Vivaa!

—¡Viva la C.N.T.!

La respuesta fue como un rugido:

—¡Vivaaa!

Siguieron más vivas y, al llegar finalmente el viva a la República, la voz de la multitud, ya ronca, sonó como un cañonazo.

Los tres hombres escuchaban, pálidos y estremecidos, sin acordarse de fumar. Volvieron en sí al quebrarse el rumor unánime de la multitud en mil rumores distintos. Entonces, el alcalde, después de cerciorarse con una mirada recelosa de que no podían oírle más que los dos jóvenes, dijo, bajando la voz:

—La situación es mucho peor de lo que se figuran. Ah, si se presentase en todas partes como aquí... —y movió la cabeza pesarosamente—. Pero no es así. En Cádiz, por ejemplo, los militares se han apoderado ya prácticamente de la ciudad, al mando del general López Pinto, y el gobernador se ha tenido que encerrar en el edificio del gobierno civil con sus guardias de asalto. El hombre está desesperado. Se le notaba en la voz. Resulta que él y López Pinto son amigos. ¡Ya veis qué situación! Me lo he callado antes por no desesperar a la gente y evitar que se salga de madre. Como no les he dicho tampoco que los militares son dueños ya de Algeciras. Por eso tengo tanto empeño en que se vigile la carretera. Por lo menos, que no nos cojan de improviso.

Se desmoronaba de cansancio. El cigarrillo, estrujado entre sus húmedos dedos mientras hablaba, se le deshizo al chuparlo, cayéndosele por la pechera de la camisa las briznas encendidas, lo

que le obligó a tirarlo rápidamente y a sacudirse. Federico echó mano a su cajetilla y le brindó otro cigarrillo mientras decía:

—Pues no se preocupe por eso. Ahora mismo voy a coger un coche y a darme un largo paseo por la carretera a ver si se nota algún movimiento anormal en ella —y, luego, dirigiéndose al otro joven, le preguntó—: ¿Quieres acompañarme tú, Ricardo?

El aludido miró al alcalde, indeciso.

—Sí, vete con Federico. De momento no te necesito aquí. Antes de salir, aún preguntó Federico al alcalde:

—¿Y Málaga? ¿Se sabe algo de Málaga —y como el otro moviera la cabeza en sentido negativo, agregó—: Porque si Málaga respondiera, ya no estaría todo tan negro a nuestro alrededor, eh?

Pero el alcalde no contestó más que con un gesto de duda, dejando caer después la cabeza sobre el respaldo del sillón y cerrando los ojos.

En el jardín del Ayuntamiento ya no quedaban más que algunos grupos juveniles, mezclados con los guardias municipales, que se acercaron inmediatamente a Federico y a Ricardo.

—¿Qué?

—Todo sigue igual por ahora. Nosotros nos vamos a echar una ojeada a la carretera —respondió Federico.

—¿Cuándo nos van a dar las armas? —preguntó uno de los jóvenes.

—¿Armas? —y Federico hizo un gesto de extrañeza—. Como no vayas al cuartel por ellas...

—Verás. Es que nos han dicho que nos quedemos aquí de guardia, y nos parece bien. Pero guardia ¿con qué? En vista de eso nos han dicho que nos darían algunas, pero nadie ha venido a

traérmolas ni nadie sabe nada de eso. Y si no hay armas, ¿qué pintamos nosotros aquí?

—¿No tienen los municipales ninguna pistola de más?

—Sí, una, pero sin balas.

—Pues con cuchillos, con palos, ¡como sea!

Y antes que el joven tuviera tiempo de replicar, Federico y su acompañante cruzaron la puerta de hierro de la verja. Las calles céntricas aparecían desiertas. Sólo los últimos curiosos esperaban el desarrollo de los acontecimientos sentados a la puerta de los bares. Sin embargo, en un incesante chorreo, surgían por las esquinas grupos de hombres, precedidos por el rumor de sus conversaciones. Eran huertanos y pescadores, en mangas de camisa o con los pantalones remangados, llevando al hombro astiles de azadón o trozos de remo. Invariablemente tomaban la dirección del cuartel, capitaneados por algunos de ellos. Iban tranquilos, incluso algunos reían o bromeaban, pero sin alborotar, como si marchasen al trabajo de todos los días. Precisamente eran su pesadez y su unanimidad lo que más fuertemente impresionaba en aquel trance de miedo y de estupor general.

—Deben de ser miles ya —murmuró Ricardo.

—Sí. Es el pueblo. Lástima que...

Pero no terminó la frase. Y llegaron a la plaza, donde se congregaban los coches de alquiler. Sus conductores estaban sentados, en corro, a la puerta del bar «La Parada». Dentro estridía la radio Sevilla, transmitiendo incansablemente las proclamas de Queipo de Llano, los himnos de Riego y de la Legión y los vivas a la República. El dueño, de codos sobre el mostrador, se hurgaba los dientes con un palillo.

Federico hizo señas con la mano a uno de los conductores, que

se levantó de mala gana.

—Vamos a dar una vuelta, Pinturas.

—¿Adónde, don Federico?

—Por la carretera.

Pinturas se rascó la cabeza.

—No sé... —murmuró—. La cosa está que echa leches.

Pero Federico y Ricardo habían subido ya al automóvil y el conductor no tuvo más remedio que resignarse a hacer lo mismo.

—Tira, Pinturas —ordenó Federico.

Enfilaron la larga calle. En los remansos de sombras de las ventanas se percibían la inquietud y el insomnio de quienes espían desde allí el paso de los rumores que corrían de boca en boca. Las casas aparecían envueltas en oscuridad y silencio, y al ruido del coche, preludio de otros más siniestros que pronto sembrarían el espanto y las despedidas de muerte en todas las ciudades y pueblos de España, se agudizaba la tensión en torno.

—La gente está asustada, me parece a mí.

—Es que lo peor es la incertidumbre, Ricardo. Y la verdad es que hay motivos para estar asustado.

Al salir a la carretera vieron brillar el mar. Al fondo de la gran bahía, un puñado de luces indicaba la posición de Algeciras. Mirando en aquella dirección, dijo Federico:

—¿Qué estará pasando allí en estos momentos?

Ricardo guardó silencio. Tranquilas y alegres, centelleaban también las de Gibraltar.

—Ahí sí que no pasa nada —dijo Ricardo después, señalando la plaza inglesa.

—Desde luego que no. Los ingleses, como siempre, contemplarán los toros desde la barrera, y ya verás cómo se las

arreglan para sacar tajada de todo esto. Precisamente están ahí por otra disputa nuestra.

Entonces intervino Pinturas:

—¿No se creéis ustedes que se va a liar el follón? —y como no le contestaran siguió diciendo—: ¡También tiene malage la cosa, hombre! Ahora, cuando uno puede ganarse algo de parné con la feria, se les juntan los chícharos a los militares y ea ¡cataplum! Si no fuerais sido ustedes, no pongo en marcha el coche ni por na, porque estamos en huelga.

—Ya lo sabemos, pero éste es un servicio oficial —le dijo Ricardo.

—Si está bien, don Federico, si está bien...— y embolsó el coche.

—Pero no corras mucho —le advirtió Federico—, que hay que ver muy bien por dónde vamos y qué es lo que pasa por aquí.

Pinturas aminoró de mala gana la marcha del automóvil. El campo y las casitas que emergían de él al borde de la carretera estaban untados de la calma aceitosa de la noche. Se oía el aullido de algún perro. Las luces de los hotelitos perdidos entre los árboles parpadeaban de sueño.

Pasaron por una barriada de pescadores, humilde, aplastada contra el arenal y las chumberas, que se hubiera dicho deshabitada. Allí creció el ruido del coche, que se desinfló al dejar atrás la última de las casitas. Federico miró entonces su reloj a la luz de un fósforo.

—Las dos de la madrugada —dijo.

Otro silencio. La carretera seguía desenrollándose sin ningún obstáculo, como si fuera una ruta abandonada. Campos dormidos. Árboles sin viento. Noche caliginosa, blanda, derrumbándose,

indiferente y perezosa, sobre la tierra y el mar.

—¿Qué estará sucediendo ahora en Madrid, en Barcelona, en Sevilla, en Valencia, en ...? —murmuró Federico—. Aquí, todo tan tranquilo al parecer y, sin embargo...

—Sí, da miedo pensarlo.

—Me temo que vamos a una catástrofe, Ricardo.

—Y yo. El alcalde...

—Es un hombre inteligente y muy buena persona, pero ya está entregado. Y se ha entregado también el gobernador. Y a saber cuántos son los ministros, los gobernadores y los alcaldes que lo dan todo por perdido, y a saber también cuántos de los que ya se han declarado en rebeldía no tienen idea de adónde van...

—¿Será la revolución, Federico?

—¿Una revolución sin planes ni jefes? El Frente Popular es un cuento. Está roto. Largo Caballero es un anciano. ¿Una revolución así? ¡Qué disparate! ¿Qué, cuál, de qué tipo sería esa revolución, caso de que pudiéramos hacerla, eh? Porque en España se es revolucionario fácilmente. Basta con querer poner a la hora de Europa su economía, su agricultura, su enseñanza, su administración... Pero cada cual lo ve a su modo. Un faísta, un sindicalista, un prietista, un caballerista, un comunista o un republicano piensan de muy diferente manera y cada uno de ellos tiene su receta particular para salvar a España. En lo único en que estarnos todos de acuerdo es en que no podemos seguir así, en que hay que dar un valiente paso hacia delante. Pero ¿cuál, hasta dónde, por dónde? No nos pondríamos jamás de acuerdo.

—Está el pueblo —apuntó tímidamente Ricardo.

—Eso es lo grave. Nuestro pueblo es un elemento trágico, pasional, y detrás de él no hay nada.

Iba a seguir hablando, pero se contuvo. Estaban ya cerca de la confluencia con la carretera general, y Ricardo le había dado con el codo para que se fijase en los dos puntos negros que se divisaban en el cruce.

Los bultos sospechosos adquirieron forma en seguida, hasta hacerse fácilmente identificables.

—¡Ojú, los civiles! —exclamó Pinturas, alarmado.

—Está bien, hombre —dijo Federico—, pero no hay por qué ponerse nervioso. Ve despacio y párate junto a ellos. Yo hablaré.

Cerca de allí se alzaba una pequeña venta o aguaducho, cuyas luces estaban apagadas. Al detenerse el automóvil, se agitaron en su interior varias sombras, adelantándose una de ellas que, al salir al claro, mostró los brillos del tricornio y del correaje.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas! —fue la seca respuesta del guardia.

En el entretanto había hecho su aparición otra sombra. No llevaba fusil ni cartucheras. Federico lo reconoció en seguida.

—¡Buenas noches, teniente!

El otro se llevó los dedos de la mano derecha hasta la sien en silencio. La sombra del tricornio le chorreaba por la cara, ocultando su expresión a la mirada inquisitiva de Federico.

—¿Ha observado por aquí algo anormal, teniente? Entonces se oyó su voz átona:

—No. Todo está tranquilo. ¿Van ustedes a seguir?

Para tener tiempo de pensar la respuesta, Federico sacó la cabeza por la ventanilla y miró morosamente el contorno. Otras dos sombras con fusil venían desde la venta para reunirse con el teniente.

—Es verdad —murmuró—, todo está tranquilo —y, luego,

dirigiéndose al conductor, añadió—: Anda, Pinturas, da la vuelta.

El teniente echó un paso atrás y Pinturas hizo recular al coche en oblicuo, dando rápidamente la popa a los guardias. Federico agitó el brazo, gritando cuando ya el coche tomaba ímpetu:

—¡Suerte, teniente! ¡Viva la República!

El oficial de la guardia civil volvió a hacer en silencio el saludo militar. Los guardias permanecieron inmóviles y mudos.

—¿No decía el alcalde que la guardia civil está tranquila? —dijo Federico al perder de vista a los guardias—. Pues está con los sublevados, aunque espera algo o a alguien para quitarse la careta.

—¿Y si hubiéramos seguido?

—Lo pensé, pero no me atreví a tentar al teniente.

—¿Tú crees que nos hubiera detenido?

—Probablemente. Ni siquiera ha contestado al viva a la República para disimular.

—¿Gritar viva la República? —intervino Pinturas—. Digo, si se les quedó atravesada el primer día en la garganta como un hueso.

Todo seguía igual por la carretera. El mismo silencio, la misma desolación, idéntica calma. Hasta los mismos lejanos aullidos de los perros. Sólo el calor empezaba a amainar, batido por los primeros frescores de la madrugada.

—El alcalde dijo que la sublevación de los militares es para derrocar la República, ¿no?

—Sí, eso dijo, Ricardo. ¿Y qué? Ricardo prosiguió:

—Entonces será para traer la monarquía.

—¿Queipo de Llano batiéndose por la monarquía? No lo creo.

—Entonces, como no sea el fascismo...

—¿El fascismo? Pero ¿dónde está el fascismo español? Hay

algún grupito, como tú sabes, pero nada. En España no hay fascismo, como tampoco hay comunistas. No. Sólo hay derechas enfrente. ¿Y qué pueden pretender las derechas? Pues la vuelta al principio, es decir, a como estaban las cosas antes de la venida de la República.

Ricardo, que escuchaba a su amigo fumando nerviosamente, sacó una mano por la ventanilla para arrojar de un papirotazo la punta del cigarrillo, cuya chispa ahogó rápidamente la negrura de la noche.

—Bien, Federico, pero tendrán algún plan.

—Ya te he dicho cuál.

—Pues si las derechas no tienen más que un plan negativo y ninguno las izquierdas, ¿qué va a salir de aquí?

Federico movió, apesadumbrado, la cabeza.

—Para empezar, toda esta confusión me hace temblar las carnes.

—Sin embargo —añadió Ricardo—, algo habrá que hacer y...

—¿Tú sabes qué? —le cortó su amigo.

—Algo, hombre.

—Sí, luchar; pero a ciegas.

—Cualquier cosa antes de que nos aplasten tranquilamente, vamos, digo yo.

—Por supuesto, Ricardo. Pero ¿se resolverá algo echándonos todos a la calle a la caza de lo que salga?

Ricardo refunfuñó algo ininteligible y luego guardó silencio. El poblado de pescadores continuaba aplastado por la pesadumbre de la noche, inanimado, y el coche abrió en su aire tranquilo una larga estela de temblores y resuellos.

—Y esta pobre gente sin saber todavía lo que se prepara —

murmuró Ricardo mientras echaba una ojeada a su caserío.

—¿Y quién podría decirlo, Ricardo?

—Nada bueno, desde luego.

—Esa incertidumbre es lo que más me angustia, amigo mío. Nuestra situación es la misma que la del enfermo que quiere saber lo que piensa el médico.

Aún se veían las manchas blancas de las casitas de los pescadores cuando rompió el silencio una ristra de disparos en la dirección del pueblo. Los tres ocupantes del automóvil se sobresaltaron.

—¡Calla! ¿Tiros? —y Federico sacó la cabeza por la ventanilla para oír mejor.

—Será la traca de feria —se le ocurrió decir a Pinturas.

—¡Para, para! —ordenó Federico, demudado.

Ricardo, por su parte, permaneció mudo hasta que el coche se detuvo al borde de la carretera y pudieron percibir claramente el estampido seco y salteado de los disparos.

—Seguramente —dijo— ha estallado la revuelta dentro del cuartel. Es lo que esperaba el alcalde —y en tono exaltado gritó—: ¡Los sargentos han cumplido su palabra!

Echaron pie a tierra. Las detonaciones arreciaron, distinguiéndose algunas cortas ráfagas de ametralladora. Federico y Ricardo se miraban sin saber qué decir, temblando de emoción.

Entonces se oyó la exclamación de Pinturas, con musiquilla cuartelera:

—¡Ya está liada! ¡Ya está liada!

—¡Al coche! ¡Aprisa! —fue la reacción inmediata de Federico.

De nuevo en marcha, insinuó Pinturas:

—A ver si es que los militares están disparando contra el

personal...

Siguió un silencio, durante el cual percibieron, más fuertes cada vez, y más nutridos, los disparos, hasta que, de pronto, empezaron como a tartamudear, cesando al fin bruscamente.

—¡Ya ha palmado el que sea! —exclamó Pinturas.

—Sí —murmuró Ricardo—. Pero ¿quién? Tras una pausa, dijo Federico:

—De cualquier manera, malo es que haya corrido la sangre. Es algo que no tiene arreglo. Se quiere luego lavar una sangre con otra, y lo que se consigue es agrandar la mancha. La sangre no se lava nunca.

Pronto llegaron a las primeras casas del pueblo, donde los acogió un gran clamor de voces humanas.

—¡Hemos ganado, Federico! —gritó Ricardo, electrizado de nuevo.

Al entrar en la primera calle pudieron ver a la gente asomada a las ventanas o formando corrillos en las puertas; muchos de los hombres abrochándose todavía los pantalones; las mujeres, arropándose precipitadamente. Asomaban también chiquillos medio desnudos, que se mezclaban entre los mayores, pese a los gritos de las madres. De ventana a ventana y de grupo a grupo se cruzaban preguntas y respuestas, mientras todos hablaban a la vez con gran excitación.

—¿Qué pasa, Paco?

—¡Qué jollín, niño, qué jollín!

—¿Y Luis?

—¡Niño!

—¡Ay, Dios!

—¡Quédate en casa, Manuel!

Estallaban los nervios, como estalla la tormenta después del bochorno, tras una tensa y angustiosa espera. Pinturas tuvo que aminorar considerablemente la marcha del coche para no atropellar a los chiquillos que habían empezado a jugar y a perseguirse por la calzada. Federico y Ricardo trataban de enterarse de lo sucedido; pero en vano, porque, en vez de respuestas, recibían preguntas al pasar. Pero de pronto apareció por el otro extremo de la calle un grupo de jóvenes en mangas de camisa, gritando, roncando ya, vivas a la República.

Federico saltó del coche sin esperar a que se detuviera y abordó a uno de aquellos mozos:

—¿Qué ha pasado?

El muchacho, despeinado, rota la camisa, parecía ebrio. Sin embargo, al reconocer a Federico, se detuvo para contestarle:

—Que el sargento García ha dado la vuelta a la tortilla en el cuartel, y ahora andan los soldados quitando el bando de guerra.

Era inútil preguntar más por el momento y Federico volvió al coche, que abandonaron poco después, en la plaza, donde el gentío era mucho mayor. La calle principal aparecía como en una tarde de toros. Habían abierto sus puertas algunos bares y la gente se acogía a ellos o formaba corros gesticulantes en las aceras e incluso en medio de la calzada. Preguntas y preguntas. Vítores. Por toda la calle corría como un calambre de alegría contagiosa.

Cuando Federico trató de avanzar por ella, junto a Ricardo, en medio de saludos y amistosos golpes en la espalda, surgió por una de las transversales un grupo de soldados que apenas podía abrirse paso entre los grupos de entusiastas que acudían a vitorearlos. El sargento, con la guerrera empapada de sudor,

luchaba por mantener el orden y la marcialidad entre sus subordinados, teniendo que rechazar enérgicamente a quienes trataban de invitarlos en los bares del trayecto. Su rostro aparecía ennegrecido por la barba crecida. Se había quedado afónico y se advertían en él los grandes estragos de la tensión y el cansancio.

—No hay quien pueda con el personal —dijo cuando Federico se acercó a él y señalando a los que atosigaban a los soldados—. Estoy deseando llegar al cuartel. Mucho entusiasmo ahora, pero si no es por nosotros...

Federico tenía que pegarse materialmente al sargento para poder entender lo que le decía, siendo por eso víctima, a su vez, de los achuchones de la multitud.

—Bien, pero ¿cómo ha sido eso? El sargento le miró con extrañeza:

—¿Y dónde has estado que no lo sabes?

Entre codazos, pisotones y continuos manotazos del sargento, Federico pudo contarle el resultado de su excursión nocturna por la carretera.

—Esos falsos nos la juegan al final, ya lo verás —fue su comentario, y luego, interrumpiéndose a cada paso, siguió diciendo—: Lo nuestro resultó como lo habíamos planeado. Los oficiales quisieron resistir, como es natural, en el cuarto de banderas, y tuvimos que disparar para que la compañía más dudosa se estuviera quietecita. Y eso hizo. Como habíamos tomado previamente las azoteas y dominábamos el patio, no se podía mover dentro del cuartel ni una rata sin permiso nuestro. En vista de ello, los oficiales no tuvieron más remedio que rendirse. Eso sí, les prometimos antes dejarlos en libertad de elegir entre nosotros o marchar a Algeciras.

—¿Y qué?

—Pues que a estas horas estarán ya en Gibraltar.

—¿Ha habido heridos o muertos?

No, porque no tirábamos a dar. No hizo falta.

—Menos mal.

Federico palmeó el hombro del sargento y se separó de él. El piquete de tropa continuó su camino hacia el cuartel, seguido y rodeado de una multitud vociferante y entusiasta.

Como Ricardo mostró deseos de ir inmediatamente a informar al alcalde, Federico abandonó la calle principal, saludando a unos y a otros. Por las palabras y comentarios que cazaba al paso, comprendió que el optimismo tornaba al ánimo de las gentes como después de un mal sueño.

—¿Tú crees que va a haber corrida mañana?

—Digo, pues claro que sí.

—No sé, no sé... La cosa no está clara todavía.

—Anda y no seas cenizo.

Quería, necesitaba estar solo y tuvo que rechazar la compañía de algunos amigos.

(—Necesito pensar, serenarme. Esto es una locura. ¡Una locura! La locura de una noche de verano. ¿Correrá la sangre? Y ahora, ¿qué? Lo peor es que corra la sangre, que toda España se convierta en Asturias. La revolución... ¿Qué revolución?).

La agitación remitía a medida que se alejaba del centro de la población, pese a los grupos de jóvenes enardecidos que seguían patrullándola en todas direcciones. Las radios habían enmudecido y sólo se percibían, de cuando en cuando, los vítores revolucionarios, cada vez más roncós y también con mayor carga

explosiva, como en los finales de una traca:

—¡Viva el comunismo libertario!

—¡Viva la revolución social!

Se dirigió hacia el real de la feria. El circo, las casetas, los artilugios recreativos, los puestos de tiro al blanco, las turronerías y los aguaduchos, las barracas de la «cueva misteriosa» y de «sólo para hombres», el teatro ambulante con anuncios de «obras sicalípticas», y todos los demás tinglados, con sus lonas cerradas y sus toldos recogidos, con sus luces apagadas y el silencio en torno, daban una impresión triste y desoladora.

No se veía un alma por sus avenidas enarenadas. Sólo algunos feriantes desvelados fumaban junto a las puertas de sus tiendas, desnudos de cintura para arriba y con las pelambres revueltas. Apenas hablaban entre sí y callaban al ver aparecer a Federico. Gentes llegadas a saber de dónde y a costa de cuántas fatigas, ancladas allí ocasionalmente para seguir después la ruta de las ferias, vendiendo su alegría profesional de cascabeles mecánicos. El tumulto del pueblo era, sin duda, un mal presagio para ellos.

(—Tienen miedo, pero ¿quién no tiene miedo esta noche? Es él, el miedo, el causante de todo este alboroto. Toda España tiembla de miedo. El miedo es el que nos empuja a unos contra otros. ¡El miedo!)

—¡Viva la revolución social.

Los feriantes apagaron rápidamente sus cigarrillos y se escondieron bajo las lonas o en los carromatos. Y se congeló sobre el real de la feria un silencio profundo y pavoroso.

Federico miró a lo alto, donde ya pintaban albores, y se estremeció.

(—Qué nos traerá el nuevo día? ¿Cuántas personas, en este mismo momento, desde sus alcobas, desde sus despachos, en los caminos, en las encrucijadas, en la centinela, en los centros políticos, en los conventos y en mil diferentes escondrijos, estarán esperando, acongojadas, que se levante el telón del nuevo día?)

Seguía ensimismado en sus pensamientos cuando oyó que lo llamaban por su nombre. Había quedado atrás el real de la feria y se hallaba en una de las calles que conducían al centro de la población.

—¡Federico!

Sí, le llamaban desde aquella ventana. Pero la ventana pertenecía a la casa de don Agustín, el jefe de la CEDA.

—¡Federico!

Se acercó.

—¡Buenas noches, don Agustín!

—¿Buenas noches, hijo?

Don Agustín era el abogado más importante de la ciudad. Rubio, grueso, con unos ojos claros inteligentísimos y amigo de Gil Robles, o, por lo menos, su ferviente admirador. Tenía dos hijas casaderas, muy guapas, y un solo descendiente varón, vago y calavera, un verdadero balarrasa.

—Es la fórmula, ¿no?

—Sí, pero... ¿qué crees tú?

—¿Yo? ¿Y usted?

—No sé qué pensar.

—Ni yo.

—Entonces...

Don Agustín estaba pálido, tembloroso, angustiado.

—¿Crees que pueda ocurrir algo gordo?

—¿Y quién lo sabe, don Agustín?

—¡Pobre España!

Siguió una pausa. Ninguno de los dos sabía de qué hablar. Al cabo dijo Federico, como despidiéndose:

—En fin, mañana veremos...

Y don Agustín, suspirando profundamente, exclamó:

—Adiós, hijo. ¡Y que Dios tenga piedad de todos!

III

Al desembocar por la calle de Carretas se dio cuenta Federico del color ceniciento del aire de la Puerta del Sol en aquella mañana de marzo. Los escaparates de las tiendas, desoladamente vacíos y con los cristales cuadriculados por las tiras de papel engomado, y el mal aliño de las gentes contrastaban con el ornato propagandístico de banderas y carteles en fachadas y balcones. Los tranvías circulaban sin cesar, abarrotados de un público gris, entre el que sobresalían los uniformes y los capotes militares, en torno al viejo y deslucido tinglado del centro de la plaza. Los faroles aparecían pintados de azul. Se veían muchas mujeres entoquilladas o enfundadas en raídos abrigos, calzadas muchas de ellas con botas de paño y zapatillas, portando pequeños capazos y fardes, que andaban apresuradas, con la única preocupación de hallar alguna cola que anunciase la venta de algo para comer. En las anchas aceras, sin embargo, se observaban los consabidos grupos de curiosos, paseantes y desocupados de otros tiempos, con la sola diferencia de su atuendo, mixto de soldado y paisano. Estaban allí, al igual que siempre, como a la espera de un regalo de la suerte: el extraño negocio, la rara oportunidad, la fortuita combinación, la noticia escandalosa, el comentario zumbón, la

hembra desconocida..., sin que, por el contrario, prestasen, al parecer, demasiada atención al desusado movimiento de guardias de asalto por los alrededores del Ministerio de la Gobernación, en cuya torre seguía el reloj que midiera siempre el tiempo de España, pero con el cristal de la esfera roto, e inmóvil la célebre bola. Un grupo de soldados aburridos contemplaba el destrozo que hiciera un obús en la boca del «metro».

La Puerta del Sol continuaba siendo el corazón de la gran ciudad, si bien pareciese ahora cansado, con latidos más débiles al cabo de una larga agonía que duraba ya casi tres años. Treinta meses de asedio militar, de cerco, de castigo diario, viendo morir a todas horas a sus habitantes en cualquier esquina, bajo chaparrones de metralla, hambrientos, ateridos, dando un ejemplo de terquedad ibérica superior a todos los ejemplos anteriores. Por aquí y por allá, los grandes letreros con la frase «No pasarán», eran como la voz desesperada y desafiante de unas gentes —las de la ciudad— famosas en mil historias de picaresca y en incontables chistes para asombro de provincianos, y famosas también por sus desplantes y sus posturas aguerridas, cuando su frivolidad cortesana se tornaba en remango arrabalero y popular.

Federico torció a la derecha y se detuvo a contemplar el escaparate de la histórica librería de San Martín. Pocas cosas ofrecía: sólo algunos folletos de propaganda antifascista, y tres o cuatro títulos, entre ellos Doy fe, Un año con Queipo... Al tropezar sus ojos con El ajedrez internacional, se sonrió. Entonces advirtió, a través del empañada y sucio cristal del escaparate, la borrosa imagen de un hombre situado a su espalda, que parecía seguir atentamente todos sus movimientos, y se volvió, rápido, hacia él.

El hombre dio un respingo y le miró, un poco temblón. Tenía el

pelo casi completamente blanco, manos finas de venas abultadas y un mirar triste y avergonzado. Se arropaba con un gabán que debió de ser bueno mucho tiempo ha, y se cubría el cuello con una bufanda negra. Tenía arrugas profundas en el flaco rostro de barba cana sin rasurar y una arrastrada sonrisa en los blandos labios.

Federico le miró al pronto duramente y apercibido, pero cambió de actitud a las primeras palabras del anciano:

—Perdone, camarada. No quería molestarle. Sólo que... Federico le escuchaba en silencio y sin hacer el menor gesto, impasible, y el viejo añadió, acentuando su sonrisa de escasos y negros dientes:

—Era por la colilla, ¿sabe? No quería perdérmela. Me acabo de tomar un caldo ahí —y señalaba al Café de Levante—, pero no he podido fumarme el mejor pitillo del día, ¿comprende? No crea, tengo dos hijos y tres nietos en el frente...

Por fin habló Federico:

—¿Voluntarios?

El anciano dudó un momento ante la mirada fría y penetrante de Federico, y luego contestó:

—Uno de mis hijos, sí. Es socialista. El otro y los nietos, por sus quintas.

El capitán sonrió.

—Eso quiere decir que tiene de todo: un voluntario, otro de la quinta del saco y tres de la quinta del biberón, ¿no es así? El anciano movió la cabeza en sentido afirmativo, agregando:

—Y no es eso lo peor, sino que uno se encontrará a estas horas en Francia y los otros están enrolados en el Cuerpo de Ejército de Barceló. Así que...

Federico, que entretanto había escondido una de sus manos bajo el capote, la hizo reaparecer ante los ojos de su interlocutor con un cigarrillo.

—Tome —le dijo—, ahí tiene para dos veces. Pero que conste que no me creo lo del hijo socialista y voluntario, ¿estamos?

El anciano se lo arrebató nerviosamente, brillándole los ojos y temblándole los labios de avidez, y le dijo después:

—Se lo juro, capitán. Él salvó a su otro hermano... y también a mí, aunque yo no me metí nunca en política. No me gusta la política de ahora, ¿sabe? En mis tiempos era otra cosa —y como Federico guardara de nuevo un frío silencio, añadió—: Así que no sé lo que va a ser de ellos, ni de todos nosotros ahora, con este nuevo jaleo que anuncia la Prensa. Era lo que nos faltaba, porque ya está bien de sangre, ¿no le parece?

—¿Usted cree?

—Claro, hijo, claro. Ya le he dicho que no entiendo de política, pero, a pesar de ello, creo que todo lo ocurrido en España desde el 18 de julio es una locura, y usted perdone, y esto que empieza ahora, el delirio. Dicen, dicen... —y otra vez vaciló al hablar— que habrá una segunda vuelta después que pase esto. ¿Usted también lo cree?

Federico movió la cabeza negativamente.

—No, no lo creo así —contestó—. Puede usted estar tranquilo. Ésas son rumores derrotistas, bulos de la quinta columna. El anciano bajó los ojos, murmurando:

—Si al menos acabara pronto la guerra. Dicen... Pero Federico le cortó con su saludo de despedida:

—¡Salud!

—Salud y gracias, capitán. Que...

Pero ya el capitán le daba la espalda. Entonces el anciano se arrimó a la pared para ocultarse a la mirada de los curiosos y partió en dos el cigarrillo.

El Café de Levante, grande, sucio, destartado, estaba repleto de parroquianos pegados al mostrador unos, o formando nutridos corros en torno a las mesas los más. Olía densamente, a sebo, a tabaco picante y a ropa vieja y sudada. En sus paredes figuraban muchos carteles de propaganda antifascista, algunos despegados ya, o de advertencias sobre el trabajo de espías, de esparcidos de bulas y rumores derrotistas, mostrando hercúleas figuras de obreros con las siglas C.N.T. y U.G.T. sobre la camisa, de combatientes aguerridos y de descomunales orejas pertenecientes a simiescos espiones.

Era un público abigarrado, compuesto en su mayoría por militares, si bien no se observara una verdadera uniformidad en su atuendo: chaquetones de cuero, capotes, gorras de plato y pasamontañas, pantalones rectos o abombados, alpargatas o altas botas de cuero, guerreras o cazadoras... Los oficiales se distinguían por la estrella roja de cinco puntas y los galones dorados, y también por el correa y las pistolas, aunque algunos aparecieran visiblemente sin armas y, por el contrario, las mostrasen quienes no ostentaban graduación alguna. También había entre ellos mujeres de aspecto y modales desairados, provocativas, que asediaban a los hombres y alternaban con ellos desenfadadamente. Bien visible, por cierto, destacaba uno de los carteles previniendo a los soldados contra las enfermedades venéreas, «que causan más bajas que las balas fascistas».

Pese a tal concurrencia, el tono de las conversaciones era más bien moderado, confidencial, sobre el único periódico de la

mañana, Castilla Libre, de la C.N.T., cuyos comentarios eran favorables en un todo al coronel Casado.

Se hablaba con reserva, cruzándose miradas de recelo entre grupo y grupo. Había quien se deslizaba disimuladamente entre ellos, a la caza, sin duda, de palabras y comentarios, provocando miradas de desconfianza y alusiones a uno de los carteles donde se leía: «Ojo, antifascista: el enemigo escucha». Nada más entrar allí, Federico se percató del ambiente confuso, contradictorio y temeroso que predominaba. Aquellos hombres eran convalecientes de los hospitales de sangre, o se hallaban gozando de breve permiso, o pertenecían a centros de recuperación, o estaban adscritos a algún servicio de la retaguardia, o, en algunos casos, eran simples emboscados, desertores o enemigos con documentación falsa. En cuanto a las mujeres, era claro que se alistaban en la clase de prostitutas profesionales. No faltarían tampoco agentes del S.I.M. ni de las organizaciones clandestinas del adversario. En cualquier caso, todos se hallaban profundamente turbados por las noticias de la Prensa concernientes a la constitución de la Junta de Casado, en pro la de la mayoría de los periódicos y furiosamente contrarias las de los comunistas.

Presionando en busca de la línea de menor resistencia entre los que se agolpaban en el mostrador, pudo al fin asomarse a él. Al otro lado de la barrera atendían al público unos hombres viejos y cansados que no parecían tener el menor interés en su trabajo. Consistía éste en verter en tazas y vasos el contenido de unas perolas que les traían de la cocina, negruzco el del supuesto café y blancuzco el del supuesto caldo.

—¡Eh, camarada, que ya me toca a mí! —gritaba uno en el

momento de aparecer Federico.

Pero el camarada del cazo se limitó a mirarle y encogerse de hombros para darle a entender que tuviera paciencia, porque no podía dar abasto a tantas peticiones. Luego se entabló una disputa.

—¡Cuidado, camarada, que es para mí! —alegó un soldado con la cabeza vendada, tratando de apoderarse de una de las tazas.

—¡Rin, rin, todos los días quieres, y los domingos dos veces! —replicó una mujer gorda y descarada, birlándole la codiciada taza humeante.

El así burlado se la quedó mirando sin saber qué hacer ni qué decir. Ella, poniéndole en la mano un arrugado billete, añadió, al tiempo de guiñar un ojo:

—Anda, paga; que no se diga que eres un primo —y al volverse de espaldas a él, aún le soltó otra chulería—: ¡Qué porquería, mi novio es de infantería!

Federico, con un cigarrillo entre los dedos para mostrárselo al hombre del cazo, gritó entonces:

—¡Un caldo, compañero!

El otro iba a hacer ya su acostumbrado movimiento, pero al ver el cigarrillo que le ofrecía, cambió su gesto agrio e indiferente por otro plenamente amistoso.

—¡Va, compañero! —gritó a su vez.

Vertió rápidamente un cazo del líquido blancuzco en una taza y colocó ésta frente a Federico con una mano mientras con la otra se apoderaba del cigarrillo y lo echaba en una caja, bajo el mostrador.

Al darse cuenta de la maniobra, algunos de los que esperaban pacientemente su turno se revolvieron, pero no contra Federico,

que había procurado desaparecer inmediatamente de allí, sino contra el camarero.

—Como te atrevas a repetir la faena, te juro que te tragas una bomba de mano, mamón.

—¡Desgraciado! —se desahogó otro—. Pues no se vende por un pitillo... Te aseguro que cuando llegue la segunda vuelta, vengo por ti, hombre.

Pero el del cazo no se dejó impresionar.

—¿Es que no vais a fumar más que vosotros?

—Pues vente al frente, majo.

—¿Para qué, valiente? ¿Para ver la paliza que les damos ellos a nosotros?

Algunos de los circunstantes rieron, y uno de ellos remató así el incidente:

—Anda, y que no tiene cara el fulano... Más cara que san Alejandro, que se murió de paperas...

Federico, entretanto, tenía que hacer mil equilibrios para que no se le derramase el caldo mientras se dirigía hacia una de las mesas desde la que alguien le hacía señas con una mano.

Cuando pudo llegar hasta allí, indemne, y dejar la taza sobre el mármol, saludó:

—¡Salud, Cubas!

—¡Salud, Olivares! Sabíamos que te encontraríamos aquí.

—¿Y qué hacer? No hay otro sitio en Madrid donde se pueda tomar algo caliente por las mañanas —y dirigiéndose al otro contertulio, añadió—: ¡Salud, Trujillo!

—¡Hala, coño, siéntate! —y mientras Federico tomaba asiento entre ambos, añadió—: A ver si ahora podemos fumar, hombre.

—Deja primero que me tome el caldo, ¿quieres?

—Sí, hombre, sí.

Cubas, el comisario de guerra, era un tipo corpulento, moreno, de mirada grave y profunda, que rondaba los cuarenta años. Tenía modales, andar y habla de campesino, pero de campesino pulido por una cultura de autodidacta que había pasado directamente, siendo ya adulto, de las primeras letras a tratados de historia y de sociología.

—Mira que eres pesado con tu dichoso vicio del tabaco, Trujillo. —Después, dirigiéndose a Federico, agregó—: Hasta que tú has venido no ha habido forma de hablar seriamente con él, porque dice que no es hombre hasta que se fuma el primer pitillo, del día. ¿Qué te parece? ¡Vaya un revolucionario!

El delgado rostro de Trujillo parecía una proa al enfrentársele y decirle:

—¿Es que el fumar sólo es cosa de burgueses?

—No, hombre, no, pero tu obsesión por el tabaco en circunstancias como las que estamos viviendo me parece una niñería.

El teniente hizo un mohín de desprecio.

—Claro, como tú no bebes, ni fumas, ni tienes ningún otro vicio pequeño...

Federico, mientras sorbía los restos del caldo, hizo un ademán apaciguador, que cortó el tiroteo de pullas entre sus amigos. Al sacudir después la cabeza, como espeluznada, le dijo Trujillo, riendo:

—No pienses de dónde habrán sacado los zancarrones de burro o de mula para hacer ese caldo, hombre. Yo por eso tomo café, que sé que es cebada...

—¿Quieres callarte, zopenco? —y Federico se pasó el dorso de

la mano por los labios.

Cubas, sonriendo, intervino:

—¿Y qué más da que los huesos sean de buey o de asno, vamos a ver? —y ya serio añadió—: En fin de cuentas, todo se reduce a hierro, fósforo...

—Ya, ya —le interrumpió Federico—. Ya lo sabemos, pero es que también cuenta la imaginación.

—Tienes razón —accedió Cubas meneando la cabeza—. Ella es la que nos amarga la vida.

Federico puso entonces una mano sobre su hombro, dándole unas amistosas palmadas.

—O nos la adorna, Cubas, o nos la adorna. Porque, ¿qué sería la vida sin imaginación?

—Más fea, desde luego, pero más verdadera.

Federico sonreía.

—No se puede ser tan materialista, Cubas.

Cubas le miró a los ojos gravemente; pero, de pronto, quebrando su gesto adusto con una leve sonrisa que fue más bien mostrar la robustez y blancura de sus dientes, murmuró:

—Bueno, dejemos eso ahora y vayamos al grano, ¿quieres?

—De acuerdo.

Federico sacó entonces un pitillo y lo partió en dos, dando una de sus mitades a Trujillo y quedándose con la otra, y en seguida se pusieron ambos a liar sus respectivas pajillas mientras Cubas se entretenía en trazar círculos con un dedo en el sucio mármol de la mesa. Hasta ellos llegaban la vaharada de olores turbios y el monótono runrún de las conversaciones. De cuando en cuando sentían el roce de alguien que pasaba junto a ellos, empujándolos por detrás o apoyándose en los respaldos de sus sillas, y hasta

algún codazo que otro. Se oían risotadas y tacos sonoros, y las palabras camarada y compañero en voz alta para llamarse. Una mujer gorda pasó contoneándose junto a otro grupo, deteniéndose después para quitarle a uno el cigarrillo que tenía en la boca y darle un par de chupadas, a cambio de que su dueño le palpase y le palmease las nalgas.

Cubas permaneció en silencio hasta que vio echar humo a sus amigos por boca y narices.

Entonces preguntó a Federico:

—¿Cuándo nos volvemos al frente?

Federico expelió el humo lentamente y luego movió la cabeza en sentido negativo.

—¿Volver al frente? Imposible. Los comunistas han debido de cortar ya la carretera de Guadalajara. Por otra parte...

—Pero hemos de hacer algo, ¿no?

—Nada, Cubas, nada.

—¿Cómo que nada?

Federico remachó:

—Lo que oyes. Por lo menos, yo no pienso hacer nada. Estamos metidos dentro de una ratonera; pero, aunque no fuera así, me quedaría igualmente en Madrid. Claro está —añadió al observar el fruncimiento de cejas de Cubas— que vosotros sois muy dueños de hacer lo que os parezca mejor en estas circunstancias.

—Yo haré lo que tú hagas —se apresuró a decir Trujillo—. Hemos estado juntos toda la guerra y juntos hemos de continuar hasta el fin.

Siguió un silencio. Cubas había palidecido y cerrado los ojos. Soltó bruscamente después el aliento contenido y, golpeando la

mesa con el puño, exclamó:

—¡Y qué fin, Trujillo, y qué fin!

—Sí y ¡qué fin! —repitió Federico suspirando.

—Es una vergüenza, Federico —y Cubas le miró a los ojos con rabia en los suyos.

—Y tanto. ¿Por qué hemos de ser nosotros beligerantes en él? Lo he estado pensando durante muchas horas la noche pasada y he decidido, pase lo que pase, estarme quieto y no tomar partido por ninguno de los dos bandos. ¿Otra guerra civil entre nosotros? —Sonrió amargamente y añadió—: Bastante tendremos que lamentar la primera durante toda nuestra vida para meternos en otra. ¡Ni pensarlo, vamos, ni pensarlo! Yo no quiero caer tan bajo, Cubas, y no caeré.

—Pienso igual que tú —dijo Trujillo.

Cubas miró a ambos, pero como si no los viese, y siguió una nueva pausa hasta que al fin dijo, abatiendo otra vez la mirada:

—Puede que estés en lo cierto, pero... —volvió a mirar a Federico y, ya más vehementemente, le preguntó—: ¿No comprendes que serán los comunistas los que nos obligarán a luchar?

—¿Por qué?

—Pues muy sencillo. Ellos son incomparablemente más fuertes que los de la junta. Las tropas que defienden a Madrid pertenecen al 1.º, 2.º y 3.er Cuerpos de Ejército, al mando de los comunistas Bueno, Ortega y Barceló. Eso aquí, que en Levante son los amos. Además, tienen los tanques, los guerrilleros y la aviación. ¿Y con qué cuentan, en cambio, los de la junta? Pues prácticamente sólo con nuestro Cuerpo de Ejército, el 4.º, al mando de Mera, y con alguna otra Brigada suelta que no podrá moverse. ¿Es verdad o

no?

Federico y Trujillo, afirmaron con un movimiento de cabeza.

—¿Queréis decirme entonces qué es lo que va a pasar? — continuó diciendo Cubas—. Pues que los comunistas se merendarán a los de la junta en menos de cuarenta y ocho horas. Después habrá que continuar la guerra contra el fascismo, ¿no? Creo que está bien claro. Bueno, pero ¿que hacemos nosotros entretanto? ¿Unirnos a los comunistas, o dejar que nos aplasten? No existe una tercera solución. Y como por encima de todo somos antifascistas... Yo a lo de Casado no le veo ni pies ni cabeza. De acuerdo con los comunistas hubiera sido posible todo; en contra de ellos, nada.

Federico, que había seguido atentamente los razonamientos del comisario, moviendo la cabeza, unas veces en sentido afirmativo y en sentido negativo otras, le replicó:

—Pues existe una tercera posición: cruzarse de brazos, no intervenir en el conflicto, ya que hemos tenido la suerte de que nos sorprendiese fuera de nuestras unidades. No hay duda de que los comunistas son, con mucho, los más fuertes, pero no utilizarán toda esa fuerza en el sentido que tú imaginas, no. Lo que tú acabas de decir lo saben también los hombres y las organizaciones que han formado la Junta, y mejor que tú y que yo, y no podemos creer que hayan pretendido tan sólo suicidarse.

—No, claro que no, pero...

—Según mis informes —siguió diciendo Olivares—, los de la Junta cuentan con que los comunistas hagan una oposición simbólica para salvar su prestigio con vistas al futuro. No tienen prisa ni les importa una derrota parcial. Lo contrario que a nosotros. Por eso no pasarán de esa demostración de protesta.

Claro que ello va a costar la vida a muchos antifascistas. Eso es lo que más me duele. Y es precisamente por este detalle por lo que no dispararé ni un solo tiro en esta segunda guerra civil. Desengáñate, Cubas, hemos llegado al fin irremediable. Estamos vencidos, y no hay que darle más vueltas. A mí también me ha costado mucho admitirlo, pero es así y no de otra manera.

Trujillo, que había pinchado con un alfiler la colilla para apurar hasta la última brizna de tabaco, intervino para decir:

—¿Matarnos entre nosotros mismos? No seré yo quien lo haga. ¡Ni hablar!

—Es más —añadió Federico—, le he pedido a Matilde que me lleve al hotel mi ropa de paisano. En cuanto me la ponga esta tarde, se habrá acabado para mí la guerra.

Cubas, de codos sobre la mesa y con el rostro oculto en las palmas de la mano, guardó silencio. Federico y Trujillo cruzaron entre sí una mirada y quedaron también callados. Por la profunda y agitada respiración del comisario comprendieron ambos la dolorosa lucha interna de éste, su íntima desesperación y congoja. Al cabo de un rato, murmuró, restregándose los ojos:

—¿Y para eso se lo ha jugado uno todo?

Luego miró a sus amigos, brillándole intensamente la mirada.

—Me quedé sin mujer y sin hijos, y hasta di por perdida la revolución, pero conservaba la esperanza de ganar la guerra. Y ahora ¿qué? —movió violentamente la cabeza y añadió con energía—: ¡No, no puede ser! Tenemos que estar equivocados, Federico. ¿Qué va a ser de tantos miles de hombres, mujeres y niños? Ya no pienso ahora en mí, pienso en ellos, ¿comprendes?

Estaba a punto de estallar en él la desesperación.

—No van a fusilar a todo el mundo, digo yo —y Trujillo le

golpeó amistosamente en el hombro.

—¿Fusilar? ¿Es que no hay algo peor que eso? ¿No comprendes que es peor mendigar la vida, verse aplastado, ser un vencido para siempre? —replicó Cubas, más y más enardecido—. Creo, que tenía razón la Pasionaria cuando dijo que vale mas morir en pie que vivir de rodillas.

Los miraban descaradamente ya desde las mesas próximas, algunos de cuyos ocupantes se acomodaban para oír mejor, ávidos todos ellos de cualquier comentario que los orientase en el laberinto de tantas conjeturas y suposiciones. Federico, dándose cuenta de la atención que despertaban, hizo una seña al comisario para que bajase la voz, y Cubas le obedeció como sorprendido.

—Yo creo que no está todo perdido, Cubas —le dijo—. Precisamente la Junta que se ha creado trata de evitar la última matanza y que, los que así lo deseen, puedan salir de España y librarse de ese martirio que tú acabas de exponer.

—¿Adónde, Federico? ¿A un campo de concentración en Francia?

—No, hombre, no. A América. Allí hay mucho que hacer hasta desde el punto de vista revolucionario. Otra vez se irá allá la mejor gente de España.

—¿A América? —y Cubas le miró como un niño a quien le hablan de algo que ya le suena a quimera.

—Volveremos cuando acabe la guerra mundial, esa guerra que va a estallar dentro de nada entre el fascismo y las democracias.

—¡No me mientes las democracias, Federico! Bien nos han explotado y engañado. Ahora que no les arriendo las ganancias. ¡Bien lo van a pagar todas, bien!

—¿Democracias? ¿Rusia? ¡Mierda para todas ellas! —Trujillo

escupió rabiosamente al suelo.

—Bien, bien, pero ellas son nuestra única esperanza a pesar de todo, compañeros —dijo Federico.

—No me digas que no es triste que tengan que vengarnos Hitler y Mussolini de franceses e ingleses, ¿eh?

—Ni lo pienses, Cubas —afirmó Federico categóricamente—. El fascismo tiene que desaparecer del mundo. De eso estoy tan seguro como de que ahora es de día.

Se habían acalorado. Era aquél un tema que les dolía hasta el paroxismo. Era ese hierro candente que no se puede resistir, y como tenían que reprimirse, optaron ambos por morder las palabras y finalmente dejar la cuestión, porque en el fondo ambos pensaban lo mismo. Trujillo aprovechó la pausa para decir:

—Para que veáis cómo están las cosas, os voy a contar lo que me pasó el otro día en el Estado Mayor de la División donde el hermano de mi mujer es teniente gobernador de un Cuartel general, cerca de El Escorial. Pues fui allí, como siempre, para sacarle tabaco y algunos botes de carne y de leche para los chicos, pues, como él es soltero, no se acuerda nunca de estas cosas. Mi cuñado no me dio tanto como otras veces y noté algo raro en el ambiente, pero al pronto no hice caso. Cenamos opíparamente para estos tiempos y cuando estábamos tomando el café, va y le dice el jefe de Estado Mayor a uno de los oficiales: «Pon la radio, a ver qué dice el parte de esta noche». Se levantó el fulano y encendió la radio. Todo el mundo se quedó callado y, de pronto, empezó a oírse el parte. A lo primero lo tomé por el nuestro, aunque no era la voz de siempre, pero al ver que aquellos hijos de puta lo escuchaban con el brazo extendido, a lo facha, comprendí que era el parte de guerra de los otros. Me dio un vuelco el

corazón, pero me dije para mis adentros: «Trujillo, te están tomando el pelo estos cachondos...» Pero qué tomadura de pelo ni qué leche. Aquella iba en serio.

—¡Cabrones! ¿Y por qué no te cargaste allí mismo a todos ellos? —le preguntó Cubas rechinándole los dientes—. Si llego a estar yo allí...

Trujillo siguió contando:

—No creas que no se me ocurrió. Pero estaba solo. Lo que hice fue salir de estampía. Mi cuñada corrió tras de mí y me dio alcance. Entonces empezó a decirme que no fuera tonto, que la guerra está perdida, que hay que salvarse como sea. Que ellos estaban en contacto con la Falange y con el Socorro Blanco. Por eso no podía darme más suministro el muy cabrón. Y qué sé yo cuantas mas hijoputadas me dijo. Hubo un momento en que lo vi muerto, pero no quise mancharme con la sangre de uno de la familia. Le tiré el macuto a la cara y le dije todas las perrerías que se le pueden decir a un hombre, y luego eché carretera adelante hasta que me recogió uno de los camiones de suministro.

—¡Como para meterlos a todos debajo de un tanque! —exclamó Cubas.

—Sí —dijo Federico, también pálido de rabia y, después de una pausa, agregó—: Claro que traidores los ha habido siempre en todos los campos. Estoy seguro de que si la situación nos fuese favorable a nosotros, muchos de la otra zona estarían ensayando a levantar el puño. Y, si no, acordaos de aquel jefe de guerrilleros que solíamos pasar a la otra parte por el Tajo. Aunque nunca nos quiso decir los nombres de los peces gordos comprometidos en Burgos y Zaragoza, lo cierto es que siempre se traía de allí una información estupenda.

—Siempre hay tipos que juegan sólo a ganar. ¡Maldita sea la madre que los parió! —barbotó Trujillo.

Cubas asintió con un movimiento de cabeza y Federico murmuró:

—Así es. Es triste, pero así es.

De pronto se oyó una bronca voz que gritaba:

—¡Camaradas, compañeros, hermanos! ¡No pasarán!

Y, como electrizados, los grupos de las mesas, puestos unánimemente en pie, y todos los que se hallaban junto al mostrador, empezaron a corear el grito, levantando los puños cerrados sobre sus cabezas.

—¡No pasarán! ¡No pasarán! ¡No pasarán!

También Federico, Cubas y Trujillo se unieron inconscientemente al clamor, transfigurados por el viejo entusiasmo de la lucha.

Era el grito rabioso y estremecedor que surgió en las calles de Madrid cuando se vio abandonado y solo en un siete de noviembre. Ahora sonaba mucho más dramático, mucho más lúgubre, como única razón de quienes se encontraban perdidos en un seis de marzo. Perdidos, pero no quebrados, ni arrodillados ni arrepentidos.

Los curiosos y paseantes de la acera del café tuvieron dos reacciones muy distintas: unos desaparecieron de allí, como barridos por el miedo, y otros penetraron en él para unirse al tumulto.

Cubas, pálido y con las venas del cuello hinchidas, subió de un salto encima de la mesa y, extendiendo los brazos, se puso a gritar:

—¡Compañeros! ¡Camaradas!

Más que su voz, que no podía oírse, fue su gesto quien poco a poco fue atrayendo la atención de los vociferantes, hasta conseguir que todos aquellos seres fuera de sí le miraran y decreciera un tanto la ola de sus voces, oportunidad que él aprovechó para dirigirles la palabra:

—¡Compañeros, camaradas! Ha llegado la prueba suprema. No nos vamos a echar atrás ahora, después de treinta y dos meses de guerra, ni a olvidarnos de que sólo hay un enemigo frente a nosotros: el fascismo. No nos importa lo que digan los de la Junta ni sus adversarios. Sólo nos importa que el fascismo no pase, que Madrid sea su tumba o la nuestra. —Advirtió entonces algunas muestras de impaciencia y de disenso y, para cortarlas de raíz, apeló a los vítores:

—¡Compañeros, camaradas: viva la libertad!

—¡Vivaaa!

—¡Viva España libre!

—¡Vivaa!

Saltó al suelo y dijo a sus amigos:

—Vámonos.

Salieron. La Puerta del Sol, resonante, parecía encogerse. Sólo circulaba la gente por la acera contraria. Los guardias de asalto, desplegados en torno al Ministerio, aguardaban, nerviosos, la aparición del peligro. Sin embargo, los tranvías amarillos continuaban, impertérritos, sus lentos viajes. En el Café de Levante continuaba el fragor de las voces y ya empezaban a salir de él grupos cantando himnos revolucionarios.

—Comprendí de pronto que era necesario animar a la gente —murmuró Cubas—, pero sin lanzar a unos contra otros, y eso es lo que he querido hacer.

—Y has estado como Dios —dijo Trujillo.

—No se podía decir otra cosa —confirmó Federico—. Me parece muy bien lo que has hecho.

Siguieron ya en silencio hasta alcanzar la embocadura de la calle de la Montera. El Café de Levante se había vaciado ya en su acera y los grupos empezaban a detenerse sin saber adónde dirigirse.

—¿Adónde vais vosotros? —preguntó Trujillo. Cubas se encogió de hombros.

—Por ahí. Quiero ver lo que pasa.

—Yo, a la calle de Fortuny. He de hablar con Molina antes de nada —manifestó Olivares.

—Pues yo voy a llegarme hasta Intendencia a ver si consigo algo de suministro. Los chavales están lampando, y ellas no entienden de Juntas ni de revoluciones. ¿Vais a sacar vosotros el rancho en frío? —y como Federico y Cubas hicieran un gesto negativo, añadió—: Pues entonces dadme vuestro salvoconducto para que pueda sacarlo yo. ¿Qué os parece?

Los otros le dieron los papeles respectivos y Federico dijo después:

—Podríamos vernos esta noche en el hotel para cambiar impresiones.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Y se separaron. Cubas se dirigió hacia la calle de Alcalá, Federico siguió Montera arriba y Trujillo fue a hundirse en la boca del «metro» más próxima.

A Federico no le sorprendió la inusitada animación que se advertía en el vestíbulo y en las demás dependencias del piso de la

calle de Fortuny donde estaba instalado el Comité Local de Madrid, dados los extraordinarios acontecimientos del día.

—¿Es verdad que los comunistas están ya en la Cibeles? —le preguntó Madriles nada más verle.

Federico se encogió de hombros y pasó de largo ante él en dirección a las oficinas. Por supuesto, las secretarias no habían desenfundado siquiera las máquinas de escribir y se limitaban a atender los teléfonos y a tomar alguna breve nota con lo que les decían los que continuamente entraban y salían procedentes de la calle. Todo era allí rumores y desconcierto.

Volvió a tropezarse con el mismo sujeto de la noche anterior, de quien Madriles le informara que era el secretario general de Ventas, que volvió a saludarle con un rotundo «¡Salud, compañero!», lamiéndole, a la vez, con la mirada. En aquel momento decía Marina a los allí reunidos, que ocupaban por entero las habitaciones y los pasillos, de pie o sentados de cualquier manera:

—El Comité sigue reunido y, por el momento, no hay más noticias que las que todos conocéis. Hasta que se reciban los informes de todas las barriadas y de los compañeros del frente, no será posible hacerse una idea clara de lo que está ocurriendo en Madrid. Tan pronto como el Comité la tenga, la dará a conocer a todos. Esto es lo que me acaba de decir el camarada Molina.

Hubo gestos de impaciencia, junto con otros de resignación, entre los oyentes. Era evidente, por otra parte, la ansiedad de todos aquellos hombres vestidos heterogéneamente, correligionarios del montón, depauperados por el hambre y las privaciones, entre los que abundaban los mutilados de guerra, los inútiles para el servicio activo y los de edad más que madura.

Ninguno fumaba, bien porque no tuviesen tabaco o porque fueran tan raquíticas sus provisiones que no quisieran compartirlas con nadie, o también porque no se atrevieran a lo que algunos considerarían una provocación. Federico reconoció algunos combatientes de los primeros tiempos, cuando las milicias se batían desordenadamente, sin apenas armamento, sin organización y sin más disciplina que la real gana de cada cual. Estaban allí algunos de los que, al principio, lo mismo hacían chistes, mientras disparaban contra los legionarios y los moros, que salían huyendo porque alguien había divisado entre los olivos a la caballería mora o a las tanquetas italianas, o que, sin más, abandonaban el frente con su fusil para pasar la noche con la parienta. Él los había visto muchas veces esperar la caída de algún compañero para hacerse con su fusil, atacar a pecho descubierto, pelear sin mandos, a la ventura, o echar a correr hacia retaguardia, presas del pánico, sin ningún motivo que lo justificase. Allí se veía a Justino, aquel del brazo cortado a ras casi del hombro, que, sorprendido por un moro cuando se encontraba sin municiones, se agarró furiosamente a él y lo mató a mordiscos en la garganta. Y Pepe, el malagueño, aprendiz de torero en su día, que perdió una pierna bajo la cadena de un tanque después de haber incendiado otros dos con botellas de gasolina. También advirtió Federico rostros desconocidos. ¿Quién sería ese tipo de gafas con aspecto de funcionario? ¿Y ese otro con la cruz roja sobre el gorro? ¿Y aquel cuyas miradas no podían disimular el asombro y el oscuro temor de encontrarse allí? Seguramente emboscadas de última hora, o neutrales, o posibles enemigos que aguardaban el triunfo de los franquistas a la sombra de un carnet antifascista. Oportunistas, en fin, ahora sumisos, pero quizá lobos

encarnizados mañana cuando se les exigiera una prueba de adhesión a los triunfadores. La guerra civil, en definitiva, gloriosa y desvergonzada, generosa y ruin, sublime o sórdida, según cada uno de sus mil aspectos, pero siempre trágica, delirante, destructora y envilecedora, porque en ella el odio, la falacia y la traición pueden ser consideradas grandes y heroicas virtudes también.

Federico tropezó al fin con los ojos de Marina y ambos se saludaron con la mirada, añadiendo ella un movimiento de cabeza en dirección a la puerta de la Secretaría general, donde permanecía el Comité reunido en sesión permanente. Entendió fácilmente su significado y se dirigió hacia allí, abriéndose paso, con mucho comedimiento, entre los que obstruían el pasillo.

Encontró reunidos solamente a Molina, Tudela y Raimundo.

—¿Y los demás? —preguntó después de un breve saludo.

—Ángel está en el Ayuntamiento y Ramírez en el Ministerio de Hacienda, donde se encuentran Casado y los demás miembros de la Junta. Por lo que hace a Lavilla, a ése no lo veremos ya hasta que pase la tormenta —informó Molina.

—Estará escribiendo un nuevo libro, hombre —bromeó Raimundo.

Federico tomó asiento junto a ellos y sacó dos cigarrillos, que repartió por mitades.

—Vaya, por fin ha habido suertecilla —comentó Tudela—. Ya sabes cuál es la opinión de Negrín respecto a los cigarrillos, ¿no?

—Sí, hombre, sí —contestó Federico en el mismo tono de zumba—: que los flacos también arden, ¿eh? Pues estoy de acuerdo con él en eso.

Siguió una pausa mientras liaban y encendían los delgados

pitillos. Tal vez fue el tabaco lo que les devolvió las ganas de hablar y discutir, porque, tras la primera bocanada de humo, expulsada desde lo más hondo de sus pulmones, Molina preguntó a Federico:

—Bueno, dinos lo que has visto.

Les contó lo que había presenciado en el Café de Levante, añadiendo:

—Es lo único digno de mención. Por lo demás, a la gente no debe de preocuparle ni mucho ni poco lo que pueda pasar, pues anda por la calle o espera en las colas al igual de todos los días. La verdad es que después de casi tres años de bombardeos y de hambre, es difícil que ya nadie se asombre de nada en Madrid. Yo creo que la gente se ha resignado a todo con tal de poder encontrar alimentos. Si la gente comiera, siquiera medianamente, terminarían la guerra nuestros nietos. ¡Palabra! —y sonriendo un poco, preguntó a sus compañeros, medio en broma medio en serio—: ¿No es verdad?

—Sí, el hambre acaba imponiéndose a todos los demás sentimientos e ideas. Es cierto —opinó Tudela suspirando.

—Bueno, ¿y qué contáis vosotros? —preguntó a su vez el capitán.

Se miraron Molina y Raimundo, y éste contestó:

—En realidad, poca cosa. Bueno, por un lado tenemos ya a la Junta en funciones. Por otro, parece que Bueno y Ortega dudan, pero no así Barceló, que se ha lanzado descaradamente al ataque. Los comunistas están en la posición Jaca y se han infiltrado por algunos barrios, sin que pueda señalarse hasta dónde han llegado exactamente. Se habla de que andan por Cibeles...

Federico le interrumpió.

—¿Y Mera? ¿Qué hace Mera?

—¿Mera? Todavía no se puede contar con sus tropas, me parece.

—Pues no sé entonces lo que va a pasar —y Federico abrió y cerró los brazos en señal de desconcierto.

—Parece que entre los mismos comunistas no hay unidad de criterio —siguió diciendo Raimundo—. Hay jefes que dudan, hay otros que ejecutan de mala gana las órdenes que reciben del partido. También los hay, claro es, que actúan sin vacilar y que han empezado por detener a todos los sospechosos: jefes, oficiales y comisarios que no son comunistas o están considerados como tibios. En general...

Molina, que sólo parecía atento a su cigarrillo, le interrumpió:

—En general, los acontecimientos se están desarrollando con arreglo a lo previsto. La nota dominante es el desconcierto, la confusión. Y la única ventaja, la de la sorpresa, está a favor de la Junta, porque ella es la única de todas las fuerzas que sabe lo que quiere. Mientras los comunistas se ponen de acuerdo y forman sus planes, se habrá dado tiempo a que caiga sobre Madrid el Cuerpo de Ejército de Mera. La indiferencia del pueblo, a que tú te referías antes, es un síntoma fatal para los comunistas.

—¿Cómo dices sólo para ellos?

—No lo dudes, capitán —y Molina sonrió—. El pueblo no va a intervenir en esto, por fortuna. Al pueblo no le importa esta disputa. Así se ventilará sólo entre los cuadros dirigentes de la guerra. Precisamente, según nos acaba de comunicar Ángel desde el Ayuntamiento, la mayor preocupación de éste es que el suministro de víveres a la población se efectúe normalmente, hasta lo posible, pase lo que pase. Si lo consigue, el conflicto será

todo lo duro que se quiera, pero quedará muy reducido, muy localizado, sin la participación del pueblo, que sería lo grave.

Federico no pareció quedar muy convencido, o sólo convencido a medias. Se encogió de hombros y no replicó. Siguió una pausa durante la cual los cuatro hombres quedaron como atentos únicamente a sus cigarrillos y al rumor, cada vez más apagado, que se filtraba a través de la puerta. Al cabo, dijo Raimundo:

—Si el pueblo se interesara por la cuestión, lo tendríamos ya en la calle a estas horas, como en noviembre del treinta y seis.

—¡Qué tiempos aquéllos! —exclamó Tudela con un dejo de tristeza mirando vagamente a lo lejos, como si estuviera viendo resucitar aquellas escenas en la pantalla luminosa de la ventana.

—Claro —y la voz de Molina sonó cansada—. Pero ya es tarde para reacciones de ese tipo. La verdad es que lo que todo el mundo desea es terminar de una vez y volver a vivir normalmente. Unos lo dicen, pero todos lo piensan. La gente tiene eso sí, un miedo cerval al desenlace. Por eso, lo que hace es esperar a ver si alguien encuentra la salida y le saca las castañas del fuego. Y la Junta es una posibilidad, tal vez la única. Incluso para los comprometidos es la última esperanza. —Hizo una pausa y después de mirar en silencio a cada uno de sus compañeros, prosiguió—: La gente quiere la paz, compañeros, aunque le cueste mucho, con tal de salvar la vida. Y estoy seguro también que la del otro lado de las trincheras piensa lo mismo. El pueblo de aquella parte está también harto de discursos, de sangre y de miedo. Que van ganando, ¿y qué? Porque ¿quiénes son los que ganan? Unos pocos. Y los que pierden, sea cual sea el resultado final, son todos los demás, todo el pueblo, el de aquí y el de allá... —Y concluyó

enardeciéndose—: En eso estoy de acuerdo, pero...

Molina se había levantado y se dirigía a la ventana un tanto nervioso. Raimundo y Tudela movían la cabeza, apesadumbrados, desolados. Federico insistió:

—Pero se os olvida algo muy importante...

Molina volvió hacia él la mirada y en ese momento sonó el teléfono, que se apresuró a coger.

—Es Ramírez —dijo luego, mirando a sus amigos—. Di, di...

Molina escuchaba atentamente sin interrumpir una sola vez a su invisible interlocutor, mirando de cuando en cuando a sus amigos y asintiendo con movimientos de cabeza. Habló finalmente:

—Entonces te quedas ahí a comer, ¿no? Bueno, bueno, que te aproveche, carota. Nos veremos a la noche —y sonreía a duras penas.

Después colgó el auricular. Federico, Raimundo y Tudela le miraban expectantes, este último enrollando nerviosamente la punta de una de las páginas del periódico que tenía delante; y aquéllos, inmóviles y sin parpadear.

—Nada. Sigue la confusión —informó Molina, apoyando las manos sobre la mesa y mirando, a su vez, fijamente a los otros—. Al parecer, los comunistas están por todas partes, dominan el barrio de Salamanca y se han asomado a la Cibeles, donde, en efecto, se han cruzado disparos. Claro, es un lío. Los soldados se confunden. Barceló ha rechazado todo intento de avenencia a través de Ortega. Parece que esperan refuerzos del Ejército de Levante, pero en el camino se interpone Mera... —Se encogió de hombros y, después de una pausa, agregó—: En definitiva, lo que sospechaba: sólo movimientos de peones sobre el tablero. Nada

más. Ah, y que la población se desentiende por completo del conflicto, es decir, lo que acabamos de comentar nosotros —y riendo levemente, concluyó—: Ramírez se queda a comer allí. Siempre lo hará mejor que con nosotros. A propósito, empiezo a sentir hambre...

—Hambre de hambre querrás decir —y Raimundo tragó saliva.

Tudela también hizo un gesto expresivo. Federico dijo entonces:

—Os decía antes que se os olvidaba un detalle importante... Le miraron sorprendidos, y Molina le preguntó:

—¿Un detalle? ¿Sobre qué?

—Sí, compañeros, del enemigo. ¿Qué pensáis que va a hacer Franco cuando vea que desguarnecemos los frentes?

Molina dio muestras de indiferencia con manos y hombros.

—Hombre, creo que lo mejor para él es estarse quieto. De lo contrario, correría el riesgo de que nos volviéramos a unir y organizáramos una defensa que nadie sabe hasta dónde podría llegar. Y, aunque al final se impusiera en medio de un caos de sangre, lo más probable es que solo conquistara un montón de ruinas. No, no creo que se mueva. No le conviene; a él lo que le conviene es ganar la guerra y eso lo tiene ya en la mano, ¿no lo comprendes?

—Es que tal vez él no piense así. No olvides que es militar por encima de todo.

—Pero no es tonto, vamos. Además, hasta ahora ha demostrado ser mejor político que militar, y no va a cegarse a última hora. ¿Y para qué?

—Creo que tiene razón Molina —opinó Raimundo. Nuevamente Federico se resistía a dejarse convencer por Molina.

—No sé, no sé. Es que como llevamos ya tantos meses olvidados de la lógica unos y otros... En fin, pronto lo veremos.

—Nos dejará que nos cozamos en nuestra propia salsa — insistió Molina.

Raimundo bostezó largamente.

—¿Qué? ¿Tienes hambre? —y Tudela bostezó también.

—Hambre, lo que se dice hambre... Lo que me pasa es que se me han juntado las paredes del estómago. Nada más que eso. ¿Y tú?

—Creo que te gano, Raimundo.

Rieron los cuatro y Molina preguntó después a Federico:

—¿Te quedas a comer con nosotros? Sí, ¿verdad? Pues te voy a adelantar el menú: píldoras del doctor Negrín. Los siete días de la semana, lentejas; los restantes filetes o chuletas de cordero. Pero como hoy estamos en un día de la semana...

Riendo abandonaron los cuatro amigos la estancia. No había ya nadie en el pasillo más que las mecanógrafas, cada una de ellas con su trozo de pan en la mano y Marina arrancándole miguitas que luego se llevaba a los labios.

—Es el aperitivo —se excusó, sonriendo, ante un gesto de extrañeza de Federico.

Pasaron seguidamente todos a una habitación con una larga mesa en el centro, sobre la que ya estaban preparados los cubiertos, consistentes cada uno en un plato, una cuchara y un vaso, y, además una botella con agua y otra con vino.

Ya había ocupado su asiento, junto al de Molina, un hombre pálido, descarnado, calvo, de fuerte nariz y de mirada miope, que saludó a los recién llegados con un balbuceo confuso e ininteligible.

—Es Hoyos y Vinent, el novelista. ¿Lo conoces? —dijo Molina a Federico.

—Sí, ya lo he visto otras veces —e hizo una seña al aludido, que volvió a emitir otro de sus extraños gruñidos.

Y mientras se sentaban en torno a la mesa, comentó Molina, inclinándose hacia Olivares:

—Ya ves qué cosas. Éste es un marqués de verdad. Podría estar a estas horas en Londres. Viviendo como lo que es, y, sin embargo, prefiere pasar hambre en Madrid. Está ya que apenas se tiene en pie. Con lo grandote que es y comiendo sólo un plato de lentejas en todo el día... ¡Figúrate!

Después se volvió al novelista y entabló con él una conversación por medio de gestos y movimientos de dedos. Mientras tanto, apareció el hombre de la perola, que fue vertiendo en cada plato dos cazos de lentejas bailando en agua.

Los servidos no esperaban a que el repartidor terminase su tarea para llevarse a los labios las cucharadas humeantes. Pronto se hizo un sórdido silencio, donde estallaban de cuando en cuando los resoplidos y las succiones.

—Tú no has traído pan, ¿verdad?

Federico se quedó mirando a Molina con la cuchara en el aire y movió negativamente la cabeza.

—Pues toma la mitad del mío.

Y compartieron la pequeña ración de pan blanquísimo.

*

—Esta tarde me pareces más asustada que nunca, Matilde.

Estaban en el lecho del hotel. Federico, recostado en la almohada, le acariciaba lentamente las mejillas y el largo y delgado cuello. Ella mantenía cerrados los ojos, pero los abría de

cuando en cuando para sonreírle. No había más luz en el dormitorio que la de la pequeña lamparita de noche, envuelta en papel rojo. A su leve resplandor, medio rostro de Matilde parecía encendido por una ola de rubor, mientras el otro medio quedaba hundido en la sombra, como si estuviera muerto, lo que hacía que Federico lo volviese algunas veces hacia la luz para así verlo en su totalidad, vivo y suspirante. En cambio, la cara de Federico recibía de plano el fulgor rojizo de forma que ella la veía sobre sí resplandeciente.

—He pasado un mal rato al salir —dijo ella mirándole una vez más los ojos—. Me registraron el paquete de tu ropa y me preguntaron que para quién era. Menos mal que Guardiola se dio cuenta de lo que pasaba y paró el golpe. Le dijo al teniente que soy una buena camarada y que la ropa iba destinada a un mutilado de guerra amigo mío. Yo dije que, en efecto, ése era su destino y entonces me dejaron marchar, sin registrarme el bolso, donde había metido el bote de leche y el de carne para ti.

Federico le acarició los labios con los dedos.

—No tenías por qué traerme nada, mujer.

Matilde cogió uno de los dedos del muchacho entre sus dientes e hizo como que apretaba, al tiempo que sus grandes ojos se escarchaban. Federico repitió:

—No tenías por qué traerme nada.

Los dientes de la mujer soltaron su presa. Cerró después los ojos y volvió el rostro hacia la luz. Entonces hasta la pequeña oreja se tiñó de rosa.

—Bésame ahora; anda, bésame.

Federico la besó fuertemente y ella se le entregó rendida, como si fuera a morir, balbuciendo palabras ininteligibles. Luego

siguió un largo silencio donde sólo sonaba el cansado gozo de sus respiraciones, hasta que se apagaron. Entonces dijo ella:

—Si nos hubiera matado ahora una bomba... Federico suspiró.

—Sí —y al cabo de una breve pausa añadió—: Pero ¿y tu hijo?

—Es verdad —atrajo hacia su hombro desnudo la cara del hombre y prosiguió—: Me da un poco de vergüenza confesarlo, pero la verdad es que lo olvido cuando estoy contigo así, íntimamente. Y, sin embargo, bien sabe Dios que si quiero vivir es por él...

—¿Y por mí no?

Matilde guardó silencio y él insistió:

—¿No te importa vivir por mí?

Ella empezó a acariciarle la cara. Tenía Matilde unas manos suaves, de largos dedos, siempre cálidas y secas, cuyo contacto enervaba a Federico. Ella conocía sus efectos sedantes y las empleaba siempre que quería desvanecer sus desasosiegos.

—Claro que sí, cariño; pero, desgraciadamente, lo nuestro no puede durar mucho. La guerra se acaba, y tú lo sabes. ¿Y después?

—Te llevo conmigo, tonta.

—¿Adónde?

—Pues a América. Está decidido, ya lo sabes. Matilde le tapó la boca con la mano.

—Y tú sabes que eso no puede ser. Todavía no soy viuda, tengo un hijo...

Él le besaba el cuenco de la mano.

—¿Y qué importa eso? Tu marido ha muerto. Es lo más seguro. ¿Cómo iba a salvarse en Zamora un socialista de Madrid? Allí le conocía todo el mundo, ¿no?

Matilde dejó la mano quieta sobre el pecho del hombre, como

buscando su corazón.

—Sí, pero tenía amigos de la infancia, muy de derechas, y su tío el canónigo. Por eso... Pero es que, además, me dice el corazón que vive.

—Ni canónigos ni nada, Matilde. En aquellos días las pistolas se adelantaban que era un horror. Ha habido casos en que corrieron tanto que no dieron tiempo de salvar a un hermano o a un hijo. El odio tenía más prisa que el amor y que la amistad, y lo hacía mejor. Los que vivimos aún no nos lo explicamos, pero fue así... ¡Menuda pieza debió de resultar un telegrafista de Madrid, socialista por más señas, en Zamora, el día 18 de julio!

—Pues me da el corazón que vive, Federico.

Su voz sonó extrañamente dura, tanto que Federico se incorporó un poco para mirarla bien a los ojos, pero ya ella le sonreía dulcemente.

—¿Es que todavía le quieres, o es que ya no me quieres a mí?

—¡Tonto! —y Matilde movió la cabeza—. Le quise, o me pareció que le quería, hasta que te conocí a ti. La verdad es que él no era un hombre capaz de llenar el corazón de una muchacha como yo. Pensaba más en la política que en mí. Le preocupaban más sus reuniones en la Casa del Pueblo, la propaganda y los mítines que mis cosas. Hasta le oí decir a un compañero soltero que el matrimonio tiene una única cosa buena, y es que libera al hombre del problema sexual y le deja todo su tiempo y todas sus energías para dedicarlas a su trabajo. A Luis le importaba más ser dirigente de los telegrafistas que el amante de su mujer.

Mientras hablaba le pasaba la punta del índice por sus labios, como si se los estuviera dibujando. Era una caricia tenue a la que Federico solía corresponder besándole muchas veces la yema del

dedo.

—Y a ése lo encontraste en mí, ¿no es eso?

Matilde cerró los ojos esperando que Federico la besara, pero él le preguntó:

—¿Y qué piensa Guardiola de lo que le haya podido ocurrir a tu marido? Ellos tienen buena información de la otra zona. Sin abrir los ojos, contestó:

—Opina como tú: que le dieron el paseo en Zamora.

—¿Y a pesar de ello tú sigues creyendo que...?

—Dejemos eso, ¿quieres? y bésame. Anda, bésame. Federico la obedeció, pensativo, y ella le obligó a violentar el beso atrayéndole con fuerza hacia sí por la nuca. Luego se desprendió de él bruscamente y saltó del lecho, quedando desnuda en el halo de luz encarnada. Todo su cuerpo quedó así transfigurado por un resplandor de amapolas. Matilde conservaba intacta la juventud de su cuerpo. Tenía una figura elástica y fina que la delgadez mantenía con formas de muchacha. Sólo sus ojos y sus labios reflejaban su edad. Aquéllos, por enterados; éstos, por las rayitas de amarga desilusión que ajaban sus comisuras.

Se dejó contemplar unos segundos por los ojos admirados de Federico y cuando éste tendió hacia ella sus brazos para atraparla de nuevo, huyó hacia el cuarto de baño, y pronto el frío de la alcoba arreció al oírse el chorro de agua de la ducha. Federico, escalofriado, se refugió, hecho un ovillo, bajo las mantas. Pocos minutos después reapareció ella frotándose enérgicamente con una toalla. Entonces abandonó él la cama. Mientras se vestían, preguntó Federico:

—¿Y cómo respiran tus camaradas del Socorro Rojo?

—¿Que cómo respiran? —y Matilde sacudió la cabeza, al

sacarla por el cuello del vestido—. Están que rabian, hombre. Dicen que la junta quiere entregar a los antifascistas atados de pies y manos a Franco; que Casado es un Judas y Besteiro un contrarrevolucionario, y qué sé yo cuántas cosas más... —Se sentó en la cama para calzarse, y prosiguió—: Cuando llegué esta mañana, me asusté mucho al ver el edificio ocupado por soldados del frente. Ellos tampoco estaban muy tranquilos. Iban de un lado para otro revisándolo todo y preparándose como para rechazar algún ataque. Luego me enteré de que habían tomado también la Puerta de Alcalá. Durante el día metieron allí varios prisioneros, casi todos ellos soldados y oficiales de la Junta que habían sido atrapados, y que al anochecer se llevaron no sé adónde en camiones, junto con muchos víveres.

—Ya, va a ser duro —murmuró Federico, vistiéndose un abrigo azul sobre su traje de paisano color gris oscuro. Matilde se peinaba ya en el cuarto de baño.

—Sí, es gente decidida y muy veterana. He sorprendido a algunos llorando de rabia al conocer las noticias que los oficiales y comisarios les daban referentes a las intenciones de la Junta... ¡Pobres hombres! Me da mucha lástima todo esto... —Volvió la cabeza en dirección a Federico y añadió—: Pero con tal que te salves tú...

Federico, completamente vestido, la contemplaba recostado sobre la puerta del cuarto de baño.

—Oye, Matilde, ¿no será peligroso que vuelvas mañana a la oficina del Socorro Rojo?

—Pero, chico, si estás desconocido... —Le asió por las solapas del gabán, le hizo dar una vuelta y, conteniendo difícilmente las lágrimas que le asomaban a los ojos, exclamó:

—¡Qué ilusión me hace verte así!

Enredados por la mirada, preguntó Federico:

—¿Por qué?

—Porque me hubiera gustado conocerte en otro tiempo.
¡Maldita guerra! —y se refugió en su pecho.

Federico la ayudó a serenarse abrazándola suavemente.

—Pero entre tantos males nos ha traído un bien: el que nos conociéramos. ¿No es bastante?

—Sí, claro; pero cuando llegue la paz y todo el mundo empiece a ser feliz, a mí me tocará ser más desgraciada que nunca, más desgraciada que nadie.

Él separó de su hombro la cara de la mujer.

—¡Mírame! —y, cuando ella obedeció, le dijo—: No pienses más en eso ahora. Yo tampoco quiero pensar. ¿No comprendes que todavía pueden pasar muchas cosas?

Pero ella sacudió la cabeza.

—Pero tú te irás. Eres joven y encontrarás mujeres que te quieran. Podrás rehacer tu vida sin que yo sea para ti más que un recuerdo de la guerra. Pero yo...

El tiempo pasaba sin sentirlo. Federico lo advirtió al mirar distraídamente su reloj. Se desprendió con dulzura de Matilde, secándole las mejillas con los dedos mientras le decía:

—¿Con lo bonita que tú eres? Aún hemos de hablar de esto muchas veces. Nos quedan tres o cuatro meses todavía por delante.

Matilde hizo un gesto de duda.

—Me parece que sueñas —dijo.

—Ésos son los planes. Así que esperemos. Por de pronto, te voy a acompañar a tu casa. —Ella fue a protestar, pero él le tapó la

boca—. Sí, no está la noche para que andes sola por ahí —Matilde cedió bajando la cabeza y Federico insistió—: ¿Vas a volver mañana a la oficina?

—No tengo más remedio —contestó Matilde, pasándose por los ojos un pequeño pañuelo.

—Es que pudiera ser peligroso para ti, mujer.

—Ya, pero no creo que los casadistas intenten tomar el edificio a cañonazos.

Ya no hablaron más. Federico la cogió del brazo y salieron.

Tomaron el «metro» en la calle de Alcalá, tras la consabida espera en la cola de los billetes, que algunas personas pagaban con sellos de correos. Había que bracear bastante entre la gente que ya empezaba a tomar posiciones en el andén para pasar allí la noche a cubierto de bombardeos. Eran familias enteras, con colchones y mantas y también con algunos cacharros de urgencia. Los chiquillos no entendían de peligros ni de tragedias y, al menor descuido, comenzaban a jugar persiguiéndose por entre los adultos, gazapeando entre sus piernas, lo que provocaba el estallido de nervios de las madres y del mal humor de algunos viajeros que tenían que andar a tropezones o se veían empujados y zarandeados en medio de una gran confusión.

Alcanzaron un vagón repleto de pasajeros sobre los que gravitaba como una incierta pesadumbre. El cansancio, el desfallecimiento, quizá la desesperanza y las preocupaciones, o también la terca resolución de aguantar sin queja las erosiones de tantas dificultades, no impedían, sin embargo, algunos destellos de humor. Estaban en mayoría las mujeres, casi todas con bultos en las manos. Los hombres vestían cazadora y prendas de soldado y, salvo Federico, ninguno el traje completo de paisano, por lo que

los de alrededor le miraban y remiraban sin disimular su extrañeza. Eran gentes que regresaban a sus hogares o a sus residencias más o menos provisionales, tras los penosos quehaceres de la jornada, o que se dirigían a sus ocupaciones en los turnos de noche.

Junto con ellos entró un grupo de enfermeras oliendo a hospital, que en seguida fueron objeto de requiebros y pullas por parte de un grupo de soldados.

—¡Rin, rin, todos los días quieres! —contestó una de ellas, riendo, a su galanteador más próximo.

—Sí, y los domingos dos veces, ¿no? Anda, cambia de disco, preciosa, que ése ya no suena de rayado que está —replicó él.

—Y dicen que Madrid está triste, ¿no? —dijo otra voz masculina.

—¡Serán los emboscados los que dicen eso! —gritó un hombre invisible entre el haz de brazos asidos a las pasarelas del vagón.

—¡Chist! —dijo entonces uno de los soldados que asediaban a las enfermeras, guiñando un ojo—. ¡Que nos puede oír el enemigo! —y, alzando la voz, preguntó—: ¿Hay aquí alguno que pertenezca a la quinta columna?

Saltaron varias voces.

—¡Cállate, melón!

—¿Quién ha dicho melón? Es mejor la paella.

—¡Con mucho aceite!

—¡Sí, y con mucho conejo!

La gente moza se removía y reía, y hasta la menos joven sonreía también, como aliviada momentáneamente.

En cada estación entraban más viajeros, formando éstos ya una masa compacta, gelatinosa y transpirante. La atmósfera era

densa y olía a tufo de brasero. Los recién llegados deshacían los grupos y, de momento, interrumpían las charlas y provocaban gruñidos y protestas. Federico y Matilde permanecían todo el tiempo callados, comunicándose con la mirada o con presiones de brazo.

—¡Quieto, el bolso no se toca! —y una de las enfermeras tiró del suyo, apresado en el rehecho grupo de los soldados, poniéndoselo delante y dando, furiosa, la espalda a los atrevidos. El otro volvió a la carga, preguntando con gachonería:

—¿Y lo demás sí?

La muchacha se volvió para mirarle de arriba abajo y le escupió al rostro la replica:

—¡A tu mamaíta, hijo, a tu mamaíta!

—¡Mal pensá! Pero si lo que yo quería es el bocadillo que llevas dentro.

Se volvió otra muchacha en defensa de su compañera.

—¿Y tanta chulería siendo de infantería?

—De intendencia, muñeca, de intendencia.

Y ella:

—¿De intendencia? ¡Qué indecencia!

En el otro extremo del vagón alguien empezó a cantar una canción de guerra y, aunque le sisearon al principio, persistió y pronto la carearon muchos. Por el largo túnel, pasando por las entrañas mismas de la ciudad, en aquel momento presa de su más dramática convulsión, todavía circulaban trenes centelleando luces y canciones. Todavía los madrileños, debilitados por el hambre y las penalidades del sitio, no habían perdido su humor verbenero ni la conciencia, aparentemente frívola, de ser los primeros actores de la gran tragedia española. En eso pensaba

Federico cuando el tren se detuvo en la estación de Goya.

Allí se apeó la mayor parte de su carga humana. Federico y Matilde se dejaron llevar por la ola hasta el arranque de la escalera, fuertemente cogidos el uno al otro por la cintura.

A partir de allí siguieron los empujones, pero se clarificó un poco la marea y ya les fue posible asentar los pies sabiendo dónde pisaban.

Al toparse con el aire fresco del exterior, la gente se escalofriaba y se encogía. Los grupos se dispersaban en la oscuridad sin detenerse ni mirar atrás, con evidente prisa de llegar pronto cada cual a su cobijo. En torno a la boca del «metro» se formaban intermitentes aglomeraciones, pero en las calles adyacentes todas eran sombras huidizas y apresuradas. Sólo junto a las esquinas, en la confluencia de la calle de Alcalá con las de Goya y Torrijos, se advertían pequeños grupos de gente armada, sin duda soldados en misión de vigilancia.

Federico, llevando del brazo a Matilde, tomó la calle de Goya abajo para seguir luego por la de Porlier. La noche, en realidad, estaba tranquila y confiada. No se oían disparos ni cerca ni lejos. Los portales cerrados, las oscuras fachadas y el silencio daban una impresión total de abandono y de quietud, y el cielo, ligeramente entrevisto entre algunos nubarrones, sin la alucinante cacería de los reflectores de la defensa antiaérea, y sin las llamaradas de las explosiones, se presentaba como el de cualquier noche de paz y hacía evocar los recuerdos de otras noches en la memoria sentimental de Federico, recuerdos tan lejanos como si perteneciesen a otra vida. En una noche así le llamó la primera mujer desde una esquina. Él titubeó, pero se detuvo. «¿Entras, nene? Te voy a dar más gusto que nadie en el mundo.» Estaba

pintarrajeada junto a una cortina tras la que se veía un catre. De pronto sintió asco y siguió su camino, sin volver la cabeza ni una sola vez, a pesar de que ella continuara llamándole: «¡Nene, moreno!» En otra noche de primavera en agraz, se fue con una, su primera amante, profesional también, pero joven y recatada desde el momento en que lo descubrió a él, un tanto tímido, en el grupo de sus amigos, mucho más experimentados en esos trances. Subieron a una azotea. La brisa del mar en Cádiz era fría y turbulenta. No tenían de qué hablar, pero estaban juntos y abrazados sobre la baranda y él sentía junto al pecho su cálida presión y el dulce olor a almendras de su pelo. Y aquella otra mujer, lánguida y enfermiza, que se decía esposa de un marino mercante, a quien veía sentada en una hamaca en su pequeño jardín junto al mar. Estaba en la ruta de sus solitarios paseos al anochecer. Un día no la vio en la hamaca, sino de codos sobre la empalizada del jardín, como esperándole. Le dio un salto el corazón. «¡Buenas tardes!», dijo él. «¡Gracias!», contestó ella, riendo. Así muchos días hasta que ella le detuvo con una pregunta: «¿Le gusta el mar?» «Sí, claro.» «Pues a mí me da tristeza.» «¿Es que vive usted sola acaso?» «Casi todo el tiempo.» Se miraron a los ojos, empapándose el uno del otro. Al fin, ella le invitó a entrar un momento, y él aceptó. Al cabo de un rato de hablar en voz alta de mil nonadas, le susurró ella: «Márchate ahora y vuelve a la noche, y espera en la puerta de atrás. Nos está espiando ella. No mires.» «¿Quién es ella?» «La madre de él. Anda, despídete de mí. Luego te contaré muchas cosas.» Así lo hizo, pero no hablaron de nada en su dormitorio, sin más luz que la espejante claridad del mar, en silencio y de prisa. A la siguiente tarde, la volvió a ver sentada de nuevo en la hamaca, más

indiferente y lánguida que nunca, y sólo se dignó levantar un poco la mano, en señal de saludo, al pasar él por delante de la valla de madera de su pequeño jardín. En adelante, cambió el rumbo de sus paseos al anochecer.

—¡Federico, chico!

—¿Qué?

—¿Te acuerdas?

—¿De qué?

—De aquella tarde de noviembre en que nos conocimos. La miró, estremecido. Parecía más pequeña, más frágil y más joven que nunca le pareciera, mucho más aún que entonces, en el momento en que chocó con ella en una acera de la Puerta del Sol y la encontró de pronto en sus brazos, pálida y temblorosa, a la luz de los incendios provocados por el bombardeo.

—¡Cómo corría la gente!

—Como que parecía el fin del mundo, Federico.

—Yo había aguantado el bombardeo en el portal del «Trust Joyero», donde me cogió.

—Y yo, en el café de al lado. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

—¡Qué suerte! ¿No?

—Sí, eso mismo. Luego quisiste acompañarme. Te dije que no, pero te saliste con la tuya.

—Sin duda tuvo que estallar esta guerra para que tú y yo nos conociéramos.

—Eso creo.

—¿Y después? —y la agarró fuertemente por la cintura.

—Me engañaste a los pocos días —y ella mostró su blanca sonrisa.

—¿Que te engañé?

—¿Es que no es engañar a una mujer decirle que es hermosa y fría, y despedirse de ella después para irse al frente?

—Y era la pura verdad, Matilde.

—No lo olvidaré nunca, pero te juro que aquella primera vez no fui feliz. A la siguiente, cuando volviste para reorganizar el batallón, sí, plenamente, como yo sospechaba que se podía ser feliz aun sin haberlo sido nunca. Tenías razón. Yo era una mujer fría, lo fui hasta esa segunda vez. Pero después... Enlazados fuertemente siguieron andando en silencio, turbados, desesperadamente asidos a los recuerdos comunes, que era todo lo que tenían. Él mantenía permanentemente alquilada una habitación en el Hotel Capitol, que tuvo que abandonar poco después por el miedo de Matilde a las rociadas de obuses que barrían todas las tardes la Gran Vía, a quien el pueblo cambió una vez más de nombre y llamaba en chungu «Avenida del obús». No le costó mucho esfuerzo llevar a Matilde allí, hasta el punto que todo el tiempo del breve trayecto estuvo dudando ella. Pero no; no era lo que él temió que fuese. No sabía. Dejaba hacer, inhibida por la turbación, con los ojos cerrados. Luego, le contó que era casada; que tenía un hijo; que a su marido le había cogido el 18 de julio en la otra zona, en Zamora, adonde había ido dos días antes para asuntos del partido socialista a que pertenecía; que no había vuelto a tener noticias de él y suponía que lo habrían fusilado en los primeros momentos; que vivía con sus padres y que, gracias a Guardiola, un compañero de su marido que se pasó al partido comunista, pudo entrar en las oficinas del Socorro Rojo, con lo que lograba el sustento de los suyos, pues su hermano desapareció en los primeros combates de la Sierra y su padre, jubilado de Hacienda, achacoso y tímido, no era capaz de hacer frente él solo

a las necesidades de la familia.

Y no volvieron a la realidad hasta que los detuvo una airada voz de mujer que parecía brotar del suelo:

—¡Cuidado, camarada!

Estaba sentada en el bordillo de la acera, arrebujaada en una manta. A partir de ella se iniciaba una hilera de botes y otros cacharros, interrumpida más allá por otros bultos de personas acurrucadas.

—Perdone, pero está todo tan oscuro que... —se excusó Matilde.

—Y ustedes van tan acaramelados... Seguro que han cenado bien. Seguro que son de los que no quieren que la guerra termine nunca, ¿no? Si tuvieran que pasarse las noches como yo, pensarían de otra manera. Me río yo...

Pero ellos ya le habían vuelto la espalda y se alejaban.

—Es una fascista —murmuró Federico—. Estoy seguro, pero no quiero...

—Te equivocas —le interrumpió Matilde—. Lo que pasa a esa mujer, como a muchísimas, es que está ya harta de pasarse las noches en las colas, guardando su sitio y el de otras amigas, para no perderse mañana lo poco que puedan dar, si es que dan algo, seguramente leche en polvo. Porque esto que ves es una cola, y esos botes señalan los puestos que en ella ocupan otras mujeres que se han ido a descansar un rato, y que volverán luego para relevar a éstas.

En efecto, la línea de mujeres y cacharros llegaba hasta la puerta de una tienda de comestibles, hoscamente cerrada.

—Entonces, cuando llueve o hiela...

—Pues aguardan en el quicio de las puertas o donde pueden.

Federico no pudo menos de condolerse.

—¡Pobres mujeres!

—Y tanto. Las guerras las pagamos siempre nosotras.

—Así no me extraña que estén deseando que acabe de cualquier modo, quizá porque no imaginan lo que las espera.

—Peor que esto no puede ser, Federico.

—¡Quién sabe, Matilde! A algunas tal vez les aguarde lo peor todavía.

Poco más adelante, Matilde se soltó de su brazo y se detuvo para hurgar en su bolso mientras decía:

—Ya hemos llegado —y señaló después una puerta con una llave en la mano.

—¡Qué pronto! Como nunca has querido que te acompañase, me figuraba que era más lejos... Hasta mañana como siempre, ¿no?

Matilde le besó en silencio y él permaneció inmóvil hasta que la vio desaparecer en la sombra del portal. Entonces ella susurró:

—Sí, hasta mañana, capitán —y cerró la puerta sin hacer ruido.

Federico, en vez de desandar el camino que habían traído, decidió dar la vuelta por la calle de Torrijos, pero apenas hubo dado veinte o treinta pasos, presintió que alguien le espiaba. Miró de soslayo a un portal donde le pareció que se habían movido unas sombras, pero antes de que pudiera cerciorarse, oyó una voz que gritaba:

—¡Eh, tú!

Pero sólo se detuvo al oír el chasquido del cerrojo del fusil. Entonces las sombras —las de tres soldados— le rodearon, y una de ellas se le acercó lo suficiente para poder distinguir en su gorro pasamontañas las insignias de sargento.

—¿Qué pasa, sargento? —le preguntó. El aludido respondió con otra pregunta:

—¿Quién eres?

Y Federico a su vez:

—¿Y vosotros?

—Ya lo estás viendo. Te hemos visto venir con una gachí. Así que, venga, ¿quién eres?

Federico se estiró un poco para dar peso a sus palabras:

—Un oficial del Ejército Popular.

—¿De paisano?

—¿Y qué tiene eso que ver? ¿O es que crees que soy un facha? Si lo fuera, lo disimularía al menos, ¿no?

—Es que puedes ser algo peor. Vamos a ver: ¿con quién estás?

Federico se dio en seguida cuenta de la trampa que le tendía, y trató de escabullirse empleando también el equívoco y la cazarería.

—¿Cómo que con quién estoy? Ahora, solo, ¿no?

—Menos cachondeo, ¿eh? —le advirtió el sargento, empezando a dar muestras de impaciencia y de mal humor—. Tú debes de saber igual que nosotros lo que pasa. Así que, ¿con quién estás: con Negrín o con Casado?

Federico se encogió de hombros.

—Yo no tomo parte en esto. Estoy en Madrid en comisión de servicio y me parece una gran estupidez que andemos ahora a tiros los antifascistas.

—¡Cállate, coño! —le gritó uno de los soldados que tenía a la espalda.

—Deja —ordenó a éste el sargento. Después, dirigiéndose de nuevo a Federico, requirió—: A ver, enséñame el salvoconducto.

Federico se desabrochó el gabán, pero al intentar registrarse los bolsillos, el sargento detuvo su movimiento con una orden seca:

—¡Quieto! A ver si me vas a salir con una broma...

Y le cacheó, palpándole por los cuatro costados, aunque con resultado negativo.

—Bien —dijo luego—. Saca ahora el salvoconducto —y seguidamente le enfocó la cara con una linterna, haciéndole parpadear.

—Quita eso —protestó Federico ladeando la cabeza.

Entonces el foco de luz fue a fijarse en sus manos, pero éstas permanecían inmóviles sobre su pecho.

—Venga, hombre —urgió el sargento.

—No lo tengo. Se lo di esta mañana a un compañero para que pudiera sacar el rancho en frío de intendencia.

—¡Vaya, qué casualidad! ¿Y cómo se te ocurre andar sin salvoconducto a estas horas por Madrid?

—Ya ves tú. Confiado que es uno.

—Anda, anda, tira para Torrijos. Ya te explicarás luego. —Como los otros dos soldados se movieran con intención de escoltarle, los contuvo con un gesto, añadiendo—: Vosotros quedaros aquí de vigilancia hasta que yo vuelva. Me basto solo para llevarlo al puesto de mando de la compañía.

Los soldados se colgaron los fusiles y permanecieron en sus puestos, y el sargento, indicándole con su arma la dirección que debía tomar, conminó a su prisionero:

—En marcha. Y que no se te ocurra hacerme una putada, ¿estamos?, porque te frío.

Federico echó a andar, seguido por los pasos del sargento,

quien de cuando en cuando le hacía sentir la punta del cañón en la espalda. Caminaron así hasta desembocar en la calle de Torrijos, donde se abría la gran zanja del túnel del «metro» despanzurrado por una explosión provocada, en las instalaciones de municionamiento que albergara en su interior, por la mano del enemigo, y que costó la vida a docenas de operarios y operarias. Tuvieron, por ello, que dar un rodeo para llegar a donde estaba el puesto de mando de la compañía, un portal abierto junto al que había una patrulla de soldados y un camión entoldado.

—¿Dónde está el jefe de la compañía? —preguntó en voz alta el aprehensor de Federico.

—¿Qué pasa? —preguntó a su vez una voz enronquecida.

—Que traigo otro pájaro.

—Pues que suba al camión.

—Ya lo has oído —dijo entonces el sargento a su prisionero, empujándole hacia el camión con la punta del cañón de su fusil—. Hala, al camión.

Federico sospechó lo peor. El nerviosismo de los soldados, la noche, el camión... Sintió un escalofrío por la espalda, pero hizo un esfuerzo para dominarse y no perder la serenidad.

Miró al sargento cara a cara y le ordenó en voz alta y enérgicamente:

—¡Llévame donde está el jefe de la compañía! Tengo que hablar inmediatamente con él. Te hago responsable.

Entonces volvió a preguntar la voz enronquecida: —Pero ¿qué pasa, hombre, qué pasa?

Siguió un silencio y luego emergió de las sombras del portal la figura de un hombre con abrigo de cuero cruzado por el correa, que preguntó:

—¿Quién es ese que quiere hablarme?

—Yo —respondió Federico.

El sargento se le había acercado entretanto y, llevándose hasta la sien el puño derecho, dijo:

—¡A tus órdenes! Ese que viste de paisano —y le señaló el prisionero.

El hombre de cuero anduvo lentamente los pocos pasos que le separaban de Federico.

—¿Y tú eres un oficial? —barbotó.

Federico se dio inmediatamente cuenta de que tenía ante sí un hombre a punto de derrumbarse por el cansancio, con la mente embotada por el sueño, sostenido tan sólo por la tensión de sus nervios. Se le había encarado abierto de piernas, con los índices engarfiados en el cinturón, destocado, con el cabello en desorden.

—Sí —le contestó—, jefe del Estado Mayor de la brigada de carabineros que... —trataba de confundirle a fin de eludir el nombre verdadero de su unidad, incluida en el Cuerpo de Ejército de Mera. Pero no le dio tiempo el otro, que le interrumpió nada más mentar a los carabineros.

—Conque de la peste verde, ¿eh? Anda, vete al camión y no la pées más. Ahí te encontrarás con otros oficiales y también con comisarios. Para mí, desde que os entendéis con Franco, sois peores que los fascistas.

A una señal suya, dos soldados cogieron a Federico por los brazos y lo empujaron hacia el camión, obligándole después a saltar dentro de él. Pronto comprendió que caía en medio de un montón de seres humanos.

—Un ratón más.

—Pasa, pasa, compañero. ¿Tienes hijos?

No se veían las caras. Sonaron algunas risas. No quiso contestar a la broma macabra y se acomodó a tientas junto al prisionero más cercano. Entonces subió un grupo de soldados, que levantaron la trampilla y se sentaron en ella, vueltos hacia dentro, vigilándolos. Seguidamente en la cabina del conductor sonaron los ruidos de los mandos mecánicos y pronto tembló todo el vehículo con las primeras explosiones del motor.

—¡Adiós, Madrid! —dijo una voz.

—Sí, aquí se acabó la historia, Manolo.

—¡Leches! —gritó una tercera voz—. ¿Es que vamos a dejar que nos apiolen como a borregos, así, sin más, estos hijos de puta?

El camión ya había echado a andar y se bamboleaba. Brilló la luz de una linterna, que corrió por el grupo de prisioneros, al tiempo que decía el que mandaba la patrulla de escolta:

—Como os pongáis flamencos, vais a saber lo que es bueno. Así que andaros con ojo y sin insultar, porque nadie ha hablado de apiolaros. Nuestra orden, para que lo sepáis, es llevaros a la base del batallón, que está ahí mismo.

Estas palabras, en vez de tranquilizar los ánimos, los excitaron aún más, y se entabló un furioso tiroteo de insultos y recriminaciones entre prisioneros y guardianes mientras el camión subía por la calle de Alcalá.

—¿Os queréis callar ya, traidores? —gritó, exasperado, el jefe de escolta.

—¿Traidores nosotros? ¡Hay que tener cara! ¿A quién habéis hecho prisioneros: a fascistas o a antifascistas? Me parece que al que más y al que menos de nosotros le duelen ya los riñones de pegar tiros en los frentes. ¿Dónde estabas tú cuando lo del Jarama

o lo de Brihuega? Seguramente pensándolo todavía...

—Si no fuera porque tengo que llevaros vivos al batallón... ¿Por qué os habéis comprometido a entregarnos a Franco? Vamos, no seas idiota. ¿Es que Franco nos iba a dar caramelos a nosotros? Regístrate, si quieres, y verás cuántos billetes de Franco tengo en los bolsillos. No los quise ni cuando entramos en Teruel y los empleábamos para limpiarnos el culo —alegó otro de los prisioneros.

Las preguntas se sucedían como disparos.

—Entonces, ¿por qué os habéis sublevado contra el gobierno legítimo de Negrín?

—Pero ¿dónde está Negrín, dónde están Azaña y Martínez Barrio? ¿Y la Pasionaria y Antón? ¿Y todos los demás mandamases vuestros? Si nos han dejado tirados como colillas, hombre...

—Todo lo que queráis, pero nosotros preferimos combatir hasta el fin antes que entregarnos.

—Sí, ya lo vemos. En vez de pegar tiros contra los fachas, os dedicáis a cazar antifascistas por las esquinas. ¿Por qué no os lanzáis contra ellos hasta que no os quede una bala en la cartuchera? Así es como se demuestra.

—Y eso haremos en cuanto liquidemos al grupo de entreguistas de Casado.

Federico escuchaba atentamente los argumentos de unos y otros sin querer intervenir en la disputa. «Son los argumentos de la desesperación», pensaba. El peloteo de preguntas y repreguntas prosiguió hasta que el camión se detuvo. Entonces se hizo el silencio. Los guardianes soltaron la trampilla y luego se apearon de un salto, y los prisioneros se deslizaron hasta el borde para atisbar alrededor. Estaban en una zona de hotelitos con

jardín.

Inmediatamente descubrieron también que el jardín de hotel más próximo estaba acordonado de centinelas y que dentro de él se movía y agitaba una muchedumbre de prisioneros que los recibieron a los gritos de:

—¡Viva la alianza C.N.T. U.G.T.!

—¡Viva el partido socialista!

Los recién llegados contestaron los vivas con ardor y, seguidamente, brotaron los himnos «A las barricadas» y «La Internacional», entremezclándose, a grito pelado, horrísonamente. A ellos vino a unirse el de la «Joven Guardia», entonado por los comunistas. El clamor de aquellas voces destempladas y rabiosas debió de oírse por todo el barrio y seguramente hizo que saltaran del lecho muchos ciudadanos, azotados de pronto por la esperanza o el temor. ¿Quién se estaba matando por las calles? ¿Quién mandaría a la mañana siguiente en Madrid? Y habría puños crispados, escalofríos y lágrimas.

Cuando mayor era el griterío, se recortó en el marco débilmente iluminado del balcón, en el chalé contiguo, la figura de un hombre que empezó a manotear y a gritar algo que nadie oía ni escuchaba, en vista de lo cual disparó dos veces al aire su pistola. Fueron dos fogonazos y dos estampidos cuyo eco se prolongó largamente en el ámbito de la noche aun después de que hicieran cesar las canciones como un golpe de batuta. Siguió un silencio de pavor y expectación que ya dejaría sin sueño a los ciudadanos alertados en sus alcobas o en sus escondites y durante el cual Federico y sus compañeros de expedición se vieron mezclados con los prisioneros del jardín. Casi todos eran oficiales y comisarios, y apenas podían moverse en tan estrecha área.

El hombre que hiciera los disparos se eclipsó y Federico se dio a deslizarse entre los grupos de prisioneros con el fin de descubrir alguna cara conocida mientras se iniciaban de nuevo las protestas, aunque ya no en masa ni con el vigor de antes. La gente, por otra parte, empezaba a buscar acomodo para pasar el resto de la noche lo menos incómodamente posible. Hacía mucho frío y aquellos hombres no disponían de más prendas de abrigo que las que llevaban puestas cuando fueron aprehendidos. Tenían que procurarse calor apretándose unos contra otros, sentados en el suelo, al amparo de las paredes del hotel contra el viento del Guadarrama. Pero todos no cabían en la zona protegida y muchos se tumbaban en medio del jardín, lo que impedía que nadie pudiera pasear ni moverse.

—¡Olivares!

Se volvió. Alguien le hacía señas desde una piña de hombres acurrucados.

—¡Cubas!

—Sí, ven, acóplate aquí.

Entró como una cuña en el grupo, ayudado por el comisario y no sin levantar algunas protestas.

—Es calor, compañeros, es calor —dijo Cubas bromeando, y luego—: ¿Cuándo te han cogido?

—No hará más de una hora. ¿Y a ti?

—Esta mañana, al poco tiempo de separarme de vosotros. ¿Con quién dijiste que estabas? Es el truco que emplean.

—Yo dije que no sabía nada, que estaba en Madrid en comisión de servicio, pero no pude enseñarles el salvoconducto por habérselo dado a Trujillo.

—Claro, pero a mí no me hubiera servido el salvoconducto

para nada, y creo que a ti tampoco, a pesar de tu ropa de paisano.

—Es posible.

—Y tanto.

No les habían dado de comer más que un caldo de lentejas a la caída de la tarde, pero sin pan. Tampoco sus guardianes habían comido más.

—Es un desbarajuste, ¿sabes?, un desbarajuste. No saben lo que quieren ni lo que hacen. Todo son órdenes y contraórdenes. Tan pronto dicen una cosa como otra... —y con un trémolo en la voz añadió el comisario—: Ahora sí que es el fin de verdad, Olivares.

Federico guardó silencio. Las protestas y los insultos en voz alta habían cesado casi por completo. Los hombres, al fin, vencidos por el cansancio y el desfallecimiento físico, sucumbían al sueño, y algunos hasta empezaban a roncar.

IV

Había sido larga y monótona la reunión del Comité, y Julio Cubas volvió a su casa ya tarde y cansado de discutir. Los zagales, un muchacho de catorce años y una chica de once, dormían desde hacía horas. Sólo le esperaba Clara, su mujer, quien, al verlo entrar, suspiró y se dispuso a servirle la cena en la mesa de pino de la cocina, mientras murmuraba:

—No sé cómo te sabrá recalentada dos veces.

Cubas tomó asiento calladamente y se cogió la cabeza entre las manos. Clara se volvió a mirarle desde el fogón con sus grandes ojos, de un negror y un brillo parejos al de su cabellera. Era una mujer hermosa aún, a quien ni la maternidad ni el trabajo habían logrado ajar. Al moverse, le temblaron un poco los pechos bajo la ligera bata. Él dijo:

—Me da igual. Casi no tengo ganas.

—¿Es que te pasa algo, julio?

Hacía un angustioso calor aquella noche de agosto en la pequeña cocina sin más ventilación que el ventanuco abierto al corral, y a Clara le brillaba de sudor la frente. Puso ante el hombre

el plato conteniendo una fritura de pimientos y tomates, y luego le cortó el pan.

Julio levantó los ojos hacia ella y, sonriendo forzadamente, contestó:

—No me pasa nada de particular, mujer. Es que estoy cansado. No puedes imaginarte siquiera cuánto he tenido que hablar para convencerlos de que no va a perder nada el pueblo porque yo me vaya al frente.

—Entonces... —y ella se quedó mirándolo, a medio cortar la rebanada.

—Sí, está decidido. Me voy. Y se vienen conmigo el Sebas y Helio. Así que ha habido que elegir otro Comité entero. ¡Figúrate!

Clara todavía era joven. Se casó con Julio días antes de cumplir los diecisiete años, a poco de volver él de Barcelona y de Francia para hacerse cargo del molino de aceite y del transformador de energía eléctrica.

Cubas empezó a comer de mala gana y ella se sentó frente a él y cruzó las morenas manos sobre la mesa.

—Pues si lo has decidido... Yo no quiero quitarte la idea, pero ya me dirás qué voy a hacer yo sola con tus hijos.

Cubas esperó a tener desocupada la boca, sin apresurarse, para responderle:

—No te preocupes, va a ser cosa de poco. Si achuchamos todos como es debido, a una y con coraje, la guerra se acaba en cuatro días. Por eso, la obligación de todos los militantes está en el frente, y no en la retaguardia, donde el vigilar el reparto de víveres en la cooperativa o el trabajo en la colectividad lo puede hacer cualquiera. ¿No lo comprendes?

Clara volvió a mirarle a los ojos.

—Sí, pero..., si te ocurre algo...

Clara le envolvía en su profunda y tierna mirada, la misma sumisa y apremiante mirada con que le envolviera aquella noche de verano en el pequeño cuarto encalado de la casa de sus abuelos, a cuyo cobijo vivía. Penetraba por la ventana entreabierta un débil resplandor nocturno que se remansaba en sus ojos. Entonces dijo ella: «¿Te marcharás ahora del pueblo y me dejarás perdida?» A él le costó renunciar a todo lo demás en su vida para contestarle: «No. Me quedaré contigo para siempre». Unos meses después se casaron y él se afincó en el pueblo, aunque muchas de sus raíces quedaron al aire, como un árbol de tierras profundas trasplantado a un roquedal.

Cubas la contempló en silencio unos instantes. Seguía inspirándole los mismos sentimientos de siempre: ternura, compasión y una necesidad, como una sed que le brotara desde los más escondidos rincones de su ser, de tenerla a su lado, de sentirla vivir a su alrededor, de percibir su cálida atmósfera. Le cogió una mano, se la apretó y entonces la mujer se derrumbó sobre la suya, besándola. Dijo él:

—Están muriendo miles, Clara, en cualquier sitio, y si no nos jugamos la vida ahora, la perderemos de todas maneras, y peor. Yo recluté aquí unos cuantos milicianos y los mandé al frente. Algunos de ellos han muerto. ¿Cómo puedo quedarme yo en la retaguardia?

Clara no lloró ni protestó, pero siguió con la cara pegada a la mano de él, humedeciéndola con su aliento. Cubas cerró los ojos. Por su frente, por los canales entre sus anchos pómulos y sus labios y por los de su recio cuello corrían gotas de sudor. Se había olvidado de comer, se había olvidado de todo.

De pronto, subiendo de los bajos del pueblo, llegó hasta allí un rumor de motores, un ruido que crecía, cada vez más ronco y potente, hasta que se ahogó entre estertores. Clara levantó la cabeza y miró a su marido. Él también había abierto los ojos y escuchaba atentamente.

—Es un camión —dijo al fin—. Debe de ser el de los milicianos que vienen por suministro. Pero habíamos quedado en que vendrían a cargar el jueves, y hoy es lunes... Tendré que ir a ver.

Ella le apretó la mano.

—Espera. Luego irás.

—Es que a lo mejor se arma una trapatiesta entre unos y otros. Los del frente vienen con muchos fueros, y ya sabes que Helio no tiene mucho aguante.

Pero la mujer no soltó la mano del hombre.

—Ya vendrán a buscarte, hombre, si te necesitan. E hizo un gesto de resignación.

—Bueno, pero si es para que coma... No tengo ganas. Clara se puso en pie y la silla crujió ligeramente.

—Estás engordando mucho —bromeó él.

—Quedan dos rosquillas de las que hice el otro día. ¿Te apetecen?

Cubas movió la cabeza.

Déjalas para los muchachos.

—No, Julio. Ellos ya han comido todas las que han querido. En cambio tú casi no pruebas bocado desde que empezó el lío. Y así no puedes continuar. Tienes que comer.

—Es que no tengo ganas.

—No importa. Las rosquillas pasan solas.

Y se dirigió a la alacena. Julio giró sobre su asiento para

seguirla con la mirada. La bata se le pegaba a las carnes... Llevaba al aire las piernas morenas...

—Si ni siquiera tengo tiempo para...

Ella se volvió. Sonreía.

—¡Chist!

—Pero ¿no están dormidos los chicos?

Le puso delante una fuente de porcelana en cuyo fondo destacaban los dos únicos rodets de masa frita.

—Ahora, come y calla.

Julio cogió una de las rosquillas y pasó la otra mano por la cintura de su mujer. Mientras masticaba, murmuró:

—Si no fuera porque van a venir de un momento a otro a buscarme... —y levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

Ella lo dominaba físicamente en ese momento. Era para él todo lo que una mujer en plena sazón puede ser para un hombre en plena virilidad.

—Julio...

—¿Qué?

Se puso una mano sobre el vientre y dijo:

—Estoy otra vez, después de tanto tiempo. No te lo he podido decir hasta ahora.

A él se le iluminó la cara.

—¿Estás segura?

—Sólo es la segunda falta, pero lo sé.

Entonces él le rodeó el vientre con sus brazos.

—Otro hijo, y ahora —balbuceó con la voz ahogada—. Un hijo de la revolución, como quien dice.

—Casi, casi, julio.

—Tú no sabes lo que es esto para mí.

Se levantó y el dominio físico pasó a él. No parecía tan alto debido a la anchura de sus hombros y a la robustez de su pecho. Tenía cuello de toro y brazos y piernas como ramas de olivo. En él, los fervores se encendían lentamente, pero eran irresistibles.

—¡Que me ahogas! —gimió ella, dulcemente. La soltó.

—¿Cómo le pondremos?

—Pero si a lo mejor es chica...

—Es igual. Si es chico, verás... Si es chico, Espartaco. Si es chica... Si es chica —vacilaba—. La otra se llama como tú. La que venga, Esperanza. ¿Te gusta?

Ella no reía. Le miraba gravemente, maternalmente.

—¿Estás contento?

—Claro. ¡Mucho!

Al notarla un poco triste, él volvió atrás en sus pensamientos.

—¿Es por eso por lo que tienes miedo de quedarte sola? Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza y dijo:

—Por todo. Por ti, por los chicos y por eso también. Julio la miró también gravemente a los ojos.

—Esta vez será diferente. Le hablaré a don Marcos, que vive gracias a mí, y te cuidará como si fueses hija suya, ya lo verás. Y, si no te basta, te llevaré a la mejor clínica de Málaga o de Madrid, como si fueras la mujer de un potentado. Pero ella negaba con la cabeza.

—No, no es eso —dijo suavemente.

—Entonces, ¿qué? —preguntó él, desconcertado un poco.

—Lo que yo quiero es que tú estés a mi lado en esos momentos.

—Estaré. La guerra ya habrá terminado para entonces, pero si no fuera así, vendría desde dondequiera que estuviese. ¡Te lo

prometo!

Clara se abrazó a su pecho, ancho y sonoro como un portalón tras el que se oyera el rumor del viento en el bosque

—No quiero que le suceda a mi hijo lo que le sucederá al que tenga Juana la del Pintao. Ni siquiera podrá saber la criatura el día de mañana cómo murió su padre en el frente ni dónde está su cuerpo.

Clara temblaba y Julio, no encontrando palabras para tranquilizarla, la retuvo sobre su pecho un largo rato, hasta que se oyeron voces en la calle. Entonces se soltaron.

—¡Julio! ¡Julio! —llamaba un hombre.

Cubas se pasó un puño por la frente para limpiarse el sudor.

—¡Vaya! —dijo—. Ya lo han liado éstos. Se oyó el ruido de la puerta al abrirse y otra vez la voz:

—¡Julio!

—Pasa, pasa.

Y apareció un hombre en mangas de camisa, turbado, llevando una carabina en bandolera, que se contuvo ante la actitud expectante y todavía íntima del matrimonio.

—¿Qué ha ocurrido con los milicianos, Helio? —preguntó Cubas.

Helio era alto, delgado, anguloso.

—No son los milicianos, julio. Son Pancho Villa y su gente, que quieren llevarse a Mínguez, a Rufino y a don Marcos. A estas horas andan la mujer y las hijas de Rufino por las calles del pueblo, llorando y aporreando las puertas.

Julio había palidecido intensamente.

—¿Cuántos son ellos? —preguntó adelantándose hacia Helio.

—Como diez o doce, me parece. Pero bien armados.

—Bah, entonces no es para asustarse. ¿Y dónde están?

—En la plaza.

—¿Y nuestra gente? Quiero decir los compañeros y también la gente del pueblo.

—Muchos están ya en la plaza y otros corren para allá. Cubas miró a su mujer y luego otra vez a Helio.

—Bien —dijo—. Vamos nosotros también. Helio le detuvo con un gesto.

—¿No coges la pistola?

Cubas dudó un momento.

—No me valdría de nada, pero llévala tú, si quieres. Es la del cabo Mínguez. Mira por dónde... —y ordenó a su mujer—: Anda, dásela.

Clara desapareció en el interior de la casa. Helio le preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, julio?

Julio pensaba frenéticamente y cuando Clara reapareció y entregó la pistola a Helio, tomó una decisión.

—Aún no lo sé, pero verás... Es conveniente que tú y los que tienen escopeta guarden las esquinas de la plaza. Si yo te llamo, Helio, disparas al aire. Pero sólo tú, ¿eh? Los demás, que aguarden. Y tú —prosiguió, dirigiéndose a su mujer— coges la llave y te subes al transformador. En cuanto oigas el disparo, tiras de la palanca y cortas la luz del pueblo, ¿entendido? —y, sin darles tiempo a replicar, concluyó—: Hala, vamos. Vamos a ver qué pasa...

Bajando por la empinada calle de guijos y de casitas encaladas, Cubas y Helio se vieron rodeados por grupos de hombres y mujeres, apresuradamente vestidos, que se les unían en silencio. Cubas caminaba ceñudo, concentrado en sus pensamientos, sin

mirar a nadie, como si, en efecto, no sintiera a su alrededor el jadeo ni el rumor de los acompañantes. A pesar de ser un pueblo serrano aquel, no corría ni el más leve soplo de viento y el calor se agarraba cosquilleante y molesto, igual que una nube de mosquitos. La noche era clara en lo alto, con un cielo en el que apenas brillaban las estrellas. Una noche agostaña, quieta y dormida, serena y calurosa.

Al llegar a la pequeña plaza de la iglesia, Cubas abarcó de una ojeada el panorama. En su centro se hallaba un camión rodeado de hombres armados y, formando un gran círculo en torno a ellos, se agrupaba la gente del pueblo, silenciosa, paralizada por el estupor y el miedo, casi con el aliento retenido. Sólo se oían las voces de los hombres armados y, sobre ellas, la del que parecía su jefe, que chirrió en la plaza:

—¡Venga, aligerar! Ya está durando esto demasiado.

Cubas avanzó solo hacia el camión. En ese momento, los de los fusiles intentaban hacer subir a él a un hombre corpulento, paralizado por el terror, que resbalaba cada vez que pretendía apoyar una de sus rodillas en el tablero del camión para izarse sobre él. Cubas apartó de un empujón al primer hombre armado que se tropezó y dijo al hombre gordo:

—¡Apártate, Rufino! —y, dirigiéndose luego a los que ya estaban arriba, les ordenó—: Y vosotros, bajad. ¡Rápido!

Eran don Marcos, el médico, con gafas y el pelo casi blanco, y Mínguez, el antiguo cabo de la guardia civil, cetrino y duro, los cuales iniciaron el movimiento ordenado hasta que los dejó quietos, como clavados en su sitio, una voz chillona:

—¡Alto!

Los hombres armados estaban en una actitud de indecisión y

la gente del pueblo se había deslizado hacia allí mecánicamente, estrechando el círculo.

—¡He dicho que bajéis! —replicó Cubas, con voz al parecer inalterada, pero irresistible.

—¡Eh, eh! —oyó detrás de él—. ¿Quién eres tú?

Se volvió lentamente y se encontró ante él a un hombre tocado con un sombrero de anchas alas vueltas hacia arriba, llevando en cruz sobre el pecho dos cananas con balas de fusil y, a la cadera, un ancho cinturón de cuero claveteado del que pendían dos pistoleras. No hizo más que mirarle fríamente a los ojos en silencio. El otro repitió la pregunta:

—Di, ¿quién eres?

—¿Y tú? —le soltó a su vez Cubas, como un salivazo.

El de las cananas, con ambos brazos arqueados sobre la cintura y abierto jaquetonamente el compás de las piernas, contestó, siguiendo la forma de las preguntas:

—¿Es que no has oído hablar nunca de Pancho Villa?

Había un silencio de angustia y de temor que apretaba las gargantas. Los hombres del pueblo empezaban a temblar. Por su parte, los forajidos de Pancho Villa contemplaban la escena, seguros, cruzándose miradas y sonrisas de bravuconería.

—Hay muchos panchovillas por ahí —contestó irónicamente Cubas, añadiendo—: Así que tú eres uno de esos que se dedica a robar y a matar en la retaguardia, ¿no?

Pancho Villa le miró de abajo arriba, como midiéndole.

—Oye —dijo, acercándose más a él—: La retaguardia es un frente también y hay que limpiarla de los enemigos de la revolución.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no te matan a ti?

El guerrero de retaguardia campaneó la cabeza. Era carirredondo, moreno aceitunado, con ojos sombreados por gruesas cejas.

—Faltan güevos —y se echó a reír provocativamente. Sus hombres también rieron.

—Pues aquí has llegado tarde. Ya se hizo todo lo que tenía que hacerse —replicó Cubas, impasible.

—¿Sí? —y chilló de nuevo la voz de Pancho Villa. Después, señalando a sus prisioneros, preguntó—: ¿Y éstos? Cubas siguió en su tono cachazudo:

—Ésos ya tienen bastante con trabajar.

—¿Trabajar un cabo de la guardia civil, el operador del cacique y un matasanos podrido de dinero?

—¡Sí! —y la voz de Cubas se metalizó—. ¡He dicho que sí.

Se miraron frente a frente los dos hombres durante unas segundos.

—Pues yo me los llevo ahora, compañero —dijo al fin Pancho Villa, desafiante.

—¡Ni compañero ni hostias!

Pancho Villa palideció. Bramaba por dentro.

—Como sigas así, me vas a obligar a matarte también a ti... —y mordía las palabras mientras una de sus manos se deslizaba en busca de la culata de la pistola.

Desmenuzando también las palabras y como hincándoselas en la cara, Cubas replicó:

—Tú no matas aquí ni moscas. En este pueblo mando yo, ¿comprendes? —y se volvió rápidamente a los prisioneros para ordenarles nuevamente—: ¡Abajo he dicho!

Pero Mínguez y don Marcos se contuvieron al ver la actitud de

los compinches de Pancho Villa, que los amenazaban con los fusiles. Entonces se oyó la amenaza de Pancho Villa a Cubas:

—¡O te estás callado, o te cepillo a ti también!

Pero antes de que pudiera desenfundar la pistola, Cubas se había abalanzado a él y le sujetaba entre sus brazos de leña. Le dominaba en estatura y fuerza, y no dejó de apretar hasta que sintió crujir sus huesos.

—¡Quieto, cabrón! —le sopló al oído, jadeando, mientras le daba la vuelta y lo enfrentaba con sus hombres—. Si no haces lo que te mande, te mato a bocaos, ¿me oyes?, te mato a bocaos —y, alzando la voz para que le oyeran todos, agregó: Os tengo rodeados por mis hombres. A la salida de la plaza hay un carro atravesado en la calle... Os están apuntando desde todas partes... Y a una voz mía se apagarán todas las luces del pueblo...

Mientras hablaba había desarmado a su adversario, a quien preguntó seguidamente:

—¿Qué dices ahora, Pancho Villa?

Hubo una pausa. Pancho Villa pensaba. Al fin dijo, en voz baja:

—Que has ganao —y dirigiéndose a sus hombres, les ordenó —: ¡Dejarlos!

Mínguez y don Marcos saltaron del camión. La gente del pueblo, perdido ya el miedo que la entumecía, empezaba a estorbar los movimientos de los bandoleros.

—Ahora les dices también que dejen las armas —ordenó Cubas a Pancho Villa, hablándole al oído.

Quiso revolverse, pero sintió el cañón de una pistola en la espalda.

—¡Vamos, hombre! —le urgió Cubas.

Y Pancho Villa, de pronto suave y relajado, dijo a sus hombres:

—¡Soltar la herramienta! —pero como ellos aún dudasen, tuvo que reiterar la orden con más energía—: ¡Que dejéis las armas he dicho! —y añadió, a modo de disculpa—: Nos han copado esta vez, compañeros, por confiados.

—¡Ahí, en el suelo! —ordenó Cubas.

Los hombres de Pancho Villa obedecieron, pero no sin antes buscar una confirmación en un gesto de su jefe y de lanzar miradas de recelo a los pueblerinos, y pronto quedó formado un montón con sus fusiles, sus pistolas, sus cartucheras y sus bombas de mano.

Cuando hubo terminado el desarme, Cubas puso una mano en el hombro de Pancho Villa y, mirándole de frente, le dijo:

—Ya te dije que aquí mando yo. Me llamo Julio Cubas y no hay otro que se llame así por todo este campo. Ya lo sabes. Y otra cosa. Aquí se hizo justicia, tal como debía hacerse. Sólo don Vicente Úbeda, el cacique, quiso demostrar algo el 18 de julio y disparó desde el balcón del casino a la gente que corría a rodear el cuartel, antes de que los guardias saliesen para concentrarse donde se lo habían mandado. Se cogió a don Vicente y se le fusiló en esta misma plaza y de día. Desde entonces no ha hecho falta matar a nadie más. Todos éstos —y señalaba a los prisioneros— trabajan ahora para el pueblo. Hasta al cura lo tenemos trabajando en la cooperativa...

Pero el guerrillero de retaguardia no estaba ya para réplicas y ordenó con un gesto a sus hombres que subieran al camión.

—En cuanto a las armas —siguió diciendo Cubas—, el enemigo tiene muchas en el frente. Si de verdad sois antifascistas, podéis ir allá a cogerlas...

Pancho Villa tenía ya un pie en el estribo delantero del camión.

Subió a él y, asomando la cabeza por la ventanilla, gritó a Cubas:

—Bueno, que quiten el carro atravesado en la calle. Entonces fue Cubas el que rió.

—No hay ningún carro, hombre. Lo que hay aquí son huevos...

Pancho Villa blandió el puño:

—No te rías, cateto. Esta noche has tenido suerte, nada más, pero ya nos veremos...

—Cuando quieras, pero procura no volver más por aquí, porque la próxima vez no saldrás con vida del pueblo.

La cabeza de Pancho Villa desapareció de la ventanilla y, seguidamente, el vehículo se puso en marcha. Entonces se alzó un clamor de alivio y de alegría en la plaza.

El cabo Mínguez, don Marcos y Rufino el operador, ahogados materialmente por los abrazos de sus familiares, trataban de desembarazarse de ellos para acercarse a Cubas. Éste se mantenía en el centro de la plaza cruzado de brazos, contemplando las armas amontonadas a sus pies.

—¡Helio! —llamó, y, cuando éste se le acercó, le dijo—: Que lleven esas armas al Comité. Tú serás responsable de que nadie coja una siquiera, ni munición ni nada. Ya las repartiremos mañana como es debido.

—Bien. Has estado cojonudo, Julio.

Cubas meneó la cabeza. Pancho Villa y su gente habían desaparecido ya.

—No es para tanto. Es que todos estos matones son unos blancos. Ya lo has visto.

—Sí, pero ¿qué hubieras hecho si llegan a plantar cara? Cubas sonrió.

—No sé. Se me ocurrió lo del disparo y lo del apagón de luz

porque algo teníamos que hacer, pero por suerte no ha hecho falta.

Entonces le abordaron los salvados. La mujer y las hijas de Rufino, despeinadas y llorosas, le miraban casi con deseo.

—Ea, no es para tanto. ¡Hala, irse a descansar, que ya ha pasado todo! —replicaba Cubas a sus emocionadas palabras de agradecimiento.

Mínguez, el taciturno guardia civil, sólo le dijo, al estrecharle la mano:

—No lo olvidaré nunca, julio.

—Eso es lo que hace falta, Mínguez.

Don Marcos le dijo:

—Dos veces te debo la vida, Julio, pero no podré pagarte más que con una.

—No se preocupe usted, don Marcos. La otra me la va a dar mi Clara. A usted le toca sólo procurar que la cosa salga bien.

Y, sin esperar la réplica y abriéndose paso entre los que le rodeaban, emprendió solo el regreso a su casa. La noche seguía brillante y pegajosa, y al andar por la estrecha y empinada calle se sentía como una caricia húmeda. Julio se detuvo un momento a respirar en medio de la cuesta y entonces advirtió que estaba empapado de sudor. Respiró con fuerza y reemprendió la subida. En la puerta de la casa le esperaba su mujer, empuñando todavía la llave del transformador.

—¡Gracias a Dios! —exclamó ella, cogiéndose a su brazo.

Cubas alentó poderosamente, pero no dijo nada y entró en la casa, seguido por ella. El hombre se fue derecho al patio y lanzó con fuerza el cubo de cinc al fondo del pozo. Sonó como un cañonazo ahogado. Tiró después de la cadena, chirrió la polea y se

oyeron las alegres salpicaduras del cubo mientras subía a la superficie. Cubas, siempre sin decir palabra, se despojó de la camisa, vertió el agua en la pileta de lavar y empezó a lavarse a grandes puñadas, con ansia.

Clara lo contemplaba viendo cómo la claridad del cielo resbalaba sobre la mojada carne, bruñéndola.

—¡Ya me han contado lo que has hecho...! —murmuró.

Cubas, después de escurrirse la cara con las manos, se movió hacia ella, hasta tenerla al alcance de su mano.

—¿Y qué? —preguntó en tono bajo, derritiéndosele un poco la voz.

Entonces Clara se abrazó a él, juntando y restregando su mejilla a la piel húmeda y áspera de su pecho.

*

Había caído ya la noche sobre el paisaje aunque el crepúsculo pintaba aún claridades fugitivas en las cumbres de la sierra. Desde la altura en que se encontraba el grupo se podía contemplar, pasando la mirada por encima del oscuro valle, el racimo de débiles luces amarillas del pueblo. Las cuatro mujeres, los mozalbetes y los niños pequeños esperaban al abrigo de unos chaparros, cerca de las ruinas de la «Quinta del Palomo», refugio antaño de trajinantes y contrabandistas, de la que sólo quedaba en pie un trozo de muro con el hueco de la puerta principal. Las mujeres descansaban sentadas sobre líos de ropas y los chiquillos en el suelo. Los dos muchachos se entretenían sacando punta o haciendo cortes en la corteza de unas varas con sus navajas, y la muchachita, con las piernas cruzadas y estirándose de cuando en cuando el vestidillo para cubríselas lo más posible, seguía con curiosidad el entretenimiento de los chicos.

—¿Qué queréis hacer? —les preguntó al cabo de un rato. Los muchachos continuaron su tarea sin levantar la vista y uno contestó:

—Un puñal.

El mayor dijo después:

—A mí me gustaría hacer una espada con un hierro en la punta.

Una de las mujeres les siseó. Llevaba, como las otras tres, la cabeza cubierta con un pañolón negro, anudado bajo la barbilla, y su rostro era una mancha pálida, borrosa, en la que sólo brillaban los ojos.

Volvió el silencio otra vez, un silencio apretado, que cada uno sentía a su alrededor como el aliento cauteloso de una amenaza. Aunque la tierra y el cielo estaban calientes, corría un delgado viento, sin fuerza todavía para mover las hojas, pero que comenzaba a arañar la piel con sus fríos dientecillos.

El muchacho mayor dejó de sacar punta a su vara y se echó de bruces sobre los tomillos, que crujieron levemente. El otro suspendió también su trabajo con un gesto de fastidio y se tumbó a su lado. La muchachita se estiró una vez más el vestidillo, tal vez porque ya sintiera frío en las piernas, cruzó los brazos sobre el pecho y permaneció luego quieta y muda.

—¿Tú crees que nos fusilarán si nos cogen? —susurró el muchacho pequeño al muchacho mayor.

Tardó en contestar el otro con delgada voz:

—No hay que pensar en eso ahora.

—Pero si nos cogen...

—¡Cállate!

De pronto se oyó un ahogado rumor de pisadas sobre las secas

retamas, en la dirección del pueblo, y todos se volvieron para mirar hacia allí. Los rostros de las mujeres eran como cuatro máscaras sin forma, cuatro idénticas expresiones de recelo y temor. Corrió por todo el grupo un estremecimiento, pues hasta los pequeños se revolviéron temblando. Pero nadie dijo nada.

Las pisadas se fueron haciendo cada vez más próximas hasta que surgió la figura oscura de un hombre que avanzaba hacia allí deteniéndose de cuando en cuando para mirar en derredor.

—Es mi José —dijo una de las mujeres.

—Sí, es José —aseguró otra.

Entonces todos volvieron a respirar profundamente, pero como los chicos empezaran a moverse, las mujeres les sisearon otra vez y hubieron de quedarse inmóviles y mudos.

El hombre, bien visible ya su pechera blanca, estaba parado y parecía buscar algo por allí cerca.

—¡José! —llamó una ahogada voz femenina.

El hombre la oyó y se dirigió ya derechamente hacia el lugar de donde brotara la voz. Vestía de pana casi negra y se cubría la cabeza con un sombrero pardo de ala ancha. Crujían sus pantalones al andar y sus pisadas eran más fuertes y descuidadas.

—¿Y Victoriano? —preguntó al llegar cerca de las mujeres.

—No ha aparecido todavía —respondió la que le llamara «mi José».

José se quitó el sombrero y se abanicó con él. Tras una pausa, dijo:

—Por la parte del pueblo no viene nadie. Se ve que todavía no nos han echado de menos. El personal está cenando ahora.

Y se calló y volvió a cubrirse la cabeza. Los dos chicos mayores, que habían recuperado su primera postura, y la chica miraban al

hombre sin atreverse a preguntarle nada.

—Ya debieran estar aquí, ¿no? —le preguntó su mujer mientras se apretaba el nudo del pañolón bajo la barbilla.

—Sí, y no pueden tardar mucho. Tenemos que cruzar las líneas antes de que amanezca.

Sacó luego la petaca y se puso a liar un cigarrillo.

—No irás a fumar ahora, ¿eh, José? —le advirtió ella.

El hombre no contestó y, cuando hubo terminado de hacer el cigarrillo, se agachó para encender el chisquero de mecha y prenderlo. Le dio dos largas chupadas ocultando el resplandor entre blusa y pecho, se enderezó de nuevo y dijo, por entre la nube de humo que salía de su boca:

—Es la consigna.

Ya se había hecho completamente de noche. El valle era un abismo de negrura, sin un solo punto de referencia. En cambio, al otro lado de él se destacaba la blancura del pueblo, respunteado por sus luces guiñadoras. El vientecillo, cada vez más fresco, arrastraba una bocanada de ásperos olores a tomillar y a encinas, a breñas serranas, a flores silvestres, a bravío de monte, y una gran pena se desparramaba por todo el campo.

El grupo permaneció sumido en la angustia de la espera. Las mujeres hubieron de cobijar entre las piernas a los pequeños, adormilados y temblorosos, e incluso los muchachos mayores se acercaron a ellas buscando su calor. Sólo el hombre aguantó en pie, como un centinela, vuelto de espaldas al pueblo y con la vista clavada en la espesura que se cerraba frente a él. Chupaba el cigarrillo a largos intervalos, cuyo brillo ahogaba cada vez tras el telón de la blusa.

Cuando ya llevaba quemada más de la mitad, irguió aún más la

cabeza y luego le dio una larga chupada, pero sin ocultar ya su lumbre, que fue como un fuerte latido rojo en la oscuridad. Enfrente brilló también un puntito de luz y José repitió dos veces más la maniobra, contestada siempre de la misma manera. Entonces se volvió a las mujeres para decirles:

—Son ellos. Ya están aquí.

Las mujeres se desembarazaron cuidadosamente de los pequeños cogiendo en brazos a algunos de ellos, se pusieron en pie y fueron después a juntarse con el hombre. Los chicos mayores hicieron lo mismo y así todo el grupo se apiñó en torno a José.

Siguieron unos minutos de irresistible tensión, redoblada a cada rumor de las varias pisadas de personas invisibles que se acercaban.

—Mira que si... —dijo, temblando, una mujer.

—Son ellos. No hay miedo —aseguró José en un susurro.

Unos minutos más de zozobra y, luego, el confuso montón de sombras acercándose entre el rumor de sus pisadas. José y las mujeres sintieron un escalofrío. Después, todo fue rápido. Los nombres sonaron ahogados, estremecidos:

—¡Julio!

—¡Clara!

—¡Helio!

—¡Basi!

Y unos fuertes, ansiosos, abrazos en silencio de los padres, con los chiquillos agarrados a sus piernas y a sus cinturas.

Dos de los hombres recién llegados permanecían un poco separados del conjunto y contemplaban la escena, sonrientes y conmovidos. Eran muy jóvenes. Aparecían con ropas campesinas y ambos, al igual que Cubas y Helio, estaban armados con fusiles y

bombas de mano. Las mujeres y los niños de José y Victoriano se habían juntado a éstos y esperaban.

Cubas, después de besar a su mujer se la quedó mirando fijamente y luego, tirando bruscamente del negro pañolón, dejó al descubierto su cabeza. Tuvo que cerrar los ojos y respirar profundamente mientras Clara volvía a cubrísela.

—¿Has visto como era verdad? —dijo Cubas a Helio.

Éste, que había hecho lo mismo a su mujer, sólo contestó con un gesto afirmativo y Cubas se dirigió a Clara:

—Lo sabíamos. Nos lo dijo el zagal de Braulio cuando se pasó a nuestra zona a los pocos días de perderse el pueblo. Fue Paco el Ditero, ¿verdad?

Clara afirmó con un movimiento de cabeza, añadiendo:

—A poco de entrar los moros vino a buscarme Paco el Ditero para llevarme al Ayuntamiento, donde ya estaba detenido mi hermano Adrián. Paco me pidió que le pagara lo que le debíamos. Claro, yo le contesté que no teníamos una perra ni siquiera para comer y entonces él se puso como un loco a gritar que tú habías sido un rojo ladrón y que dónde estaba el dinero que habías robado.

—¡Asqueroso usurero! —gruñó Cubas, rechinándole los dientes.

—A ti es al que hubieran querido coger, y, de rabia por no poder tenerte en sus manos, se vengaron en mi hermano Adrián.

—¡Pobre! —exclamó Cubas—. Mira que le avisé con tiempo para que se viniera conmigo... Pero con eso de que no quería meterse en nada...

—También sabrás —agregó ella— que fueron el Ditero y el Agustinillo los que lo mataron.

Sí —respondió secamente su marido, pero en seguida le tembló la voz al preguntarle—: Y qué más te hizo? ¿Te insultó? ¿Te pegó?

—Sólo cortarme el pelo y...

Al vacilar, su marido la interrumpió, apremiándola:

—¿Y qué más?

Clara se agachó como para arreglar el lío de ropa en que había estado sentada mientras decía:

—Estuvieron todo el tiempo insultándote a ti el Ditero y Agustinillo... A mí no me insultaron ni me pegaron, pero me hicieron tomar un tazón de aceite de ricino con pan migado —el recuerdo la hizo estremecerse de repugnancia, y siguió diciendo, sin poder resistir la mirada de lumbre en los ojos de Cubas—. Lo tomé sin chistar, pero luego...

Entonces se agarró a él para ahogar contra su pecho los sollozos, irreprimibles, al tiempo que hablaba:

—Me puse muy mala porque me hizo abortar. Gracias a que don Marcos se portó muy bien conmigo, que si no...

Cubas se pasó lentamente la mano por la frente y los párpados, y el grupo quedó en silencio hasta que uno de los jóvenes armados dijo:

—Bueno, yo creo que ya es hora de marcharnos si queremos pasar a la otra zona antes de que amanezca.

—Sí, tenemos que aligerar... —murmuró Helio.

Empezaron todos a removerse. Las mujeres recogieron los líos de ropa, pero los hombres se hicieron cargo de ellos. Clara y Cubas fueron los últimos en volver a la realidad del momento. Les costaba mucho desprenderse el uno del otro, pero al fin lo hicieron, y mientras los demás se ponían en orden de marcha,

Cubas preguntó a su mujer:

—¿Y no salió en defensa tuya el cabo Mínguez?

—No pudo, Julio. Se lo llevaron al frente en seguida, como soldado raso. Le echaron en cara no haberse hecho fuerte en el cuartel el 18 de julio.

—Pero si no tenía salida... Estaban copados y hubieran muerto todos dentro...

—Sí, pero ellos no piensan de esa manera, julio.

Cubas hizo un gesto de asombro por todo comentario y luego dijo, dirigiéndose ya a todo el grupo:

—Helio, José y yo nos quedaremos por si sale del pueblo alguna patrulla en vuestra persecución. Con vosotros dos —e indicaba a los jóvenes armados—, que conocéis tan bien el terreno, y Victoriano, hay suficiente escolta. Así que...

Clara y Basi se resistían, no obstante, a separarse de sus maridos, quienes tuvieron que empujarlas suavemente hacia los otros.

—Pero no os quedéis mucho tiempo aquí —rogó Clara.

—Descuida, mujer. Lo más seguro es que os alcancemos por el camino.

Y, tras un último y rápido abrazo, el pelotón de mujeres y niños, escoltados por los tres hombres, echó a andar hacia la masa oscura del monte. Cubas, Helio y José permanecieron en pie y silenciosos hasta que la noche volvió a cerrarse a espaldas de los fugitivos y ya no se percibía siquiera el rumor de sus pasos. Entonces dijo Helio:

—¡Que haya suerte! Suerte para todos.

—Sí, eso es lo que hace falta ahora —murmuró José.

Cubas siguió mudo hasta que José sacó la cajetilla para liar un

pitillo. Le atajó diciendo:

—No es tiempo todavía de fumar.

Y como José quedara indeciso, añadió:

—Ya fumarás cuando hayamos terminado la faena que nos espera en el pueblo.

—¿Es que vamos a bajar al pueblo? —preguntó el otro, con disgusto en la voz.

Pero Cubas, en vez de contestarle, preguntó a Helio:

—¿Qué te parece?

Helio hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y contestó después:

—Es el remate.

Seguidamente, Julio Cubas se desprendió del fusil y se lo entregó a José.

—Toma —le dijo—. Yo tengo bastante con las bombas de mano y la pistola del cabo Mínguez.

El casino no era más que un vasto salón destartalado. A lo largo de sus paredes descascarilladas habían extendido recientemente una larga banda de tela con los antiguos colores de la bandera nacional, rojo y amarillo, sobre la que se destacaban dos retratos, los de Franco y Queipo de Llano, con un gran crucifijo en medio. En uno de sus rincones, frente a la puerta de acceso al local, un pequeño mostrador cerraba el ángulo de dos paredes, cubiertas en aquel espacio por estanterías con botellas de licores y un viejo aparato de radio. Había una gran concurrencia de hombres. El encargado del bar se encontraba sirviendo café, vertiéndolo a los vasos desde la cafetera de aluminio que llevaba en la mano, en la mesa que parecía presidir la grasienta figura de Paco el Ditero. Decía éste:

—Todavía quedan algunos rojillos que se resisten a oír el parte de guerra y las charlas del general Queipo de Llano. Me parece que nos estamos pasando de consentidos con ellos.

—Y tanto —dijo otro de los contertulios, un tipo esmirriado, con pequeñas calvas redondas en la cabeza y con los dientes salteados—. Por ejemplo, don Marcos no viene ninguna noche.

—Es que tiene radio propia, Agustinillo —le replicó el encargado del bar mientras le servía.

—Ya le daría yo radio propia, ya.

—Yo no se la hubiera dejado porque no me fío de él —dijo el Ditero—. Siempre fue muy amigo de Cubas y... Pero como es el presidente de la C.E.D.A. también...

La radio había estado dejando oír hasta entonces una musiquilla apagada, pero, de pronto, accionada por la mujer del encargado del bar, dio paso a una voz masculina que, en tono vibrante, comenzó a leer los partes de guerra.

Paco el Ditero y todos los concurrentes, como obedeciendo a una orden militar, se enderezaron en sus asientos y, con la mirada fija en el receptor de radio, quedaron en actitud rígida, pendientes de la relación de victorias de los «nacionales» sobre los «rojos» en los muchos frentes de combate que se extendían a lo largo de la inmensa, sinuosa y móvil línea divisoria de las dos Españas en lucha a muerte. Sonaron muchos nombres de pueblos, unos familiares, absolutamente desconocidos otros...

La voz del locutor hería como una bayoneta y redoblaba como un tambor, lo mismo que si su dueño se hallara en pleno combate, enardecido por la pólvora y la sangre, contagiando su emoción bélica y su entusiasmo patriótico al auditorio, al que ponía en trance de éxtasis, contenido casi el aliento, abierta y redonda la

boca de admiración, perdida la noción de tiempo y de lugar. Al fin terminó el desfile de noticias y, cuando la misma voz bizarra anunció que el general Queipo de Llano iba a comenzar su acostumbrada charla, sucedió algo imprevisto que rompió el encanto y perturbó profundamente el ánimo de los oyentes.

Se apagó la luz eléctrica y enmudeció fulminantemente el aparato. Siguió entonces una pausa de oscuridad y silencio hasta que gritó alguien, muy nervioso:

—Qué pasa?

La respuesta expresó el temor general:

—Algún golpe de mano de los rojos.

—Calla, cenizo —le replicaron.

Era como si de repente hubiera entrado una bocanada de aire frío. Nadie se atrevía a moverse. Por eso chilló Paco el Ditero:

—¿Por qué no vas al transformador a ver qué pasa, Agustinillo?

Pero el aludido no contestó. De nuevo se hizo el silencio. Aquí y allá fueron brotando las débiles y oscilantes luces de algunos fósforos, a cuyo resplandor los hombres se miraban entre sí y se sonreían para animarse.

—Voy a encender el petróleo —dijo el encargado del bar.

—Ya tenías que haberlo hecho, malage —refunfuñó el Ditero, cuya frente brillaba de sudor.

Antes de que llegara al mostrador el encargado del bar, se extendió por el techo la primera bocanada de luz y luego apareció su mujer llevando en la mano, a la altura de la cabeza, el aparato encendido. Su claridad despejó en gran parte los temores y los fantasmas que poco antes amedrentaban a los hombres, y éstos comenzaron a reír y a bromear.

—Que tú no ves más que rojos por todas partes, muchacho.

—¡Se vende miedo!

Después de algunas pullas más, el Ditero dijo:

—Seguro que ha sido alguna avería del transformador. El Agustinillo no le ha cogido todavía el aire.

Agustinillo, encogiéndose de hombros, replicó:

—No es cosa de cuatro días cogerle el intrínquilis, digo yo...

—Pues anda a ver qué tecla le falla —le ordenó el Ditero. Agustinillo no tuvo más remedio que ponerse en pie, aunque de visible mala gana.

—Y que debe de ser peligroso hurgar allí... —insinuó otro de los contertulios.

—Digo —apoyó un tercero—, como que si te descuidas te arrea una descarga que te deja frito.

Agustinillo, azuzado por los demás, se dirigió a la puerta.

Al abrirla y ver lo oscura que estaba la noche en la plaza, se detuvo y, volviéndose a mirar a sus amigos, intentó bromear:

—Parece el sobaco de un grajo.

—¿Es que tienes miedo? —le gritaron—. Mira que si andan sueltos por ahí los rojos...

Aquella broma y las risas que estallaron le empujaron fuera. Al Ditero le temblaban las carnes y sudaba abundantemente entre retortijones de risa. Entretanto, el encargado del bar había colgado de un alto gancho el aparato de luz, que pintaba una danza de sombras, al oscilar en el aire, en techo y paredes.

Cuando se hubo desahogado, el Ditero, poniéndose serio, dijo:

—Lo malo es que nos hemos quedado sin oír a Queipo, porque por mucha prisa que se dé el Agustinillo... ¡Con el pico que tiene el general...!

Sí, y va siendo hora de recogerse. Mañana será otro día —apuntó un compañero de mesa.

Pero Paco el Ditero opinó que aún era demasiado temprano y propuso una partida de mus.

—Tráete la baraja y las fichas —pidió al encargado del bar, y luego, dirigiéndose a los otros, añadió—: Apuesto a que el Agustinillo se ha rilado por las pencas de puro miedo.

Y soltó otra carcajada, coreada por sus compañeros. El encargado del bar, por su parte, allegó la baraja y las fichas andando perezosamente. El rumor de las conversaciones, el ruido y la algarabía de los que se acercaban a la mesa del Ditero a horcajadas en sus sillas, dispuestos a actuar de mirones, apenas dejó oír un lejano estampido que sólo alertó a algunos momentáneamente, porque en seguida los guiños, los envites y las bromas jactanciosas de los jugadores absorbieron la atención y el interés de todos.

Terminaba ya el primer juego cuando se abrió bruscamente la puerta de la calle y aparecieron en su marco las figuras de Cubas y de Helio.

En medio del estupor general, se oyó la voz de Cubas, conminatoria:

—¡Que nadie se mueva!

Y avanzó hacia el grupo pistola en mano.

Fue todo tan rápido que los hombres permanecieron clavados donde estaban, incapaces de reaccionar. Hasta la mujer del encargado del bar, que pasaba un trapo por el mostrador, detuvo el movimiento del brazo y se quedó mirando a Cubas con la boca abierta, como si hubiera querido gritar y el grito se le hubiese atravesado en la garganta.

Helio había cerrado la puerta de la calle y desde allí apuntaba a todos con su fusil.

—¡Las manos, en alto! —volvió a ordenar Cubas al tiempo que hacía señas con la pistola para que se abriese el grupo que rodeaba al Ditero.

Los hombres, amedrentados, le obedecieron torpemente y Paco el Ditero quedó frente por frente a Cubas, sentado, con las manos levantadas. Durante el breve silencio que siguió, sus labios se movieron, pero sin poder pronunciar palabra. Su rostro se había quedado sin sangre y parecía licuarse de tanto como sudaba. Pronto se le acumuló el sudor en la nariz y comenzó a gotear sobre la mesa.

—¡Levántate, Paco! Anda, levántate.

Crujió y rodó la silla y estuvo a punto de caerse él también, pero ninguna mano acudió a sostenerlo. Al fin quedó en pie, tambaleándose. Toda su grasienta humanidad palpitaba y los pantalones, que se le habían escurrido hacia abajo, dejaban al aire la curva provocativa de su gran vientre.

Cubas le miraba a los ojos, prieta la boca, nublada la frente, con repugnancia y odio en la mirada.

—Toda esta gente sabe que no nos metimos contigo a pesar de que has vivido siempre a costa de la miseria de los pobres, prestamista de mierda. En pago, tú mataste a mi cuñado, pelaste a mi mujer y la hiciste abortar con ricino... ¡Hijo de puta!

Después del terrible insulto, que brotó de los labios de Cubas como un trallazo, el Ditero quiso tal vez humillarse ante el hombre de quien dependía su vida, pero tropezó con la mesa y sólo pudo hacer un gesto de dolor.

Ninguno de los asistentes se atrevía siquiera a respirar. Sólo se

oían el alentar poderoso de Cubas y la fatiga del Ditero. La gran pistola de reglamento tenía un solo ojo negro que miraba fijamente al corazón del prestamista... Cubas hizo un leve movimiento con la mano que la empuñaba y ello provocó en el Ditero su último intento de defensa.

—Te han engañado, Julio, te han engañado. Fue el Agustinillo. Te juro que...

Pero Julio lo calló con un gesto. Luego dijo:

—El Agustinillo ya lo ha pagado. Ahora te toca a ti. No he venido a discutir contigo. —Hizo una leve pausa y agregó—: He venido a matarte

A medida que hablaba Cubas, el Ditero parecía derretirse, lo que hizo que aquél titubease y le preguntara al fin, como tendiéndole un cable de socorro:

—¿Por qué lo hiciste, Paco? ¡Habla, hombre!

Entonces, inesperadamente, el Ditero se contrajo, cerró los ojos y, espurreando saliva y tartamudeando de odio, le contestó:

—¡Porque eres un joío rojo asqueroso!

Cubas, tras una brusca sacudida, disparó dos veces contra él. Después volvió el silencio mientras el cuerpo de Paco el Ditero resbalaba hasta quedar tendido en el suelo, boca arriba. La mujer del encargado del bar ahogó una exclamación, que sonó como un golpe de hipo.

Siempre conteniendo a los demás con la amenaza de su pistola, Cubas corrió a reunirse con Helio.

—Dale a la luz —ordenó a éste.

Al primer disparo de fusil, el casino quedó completamente a oscuras. Los dos amigos lo abandonaron entonces rápidamente, cerrando la puerta tras ellos, y echaron a correr. Atravesaron a la

carrera la pequeña plaza y tomaron una calleja ascendente. Corrían sin hablar, jadeantes, buscando instintivamente el arrimo de las paredes, donde la oscuridad era más compacta. Pronto empezaron a sonar las primeras voces de alarma:

—¡Los rojos! ¡Los rojos!

Y gritos de mujer y el ruido de puertas y ventanas al abrirse, como una estela de sus propios pasos. Ellos llevaban bastante delantera y sabían perfectamente por dónde y adónde iban, derechos, sin vacilar. Pero antes de llegar al final de la cuesta, donde terminaba el caserío y comenzaba el campo, sonó un disparo y brilló un fogonazo a sus espaldas.

—¡Cubas! —gritó Helio.

Cubas se detuvo a mirar atrás. A pocos pasos de él, su amigo Helio se agarraba desesperadamente al portalón cerrado de un corral para poder mantenerse en pie, y acudió a sostenerlo con sus fuertes brazos.

—Me han dado —dijo el herido—. En la espalda. Seguramente con postas, porque el tiro ha sido de escopeta.

—Vamos, agárrate a mí. En cuanto lleguemos al campo estamos salvados.

Le pasó el brazo por la espalda y tiró de él con todas sus fuerzas. Helio arrastraba los pies. No obstante, consiguió llevarlo, a toda prisa y sin descansar, hasta el lugar de la cita con José, en las cercanías del transformador, desde donde arrancaba ya un olivar. La noche estaba en calma, muy oscura y envuelta en el vaho caliente de la tierra.

José surgió de entre las sombras, donde yacía el cadáver de Agustinillo. Al ver a Helio herido no preguntó nada y se limitó a ayudar a Cubas a sentarlo en el suelo con el costado apoyado en el

tronco de un olivo. Seguían las voces en el pueblo, cada vez más fuertes.

—¿Y mi fusil? —fue lo primero que dijo el herido, hirviéndole el pecho.

—No te preocupes de eso ahora, hombre —le amonestó cariñosamente Cubas mientras sacudía en el aire su pañuelo blanco—. Lo primero es taponarte la herida.

Cubas tenía las manos húmedas de sangre caliente y pegajosa. Cortó de un navajazo la camisa de Helio por la espalda y empezó a restañarle la sangre que seguía manando lentamente por la triple boca de la herida que palpó con sus dedos.

—Es inútil todo lo que hagáis por mí —murmuró Helio con la muerte en la voz—. Mejor es que me rematéis para que no me cojan vivo y tiréis después para la sierra, antes de que os cacen como a mí.

Ni Cubas ni José le replicaron.

—Mi mujer, Julio. Mi mujer y mis hijos, compañeros... —pero un golpe de sangre por la boca ahogó su voz.

Cubas y José se miraron, indecisos. Helio tosía borbotones de sangre, con la cabeza caída sobre el pecho. Se acercaba el clamor de las voces que gritaban: «¡Los rojos! ¡Los rojos!» entre alboroto de mujeres y ladridos de perros, y de pronto rompieron a tocar las campanas.

—Van a salir patrullas para perseguirnos —murmuró José. Cubas parecía no saber qué hacer.

—Rematarme, compañeros —gimió Helio entre estertores.

Pero Cubas había tomado ya una decisión.

—Ayúdame a echármelo al hombro —pidió a José.

—Compañeros... —pudo decir aún el herido.

José obedeció en silencio y pronto. Helio quedó doblado sobre el hombro izquierdo de Cubas, rodeando su cuello con un brazo, colgantes los pies, bamboleante la cabeza.

—Yo voy a subir dando la vuelta por el otro lado de la «Quinta del Palomo», para que no sigan la pista de las mujeres. Te espero o me esperas en lo alto y procura desorientarlos corriendo de un lado para otro y disparando de cuando en cuando. ¿Vale?

—Vale, Julio. Y hala, date prisa.

Las campanadas estremecían la noche como aletazos de grandes pájaros aturdidos. En cambio, había cesado el clamor de sus perseguidores. Sólo persistían los ladridos de los perros, más codiciosos y testarudos. Cubas se perdió pronto entre los olivos con su carga al hombro. La sangre de su compañero le corría por la cara y sentía junto al oído su ronco agonizar. No quería pensar en nada, sino tan sólo andar y andar lo más de prisa posible, crispado todo su ser en un esfuerzo desesperado. A veces, las ramas de olivos y carrascos le golpeaban el rostro. A veces, los guijos cedían bajo su peso... Entonces daba un traspié, pero se detenía hasta sentirse otra vez firme, y luego proseguía la marcha con más coraje aún. Sólo cuando oyó el primer disparo, lejos y muy desviado de su ruta, aprovechó un desnivel del terreno para apoyar en él el cuerpo de Helio y tomarse un respiro.

—¡Helio! —le llamó entre aliento y aliento.

Helio aún vivía, pero debía de hallarse completamente inconsciente porque ni siquiera se estremeció. Al poco rato, otra vez en pie y andando cuesta arriba, siguió los estrechos cauces de secas torrenteras, cruzando encinares, buscando la espesura y huyendo de los calveros. Así llegó a perder la noción del tiempo y de la realidad, y ya oía los intermitentes disparos de José como

otro ruido cualquiera de la noche, y hasta los tropezones y los desgarros en la cara encontraban su cuerpo insensible, como si fuese de madera. Ni advirtió que Helio, tras un último ronquido, dejó por fin de respirar. Caminando, resoplando, resbalando, empapado en sudor y sangre, agarrotadas las manos sobre el cuerpo inerte de su amigo, ciego, sordo, inconsciente, Cubas ya no era un hombre. Era la inercia, únicamente una masa movida por un misterioso resorte de voluntad.

Así hubiera continuado hasta caer reventado. Pero pudo antes alcanzar la cumbre del primer diente de la sierra, donde tenía citado a José y a donde su instinto le había conducido. Sin, duda fue el aire frío que le azotó el rostro lo que le hizo recobrar el conocimiento, y se paró de pronto, sin fuerza para dar un solo paso más, como un juguete al que se le acaba la cuerda. Una montaña de cansancio se desplomó sobre él y cayó de rodillas, quebrado, todo él un dolor vivo, un puro dolor de carne, de huesos y de nervios torturados. Pero aún, antes de derrumbarse, fue capaz de dejar blandamente sobre la tierra el cuerpo de su amigo. Luego se dejó caer él mismo como un fardo, de cara al cielo, ahogándose... Cuando despertó, José cavaba allí cerca, a cuchillo y a uñas, una fosa para Helio. Quiso entonces incorporarse, pero ni siquiera pudo mover los brazos. Estaba amaneciendo.

*

Estaba amaneciendo en la lejanía del mar y las primeras, temblorosas claridades permitían ya apreciar lo que ocurría en la carretera. A todo lo largo de la misma se veía un reguero de objetos personales o caseros abandonados por los fugitivos en su larga marcha, y a sus márgenes, grupos de retrasados que habían

tenido que detenerse, obligados por el cansancio y el sueño. El frío relente de la madrugada hacía buscar a cada uno de estos infelices el calorcillo animal del vecino —familiar, amigo o acaso un desconocido— bajo los capotes o las mantas, en cualquier quebradura del terreno. Así, a primera vista, parecía un campo de batalla donde sólo quedasen los muertos y los despojos de los vencidos.

Lloró un niño y Cubas, que descansaba tumbado al abrigo de una chumbera, se despertó sobresaltado. Le extrañó el blando silencio que le rodeaba y de un zarpazo se quitó de encima el capote que lo cubría. Levantó después la cabeza y escuchó. Todo estaba como muerto a su alrededor. Sin embargo, poco a poco, el llanto del niño que le despertara fue encontrando ecos en otros niños y pronto empezaron a moverse los bultos y a aparecer los rostros tumefactos y lívidos, soñolientos y ojerosos, de las mujeres. Y algunos hombres se pusieron en pie, restregándose la cara con las manos y mirando después ansiosamente a todas partes.

El desperezo duró bien poco. La carretera, que minutos antes aparecía desierta hasta donde alcanzaba la vista, comenzó a cubrirse de figuras y grupos movedizos que iban uniéndose unos a otros hasta formar un espeso hormiguero en marcha. El silencio, al igual que una niebla mañanera por el viento, había sido barrido ya por los gritos, las voces y los llantos, que se confundían en un clamor creciente. El monte seguía oscuro, pero sus cumbres comenzaban a perfilarse sobre un cielo que rápidamente se desteñía, y la lámina del mar, al derretirse las brumas, se salpicaba de luz, dejando ver a lo lejos las torvas siluetas de unos barcos de guerra.

Cubas se incorporó como si hubiera sentido un calambre. Tenía la boca reseca. La barba crecida y las sombras del hambre y del cansancio daban a su rostro un impresionante aspecto casi feroz. Chascó su lengua repetidas veces y se agachó luego para recoger y enrollar su capote. Mientras, el improvisado campamento de alrededor se deshacía y se ponía en movimiento, uniéndose a la muchedumbre que ya cubría la carretera. Hombres, mujeres y niños, agarrándose unos a otros, con los bultos de ropas y enseres al hombro o en las manos, gimiendo, sollozando o gritando unos; en silencio y cabizbajos los más, marchaban por el asfalto como una procesión de fantasmas.

—No tengo nada que darte, mi alma —decía una madre a un chiquillo que le tiraba de las faldas llorando—. Pero pronto encontraremos un cortijo o un pueblo donde nos den algo de comer...

Otros chiquillos mordiscaban rebanadas de pan duro o rabiaban también de hambre.

—Toma, angelito.

Otra mujer, que había oído la respuesta de la madre, ofrecía a su hijo un puñado de negras aceitunas, agregando:

—Alma de Dios. Ellos no tienen culpa de nada.

—Gracias, muchas gracias —contestó la madre. La otra siguió diciendo:

—Claro que ninguno de nosotros tiene la culpa de lo que nos está pasando. ¡A saber quién tiene la culpa! Bien tranquila vivía yo con mi marido y mis hijos el 18 de julio... Se encogió de hombros y agregó—: Tendría que ser así...

—Yo ya perdí a mi hombre en Estepona, un hombre como un castillo —replicó la madre, brillándole los negros ojos—. Yo me he

quedado viuda y mis hijos sin padre. ¿Qué daño hacíamos a nadie? Él tuvo que salir a defender lo suyo. No había hecho otra cosa en su vida que trabajar siempre que encontraba trabajo. La cosa se iba poniendo mal. «Nos quieren matar de hambre», me dijo más de una vez. «¿Por qué?», le preguntaba yo. Y él respondía: «Porque los ricos lo quieren todo para ellos. No están conformes con la República porque la República quiere hacer algo por los trabajadores. ¿Es justo que a unos les sobre de todo y que otros no tengan nada de nada? No puede ser. Por eso ha venido la República. Pero ahora, los ricos, cuando vamos a pedir trabajo, nos contestan: "Anda y que te dé de comer la República". ¿Ves ahora, Remedios, cómo nos quieren matar de hambre?» Por eso, cuando estalló la revolución, mi Anacleto se fue a pegar tiros. Cuando se marchó al frente me dijo: «No lo hemos querido nosotros. Han sido ellos los que han empezado el melón. Veremos ahora quién se come la última tajada»... ¡Pobre!

Se le habían saltado las lágrimas y se tuvo que enjugar los ojos con el negro pañolón que le cubría la cabeza. Su hijo devoraba las aceitunas negras. Ella y la otra mujer compasiva caminaban rodeadas de chiquillos. Por delante, otra, joven y escuálida, trataba de engañar con su pecho exhausto al niño que llevaba en brazos.

—¡Pero alguien tiene que pagar todo esto! Si es verdad que hay Dios, alguien tendrá que pagar todo lo que nos está pasando...

Ante este grito de la madre, su compañera hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Y siguieron su camino, perdidas entre la marea humana que, por momentos más gruesa, venía empujando desde atrás, con más fuerza cada vez.

Cubas escrutaba con avidez cuantos rostros pasaban ante él. Al

fin se echó a andar contra corriente, por en medio de la carretera. Miraba a un lado y a otro mecánicamente. Su uniforme y sus insignias de comisario llamaban la atención, pero él no se daba cuenta del efecto ni se preocupaba de los rumores que levantaba al hender los grupos y correr a veces de un extremo a otro de la carretera y volver atrás, en otros casos, para cerciorarse con respecto a la identidad de algún fugitivo.

Éstos, los fugitivos, pasaban en pequeñas oleadas, como un rebaño fraccionado, con claros entre uno y otro grupo. Como la luz era aún dudosa, Cubas no se fiaba de su rápida inspección y al quedarse solo se volvía siempre para gritar:

—¡Clara! ¡Clara! ¡Basi!

Los fugitivos no se detenían siquiera. Entonces, él repetía su llamada, que sonaba como un alarido:

—¡Clara! ¡Clara!

A veces alguien ladeaba la cabeza para observarle con expresión atónita, pero en seguida tornaba a mirar hacia delante o al suelo, y la mayoría permanecía insensible e indiferente, completamente sorda a sus patéticas llamadas.

En una de estas ocasiones, al enfrentarse con un nuevo grupo, un hombre le preguntó:

—¿Adónde va, camarada? ¿No sabe que vienen detrás de nosotros los italianos, los moros y la legión?

Cubas, en vez de contestarle, le preguntó a su vez:

—¿De dónde vienes tú?

—De más allá de Fuengirola.

Se habían quedado parados en medio de la carretera, desbordados por los fugitivos. Cubas, mientras hablaba con aquel hombre, giraba sin cesar la cabeza a ambos lados para que no se le

pasase nadie por alto.

—¿Y qué?

—Todo está perdido, camarada. Te lo digo yo. Nuestros últimos soldados han abandonado las trincheras y se retiran por donde pueden para no quedar copados. El enemigo viene por la carretera y por la sierra. Y de cuando en cuando nos tiran sus barcos o nos bombardean sus aviones. Así que si quieres contarlo, lo mejor es que te vuelvas. En algún sitio se tiene que organizar la resistencia, digo yo, antes de que el enemigo llegue a Almería.

La inquietud y la movilidad de los ojos de Cubas desconcertaban a su interlocutor, quien le preguntó, en vista de que parecía no hacerle caso:

—¿Es que buscas a alguien?

Cubas habló sin mirarle directamente, atento más bien a lo que pasaba a su alrededor:

—No pensé que fuera tan grande el desastre cuando en Valencia se hablaba de la gravedad de la situación en Málaga. ¡Hemos pasado ya por tantas situaciones que parecían desesperadas...! Madrid fue una de ellas.

Hizo una pausa y añadió:

—Busco a mi mujer y a mis hijos. Vivían en Málaga. Yo estuve con ellos hace un mes. Luego me tuve que ir a Valencia para reorganizar los batallones. Mi mujer y mis hijos han debido de salir al principio con los demás. Tengo buenos compañeros en Málaga, que se habrán preocupado de evacuar a mi familia—.

—A lo mejor andan por ahí. La evacuación ha sido un desastre porque todo el mundo asaltaba los coches y los camiones. Muchos vehículos se rompían o se estrellaban, o se quedaban parados por falta de gasolina. En muchos casos ha habido peleas para subirse a

ellos...

—¿Tú no has visto a ninguna mujer que se llamase Clara...? — preguntó.

Pero un grito vino a interrumpir el diálogo.

—¡No quiero seguir! ¡No puedo más!

Una mujer se había dejado caer al suelo junto a ellos y se resistía, con las últimas fuerzas que le quedaban, al intento de sus acompañantes de obligarla a seguir. Su voluminoso vientre indicaba su delicado estado.

El interlocutor de Cubas corrió a auxiliarla y por un momento éste se vio empujado por unos y otros, porque se había formado rápidamente un torbellino en torno a la mujer caída, que le cogía a él en el centro.

—¡Dios mío, y va a parir en medio de la carretera! —se lamentaba una anciana.

—¡Sacarla, sacarla fuera! —gritaba otra mujer.

—¡Dejarme, dejarme! —gemía la desgraciada—. No me importa ya que me cojan y me maten aquí. No me importa morir...

Al fin, sudorosa y desencajada, empezó a ceder. Unos hombres la alzaron en brazos, y entonces pudieron ver toda la gran mancha húmeda que había dejado sobre el negro pavimento de la carretera. Cubas no pudo más y echó a correr rumbo al sur.

Rompía el alba. El mar empezaba a ser una llamarada de luz y ésta trepaba ya, como una niebla resplandeciente, por las faldas de la sierra. En su desenfrenada marcha, Cubas se vio al cabo solo. Todo en torno a él se transmutó de pronto. Del griterío y del tumulto había pasado a una calma inmóvil y a una sensación física de paz imperturbable. Sólo el rastro de los fugitivos: cascos, mantas y platos militares, líos de ropa, maletas destripadas,

utensilios de cocina, coches y camiones despanzurrados o incendiados, y algún que otro cadáver en las cunetas, le hablaba del paso de una muchedumbre innumerable por allí durante días enteros.

Aquella carretera era la única vía de evacuación de docenas de millares de seres humanos a los que la caída de Málaga en poder de las tropas de Franco había puesto en fuga, perseguidos por los fantasmas del furor y de la venganza de los conquistadores. Soldados, paisanos, mujeres, niños y viejos abandonaron la ciudad y se pusieron en marcha sin tiempo apenas para pensarlo, pues las autoridades republicanas y revolucionarias habían estado reteniendo los permisos para abandonarla hasta el último minuto. El pánico general, alimentado y encrespado por los rumores de otras represalias, provocó la irracional estampida. Primero fue la meta el pueblo inmediato, pero luego se fue distanciando a medida que se alargaban los tentáculos que por ambos lados, por mar y tierra, les tendía el enemigo. De un pueblo pasaban a otro, y lo poco de comer que aún quedaba en ellos ya había sido devorado por las primeras oleadas de fugitivos, tomándolo por las buenas o por las bravas, por cuya razón los que llegaban después se encontraban las puertas cerradas y un ambiente cargado de electricidad hostil, que descargaba en ataques a los rezagados. Por otra parte, los enemigos que durante tantos meses habían agonizado, con el miedo y el espanto clavados en las entrañas, empezaban a abandonar sus escondrijos, como si despertasen a una mañana sin más ley de vida que la del desquite y de la venganza, siendo ésta más patriótica y más justa cuanto más feroz y despiadada. Por ello, algunos de estos madrugadores pagaron a última hora con la vida su impaciencia, pues los que huían eran

aún capaces de revolverse en un último esfuerzo por sobrevivir y de acometer salvajemente a todo aquel que se interpusiera en su camino. Sin embargo, la gran mayoría de las víctimas se contaba en el bando de los acorralados, casi siempre mujeres, niños y ancianos...

Tal silencio le hizo mirar alrededor con recelo. Tenía la boca reseca y el aliento le silbaba en la boca y narices. Y sudaba. Se detuvo.

La carretera bordeaba el precipicio de unos profundos acantilados. Diríase una pasarela de equilibrista o una estrecha cornisa en la cintura de la montaña, sobre la vertical del mar. A poco más de quinientos metros de allí desaparecía tras una curva, y en aquel punto quedaba concluso el panorama.

Su instinto se aguzó y, con él, su desconfianza. Sabía de mil casos de amigos y compañeros, también de enemigos, que, en trances como aquél, de movilidad y fusión de los frentes de combate, habían pasado sin darse cuenta al campo contrario, siendo aprehendidos, cazados o ejecutados en el acto. Por eso, después de unos instantes de indecisión, se puso otra vez en marcha, pero no por el centro de la vía, sino siguiendo la línea de la cuneta interior, despacio, atento al menor ruido sospechoso, escudriñando atentamente los alrededores.

De pronto, algo le hizo detenerse de nuevo. Eran dos figuras negras recostadas contra el ribazo. «Parece que se mueven», pensó. En efecto, se movían. Inmediatamente tuvo la certidumbre de que no eran enemigos, y se tranquilizó.

Era una pareja de ancianos. Cubas se acercó a ellos lentamente. Ella yacía tumbada boca arriba, con el rostro cubierto por el pañolón negro. Él, sentado en una piedra, se inclinaba hacia

delante, apoyándose con ambas manos en la curva del cayado.

Al oír las pisadas de Cubas, el hombre, que parecía sumido en una especie de modorra, ladeó un poco la cabeza y se echó para atrás el viejo sombrero que le cubría hasta los ojos. Su compañera, en cambio, ni se movió.

La sombra de Cubas cubrió la cara del anciano, que la alzó para mirarle a los ojos. Los suyos eran azules y parecían vacíos de expresión. Sobre su arrugada frente la brisa movía un flequillo canoso.

—¡Señor Anselmo! —exclamó Cubas, asombrado.

Pero el viejo no hizo ningún gesto de reconocimiento.

—¿No se acuerda de mí? —insistió Cubas—. Soy Julio, el marido de Clara...

Se habían conocido en Málaga. El señor Anselmo era un refugiado procedente de un pueblo de la provincia de Cádiz ocupado por los nacionalistas. Había ido a parar a la misma casa de refugiados de la C.N.T. donde Cubas instalara a su mujer y a sus hijos.

—¿No se acuerda de mí, de Julio, el comisario que siempre le daba tabaco?

El anciano cerró los ojos y guardó silencio. Entonces, Cubas se sentó junto a él. Le echó un brazo por encima del hombro y lo atrajo hacia sí, sacudiéndolo un poco, como si tratara de despertarlo. E intentó de nuevo hacerle hablar, preguntándole:

—¿No estuvo usted en la guerra de Cuba?

El señor Anselmo movió los labios temblorosamente, sin que brotara de ellos más que un leve gemido, pero hizo un gesto afirmativo.

—¿Me reconoce ahora? —le apremió Cubas, y, tras un nuevo

gesto afirmativo del anciano, inquirió—: ¿Ha visto a Clara? ¿Qué ha sido de ella y de los chicos?

El anciano permaneció callado y quieto. Cubas se movió hasta quedar arrodillado ante él y le obligó a mirarle.

—¡Diga lo que sepa!

Los claros ojos del señor Anselmo se habían humedecido.

—¡Ha sido una ruina, muchacho, una ruina! —dijo al fin, temblándole la voz y moviendo tristemente la cabeza.

—Pero ¿dónde está Clara?

El anciano ladeó la cabeza, mirando hacia el Sur.

—Por ahí... —balbució.

Cubas se puso en pie de un salto.

—¿Muy lejos? ¿Dónde, abuelo?

Cubas temblaba de impaciencia. El señor Anselmo, por el contrario, le miraba absorto, como ausente, con una tranquilidad desconcertante. Cubas le contempló un rato en silencio, y viendo que el anciano se había quedado sin palabras o sin fuerzas para hablar, hundió la mano en uno de los bolsillos de su guerrera, murmurando:

—Me parece que todavía me queda un poco de tabaco...

La palabra tabaco hizo parpadear al señor Anselmo. Cubas, que lo observaba atentamente, sacó un paquete empezado y se lo ofreció, diciendo:

—Ya sabe que yo no fumo. Lo llevo para los amigos... Ande, fume.

Tan fuerte fue el despertar del instinto, que el señor Anselmo tendió las dos manos hacia el paquete, dejando caer al suelo la cachava. Mientras Cubas la recogía y se la ponía entre las flacas piernas, sus dedos, temblando de avidez y de debilidad, tomaron

uno de los cigarrillos del paquete y empezaron a desliarlo por las puntas para enrollarlo de nuevo y pegarlo. Pero era tal la inseguridad de sus manos, que el aire se llevó más de la mitad del tabaco. Al fin pudo llevárselo a la boca y prenderle fuego con chisquero de mecha. Cubas, que aguardaba pacientemente a que el señor Anselmo terminara todas estas operaciones, tuvo que volver la cabeza hacia el Sur, atraído por un lejano rumor, todavía confuso, que venía de allá.

—Me parece que se acerca algún grupo de gente —dijo en voz alta.

El señor Anselmo, expulsando humo por boca y narices, murmuró a su vez:

—El tabaco mata el hambre, compañero.

Entonces se dio cuenta Cubas de que sentía en el estómago un doloroso vacío.

—¿Desde cuándo no ha comido, abuelo? —preguntó al anciano.

El señor Anselmo miró a su mujer, que seguía tendida inmóvil a su lado, y contestó:

—Cualquiera lo sabe... La pobre... No podía más...

El rumor crecía al otro lado de la curva de la carretera y ya podía apreciarse que era producido por alguna multitud que se acercaba. Cubas volvía de cuando en cuando la cabeza en aquella dirección, intranquilo.

—Bueno, abuelo, dígame ya lo que pasó.

En efecto, el viejo parecía haber recobrado algunas fuerzas y empezó a hablar, intercalando entre frase y frase, y aun entre palabra y palabra, fuertes chupadas al cigarrillo:

—Pues... Corrió el rumor de que «ellos» iban a entrar de un

momento a otro en Málaga... Veíamos pasar tropas y más tropas de retirada, que decían que iban para Motril y Salobreña... Entonces todo el mundo cogió lo que pudo de ropa y comida y se echó a la carretera detrás de ellas... ¡Qué pánico, chiquillo! La vieja y yo no sabíamos qué hacer...

—¿Y mi Clara y mis nenes?

—Estaban allí con nosotros. Clara dijo que había que huir. Y lo mismo decía la Basi. Pero ¿cómo, niño? Hasta que, ya de noche, se presentó un compañero con una camioneta a recoger a todo el que quisiera marchar. Montaron Clara y la Basi con los chicos. A nosotros también nos recogieron, pero...

—Vamos, abuelo, vamos...

El viejo dio otra chupada al cigarrillo, que ya no era más que un trozo de papel chamuscado con alguna brizna de tabaco, y continuó:

Nada más salir a la carretera la gente se nos echó encima. Todo dios quería subir a las camionetas: paisanos, militares, mujeres, niños... ¡todo dios! El chófer que llevaba la camioneta no quería parar, porque al que se paraba lo aplastaban... ¡Qué piaras de gente! A pie, en carro, en burro... Al remate se formó el atasco... Muchos se peleaban... El personal parecía haberse vuelto loco. Hubo quien pisabalas manos de los que se agarraban para subir a un camión, y hasta tiros hubo por ello. ¡Peor que la Inquisición!

El señor Anselmo cerró los ojos, como si todavía le escociera el recuerdo de lo que habían visto.

—Vamos, abuelo, vamos —le espoleó Cubas, por momentos más intranquilo a causa del creciente rumor que venía por la carretera.

Se le había apagado el cigarrillo y volvió a utilizar el chisquero.

—Si ya no tiene más que papel... Llé otro.

Pero el anciano arrimó la mecha al papel ennegrecido que tenía entre los labios y dio unas cuantas chupadas más, aunque inútilmente. Entonces empezó a hurgarle con la uña del dedo meñique y, al convencerse de que ya no le quedaba dentro ni una sola brizna de tabaco, lo lanzó al aire.

—¿Quiere contarme lo que pasó, o me voy? El señor Anselmo le miró.

—Y qué quieres que te diga? —y le temblaban los labios.

—Lo que sea.

El anciano movió la cabeza de arriba abajo varias veces y volviendo sus ojos a la lejanía del mar, prosiguió su relato:

—Llegó un momento en que el chófer tuvo que parar por no aplastar a la gente que se ponía delante de la camioneta... Entonces se nos echaron encima por todos los lados... —Movié otra vez la cabeza y, tras una pausa, dijo—: No sé cómo, la vieja y yo nos vimos en el suelo. Lo mismo les pasó a ellas y a los chicos... Tuvimos que seguir a pie. A la camioneta ya la había aplastado el personal. Claro, la vieja y yo no podíamos aguantar el paso de la gente joven... Además, teníamos que pararnos muchas veces. Total, que nos quedamos rezagados. Fue lo que nos salvó del ataque..., porque, al amanecer, la aviación enemiga pasó por encima de nosotros y fue a descargar sobre los que iban delante... Oímos bombas, tiros... Debió de ser una sarracina. Cuando nosotros llegamos allá, no quedaban más que los muertos: muchos militares, y también paisanos y mujeres y niños, en medio de un zafarrancho de camiones ardiendo todavía. También había un cañón abandonado...

El anciano se calló, como si le faltaran las fuerzas por haber hablado tanto y apoyó ambas manos en la curva de la cachava.

—Y Clara y los niños? ¿No los vieron más?

El anciano movió la cabeza afirmativamente.

Sí, estaban allí. La vieja y yo los buscamos. Vimos a Clara y a la Basi, y a los chiquillos... ¡Todos muertos!

La cabeza del señor Anselmo cayó sobre sus manos. Cubas cerró los ojos, temblando todo él. Luego, bruscamente, echó a correr, carretera abajo, pero a las pocas zancadas, se detuvo, bruscamente también. Acababa en ese momento de doblar la curva un camión militar, a marcha lenta, cargado hasta los topes de personal militar y civil y de pertrechos de toda índole. Agarrado a él marchaba un grupo de soldados y paisanos exhaustos, con los pies a rastras. El camión, un G.M.C. metálico, rodaba quejumbrosamente, inclinado sobre una de las ruedas delanteras, reventada.

Cubas permaneció inmóvil, esperando. Detrás del primer camión apareció otro de iguales características, y luego asomó un tercero, digno de los otros dos. Cuando el primero llegó a su altura, uno de los que se agarraban a él, un oficial joven cuya cabeza cubría una venda ensangrentada, se apartó del grupo y se le acercó, preguntándole:

—¿Qué esperas aquí, camarada?

Cubas se estremeció.

—Vine buscando a mi mujer y a mis hijos, que salieron de Málaga.

—¿Y los has encontrado? —y como Cubas negara con la cabeza, añadió—: Pues ya no puedes seguir más allá. Somos los últimos. Detrás sólo te encontrarás las avanzadillas del enemigo.

—¿Vosotros sois los últimos?

—Sí, camarada. Ha sido un desastre. De aquí para allá —y señalaba hacia el Sur— la carretera está sembrada de muertos y de material abandonado. Nosotros hemos logrado recuperar algunos fusiles y ametralladoras, todo lo que hemos podido, es decir, todo lo que han podido aguantar los camiones.

Se acercaba el segundo camión... El tercero ya había traspuesto del todo la curva de la carretera. Sobre la cabina de su conductor, un soldado tenía sujeta entre sus piernas el asta de una bandera roja que flameaba al viento por uno de sus costados.

Tras él caminaban, dolorosamente, sin formación militar alguna, unas docenas de soldados con los fusiles en bandolera.

—Vente con nosotros —y el teniente cogió por un brazo a Cubas—. No hay nada que hacer, camarada. Te lo digo yo.

Cubas le miró a los ojos. El teniente movió la cabeza en silencio y luego le dijo:

—Estás que te caes...

Los ocupantes de los camiones parecían dormidos y los miraban con expresión absorta, ausente. Cubas suspiró, murmurando después como para sí:

—¡Ya lo he perdido todo!

—Queda mucho por perder, camarada. Puede que esta experiencia nos sirva de escarmiento. Si hubiéramos luchado más unidos...

—¡Bien! —y Cubas se dejó llevar por el teniente. Pero entonces sus ojos toparon con las figuras de los dos viejos.

—¿No podríamos subirlos a uno de los camiones? —preguntó al teniente.

El aludido se encogió de hombros. Fue entonces Cubas quien

le cogió a él de un brazo y lo llevó corriendo ante el señor Anselmo, que apenas si los miró.

—Abuelo —le dijo Cubas—, vamos a montarlos en un camión. A ver —y se dirigió al teniente—, llévate tú al viejo. Yo cogeré a la abuela.

Entonces reaccionó el señor Anselmo.

—No. ¡Quietos! Yo prefiero aguardar a la muerte aquí, donde le cogió a ella.

Cubas y el teniente se miraron, atónitos, hasta que aquél se inclinó sobre la anciana. Le descubrió el rostro y entonces pudo comprobar que, en efecto, estaba muerta. El anciano había dejado caer la cabeza sobre el pecho con los ojos cerrados.

—¡Teniente Gálvez, teniente Gálvez! —llamaron desde el camión al oficial que acompañaba a Cubas.

El teniente se volvió al oír que le llamaban. Los camiones se habían detenido y sus pasajeros saltaban de ellos y comenzaban a desparramarse por los alrededores.

—¡La aviación, la aviación! —gritaron algunos.

Pronto, los expertos ojos del teniente Gálvez distinguieron entre los haces de luz de la mañana los cuerpos brillantes, como tres centelleos, de tres aviones.

—¡Vamos, que nos van a freír! —gritó a Cubas, golpeándole en el hombro.

Cubas permanecía con una rodilla en el suelo, junto a la anciana muerta. Como si no hubiera oído la advertencia del teniente, cogió el gran pañuelo negro, lo desplegó lentamente y volvió a cubrirle el rostro con él. Después todo fue rápido, incoherente y fragmentado para Cubas. Primero, un redoble de ametralladoras, y, seguidamente, chasquidos de balas, gritos... Un

estruendo de motores, como si se desgarrase un ventarrón en lo alto, como si se rompiese todo a su alrededor... Unas salpicaduras en la tierra, el señor Anselmo derrumbándose y dos agujeros en el pañolón negro de la muerta... La luz, quebrándose en miles de pequeños cristales; el mar, llameante... Crujidos y ayes. Soldados disparando desde las cunetas. El estallido de una bomba sobre un camión... Hierros por el aire... «¡Cabrones!» «¡Cobardes!», y muchos gritos más. Y otra pasada... La gente pegada convulsivamente a la tierra... De pronto, un golpe seco en la espalda y el silencio y la negrura, como si el sol se hubiera caído al agua y se hubiese acabado el día repentinamente.

Cuando Cubas volvió en sí, era de noche. Comprendió que estaba tendido sobre una manta y quiso incorporarse al sentir voces ininteligibles alrededor, pero pesaba demasiado para sus pocas fuerzas y no pudo moverse siquiera.

—Estáte quieto, camarada. Hemos llegado a un puesto de socorro y pronto te van a hacer la primera cura. Soy el teniente Gálvez...

Pero Cubas no podía entender las palabras de su camarada y salvador.

V

A eso de las diez de la mañana, Trujillo se personó en el hotel donde se hospedaba Federico Olivares. El conserje se encogió de hombros.

—No se le ha visto el pelo todavía —dijo.

—Quiere decir que no ha pasado tampoco esta noche aquí, ¿no es eso?

—Sí, eso mismo.

Trujillo le miró fijamente a los ojos.

—Soy amigo suyo...

—Ya, ya te he conocido. Tú eres el teniente Trujillo.

—Es que como ahora voy de paisano... El conserje sonrió.

—Empieza a verse ya a mucha gente de paisano... —murmuró.

Trujillo, nervioso, desvió sus ojos atraído por un grupo que acababa de aparecer en el vestíbulo, procedente del interior del hotel. Lo componían un hombre joven y dos mujeres que, por la apariencia, parecían ser madre e hija. El iba vestido de oficial de intendencia, usaba gafas de gruesos cristales y su pelaje era el de un hombre bien alimentado y satisfecho. Ellas también llamaban la atención por el contraste que ofrecía su buen ver con el negror de sus viejos abrigos, reminiscencias de un tiempo mejor. El

teniente dejó la llave de su habitación sobre el mostrador y se cogió después, alegremente, a los brazos de las mujeres, quedando entre ambas. Cuando ya salían por la puerta giratoria en dirección a la calle, dijo Trujillo:

—Por dondequiera que mires, no ves más que emboscados.

—Y que lo digas, compañero —asintió el conserje—. Ese fulano mantiene a las dos mujeres y se acuesta con la más joven. La otra es su madre, que todavía está superior. Ella dice que su marido ha muerto en el frente, pero para mí es que lo tiene en la otra zona.

—Y uno, dando el callo... ¡Treinta y dos meses dando el callo!

—Y no veas cómo vive el tenientajo ese... Representa aquí a una división, que está pelando la pava en la sierra, para todo lo referente a compras, gestiones y qué sé yo... El caso es que tiene su cuarto abarrotado de víveres: latas de carne, botes de leche, tabaco, aceite... ¡de todo!

—¡La madre que lo parió! Y mis chavales, pasando hambre.

—Como cada quisque, amigo. Aquí mismo hay una familia hospedada, madre y cuatro hijos, dos de ellos pequeños y las otras dos ya pollitas, que cualquier día van a amanecer muertos en sus camas. Vinieron de Extremadura cuando la retirada. El padre murió en La Marañosá al mando de una brigada, como un jabato. Pues bien, ya nadie se acuerda de ellos. Es más, de cierto tiempo a esta parte se diría que la gente les vuelve la espalda. Menos mal que algunos todavía conservamos un poco de vergüenza y, de cuando en cuando, les arrimamos algo. Pero ¿qué podemos quitarnos de lo poco que nos toca? Mi parienta, sin ir más lejos, está ya que se transparenta. Olivares también las ha ayudado cada vez que ha venido por aquí.

—Sí, las conozco. Lo que no sé es cómo las dos chavalas no han

claudicado ya, porque, aunque están muy flacas, tienen su mérito...

—¡Bueno! Ya las han querido trastear algunos fulanos... Pero nada. Las chiquillas son muy decentes y no hay nada que hacer. Yo creo que prefieren morirse de hambre a acostarse con ningún tío. En particular Rosina, la mayor.

Trujillo movió pesarosamente la cabeza al tiempo de resollar fuertemente.

—Si no fuera por lo que es... —murmuró—. ¡A buenas horas iba yo a estar pegando tiros como un tonto y diciendo a mis lebreles que aguanten...!

Siguió una pausa y luego de hurgarse los bolsillos, el amigo de Olivares sacó un cigarrillo apagado, a medio consumir, y se lo puso en los labios, diciendo mientras lo encendía:

—Y uno, teniendo que fumarse un pitillo en dos o tres sesiones...

—Pues yo dejé el vicio, radical. Para poca salud, ninguna —y el conserje hizo un gesto despectivo con los labios.

Trujillo, después de lanzar un chorro de humo por las narices, le preguntó:

—Bueno, a lo que iba. ¿No ha dejado nada dicho ni ha mandado ningún recado el capitán Olivares? El conserje negó con la cabeza, añadiendo:

—Nada.

—¿Me dejas entonces hacer una llamada por teléfono?

—Sí, hombre. Ahí lo tienes.

Trujillo se acercó al aparato, que estaba en un extremo del mostrador, cogió el auricular y marcó un número. Apenas tuvo que esperar.

—Soy Trujillo, el teniente Trujillo, hombre. ¿Tú eres el compañero Molina? Bien. Te estoy hablando desde el hotel donde se hospeda Olivares. ¿Que si está aquí? No. Por eso te llamo. ¿Es que tampoco ha ido por ahí? ¡Anda, mi madre! Entonces es que lo han trincado los comunistas... ¿Que han apiolado a algunos? Bueno, yo tampoco me lo creo. Lo que sí me creo es que lo tengan detenido en alguna parte. Han detenido a muchos. También falta el comisario Cubas... No sé. Ahora voy a darme una vuelta por ahí para ver qué pasa...

Colgó el auricular y se acercó al conserje para decirle:

—No aparece por ningún lado. De todas maneras, si viniera o llamase por teléfono, dile que volveré esta noche.

Hacía mucho frío y la gente que circulaba por la calle se tapaba hasta las orejas, en especial las mujeres, las cuales daban la sensación de andar automáticamente, con sus cestos o bolsas al brazo. Trujillo cruzó a buen paso la carrera de San Jerónimo y, por la de Nicolás María Rivero, salió a la de Alcalá, rumbo a Cibeles. Por las anchas aceras grises iba y venía el público de siempre, con el aire de siempre, ni más ni menos que otro día cualquiera. Por la calzada subían y bajaban los viejos tranvías, amarillos y sucios, y algunos automóviles pintados de guerra. Los escaparates de los comercios bostezaban vacíos y polvorientos, mientras que las fachadas de los altos edificios lucían una abigarrada galanura de carteles multicolores, con la efigie de algunos políticos, reproduciendo frases de sus discursos o con figuras simbólicas de combatientes, y consignas. En uno de ellos se leía: «Más vale morir de pie que vivir de rodillas. Pasionaria». En otro: «Resistir es vencer. Negrín». En muchos: «No pasarán». Retratos de Dolores Ibarruri —«La Pasionaria»—, de Durruti; uno, inmenso, de Jesús

Hernández, vestido de comisario, dirigiendo un avance de tropas con gesto napoleónico. Y banderas, muchas banderas: rojas, rojinegras, tricolores... La lluvia y el viento habían ya ajado notablemente, incluso descolorido, muchos de estos gritos impresos, especie de estandartes de la terrible lucha, pero todavía conservaban, en conjunto, mucha de su ardorosa elocuencia.

Al llegar a la primera boca del «metro», Trujillo se detuvo, indeciso. Por ella emergían o se sepultaban continuamente grupos de personas de la más heterogénea condición. El ferrocarril subterráneo era, sin duda, lo que mejor funcionaba en la ciudad, como si no le afectase lo más mínimo lo que pudiera ocurrir en la superficie. Su atmósfera más templada, su seguridad y su ritmo inalterable lo hacía atrayente y acogedor para los madrileños, castigados tan duramente por el frío y la desnutrición en los finales de aquel duro invierno. Muchos ancianos se pasaban horas y horas en sus estaciones como si los distrajera el paso de los trenes; pero, en realidad, buscando abrigo, a la espera de alguna punta de cigarrillo o de cualquiera sabe qué. También eran las estaciones del «metro» el mejor punto de cita de novios, amantes o amigos. Allí se podía esperar sin miedo al obús perdido, al «canguro» que atrapaba a los desertores o indocumentados, o al viento helado que soplaba fuera.

Trujillo, después de consultar su reloj de bolsillo, decidió al fin continuar a pie. La cuesta abajo le hacía más fácil su camino y se dejó llevar por ella lentamente, mirando a todas partes con curiosidad y, en especial, a las gentes con que se cruzaba. Nadie, sin embargo, parecía reparar en nadie. Cada cual marchaba impulsado por una idea dominante, ajeno, por lo tanto, a todo lo que no se relacionase con ella. De cuando en cuando, sonaba el

trepidar de alguna motocicleta militar, y ello era el único estremecimiento que recorría las calles como un aletazo nervioso de la guerra.

Al acercarse al Banco de España, percibió algunos piquetes de tropas por los alrededores y una más viva circulación de personal y vehículos a través de la gran plaza. Por lo demás, los peatones la cruzaban de andén a andén con aire indiferente. Entre ellos abundaban las mujeres, con su inseparable cesto o bolso al brazo, andando sin apenas mirar alrededor, sin preocuparse demasiado por cualquier posible peligro. En aquel momento, todo su espacio gris, ceniciento más bien, con su islote central tapiado con ladrillos rojos —«La linda tapada»— era el punto de confluencia de varios pequeños chorros de seres humanos. Se veía a la plaza salpicada por innumerables transeúntes que se agrupaban, se desparramaban, volvían a reunirse y tornaban a desflecarse. El paso de Banco a Comunicaciones era el de mayor tránsito... De pronto, sonaron unos disparos y, casi simultáneamente, unas ráfagas de ametralladora, y en seguida se generalizó un tiroteo rabioso, un duelo entre las tropas que ocupaban las ventanas del palacio de Correos de una parte, y las que guarnecían el Ministerio de la Guerra y los pelotones dispersos por los alrededores, de otra. Pese a ello, no se produjo el pánico y ni siquiera se sintió la bocanada del miedo entre las gentes a quienes el fuego había cogido en medio. Automáticamente buscaron protección en los árboles más cercanos, bien tras los postes o al amparo de bancos y salientes, o, simplemente, se echaron al suelo como si fueran veteranos de infantería.

Trujillo pudo correr en busca de la entrada del «metro», muy cerca de donde estaba, pero se limitó a arrimarse al muro del

Banco de España. El fuego apenas si duró un par de minutos. Tan pronto como cesó, la gente volvió a circular como si nada hubiera ocurrido, y, no había dado aún muchos pasos cuando volvió a repetirse el tiroteo, con las mismas consecuencias, como si aquello no fuera más que un juego. Y cuando Trujillo se decidió al fin a entrar en el «metro», se vio rodeado de hombres y mujeres que bajaban las escaleras refunfuñando:

—Ya podían irse a pegar tiros a otra parte, ¿no le parece? —dijo una mujer a otra.

—Ya, ya. No hacen más que fastidiar... Como si una saliera de casa por gusto. Si no fuera por la comida, iba a salir Rita.

En el andén escuchó más comentarios:

—No sé cómo no las vamos a arreglar mientras dure este jaleo.

—No durará ya mucho. O los de Negrín se apoderan de todo, o lo hacen los de la junta, porque como no se den mucha prisa, quienes se van a aprovechar van a ser los otros...

Un soldado se volvió para advertir a la vieja:

—¡Silencio, abuela, que el enemigo escucha! —y se rió.

—¿Es que no oye los tiros desde donde está?

Trujillo observó también que en algunos grupos se cuchicheaba, e interceptó señas y sonrisas de unos a otros. Alguien se alegraba de todo aquello. Trujillo apretó los puños con rabia.

Entonces oyó otra voz de mujer que le hizo volverse:

—Sí, ya sé que estamos mal, pero con los otros lo pasaríamos aún peor, porque aquello del pan blanco que nos tiraron sus aviones no fue más que un cebo para que picáramos. ¡Menudo pan blanco nos iban a dar si pudieran entrar en Madrid! Trujillo no pudo contenerse:

—¡Muy bien dicho! Así es como tendrían que hablar todas las mujeres del pueblo.

Ella tendría ya más de cincuenta años, y era de figura rechoncha, a pesar de su rostro chupado y de la palidez de su tez. Se abrigaba con una gran toquilla de punto de lana negra y calzaba zapatillas de paño.

—Sí, hijo —prosiguió—. Es lo que yo digo: que la gente trabajadora se ha olvidado ya de cómo vivíamos antes de la guerra, y por eso muchos muertos de hambre se han cansado de luchar. ¡Como si aquello valiera la pena para nosotros! Yo he perdido dos hijos y le aseguro que...

Pero llegaba un tren y la mujer se interrumpió para tomar posiciones entre los grupos que se apretujaban para entrar, y Trujillo se vio separado bruscamente de ella. Entonces reparó en que los individuos a los que había sorprendido antes riéndose y haciéndose guiños sospechosos le miraban de reojo, y se encaró con uno de ellos, poniéndose frente a él y clavándole la mirada. Pero el sujeto logró escabullirse rápidamente y desaparecer de su vista en el interior del vagón más próximo, aprovechándose, para conseguirlo, del momentáneo barullo que se había formado, delante de sus puertas, entre los que lo abandonaban y los que pretendían ocuparlo. Sobre la batahola saltaron voces bromistas, voces airadas e incluso risas. Cuando el tren arrancó, todavía quedaban en el andén muchos presuntos viajeros, la mayoría de los cuales ni siquiera intentó acercarse a él. Trujillo seguía pensando en el tipo aquel que le rehuyera. «Seguro que es un fascista —se dijo—, uno de esos de última hora. Seguro que en el 36 no lo era. A lo mejor es uno de los que más chillaban entonces contra los fascistas. ¡Cabrón!»

—¡Trujillo! —le llamaron.

Era Tomás, que andaba buscándole por el andén, y que también vestía de paisano.

—¡Hola! ¿Qué hay?

Tomás respiraba aún un poco fatigosamente.

—Nada, chico. No he podido llegar hasta el Socorro Rojo ni hablar con Matilde por teléfono. Los comunistas han tomado la Puerta de Alcalá y se han atrincherado en ella, y el teléfono sólo lo cogen militares que empiezan a decirte que Casado es un traidor y que nos van a dar para el pelo a todos los que no luchemos a su lado. Además, he visto cómo trincaban a algunos y me he dicho: «Tomás, emprende la retirada. Que te la estás jugando, Tomas...»

Trujillo movió la cabeza pesarosamente.

—Pues sólo Matilde puede saber dónde está Olivares.

—¡Bien! A lo mejor no sabe más que tú y que yo. ¿Qué te han dicho en el hotel?

—Que no le han visto el pelo ni saben nada de él.

—Entonces es que lo han cogido los de Negrín.

—Eso mismo pienso yo también.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Trujillo se encogió de hombros.

—¡Es de vergüenza lo que está ocurriendo! —exclamó.

—Y que lo digas —corroboró Tomás—. ¡Vaya festín que estamos ofreciendo de balde al enemigo!

Trujillo movió de arriba abajo la cabeza.

—Ya veremos en qué queda todo esto. Dicen que los comunistas están apiolando a algunos prisioneros, pero yo no paso a creérmelo.

—Mira que si se han cargado a Olivares...

—¿Por qué se lo habrían de cargar? Él no está metido en el lío.

—Malo es que no aparezca.

—Lo habrán detenido. Hasta ahí, pase. Lo otro no puede ser. Para eso haría falta que nos hubiéramos vuelto locos todos. ¿No te parece?

—Yo digo una cosa, Trujillo, y es que si se han cargado a Federico, este menda se va a llevar por delante a todos los «chinos» que encuentre, tan pronto como acabe esto y se sepa lo que ha pasado. Porque van a perder los «chinos». Eso lo saben hasta los negros.

Trujillo le palmeó amistosamente el hombro y, sonriendo tristemente, le dijo:

—No te sulfures, amiguete —y, tras una ligera pausa, añadió —: Porque vamos a perder todos.

Un nuevo tren se detuvo ante ellos y abrió sus esclusas.

Inmediatamente se produjo un remolino en torno a ellas, que cogió en su centro a los dos amigos.

—¿Nos vamos a Sol? —preguntó Tomás.

—Sí, por aquí ya no tenemos nada que hacer.

Y se dejaron llevar por la corriente, que los arrastró hasta el fondo del vagón.

Trujillo llegó desalentado y triste a la casa que habitaba en la calle de la Bola. Frotándose las manos de frío, un hombre escuálido, de mirada triste, vestido con un gabán que le sobraba por todas partes, le saludó desde la puerta del cuchitril de la portería.

—¡Salud, camarada! —y forzó una sonrisa.

—¡Salud! —contestó Trujillo mecánicamente.

Su intención era pasar de largo, pero el otro, tras enjugarse

con el dorso de una mano la punta de la húmeda nariz, dijo en un tonillo que a Trujillo le sonó como una burla:

—Mal día ¿eh?

Estaba ya al pie de la escalera y se volvió.

—No se alegre demasiado pronto —le contestó después de mirarle en silencio un instante—, no vaya a ser que le coja el toro en el último derrote... —Y, sonriendo, añadió—: No se precipite, no se precipite...

El del gabán parpadeó y abrió la boca como si no comprendiera la intención de las palabras de Trujillo, e iba seguramente a replicarle, pero ya el teniente había desaparecido en la oscuridad de la escalera. Entonces sonrió y se frotó vigorosamente las manos.

Trujillo habitaba en un piso interior de la primera planta, de oscuro y largo corredor. Al llegar a la cocina, se la encontró llena de humo, y a su mujer luchando por avivar un fuego de papeles y de trozos de leña verde.

—¡Cierra, cierra! —le gritó ella, sin dejar de soplar. Trujillo vio entonces a sus tres hijos sentados en torno a la pequeña mesa. Los chiquillos, especialmente Dorita, la más pequeña de todos, le sonrieron. Los tres tenían los ojos irritados y lacrimosos.

—Os vais a ahogar con tanto humo, mujer —dijo.

La mujer se volvió. Aún era joven Encarna; joven y agraciada, pero en aquel momento, aparecía despeinada y con los ojos llorosos y enrojecidos.

—Ahora abriré un poco la ventana, pero cierra la puerta —y, cuando su marido la obedeció al fin, añadió—: La leña que me trajiste no arde ni a tiros.

—Déjame que te ayude —y Trujillo se acercó al fogón—.

Agradece que pudiera arrancar esas ramas de un árbol del paseo del Prado. Tuve que subirme a lo más alto de él porque por debajo ya lo habían desmochado del todo...

—Pues anda, anda...

Trujillo empezó a abanicar violentamente el fuego con el soplillo de esparto. Encarna, viéndolo así afanado, no pudo menos de sonreír. Luego dijo, al tiempo de entreabrir un poco la ventana:

—La casa está helada y he preferido que los chicos lloren un poco a que me cojan una pulmonía, ¿sabes?

Trujillo asintió con un movimiento de cabeza. Encarna se dispuso a preparar la mesa para comer. El puchero que contenía el guiso de lentejas preparado el día anterior, descansaba sobre la rejilla del hornillo. Mientras se calentaba, los chicos se entretenían en ver cómo el humo escapaba en jirones hacia el oscuro patio interior. De pronto, su padre tiró el soplillo murmurando:

—Veréis cómo esto lo arreglo yo en seguida...

Encarna y los chicos lo vieron salir, asombrados. Luego, éstos se volvieron a mirar a su madre expectantes, pero ella se encogió de hombros y, tras de recoger el soplillo, se puso a soplar para impedir que el fuego se apagase. Siguió una pausa hasta que reapareció Trujillo con una azuela en una mano y arrastrando con la otra una mesilla de noche.

Encarna se quedó rígida mirándole.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—¿Que qué voy a hacer? Ahora lo verás —contestó él empuñando la azuela y levantándola en el aire con la evidente intención de descargar un golpe con ella sobre la mesilla de noche.

Encarna reaccionó vivamente y se abalanzó sobre él, sujetándole el brazo.

—Pero, ¿te has vuelto loco?

Los chiquillos miraban a sus padres con ojos de susto. Trujillo, con la azuela en alto, se quedó mirando a Encarna. Dijo:

—No quiero que pasen frío los niños.

Los ojos de Encarna estaban húmedos de llanto.

—¿Te das cuenta de que son los muebles con que nos casamos? —y la angustia oscurecía su voz.

—Sí que me doy cuenta, y bien que me duele —contestó él gravemente—. Pero, ¿no los hice yo?

Bajó el brazo lentamente y lo pasó alrededor de la espalda de su mujer, atrayéndola hacia sí.

—Mira, Encarna: si salimos con bien de ésta, haré otros mejores. Y si salimos con mal, ¿para qué los queremos? ¿No lo comprendes?

Los chiquillos seguían atentamente aquel diálogo del que sólo entendían una cosa: que iban a disfrutar al fin de una buena fogata. El mayor, Manolín, se levantó de la silla y se acercó a su padre. Éste seguía diciendo:

—Después de ésta, quemaremos la otra, y el tocador, y las sillas, y las puertas, con tal de no pasar frío. —Dorita tosió ¿Lo ves?

Encarna accedió con un gesto como de cansancio, pero al oír el primer golpe de la azuela se estremeció y se llevó las manos a los ojos... Los golpes se sucedieron después rápidamente... La madera reseca chascaba, saltaban las astillas... Encarna, sin querer mirar lo que hacía su marido, removi6 el guiso del puchero con una cuchara. Mientras tanto, Manolín echaba al fuego los primeros trozos del mueble descuartizado y las llamas comenzaron a brillar alegremente por entre las rejillas del fog6n.¹⁰

Encarna fue la última en sentarse a la mesa, después de servir a cada uno su ración de navegantes lentejas. Excepto Dorita, a quien su madre tuvo que forzar a engullir el insípido guiso, los demás comieron ávidamente, sin levantar la cabeza del plato. Trujillo y Encarna no cruzaron palabras, pero sí miradas, y cada uno de ellos mermó su propia ración para aumentar la de los dos pequeños varones, que acabaron lamiendo sus respectivos platos. Mientras tanto, el fuego cada vez más vivo había templado el aire de la cocina, así que al término del ligero almuerzo, cuyo postre consistió en la rebusca de las miguillas de pan aprehendidas con las yemas de los dedos, los comensales se sintieron agradablemente reconfortados. Entonces habló Encarna.

—Bueno, ¿cómo andan por ahí las cosas? —preguntó a su marido—. Todas las mujeres dicen en las colas que esto se acaba. Pero ¿cómo?

En vez de contestarle, Trujillo le refirió la escena ocurrida en el portal con el hombre del gabán colgante.

—Es natural que se alegre el señor Bonifacio —dijo ella—. Lleva ya casi tres años fingiendo lo que no es. Él ya sabe que nosotros sabemos que eso de que es primo carnal de Eulogia, la portera, es un puro cuento.

—Si se ve a la legua que es un cura disfrazado... Cuando un día vine del frente y me lo encontré justo donde hoy, se puso pálido. Entonces estaba más gordo y parecía mucho más joven. Sin embargo, por la manera de hablar y mirarme, me di cuenta en seguida de que era un cura o un fraile camuflado. Hasta me dijo que se había venido a Madrid para enrolarse en las milicias... Después, cada vez que lo veía, me decía que no le habían querido admitir porque no tenía avales... ¡Como si para ir a pegar tiros se

necesitaran avales! Pero yo me hacía el tonto. ¡Qué le iba a decir! Siempre me pareció inofensivo, y yo creo que lo es, pero ya empieza a asomar las orejas. Hoy no me ha gustado nada. Si se alegra, que lo disimule por lo menos. ¡Hum! No sabe que todavía pueden pasar muchas cosas —y su tono era amenazador—. No vaya a ser que a última hora...

—¡Bah! —le interrumpió Encarna—. Déjalo.

—Si bien dejado está, pero que no me irrite. Es mala cosa en estos momentos hurgarle a uno la bilis con preguntitas de segunda intención. No aguanto el recochineo. Como siga así, voy a tener que decírselo.

—No te preocupes por eso. Ya le diré yo a don Rafael que le llame al orden, que le dé un toque. Me acuerdo ahora del día en que los sorprendí oyendo misa. No te lo quise decir entonces...

—Sí, fue mejor que te callases —y Trujillo meneó la cabeza—. Entonces don Rafael se las daba de izquierdista. Decía que Azaña era el mejor hombre de gobierno que había tenido nunca España. Claro, había sido su jefe en el Ministerio cuando Azaña ni soñaba con ser presidente de la República... ¡La cara que pondrían todos cuando te presentaste tú y los cogiste con las manos en la masa!

—Me tomaron por la portera y por eso me abrieron. Yo iba a ofrecerle un poco de harina a doña Rosario. La pobre mujer se me puso de rodillas para que no dijese nada, para que no te dijera nada a ti... Pues para que veas lo que son las cosas. Esta mañana me encontré a don Rafael cuando salía de casa para ir al Ministerio. Está asustado. ¿Sabes lo que me dijo? Pues que se está temiendo que no podamos contarle ninguno, que es posible que Madrid reviente todavía porque está todo minado.

—¡Menudo camándulas está hecho el don Rafael! ¡Qué poco

viene ahora por casa! Al principio, cada dos por tres estaban aquí él o su mujer, o su hijo...

—¿Cómo quieres que lo hicieran desde el punto y hora en que el muchacho se pasó a la otra zona?

—¡Y qué tiene que ver eso! Ellos no podían controlar al chico.

—Ya, pero no me negarás que la faena de Rafaelín los había colocado en una situación muy comprometida. Ya sabes que lo llamaron varias veces a declarar y que hasta estuvo a pique que le quitaran el empleo y lo mandaran al frente, en sustitución de su hijo...

—Sí, y eso es lo que tenían que haber hecho con él, pero... le avalé y le busqué otras firmas... En fin... A lo hecho, pecho. Pero si las cosas ocurrieran dos veces...

—¡Quién sabe todavía! Las buenas acciones no están nunca de más...

Trujillo miró tristemente a su esposa. Encarna sonreía con ternura. Por el contrario, él no podía disimular su honda preocupación, que le llenaba de sombras la frente y los labios.

—Ahora creo que he sido demasiado blando. Ya ves tu hermano también. No pertenecía a ninguna organización de izquierdas cuando estalló la guerra y tuve que dar la cara por él. Toda la guerra en buenos puestos mientras los demás nos la jugábamos, y ahora se me vuelve traidor...

Encarna le cogió una mano y, tras apretarla suavemente entre las suyas, le dijo:

—Olvídalo, ¿quieres?

Los chiquillos, impacientes ya, se removieron en las sillas, lo que hizo que los ojos de sus padres se volvieran a ellos.

—Bueno, ya os podéis marchar a jugar un rato —y Trujillo

revolvió los cabellos del mayor—. ¡Hala!

Los niños ya no se aguardaron más y corrieron atropelladamente hacia la puerta. Entonces Encarna se levantó también y corrió tras ellos, gritándoles:

—¡Esperaros, esperaros! —Volviéndose después a su marido, añadió—: Ahora vuelvo. No sea que se me escapen sin ir bien abrigados... —y cerró la puerta tras sí.

Aún la oyó hacerles algunas advertencias:

—Poneros los abrigos. ¡Manolín, ven acá!

Siguió un silencio. Por la ventana se escurría una luz sucia y triste. Trujillo hubiera querido levantarse para atizar el fuego, pero el profundo bienestar físico que sentía lo mantuvo inmóvil. Perezosamente, estiró las piernas bajo la mesa y cerró los ojos.

(Muy lejos, a retaguardia, se perfila el castillo de Torija. Empieza a amanecer bajo un cielo encapotado y lloricón. Él está junto a Federico, tras una cerca de piedra. Ante ellos se extiende el campo alcarreño, llano, salpicado de charcos de agua. Toda la compañía se halla desplegada muy a la derecha de la carretera. Los hombres, hambrientos y empapados de agua, aguardan, tiritando, a que suene la orden de atacar. Muy por encima de sus cabezas pasan silbando los obuses, en una y otra dirección. Federico Olivares, que manda la compañía, mira su reloj.

—Muchachos —dice a sus enlaces después—, vamos a saltar antes de cinco minutos. No os separéis de mí. —Luego, volviéndose a Trujillo, agrega—: Tu sección, la primera.

El enemigo no está muy lejos. Se ven perfectamente los bultos de sus camiones en la carretera, formando una larga cadena que se pierde al fondo.

—¡La madre que parió a esos italianinis! —masculla alguien.

—Qué se les habrá perdido por aquí, digo yo? —arguye otro.

Y un tercero explica:

—Pues nada. Lo que pasa es que Mussolini es un hijo puta y los ha mandado engañados a luchar a nuestro país...

—¡Compañeros! —grita entonces Federico, poniéndose en pie—. ¡Vamos por ellos! ¡Viva la República! ¡Viva España! Le contestan otras voces:

—¡Muera Mussolini!

—¡Viva la revolución!

—¡Muera el fascismo!

Y Trujillo salta por encima de la cerca, seguido de sus hombres.

Simultáneamente, resuena un inmenso griterío a lo largo de toda la línea, mezclado ahora con el repiqueteo de las ametralladoras, los tiros de fusil y las explosiones de los obuses que empiezan a estallar en el campo de nadie, abriendo surtidores de barro y piedras, o entre los camiones estacionados en la carretera, haciéndolos reventar y saltar en pedazos por el aire.

Caídas en el barro. Carreras. Alguien que queda pegado al suelo para siempre. Alguien que es fulminado mientras corre hacia delante. Insultos al aire. Dientes apretados. Todo ello envuelto en un ruido de cien tormentas, a la turbia luz del amanecer. Trujillo, en un alto, reagrupa a sus hombres. Entonces llega hasta él un enlace de Federico con la orden de tomar la paridera que tienen enfrente, a menos de cien metros, donde el enemigo se había refugiado y se ha hecho fuerte. Entretanto, la lluvia se recrudece con gran violencia en todo el área que abarca la vista.

Los hombres respiran fatigosamente, pero ya se muestran enardecidos, pese a llevar dos días combatiendo a la intemperie y casi sin comer. El barro forma una áspera costra en sus

heterogéneos atuendos militares. Algunos llevan capotes, pero otros, gabanes de paisano, ceñidos por los correaes y los cinturones de bombas. Son poquísimos los que se protegen con cascos de acero, y poquísimos también los que calzan botas de reglamento. Los hay con alpargatas e, incluso, con zapatos bajos, sin que falten tampoco los que llevan los pies envueltos en trapos.

La última advertencia de Trujillo a los suyos, antes de arrancar de allí para el asalto, es:

—¡Y bombazo que te crió!

Forman dos pequeños grupos, cuyo gozne es Trujillo, y se lanzan, corriendo encorvados, hacia el objetivo. Por sus flancos avanzan también otras secciones. En el centro del movimiento de toda la compañía, Federico, de pie, no hace sino gritar e indicar con los brazos la dirección del ataque. Enjambres de balas zumbadoras cruzan el aire, de un lado a otro, pero ya ha disminuido mucho el trueno de los cañones.

De pronto, se ve al enemigo, que flanquea la paridera protegido por las piedras de una cerca medio derruida, huir desordenadamente hacia su retaguardia. Entonces, Trujillo avanza él solo a pecho descubierto y tira la primera bomba de mano, que va a estallar junto a la puerta del refugio enemigo, e inmediatamente aparece en su oscuro cuadro la figura de un soldado con las manos en alto. Los hombres de Trujillo hacen intención de arrojar en masa sobre la presa, pero él se lo impide, gritándoles:

—¡Alto! ¡Quietos! —y, cuando ellos le miran expectantes, sin comprender, añade—: ¿No veis que puede ser una trampa? Estos cabrones son capaces de todo.

Le obedecen, aunque a regañadientes, y él, de nuevo solo, da

unos pasos en dirección al soldado enemigo, ordenándole:

—¡Salir, macarronis! —acompañando sus palabras con expresivos gestos.

El otro comprende y sale fuera. Detrás de él, y en fila, se adelantan más soldados, todos ellos con los brazos en alto. Entonces Trujillo se vuelve a su tropa y le grita:

—¡Ahora!

Los italianos presentan un magnifico aspecto en comparación con los milicianos que se les vienen encima. Todos aparecen bien vestidos, bien calzados y bien alimentados. Sin duda han dormido tranquilamente aquella noche dentro de la paridera, porque entre sus cabellos revueltos se advierten muchas briznas de paja. Al acercárseles sus vencedores gritando jubilosamente, se echan a temblar y muchos se ponen de rodillas, temiendo ser fusilados inmediatamente. Pero, de momento, los soldados republicanos no se preocupan más que de sus impermeables y, sobre todo, de sus botas. Por señas y a tirones los obligan a entregarles esas prendas mientras las víctimas salmodian quejumbres ininteligibles. En seguida forman un solo grupo vencedores y vencidos. Mientras algunos de sus compañeros penetran en la paridera, los demás, sentados en el suelo, se entregan a la faena de cambiar de calzado. Por unos momentos, la guerra queda olvidada, aunque sigan envueltos en el torbellino de su horrísimo clamor.

Los prisioneros, atónitos, ven cómo sus enemigos, hambrientos y desharrapados, se arrojan unos sobre sus ropas y otros sobre sus macutos. Ya salen algunos del refugio para ganado comiéndose sus salchichas, su chocolate y su pan... Hasta el mismo jefe de ellos, Trujillo, pide algo de comer a uno de sus hombres... Luego son sometidos a un interrogatorio rápido y, a veces,

incoherente:

—¿Por qué habéis venido a tirar tiros a España?

—¿Qué pensabais, italianinis, que Madrid es Addis-Abeba?

Los así interpelados no saben qué contestar, pero al ver que algunos les apuntan con el fusil, vuelven a sus súplicas y a sus contorsiones lastimosas. Trujillo pone fin a la lamentable escena haciendo bajar las armas a sus soldados y preguntando a los prisioneros:

—Y vuestro jefe? ¿Dónde está vuestro jefe?

Los italianos se miran entre sí, indecisos, hasta que uno de ellos indica por señas el interior de la paridera. Entonces le hacen coro los demás con gestos cada vez más vehementes.

—¡Coño! —exclama Trujillo—. A ver si está aplastado ahí dentro y no lo habéis visto ninguno...

Dos o tres de los soldados que le escuchan se lanzan al interior de la rústica construcción. Sigue una pausa y, de pronto, se oyen dentro chillidos, mezclados con exclamaciones de júbilo y carcajadas:

—¡Hala, jabato!

—¿Tienes canguelo, eh?

Y uno de los que aguardan fuera dice, con la boca llena de pan y salchicha:

—¡Ya lo han trincado! No le arriendo las ganancias.

En efecto, a los pocos segundos aparece un soldado republicano tirando de las negras barbas a lo Italo Balbo pertenecientes a un apuesto y orondo sargento mussoliniano. Un camarada de aquél le empuja por detrás con el cañón de su fusil.

—Se había enterrado en la paja el maricón —explica el que le tira de la perilla.

Con olvido de los demás prisioneros, los vencedores se abalanzan sobre el sargento. Todos quieren tirarle un poco también de los pelos de la barba. En un santiamén lo dejan sin botas, sin pantalones y sin la gruesa zamarra. Alguien, golpeándole los glúteos, bromea:

—¡Vaya ancas, compañero!

Luego sigue un chorro de insultos y, al fin, las amenazas:

—¡A éste hay que ajustarle las cuentas ahora mismo!

—¡A la pared con él!

—¡A apiolarlo!

Trujillo observa en silencio, inmóvil y cruzado de brazos, la áspera broma de sus hombres a costa del sargento, sin perder tampoco de vista a los demás prisioneros, que también ríen, pero que se quedan parálíticos de miedo cuando su compatriota, medio desnudo, es arrastrado junto al muro de la choza. Ni aun entonces cambia de expresión Trujillo ni hace ningún gesto para impedir la consumación del sacrificio. El prisionero, por su parte, aunque ni grita ni pide misericordia, no aparta de los suyos sus ojos, negrísimos y húmedos, en cuya mirada se trasluce un desesperado llamamiento a su piedad. Trujillo permanece insensible.

Ya está de rodillas junto a la pared, con las manos atadas atrás por la correa de su cinturón... Sus aprehensores se apartan unos pasos de él y empuñan los fusiles... Y el sargento sigue mirándole, y él parece paralizado...

—¡Apunten! —grita un soldado.

Entonces reacciona.

—¡Alto! ¿Quién ha dado la orden?

Pero ya es tarde. Antes de que él pueda interponerse entre sus hombres y la víctima suenan unos disparos y el sargento cae de

lado, como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Trujillo se encara entonces con los que han disparado.

—Esto que habéis hecho es de cobardes —les apostrofa.

Sigue una pausa. Trujillo jadea. Uno de sus hombres dice al fin:

—Es un sargento, no es un soldado engañado. Otro añade:

—¿Por qué vino voluntario a matar españoles? Había que darle un buen susto, para que escarmiente.

Trujillo, que parece embarazado, sin saber qué determinación tomar frente a sus hombres, al oír la palabra escarmiento se vuelve a mirar a la víctima y se queda asombrado al comprobar que, tirada como está en el suelo, aparece sin ninguna mancha de sangre, y le mira de nuevo con sus ojos negrísimos.

Suenan unas carcajadas a sus espaldas, pero en ese mismo instante llega corriendo Federico, pistola en mano, quien de una rápida ojeada se da cuenta de lo está sucediendo allí.

No pregunta nada, sino que, dirigiéndose a todos, ordena:

—Que sólo se queden una pareja y un cabo para guardar a los prisioneros. Los demás, ¡adelante! ¡Vamos, compañeros!

La tropa obedece inmediatamente y Federico tiene que retener casi a la fuerza a dos soldados y un cabo para que se queden de guardianes de los italianos apresados.

—Meterlos en la paridera y esperar. Pero que no se os ocurra tentarles siquiera el pelo de la ropa. ¿Estamos?

Mientras, los demás corren, desplegados, en persecución de un enemigo que, sorprendido y agarrotado por el barro y la lluvia, se quiebra por todas partes.

—Creí que se lo habían cargado —murmura Trujillo al ver cómo se levantaba el sargento mussoliniano y entraba en la paridera, empujado por sus guardianes y sin dejar de lamerle con

su mirada húmeda.

Federico, riendo, le da unos golpecitos en la espalda al tiempo que dice:

—Sí, son unos cachondos, pero no hay tiempo ahora para cachondeos. ¡Vamos! A ver si los obligamos a volver con la lengua fuera hasta Roma...

Y echan a correr detrás de sus hombres, que ya se aproximan a la carretera.).

Abrió los ojos bruscamente. Encarna le miraba sonriendo.

—¿Qué, dormías?

Se restregó los ojos.

—El caso es que te oía andar de un lado para otro... Luego se desperezó, estirando los brazos y bostezando.

—Esta maldita guerra —prosiguió diciendo después— que la lleva uno metida en la sangre como un veneno... ¿Será posible que algún día vivamos en paz?

—Tienes razón. Nos va a parecer mentira, desde luego —suspiró, más que dijo, Encarna—. Pero creo que nunca volveremos a lo de antes, ¿no es verdad?

—¿Cómo a lo de antes? ¿Qué quieres decir? Encarna se encogió de hombros.

—Pues, hombre, a que haya de todo en las tiendas y se acaben las colas y el racionamiento, a que los chicos puedan ir al colegio sin peligro, a que se pueda andar por las calles sin miedo a los tiros y a los obuses, a que esté todo iluminado por las noches y haya bailes y la gente se divierta, a que... Bueno, la vida normal.

Trujillo miraba a su mujer gravemente. Ella se quedó callada y aprovechó la breve pausa para echarse hacia atrás algunos mechones sueltos que le caían sobre la frente.

—No sé si volverá eso —dijo al fin él—. Puede que nosotros no lo veamos. Seguramente, nosotros...

Ella se alarmó.

—¿Que no lo vamos a ver? Entonces, ¿qué va a ser de nosotros?

Él trató de calmarla con un gesto y luego le acarició una mejilla.

—No te asustes, chata. No nos va a pasar nada malo. Sólo que... ¿No te gustaría que nos fuésemos, tú, los chicos y yo, a vivir a algún país de América?

Encarna se le quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Qué dices? ¿Irnos a América? —y como Trujillo afirmase, sonriente, con un movimiento de cabeza, tornó a preguntar—: ¿Cómo?, ¿cuándo?

—¿Te gustaría? Di sí o no.

Ella vacilaba, dudaba.

—Ya hemos hablado de ello algunas veces... —agregó Trujillo.

—Sí, pero como de un imposible.

—Pues ahora va en serio, Encarna.

Ella le preguntó entonces, tímidamente:

—Esto se acaba, ¿verdad? Hemos perdido, ¿no es así? Esperó con ansia la respuesta, espiando con su inquieta y punzante mirada hasta el más leve gesto del hombre, intentando llegar así hasta el fondo de su corazón.

—Verás... Puede decirse que hemos perdido, pero puede decirse también que no hemos perdido del todo... Ella movió la cabeza dubitativamente.

—No te entiendo —murmuró.

—Pues está claro, tonta. Ellos han llegado al final con más

medios que nosotros, pero también están cansados de guerra. Para qué vamos a hablar de quién ha tenido la culpa de todo lo que ha pasado... ¿No lo comprendes?

Encarna negó con la cabeza.

—No sé adónde quieres ir a parar.

Trujillo hizo un gesto como queriendo dar a entender a Encarna que la respuesta era obvia.

—Ahora se ha hecho lo de Casado para negociar con Franco el final, mujer.

—¿Y tú crees que Franco...?

—Sí, porque también le conviene. Si nos plantásemos, todavía habría mucho que hablar..., y ¿qué necesidad tiene el vencedor de complicarse la vida a última hora, eh? A enemigo que huye, puente de plata, ¿no es eso? Pues en eso consiste todo: en que nos dé tiempo para marcharnos los que queramos irnos, que vamos a ser muchos, pero en buenas condiciones y no como se hizo la evacuación de Cataluña. ¡Menudo quebradero de cabeza que le quitamos con desaparecer de aquí! ¿Qué iba a hacer con nosotros? ¿Fusilarnos? Somos muchos. ¿Meternos en la cárcel? Pues no iba a necesitar cárceles ni nada... Además, tendría que darnos de comer, aunque fuera poco... No. No creo que esté por ésas. Nos dejará marchar. Pero para ello necesitamos barcos, y los tendremos, ya lo verás. Así que ya puedes ir preparando las cosas. Pocas. Sólo alguna ropa. Por eso no me importa quemar los muebles. Ya haré otros nuevos allí donde vayamos a parar.

Encarna escuchaba atentamente sus palabras. Las sorbía. Como le daba en pleno rostro la dudosa luz de la ventana, sus negros ojos parecían más grandes y como iluminados de esperanza. Sus gordezuelos labios, entreabiertos, temblaban. A

veces se los humedecía con la punta de la lengua y, a veces, los cerraba para tragar saliva.

—¿Y dónde crees tú que iríamos a parar? —murmuró cuando su marido cesó de hablar.

—Yo prefiero México. Los mejicanos son los más parecidos a nosotros, me creo, y además allí hay un ambiente social muy semejante al que nosotros buscamos. Pero cualquier país de aquéllos es bueno: Argentina, Chile, Venezuela... ¡Hay tantos!

Ella afirmó vehemente con la cabeza. Luego dijo:

—Pero no tenemos una perra...

—¡Y qué importa eso! —exclamó él—. Soy ebanista y he trabajado toda mi vida. Así que...

Encarna sonrió.

—Es verdad. Tú tienes muy buenas manos. Y yo también.

Se miraron alegremente, ilusionados. Después él atrajo hacia sí la cabeza de ella y, mientras le acariciaba los cabellos, prosiguió hablándole de América, de aquella América que les esperaba y donde, en su opinión, el trabajo valía más que nada y la libertad era, para los hombres, como el aire para los pájaros.

*

—¿Y qué va a pasar ahora?

El hombre había suspendido la lectura del periódico y miraba atentamente los rostros de los que le rodeaban. Se hizo un corto silencio, a favor del cual pudo oírse el rumor de los demás grupos en los que alguien leía también en voz alta las noticias de La voz del combatiente.

—Yo no me creo una sola palabra de todo lo que dice este papelucho. Si a los de la junta no les queda más que el Ministerio de Hacienda, ¿por qué suenan tantos tiros? A mí me parece que

no debe irles muy bien la cosa a los chinos, por mucho que digan —comentó uno de los oyentes.

—Eso mismo pienso yo. Habréis visto que ya no traen más prisioneros y que, además, ya no nos insultan tanto —opinó un tercero.

—Y se han llevado a pegar tiros a casi todos los que tenían concentrados aquí para guardarnos. No han quedado más que algunos soldados de la plana mayor, que están que muerden porque tienen que pasar todo el tiempo de centinelas —remachó el que hablara primero, añadiendo—: Si le echáramos nosotros un poco de coraje a la cosa, podríamos marcharnos de aquí en cuanto quisiéramos.

—¡Ni hablar de eso! —le interrumpió el que había leído el periódico—. Buena gana de jugarse la piel a última hora. ¿No nos han cogido ellos? Pues que sean ellos los que nos suelten por las buenas.

—Bueno, eso no estaría mal si pudiéramos resistir tanto tiempo sin comer —dijo otro, bostezando al tiempo que hablaba.

El bostezo contagió a los demás, circulando de boca en boca repetidas veces. Uno de ellos dijo después: —Yo no tengo ya ni aire en las tripas.

Había varios corros como éste en el antiguo jardín del chalé, sentados en el suelo. El aspecto de los hombres era deplorable: demacrados, sucios, ateridos. Llevaban varios días sin afeitarse y casi sin comer. Como también se les agotaron muy pronto sus parvas provisiones de tabaco, pronto fueron desapareciendo los periódicos que les habían distribuido sus aprehensores, rotos en pedazos para ser convertidos en cigarrillos que ahumaban los ojos y lijaban la garganta.

El pequeño garaje había sido convertido en letrina general, adonde acudían, formando a veces cola, no sólo los atormentados por dolores de vientre, sino los sedientos, pues el suministro de agua dependía del pequeño grifo oxidado que en otro tiempo debió de ser utilizado para lavar los coches. En su suelo de cemento, el agua derramada, los orines y los excrementos habían formado una pasta escurridiza que ya se desbordaba sobre el jardín, impregnando el ambiente de un hedor nauseabundo.

En uno de los corros estaban Federico Olivares y julio Cubas, en cuyos rostros se advertían igualmente las grietas y las sombras del agotamiento. La voz del combatiente, editada por los comunistas, donde se decía que el general Miaja se había fugado, que los de Negrín dominaban toda la zona republicana, que a la junta de Casado no le quedaba más reducto que los sótanos del Ministerio de Hacienda, que las fuerzas de Mera no habían logrado penetrar en Madrid y huían hacia los montes de Guadalajara, apenas merecieron algunos despectivos comentarios.

—Si fuera cierto todo eso que dicen, ya estarían aquí la Pasionaria y Negrín. ¿Por qué no se dejan ver? Para mí que la cosa les va muy mal.

—Bueno, y si es así, ¿por qué siguen?

—A ver qué remedio les queda —arguyó Cubas, y sus ojos le brillaban como si tuviera fiebre—. Tienen que seguir hasta que no puedan más y empiece la gente a írseles de las manos. Ellos no pueden cejar ya. Es demasiado tarde.

Nadie le replicó y, tras una larga pausa, preguntó uno:

—¿Y qué, pensarán dejarnos también esta noche sin suministro?

Iba oscureciendo. Los hombres, sin esperanzas ya de recibir

algún alimento, empezaban a buscar el arrimo de las paredes para pasar la noche, cubriéndose lo mejor que podían con sus capotes o sus zamarras. Al otro lado de las verjas, los centinelas, igualmente hambrientos y cansados, parecían dormitar sentados en el suelo y con el fusil cruzado sobre las piernas. Cuando alguno de los prisioneros se asomaba para echarles en cara su comportamiento o para reclamarles comida, levantaban perezosamente la cabeza, miraban como obnubilados al interpelante o protestón y luego se encogían de hombros.

Olivares se levantó y fue andando lentamente hasta la frontera que señalaban los hierros de la verja. Se sentó a medias en el pretil y siseó al centinela más próximo, murmurando seguidamente:

—¡Camarada!

El centinela levantó los ojos hacia él, le contempló en silencio un instante y dijo luego, con acento despectivo:

—¿Camarada de qué? Anda, cállate, paisano.

—No soy paisano, hombre. Es que el follón me ha cogido estando con permiso.

—Pues jódete.

—Bueno —insistió Federico amistosamente—, no se trata ahora de discutir. Ya es hora de que dejemos de pelearnos, porque ni tú ni yo tenemos la culpa de lo que está pasando, ¿no?

Los demás centinelas, separados entre sí sólo por unos cuantos pasos, abandonaron su actitud de indiferencia y se dispusieron a escuchar. El interlocutor de Federico se le había quedado mirando estólidamente.

—Ni tus camaradas tampoco —añadió Federico en el mismo tono.

—Entonces, ¿qué quieres decir? Tú eres cenetero, ¿no?
Federico sonrió.

—Y qué más da para lo que yo quiero decirte. Quería pedirte un favor.

—¿Un favor? —y se quedó con la boca abierta.

—Sí, hombre, un favor que no se le niega a un condenado a muerte —hizo una pausa, pero como viera que el centinela le miraba cada vez más receloso, añadió—: ¿No tienes siquiera medio cigarrillo que darme? Llevo mucho tiempo sin fumar, y estoy que rabio.

En ese mismo instante, otro de los centinelas acababa de encender un delgadísimo pitillo y saboreaba el humo voluptuosamente. El interlocutor de Federico rió de mala gana y dijo:

—Conque medio pito, ¿no? ¡Tú no eres cenetero ni socialero! ¡Tú eres un cara!

Federico, impertérrito, le replicó suavemente:

—¿Un cara porque te pido medio cigarrillo? ¿Es que nosotros no tenemos derecho a fumar?

—Claro, hombre; claro que sí —intervino otro de los centinelas, diciendo después a su camarada—: Anda, dale medio pito.

—¿Que le dé medio pito? ¿Y por qué no se lo das tú?

—¡Leche! Ahora lo vas a ver —dijo el otro, poniéndose en pie—. Si tú te encontraras como él, ya veríamos cómo pensabas entonces.

Dejó el fusil apoyado contra la pared y se acercó a Federico. Tendría unos treinta años. Le faltaba la mitad del cartílago de la oreja derecha y cojeaba al andar.

—Es que estos novatos no saben lo que es la vida —dijo mientras medía con la vista un cigarrillo que acababa de sacar de uno de los bolsillos de su cazadora, sin duda para dividirlo en dos partes iguales. Pero lo pensó mejor y se lo dio entero a Federico, diciendo: Toma, para ahora y para luego, qué leche.

—Gracias, hombre —y cuando se lo hubo cogido, añadió—: Seguro que hemos combatido juntos por ahí.

El centinela movió la cabeza afirmativamente.

—Lo más fácil —dijo—, porque yo he estado en casi todos los tomates gordos: Brunete, Belchite, Guadalajara...

—¿Lo ves? Yo también he estado en Brunete y en Guadalajara. Y también en Teruel.

—Ah, coño. Esta oreja se la llevó una bala en Brunete, y en Teruel se me helaron los pies y tuvieron que cortarme dos dedos del derecho. Lo que tú acabas de decirle a ése —y señalaba al que no quiso desprenderse de medio cigarrillo— es la pura verdad. ¿Qué culpa tenemos ninguno de los que estamos aquí de que haya tantos mandrias, emboscados y traidores? Ninguna. ¿Y de lo que pueda pasar mañana? Tampoco, digo yo. Pues entonces... ¡Bah!

Iba a volverse a su sitio, pero Olivares, fiado en su espontaneidad y franqueza, le susurró:

—¿Es que ocurre algo? Quiero decir...

El otro se agachó rápidamente como para atarse bien los cordones de la bota correspondiente al pie mutilado, mientras mascullaba:

—Fuerzas de la junta han entrado por Arganda... Federico dijo entonces, en voz alta:

—¿Y vamos a pasar la noche sin probar bocado, camarada? El centinela continuó atándose los cordones de la bota con mucha

cachaza. Luego, enderezándose, contestó:

—De eso no se sabe nada. Yo tengo tanta hambre como tú.

—Pero no se puede tener a la gente tanto tiempo sin comer.

El otro le guiñó un ojo.

—Nosotros ya hemos hecho todo lo que podíamos: mandar un enlace al comandante para que nos diga lo que tenemos que hacer. Así que... Yo creo que... En fin...

Y volvió a guiñar el ojo. Después se dirigió a su sitio, cogió de nuevo su fusil y se sentó con él entre las piernas. Sus camaradas se replegaron a su indiferencia anterior y el silencio, como una gran pesadumbre, se abatió otra vez sobre prisioneros y guardianes. El viento frío, que soplaba a rachas, traía de cuando en cuando el eco de ráfagas de ametralladora y de disparos sueltos desde los confusos confines de la ciudad, ya envuelta en sombras. Sólo a poniente quedaba una estrecha franja cárdena en el cielo, como si fuera el resplandor de un incendio agonizante.

Federico se apartó de la verja y se reintegró a su grupo, y apenas se hubo sentado junto a Cubas, enseñó a todos el cigarrillo, diciendo:

—Me lo ha dado un centinela.

Excepto Cubas, que permaneció inmóvil y callado, los demás se animaron súbitamente.

—Nos darás siquiera una chupadita, ¿no? —preguntó uno, restregándose las manos.

—Naturalmente —contestó Federico—, pero me reservo el derecho de empezarlo y terminarlo. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —le contestaron.

Lió el pitillo y le prendió fuego con el chisquero que ya otro había encendido previamente, y le dio la primera chupada, tan

profunda y ansiosa que se le desprendieron algunas briznas chisporroteantes. Lo cedió después y comenzó la ronda. El cigarrillo fue pasando de mano en mano y de boca en boca, en silencio y en medio de una especie de éxtasis colectivo, hasta que, finalmente, lo retuvo su dueño, cuando ya no se podía cogerlo más que con las puntas de las uñas. Federico se dispuso a rematarlo, pero entonces oyó una voz temblona que soplaba en su oreja:

—Compañero, por lo que más quieras, una chupadita...

Al girar la cabeza, se encontró con varios rostros que le miraban suplicantes, relamiéndose los labios. Ni lo dudó siquiera. Dio la colilla al más próximo e, inmediatamente, aquellos hombres formaron corro en torno al afortunado, soplando delicadamente para que no se extinguiera aquel puntito de fuego prometedor de tanta delicia. Las cabezas se estrecharon y dentro de su cerrado círculo se oyeron jadeos y gruñidos.

—¡Dame!

—Espera, hombre.

—Que me quemo.

—Venga ya, hombre.

Cubas, que observaba atentamente la singular escena, dijo entonces:

—No me puedo explicar que el tabaco vuelva así de idiotas a los hombres...

—Que no te lo explicas, ¿eh? Que qué tendrá el tabaco, ¿no? Pues yo te lo voy a decir —le contestó un oficial que estaba enfrente de él—. Verás. Yo tenía a mi gente desesperada porque andábamos mal de tabaco. Con la ración que nos daban no teníamos ni para un día y, claro, el enemigo, que lo sabía,

aprovechaba la ocasión para hacer propaganda, poniéndonos los dientes largos y desmoralizando a la gente. Nosotros por nuestra parte sabíamos que ellos andaban mal de papel de fumar y de ropa interior y que por todo el frente se hacían intercambios entre unos y otros, En vista de ello, pensé yo hacer otro tanto y le dije a uno de nuestros escuchas que hablara con el del enemigo y le propusiera que subiese una noche el jefe de su sección para un intercambio. Y así fue. Yo ocupé el puesto del escucha y al rato oí que me decían: «¿Estás ya ahí, rojillo?» «Sí, facha», contesté yo y le pregunté: «¿Eres tú el jefe de la sección?» No teníamos entre los dos más que un matorral. Hacía una noche muy oscura. A treinta o cuarenta metros detrás de cada uno estaban las respectivas trincheras. El facha me dijo: «Sí, soy el alférez que manda la sección. ¿Y tú?» «Yo soy el teniente.» Y él: «¿No me harás ninguna cabronada, ¿eh?» «Descuida, hombre.» Pasó un rato en silencio. Luego oí que arrastraba algo por el suelo y que me decía: «Aquí tengo el tabaco. ¿Has traído tú el papel de fumar y las camisetas?»

«Pues claro. Aquí están. También quisiéramos algún bote de leche.» «Está bien.» Otra vez nos quedamos callados porque sonaron en aquel momento unos tiros en la vaguada. «Rojillo, ¿qué es eso?» «No te preocupes. Es que he dejado dicho que hagan un poco de ruido por ese lado para llamar la atención hacia allí y así nos dejen tranquilos.» Yo creo que estuvo tentado de marcharse por desconfianza. Por si acaso, yo hice ruido y me dirigí a gatas a donde él estaba. El puñetero tenía la pistola amartillada. «Oye tú, que yo no traigo armas.» Eso le tranquilizó. Se guardó la pistola y nos sentamos juntos, cada cual con su saco. «¿Empezarnos?» «Sí, venga.» Cuarterones de tabaco y botes de

leche, por un lado, y papel de fumar y camisetas, por otro. No hablamos ni una palabra, pero después que hicimos el canje, yo le pregunté que de dónde era. «De Teruel. ¿Y tú?» «Yo soy de Socuéllamos.» Movi6 la cabeza y entonces pude verle la cara. Era muy joven, casi un chaval. Yo entonces le pregunté que por qué peleaba. «Coño, ¿y tú?», me retrucó él. «Pues está bien claro: por la libertad y la independencia de España.» Y el muy cabrón se echó reír. «¿Por qué te ríes?» «Pues porque yo lucho por lo mismo: por librar a España de rusos y comunistas.» «Ay, qué leche. ¿Y qué me dices de los italianos y de los alemanes? Nosotros luchamos también por otras cosas.» «Ya, también dirás que por la revolución.» «Pero, leche, ¿quién te lo ha dicho?» «Pues yo también.» «Mira —le dije, cabreado—, el pueblo somos nosotros y la verdadera revolución es la nuestra. Estamos hartos de ricos y de señoritos, de gente que no trabaja y vive como Dios mientras que los que se calientan el lomo trabajando apenas pueden comer más que migas.» «¡Cuentos!» «¿Cómo que cuentos?» «Y tanto que son cuentos. Si estáis pasando más hambre que nunca los tontos como tú... Pero a que vuestros jefazos y vuestros comisarios se dan la gran vida...» «Oye, que los comisarios que yo conozco las pasan tan canutas como cualquiera. Si pasamos hambre es porque estamos en guerra. Después será diferente.» «Pero si la tenéis perdida... ¿Por qué no os entregáis?» No nos podíamos poner de acuerdo, y nos callamos. Habían cesado los tiros y todo el frente estaba en silencio. A poco, oímos unos pasos. «Vienen a relevarme», dijo el alférez. «A lo mejor nos vemos algún día por ahí, muchacho.» «Puede, y también puede ser que cualquier día nos matemos.» «También es verdad. La guerra es así. ¿Cómo te llamas?» Me dijo su nombre, yo le dije el mío y nos

dimos la mano. Después yo me volví a mi sitio. Oí cómo le relevaban y también la consigna. Cuando se marchó el alférez, dije en voz baja al nuevo: «¿Ya estás ahí, faccioso?» «Calla, rojillo.» «Bueno, ¿pero te estarás quieto cuando me releven?» Y él me dijo con cachondeo: «¿Es que tienes miedo?» «Claro, ¿no oyes cómo lloro?» «Me estaré quieto, descuida.» Me relevaron sin novedad. ¡La que se armó cuando me vieron con tanto tabaco mis muchachos! Fue una noche feliz. Yo creo que no durmió nadie, dale que te pego a fumar un pitillo tras otro. ¿Que qué tiene el tabaco, eh? —repitió, dirigiéndose a Cubas—. Pues mira, a partir de entonces se repitieron los intercambios hasta que mi gente se quedó sin camisetas y sin calzoncillos. Y eso mismo pasaba en casi todos los frentes.

—Los de las brigadas de choque no teníamos tiempo ni ocasión para esos cachondeos —intervino otro—. Sólo hablábamos con el enemigo a tiros. Bueno, una vez, en el frente de Castellón... Habíamos tenido un combate muy duro el día anterior. Los requetés atacaban con furia y nosotros nos defendíamos bien. En el descanso, nos gritaron desde la otra parte: «Rojillos, mañana comeremos paella en Castellón». Coño, nos hizo gracia, y como teníamos preparada una gran paella con conejo, les dijimos que no lo dejaran para tan tarde, que si no tenían miedo podían venir algunos a probar la nuestra. Ah, pues lo tomaron en serio. «¿Nos dais palabra de que nos dejaréis libres después?» «¡Palabra que sí!» Les dijimos por dónde tenían que venir y, ole sus redaños, acudieron dos alféreces y un sargento. ¡Tan campantes! Les hicimos taparse las insignias para que algún mierdoso no metiera la pata y los llevamos con nosotros, como si tal cosa, al puesto de mando del batallón. El comandante y el

comisario ya lo sabían, como es natural, y estaban conformes. ¡Se hincharon de paella! Ellos estaban muy contentos porque creían que la guerra era ya sólo cosa de pocos días... Yo les pregunté si habían visto muchos rusos entre nosotros y uno de ellos, riendo, va y me dice: «¡Qué rusos ni qué leches!» «Entonces, ¿por qué habláis tanto de que estamos invadidos por los rusos?» El fulano era espabilado, el más espabilado: de todos ellos, y simpático. «Hombre, algo hay que decir. Si no fuera por todas esas cosas, ¿cómo sería posible que nos estuviéramos matando los unos a los otros? La guerra es así.» Ya os he dicho que el tío era de los listos. Bueno, bebieron hasta que el vino casi se les salía por los ojos, y ya era de noche, entre dos luces, cuando los acompañamos hasta sus líneas. Y para que veáis lo que son las cosas y los sinfustes que han ocurrido en nuestra guerra. Al día siguiente, nos echaron los tanques encima y nos achucharon tan fuerte que quedó copado más de medio batallón. Que nos hicieron prisioneros, vaya. Eso fue al caer la tarde. Después de desarmarnos nos mandaron formar para montar en unos camiones y llevarnos a retaguardia. Entonces me di de cara con uno de los alféreces que había estado comiendo la paella con nosotros. No hizo ningún gesto, pero me gritó: «Eh, tú, ven aquí». Había bastante barullo. Todo eran prisas y órdenes y, además, la noche se nos echaba encima. Yo, la verdad, estaba bastante mosca, pero me acerqué a él. «Sígueme.» Y le seguí. Y al llegar a una acequia se paró y, después de comprobar que no nos vigilaba nadie, fue y me dijo: «Quítate las insignias y echa a andar, despacio, siguiendo la acequia. Procura que no te vea nadie, claro, pero si te descubren, dices que vas a llevar un parte del alférez Rodrigo. Tú dices mi nombre porque lo has oído mentar y te inventas lo que sea, pero si te cazan, ni mus

de todo esto. ¿Entendido?» «Hombre, claro.» Le di las gracias y él me guiñó un ojo. «Hala, que Dios te guarde. A ver si nos comemos pronto otra paella juntos.» Y me salvé. Bueno, todavía no, sé si me he salvado del todo. Luego me enteré que unos oficiales de Regulares habían estado también de juerga con gente nuestra en una casa de niñas de Castellón... ¿Tiene mandanga la cosa o no?

Se había hecho completamente de noche y los rostros de los hombres apenas eran unas manchas pálidas en la oscuridad.

Al terminar su historia el de las brigadas de choque, hubo un largo silencio que interrumpió, al fin, Cubas:

—Somos el mismo pueblo y es natural que en muchos trances unos y otros nos hayamos comportado con humanidad. Pero no hay que engañarse, el que manda, manda, y ese mismo alférez te fusilaría mañana si lo ordenasen. Sintiéndolo mucho, a lo mejor, pero te fusilaría, no lo dudes.

—Bah, yo creo que, a fin de cuentas, uno de los bandos tiene que ganar y el otro tiene que perder, y que luego los dos tendrán que seguir viviendo juntos —le contradijo el de las brigadas de choque.

—¿Vivir? —preguntó Cubas.

—Pues claro que vivir. No pensarás que el ganador va a matar hasta el último mono de los del bando contrario. Si acaso, a los jefes.

—¿Queréis callaros? Ni que estuviéramos en un funeral —estalló Federico.

—¿Y qué otra cosa es esto? —le preguntó Cubas.

Hubo una pausa. Los demás escuchaban en silencio y con gran atención lo que decían sus compañeros. En los demás grupos hacía ya rato que no se hablaba. Al cabo, dijo el de las brigadas de

choque:

—Yo creo que a la revolución la matamos nosotros mismos hace ya bastantes meses.

—Eso no es cierto —replicó Olivares—. La revolución no puede morir.

—Entonces...

El de las brigadas de choque no concluyó la frase. El silencio de los demás fue para Federico una aprobación tácita, pero llena de dudas. Prosiguió:

—Pase lo que pase, nuestro país ya no volverá a ser el de antes. Y, si no, al tiempo. Claro que si ellos ganan la disputa, nosotros, individualmente, tal vez lo perdamos todo.

—Pues eso es lo que más me importa ahora —dijo el de las brigadas de choque.

—A mí, no —replicó Cubas, con voz grave—. En ese sentido, yo ya lo perdí todo.

—Yo soy joven todavía y tengo mujer e hijos. ¿Qué va a ser de ellos y de mí? Trabajar no me importa. No he hecho otra cosa en mi vida. Pero ¿nos dejarán trabajar?

—Aún queda mucho que hablar —replicó otro al de las brigadas de choque—. Vamos, digo yo.

—Exacto —puntualizó Olivares—. La esperanza es lo último que se pierde.

Siguió otro silencio y, de pronto, se oyeron los bufidos y la chatarrería de un camión que se acercaba.

—¡El suministro! —gritó alguien entre las sombras.

Fue como un toque de corneta que hizo ponerse en pie y correr hacia la verja a todos aquellos hombres exhaustos y medio traspuestos por la inanición.

—¿Qué? —preguntaba alguno, todavía inconsciente.

—¡El suministro, hombre!

—Pero ¿quién lo ha dicho?

—¿No oyes el camión?

Y otras voces:

—¡Nos van a dar chuletas con patatas fritas!

—¡Cállate, mamón!

—Ya verás, ya verás cómo nos chorrea la pringue...

—¿Quieres callarte?

Olivares y Cubas se habían quedado solos. Entonces sopló aquél al oído de éste:

—Las fuerzas de la junta están luchando ya en Madrid. Cubas gruñó:

—Déjate de bromas, Federico.

—No es ninguna broma. Me lo ha dicho antes el centinela con disimulo. Se ve que los chinos han empezado a batirse en retirada.

—¡Hostias! Entonces todavía hay tiempo.

—¿Tiempo de qué?

—De ajustarles las cuentas a los otros, hombre.

Los envolvía el griterío de los hambrientos; pero, de repente, se hizo el silencio.

—Ven, vamos a ver qué pasa —y Olivares cogió del brazo a Cubas.

Poniéndose de puntillas pudieron ver entonces, por entre las cabezas de los que se hallaban delante de ellos, las luces del camión, amortiguadas por trapos rojos. El vehículo acababa de detenerse tras un ronquido y de su cabina saltó un hombre con gorra de plato, e inmediatamente ordenó a los soldados que venían en la plataforma, con inequívoco acento catalán:

—¡Abajo todo el mundo!

Olivares y Cubas se miraron.

—¿No es ésa la voz de Casanova? —murmuró aquél.

—Claro que lo es —contestó Cubas sin dudarlo.

Entretanto, se habían reunido en torno al oficial los soldadados que vinieran con él y los centinelas. Después de cruzar algunas palabras con ellos, el de la gorra de plato se volvió a los prisioneros para gritarles:

¡Venga, a formar en grupos de a diez! Se darán a cada grupo cinco chuscos y tres botes de carne. Que venga uno de cada grupo a recoger los víveres. ¡De prisa! Cuanto más tardéis en formar, más tardaréis también en comer. ¡Y fuera de la verja! Allá, al fondo.

Los prisioneros obedecieron sus órdenes rápidamente, no sin un poco de barullo y confusión. Y empezó el desfile. Los víveres eran entregados a través de la verja. Entre los jefes de grupo se hallaba Federico y, cuando le tocó su vez, llamó al oficial que mandaba fuera:

—¡Casanova!

El aludido no pudo distinguir, sin embargo, quién era el que le llamaba por su nombre. Por eso preguntó

—¿Quién me llama?

—Yo, Federico Olivares.

—¡Olivares! —exclamó Casanova—. Collons, yo te hacía con Mera...

Le hizo una seña para que se apartase de los demás y se acercó después a él, diciendo:

—De forma que tú también lo supiste a tiempo, ¿no?

—Sí, justo cuando iba a salir para el frente. ¿Y tú?

—Nosotros veníamos oliéndolo unos días antes. Por eso tenía tanto empeño en que me dierais permiso de cuarenta y ocho horas —sonrió a medias y añadió—: Allí no tenía yo nada que hacer, ¿comprendes?

Olivares asintió con la cabeza y preguntó:

—Bueno, ¿qué noticias hay?

Pero Casanova, en vez de contestar, preguntó a su vez

—¿Cuándo te cogieron?

—Al día siguiente de empezar este tomate, por la noche.

—¿Qué estabas haciendo?

—Había ido a acompañar a Matilde a su casa.

—¡Ah!

Los dos trataban en vano de escudriñarse los ojos. Tras una pausa, dijo Casanova, con un especial tono de voz: —Olivares, eres un desertor.

—Igual que tú, Casanova.

Brillaron los dientes de Casanova.

—Es diferente. Yo tenía que impedir que aplastasen al partido.

—Pues ya ves: yo no he querido intervenir en nada.

—¿Que no estás con Casado ni con Negrín?

—Mira, esta vez he podido optar y me he quedado fuera del juego. Sólo estoy contra los otros.

—Eso es muy cómodo, Olivares.

—Tal vez. Pero no lo he hecho por comodidad. Ha podido costarme la vida igualmente, y todavía no sé si me costará. Es que hace tiempo que no estoy conforme con la manera de llevar aquí las cosas. Ahora he podido plantarme, y me he plantado.

Siguió otra pausa.

—Bueno, ya hablaremos de eso, Olivares. ¿Hay algún otro

conocido entre ellos? —Casanova señalaba la masa de prisioneros.

—Sólo Cubas.

—¡Ah, Cubas, claro! ¿Y Trujillo?

—No sé qué haya podido ser de él.

—Bien. Déjales la comida a esos y veniros tú y Cubas hacia la puerta. Anda.

Y, sin esperar la réplica de Olivares, se retiró de allí. Olivares le obedeció y, después de entregar los víveres a los de su grupo, hizo que Cubas se sobrepusiese a su instintivo recelo y le acompañara, no sin refunfuñar:

—A ver si nos la juega a última hora...

Olivares guardó silencio. Se abrió la puerta de hierro y ambos abandonaron el jardín. En ese momento, Casanova ordenaba al sargento que había venido con él:

—En cuanto terminéis de repartir el suministro, relevas a los centinelas con la gente que hemos traído y mándalos a la base del batallón en el camión. Ah, y el suministro que sobre lo metes en el chalé. ¿Estamos?

—Vale, camarada —contestó el otro.

Cubas y Federico Olivares aguardaban en silencio. Casanova cogió después unas raciones y echó a andar hacia el chalé, diciendo al pasar junto a ellos:

—Vamos.

Penetraron en un pequeño túnel de arcos de hierro que debieron de sostener enredaderas en otro tiempo, separados por alambres espinosos del resto del jardín donde vivaqueaban los prisioneros, y llegaron al pórtico del hotelito, formado por dos columnas en las que descansaba el saledizo de una terraza. Casanova, que iba delante, decía:

—Fui agregado a este batallón y debía de estar aquí cuando llegasteis, pero no os vi ni lo supe, y a la mañana siguiente tuve que salir con el grueso de las fuerzas para ocupar los Nuevos Ministerios.

Entraron en una salita de estar, con butacas y divanes, una mesa y sillas, malamente iluminada por una bombilla enfundada en rojo. Sobre la mesa se veían platos sucios, vasos con resto de vino... Olía a humedad y a cuartel. Su suelo estaba sembrado de puntas de cigarrillos y papeles... Tabardos, macutos y capotes, cajas de munición y cintas de ametralladora, por aquí y por allá.

Casanova apartó de un manotazo los estorbos y dejó los víveres sobre la mesa. Luego se dejó caer sobre la silla que tenía más a mano.

—Sentaros —dijo, sin mirar a sus invitados, mientras sacaba y abría una navaja con abrelatas—. Lo primero ahora es comer. Llevo no sé cuántas horas sin probar bocado.

Olivares y Cubas arrastraron unas sillas hasta la mesa y se sentaron. Casanova abrió una lata de carne rusa en conserva. Después partió por medio tres panecillos y los rellenoó con el contenido de la lata. Sus invitados le veían maniobrar en silencio y cruzando entre sí miradas interrogantes, hasta que Cubas, no pudiendo ya contenerse, le preguntó:

—¿Y qué vas a hacer después con nosotros?

Casanova continuó con la cabeza baja y en silencio hasta que hubo terminado su labor. Al fin alzó la cabeza para mirar rectamente a Cubas. Era joven, de rostro cuadrado, al que la barba de varios días endurecía aún más. Sus negros ojos eran penetrantes, enérgicos. Sus grandes dientes, muy blancos, brillaban frecuentemente entre sus cárdenos labios, casi siempre

entreabiertos.

—Toma y come ahora —y dio a cada uno un panecillo.

Él fue el primero en hincarle el diente al suyo y pronto no se oyó allí más ruido que el de las mandíbulas de los tres. De cuando en cuando se encontraban sus ojos, pero se huían o se cerraban. De fuera llegaban las voces del sargento dando órdenes. A poco, entró un soldado llevando a rastras un cajón y un saco. Los dejó detrás de la puerta y volvió a la calle. Sonó el trepidante motor del camión.

Todavía siguieron durante un buen rato engullendo en silencio. También fue Casanova el primero en terminar. Entonces dijo, dando un suspiro de satisfacción:

—Ya sé que vosotros no tenéis la culpa de lo que ha pasado. Por eso podéis marcharos ahora mismo si queréis.

Olivares y Cubas dejaron de masticar y cruzaron entre sí una mirada. Aquél continuó encerrado en su mutismo, pero Cubas rehusó, diciendo:

—Preferimos esperar a que amanezca, si no te importa. Casanova se encogió de hombros.

—Como queráis. Podéis dormir aquí mismo.

Un bostezo largo y profundo deformó en sus labios la última palabra. Seguidamente se desperezó, abriendo los brazos en cruz y estirándolos hasta que le crujieron las articulaciones. Todo el terrible cansancio acumulado le corría ahora por los músculos como si fuera plomo.

—Llevo todo este tiempo —añadió— dando sólo alguna cabezada que otra.

Apenas podía sostener abiertos los ojos. Sin embargo, reaccionó inmediatamente, como si le hubieran chapuzado con

agua fría, cuando le preguntó Cubas:

—¿Y qué piensas que va a pasar ahora, Casanova? Casanova se estremeció y sacudió la cabeza. Sus ojos se endurecieron.

—¿Que qué va a pasar? —y su mirada quedó momentáneamente limpia de las veladuras del sueño—. Que les vamos a ajustar las cuentas a los de la junta. Casado, Besteiro, Mera y todos los demás traidores tendrán que ser juzgados y condenados por el pueblo, como se merecen. Han querido entregarnos a Franco atados de pies y manos y...

—¿Y después? —le interrumpió Olivares.

Casanova le miró, perplejo. Luego, cerrando los puños, exclamó:

—¡Combatir hasta el fin!

Olivares, impasible, volvió a preguntar:

—¿Qué fin?

—¡Qué fin, qué fin! —gritó, enronquecido—. Somos revolucionarios, ¿no?

Olivares y Cubas guardaron silencio, mirándole fijamente. Casanova los desafió con su mirada relampagueante de ira y dijo lentamente, mordiendo las palabras:

—Un revolucionario, camaradas, no tiene nada suyo, ni la vida, y nosotros llevamos ya mucho tiempo viviendo de propina, ¿no es eso? Pues no hay más que hablar. Tenemos que seguir haciendo la guerra hasta que las armas se nos caigan de las manos. Tanto tiempo suspirando por tener armas, por poner en pie de guerra al pueblo, y ahora que las tenemos y que contamos con unas masas fogueadas y aguerridas, ¿queréis que se las entreguemos al enemigo así, por las buenas? ¡Ni hablar! Tendrán que venir ellos a cogérmolas.

—Todo eso está bien en teoría, Casanova. Dialécticamente es hermoso. Pero menos retórica —le replicó Olivares—. En la revolución, como en la guerra, hay que saber retirarse a tiempo. El heroísmo tiene un límite, máxime cuando no nos jugamos sólo nuestra vida, sino la de miles y miles de personas que no están dispuestas a morir, que no quieren morir. Habría que preguntárselo antes, ¿no te parece?

Casanova hacía enormes esfuerzos por no derrumbarse físicamente. Sólo sobreexcitándose podía conseguirlo. Gritó de nuevo:

—¿Sabes lo que te digo? Pues que más vale morir de pie que vivir de rodillas.

—Sí, eso dijo la Pasionaria. Pero ¿dónde está ahora? —Ella estará donde el partido le haya ordenado que esté, no lo dudes.

Olivares sonrió.

—Concedido. Sin embargo, no creo que jugar a la catástrofe sea la mejor política.

—¿Y qué otra cosa se puede hacer después de la faena de la junta, di?

—Dejemos a la junta a un lado, ¿quieres? Nada tengo que ver con ella. Ya te lo he dicho. Lo cierto, lo indiscutible, es que habíamos llegado a un punto, después del fracaso de nuestra ofensiva en Extremadura, de la pérdida de Cataluña y de la huida del Gobierno, en que había que buscarle una salida a la situación.

Casanova parecía a punto de estallar.

—Claro, resistiendo. ¿Crees que Lenin no pasó por un apuro semejante cuando se le cayeron encima los mercenarios del capitalismo internacional? ¿Y qué hizo? ¡Aguantar, aguantar! La conducta de Lenin tenía que haber sido nuestra propia norma de

conducta.

Entonces fue Cubas el que dio un puñetazo en la mesa.

—¡Espera, compañero! Ni España es Rusia, ni el año 39 es igual que el año 19. Aquí no habéis luchado solos los comunistas. Aquí hemos luchado todos los partidos y organizaciones de izquierda, incluso muchos indiferentes y hasta adversarios en principio que luego se comprometieron con nosotros. Por consiguiente, lo verdaderamente democrático hubiera sido consultar a todas las fracciones antes de tomar una determinación. ¿Que se acordaba resistir? ¡Pues a resistir! ¿Que se acordaba negociar? ¡Pues a negociar! Pero todos a una, en bloque, como un solo hombre. Lo peor en estos casos es echar cada uno por su lado, que es lo que ha ocurrido aquí.

—¡Lo peor es la traición, Cubas! —estalló finalmente Casanova —. Casado ya estaba de acuerdo con Franco antes de dar el golpe —y, ante el gesto dubitativo de Cubas, prosiguió—: ¿Por qué, si no, Franco ha permitido que las fuerzas de la junta pasen por el puente de Arganda?

Olivares sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, ésa no es una razón, porque, por la misma regla de tres, Casado podría preguntar también: ¿por qué Franco no ha atacado en los frentes que habéis desguarnecido para volveros contra la junta?

Casanova arrugó el entrecejo y miró fijamente a su interlocutor, como si buscara por donde atacarle.

—¿Por qué no podemos resistir un poco más? Sólo unos meses. La guerra mundial está en puertas. Las democracias saben que o acaban con Hitler o Hitler acaba con ellas. Pero ellas solas no pueden con él. Tienen que aliarse con la U.R.S.S. Y esta alianza

está en marcha, camaradas. Quizá a estas mismas horas estén acelerándola en vista del cariz que ha tomado nuestra guerra.

—Es posible, es posible —le replicó Olivares—, pero no lo sabemos con certeza. Llevamos casi tres años esperanzados en la ayuda de los demás y ¿qué han hecho entretanto por nosotros? Comité de No Intervención, ayuda con cuentagotas para prolongar nuestra agonía. ¡Ya está bien! ¿Te acuerdas de aquel rumor que corrió por los frentes de que Roosevelt iba a permitir el envío de armas a la España republicana? ¡Resultó mentira! ¿Y cuando Negrín dijo que pronto tendríamos material de guerra en cantidades insospechadas? ¡Resultó mentira! Y así siempre. Ahora, lo de la guerra mundial, que puede estallar cualquier día... Yo también creo que estallará, pero ¿cuándo? —Respiró profundamente y siguió diciendo—: Hay ya demasiadas ruinas, demasiados muertos, demasiada hambre, demasiados sufrimientos para seguir apostando por palabras. Y, sobre todo, porque estamos prácticamente cercados, sin municiones, sin aviones, sin víveres... El comportamiento de los franceses con los evadidos de Cataluña no deja lugar a dudas sobre lo que podemos esperar de ellos. ¡Ha sido vergonzoso! Desengáñate, estamos solos, más solos que la una.

Olivares había acabado por exaltarse también. Su voz sonaba ronca. No parecía que hablase sólo para Casanova y Cubas, sino para un gran auditorio invisible y para su propia conciencia. Seguramente necesitaba oír sus propios argumentos para convencerse, para sentirse en el terreno firme de la verdad, para barrer las dudas y las vacilaciones de su ánimo.

—¡Tenemos a la U.R.S.S.! —gritó nuevamente Casanova.

—Será para vosotros, pero no estáis vosotros solos en la

trampa. Además, creo que la U.R.S.S. tiene bastante con poder atender sus problemas interiores, que no son moco de pavo, y con prepararse para la lucha final contra Hitler. Según vosotros, allí también surgen traidores por todas partes y ¡qué traidores!: Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Radek... ¡Casi nadie! Y en cuanto a Hitler..., ya verás cómo se las arreglan las democracias para enzarzar a Rusia con Alemania...

Casanova rompió a reír histéricamente y Olivares se interrumpió, desconcertado. Cuando se hubo serenado un poco, dijo aquél:

—¡Menudo zorro es el camarada Stalin! Ya verás, ya verás cómo es Stalin el que lía a las democracias contra Alemania e Italia...

—Lo veremos.

—Pues ya lo veremos.

Se quedaron de pronto callados, escrutándose con las miradas, las manos sobre la mesa e inclinados el uno hacia el otro. Casanova ya no reía. Siguió una pausa tensa. La rojiza luz de la lámpara encendía sus rostros y ponía un brillo febril en sus pupilas. Un silencio lleno de temblores los rodeaba. Cubas, que se mantenía más sereno, intervino:

—Es inútil. No podremos ponernos de acuerdo. ¿Cómo vamos a ponernos de acuerdo al final cuando llevamos toda la guerra discutiendo?

Su voz serena y su tono medido sirvieron para relajar los nervios irritados, casi rotos ya, de Olivares y Casanova. Aquél dijo:

—Tienes razón. De lo contrario, o nosotros todos nos habríamos hecho comunistas o ellos habrían ingresado en el partido, socialista o en la C.N.T.

Casanova preguntó aún:

¿Pensáis entonces que tienen razón los de la junta? Se miraron y luego habló Cubas:

—Nosotros no hemos tomado parte en esto, Casanova, y no hemos disparado, ni dispararemos, un solo tiro contra la Junta ni a favor de la junta. Lo que creemos, en vista de las circunstancias, es que la junta podía jugar la última carta que nos quedaba.

Casanova movió la cabeza obstinándose en su negativa, y, tras mirarlos alternativamente, murmuró:

—Si no fuera porque os conozco bien y sé que sois dos antifascistas honrados y sinceros... —Se agarró después la cabeza entre las manos y exclamó, desesperadamente—: ¡Es para volverse loco!

Siguió otro silencio en que sólo se oía el jadeo de Casanovas. Al fin levantó la cabeza y preguntó a Cubas

—¿Quieres decirme cuál es esa carta?

—Pues la de proponer al enemigo una resistencia hasta el fin o una paz con ciertas condiciones.

Casanova abrió mucho la boca y los ojos, con asombro infantil.

—Pero nosotros no podemos pactar con el enemigo...

—Vosotros, no; pero la junta, sí.

—Bueno, ¿y qué iba a ser de nosotros?

—Lo que fuera de todos los demás.

Pero las respuestas de Cubas no lograban disipar sus dudas.

—No lo creo tan fácil. Aquí hace falta una víctima, y esa víctima tendríamos que ser forzosamente nosotros.

Se levantó bruscamente y luego se dirigió con paso tardo hacia la puerta, apretándose los riñones con las manos.

—Estás equivocado, Casanova —dijo Olivares—. La víctima en

cualquier caso sería la junta y, más que la junta, Casado y Besteiro.

Casanova, en medio del vano de la puerta, con los brazos en cruz y las manos, apoyadas en sus jambas, miraba fuera, a la noche del jardín y de la calle, a la noche de la ciudad, turbia e inquietante. Abatió la cabeza sobre el pecho. Cubas y Olivares respetaron su silencio, impresionados por la lucha de aquel hombre contra la desesperanza y la evidencia de su derrota.

—Pase lo que pase —dijo al fin Casanova, con voz quebrada—, nuestra bandera seguirá en pie. Nadie podrá decir que la abatimos... ¡nadie!

—¡Teniente, teniente Casanova!

El sargento tuvo que sacudirlo bruscamente hasta conseguir que abriera los ojos. Por la ventana y la puerta, abiertas de par en par, entraba la lechosa luz de la amanecida.

—¿Qué, qué pasa? —preguntó Casanova incorporándose sobre el diván.

Tenía la boca reseca y envelados todavía los ojos. El negror de la barba resaltaba la palidez de desenterrado de su rostro. Los cabellos, empastados por el sudor y el polvo, formaban extraños manojos, como escobillas, en todas direcciones.

—¿No oyes? —y el sargento señalaba al exterior con el brazo extendido.

En el silencio expectante que se produjo entonces pudieron percibirse nítidamente unos disparos de fusil mezclados con pespunteos de ametralladora. Casanova se puso en pie de un salto y se plantó en la puerta. Cubas y Olivares, emergiendo también bruscamente del sueño de piedra a la plena lucidez, corrieron tras él. Mientras tanto, explicaba el sargento a sus espaldas:

—Son fuerzas de la junta y avanzan hacia aquí, apoderándose

de los cruces de calles. Llevan por delante un tanque.

—¿Quién las ha visto? —inquirió Casanova.

—Yo —contestó el sargento—. Al oír los primeros tiros, me adelanté a ver qué pasaba y luego he venido corriendo para avisarte.

—Pues están ya muy cerca.

Sí.

Habían salido a la calle y Casanova miraba a los prisioneros, alertados y agrupados junto a la verja y a la alambrada. Los centinelas esperaban órdenes y uno de ellos mantenía emplazado su fusil ametrallador contra la puerta de hierro del jardín.

Casanova se restregó los ojos como si dudara de lo que estaba viendo: varias docenas de rostros cadavéricos con sus miradas de terror clavadas en él. Silencio angustioso. Pavor colectivo y una terrible fuerza de desesperación difícilmente contenida.

—¡Que abran la puerta inmediatamente! —ordenó al sargento.

El mismo sargento cumplió la orden, pero entonces los prisioneros se replegaron, dando unos pasos hacia atrás. Los centinelas, salvo el del fusil ametrallador, fueron a colocarse junto a su jefe.

—¡Vamos, salid! Sois libres de ir donde queráis —gritó de nuevo, pero dirigiéndose esta vez a los prisioneros.

Pero los aludidos permanecieron inmóviles. Siguió una pausa tensa durante la cual volvieron a oírse unos disparos poco nutridos en las cercanías.

—¿Es que no me habéis oído bien?

La voz de Casanova sonó desgarrada. Nadie se movió y uno de los prisioneros dejó oír la suya:

—¿Es que quieres fusilarnos por la espalda, aplicarnos la ley de fugas?

Casanova movió la cabeza negativamente y ordenó con un gesto a los centinelas que se replegasen hacia el hotel. El del fusil ametrallador dudó, pero un nuevo gesto del teniente, más enérgico, le hizo cargarse al hombro la máquina y retirarse hacia donde estaban sus compañeros.

—¡Adentro!

Ante la terminante orden de su jefe, los centinelas desaparecieron en el interior del hotelito.

—¡Ahora, vosotros! ¡Vamos, rápido! —y Casanova dio una palmada.

Todavía recelosos, mirando hacia el chalé, los prisioneros empezaron a franquear lentamente la puerta de hierro de la verja. El primer grupo se arrimó a la pared de enfrente, en fila de a uno, y comenzó a deslizarse calle abajo, no sin lanzar miradas de desconfianza de cuando en cuando a Casanova. Siguió otro grupo con las mismas precauciones, pero el resto de los prisioneros, al comprobar que la libertad que les ofrecía no era una trampa para eliminarlos, escaparon ya en tropes, a pleno vocerío, y en pocos segundos desaparecieron todos detrás de la primera esquina con que tropezaron.

Casanova volvió al interior del hotelito.

—Coge a esos hombres —dijo al sargento, señalándole los centinelas— y mira a ver cómo puedes llevarlos a los Nuevos Ministerios. Pero rápido. Yo iré después. Díselo así al comandante.

Cubas y Olivares permanecían mudos y expectantes. El sargento organizó rápidamente la expedición de sus hombres. Cuando Casanova, desde la puerta, los vio desaparecer, se volvió

para decir a Olivares

—¿Y qué hacéis vosotros que no os marcháis también? ¡Hala!

—¿Y qué vas a hacer tú? —le preguntó Olivares. Tardó unos segundos en contestar:

—¿Yo? Esperar aquí hasta el último minuto y, luego, escapar por la parte de atrás para ir a reunirme con mis camaradas.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? —y Olivares le puso amistosamente una mano sobre el hombro.

Casanova rehuyó los ojos de su amigo y, separándose de él, murmuró:

—Porque el partido es lo primero para mí.

Cubas y Olivares se miraron y éste insistió:

—Pero si ya has hecho todo lo que has podido...

Casanova, de espaldas a ellos, movió negativamente la cabeza. Olivares se le acercó de nuevo y, cuando se cruzaron sus miradas, sonrió y le dijo, para romper la tensión

—Tienes un pitillo? Ya sé que no fumas, pero... Casanova sonrió levemente también.

—Llevo siempre algunos cigarrillos para los muchachos... —Se registró los bolsillos de la guerrera hasta encontrar un paquete empezado, que entregó a Olivares—: Toma. Ya me darán otros.

El tono de su voz era grave y apagado.

—Gracias, Casanova.

Luego se dieron la mano.

—¡Salud! —dijo Olivares.

—¡Salud! —repitió Cubas.

—¡Salud, camaradas! —y Casanova se llevó el puño a la sien.

A los pocos pasos tornaron la cabeza. Casanova, que seguía ocupando todo el vano de la puerta, los saludó de nuevo

militarmente.

—Es un buen muchacho —dijo Cubas.

—Ya lo creo...

Pero, apenas habían reanudado la marcha, un disparo seco, a sus espaldas, les hizo detenerse y mirar atrás. Y pudieron ver a Casanova que caía de bruces, empuñando aún la pistola. Ambos amigos, tras un segundo de estupor, corrieron hacia él. Se arrodillaron junto a su cuerpo. El grueso proyectil del 9 largo le había destrozado las sienes. Lo cogieron con sumo cuidado y lo transportaron hasta el diván donde había pasado la noche. Ni Cubas ni Olivares sabían qué decir ni como desprenderse de aquella terrible y fija mirada.

—Ya todo es inútil, Federico. Vámonos —dijo al fin Cubas cogiendo del brazo a su amigo.

Salieron despacio, abrumados. Las puertas de las casas permanecían cerradas aún en aquella zona y sus calles, desiertas. La mañana se esclarecía pese a que el cielo estuviera velado por amenazadoras nubes viajeras. Seguían sonando intermitentes disparos por los alrededores. Olivares y Cubas atisbaban desde las esquinas para evitar las patrullas que empezaron a aparecer y que se movían resguardándose junto a los muros de los edificios. Pronto, sin embargo, se encontraron en otra zona por donde ya circulaban los tranvías y camiones de tropas con brazales blancos, y transeúntes recelosos y apresurados que se hurtaban en los portales abiertos a la menor alarma. Así, dando muchos rodeos, sin saber cómo ni por dónde, se encontraron en la calle de Alcalá, a la altura del monumento a Espartero. Se pegaron entonces a la verja del Retiro y continuaron bajando en dirección de Cibeles. Iban jadeantes y sudorosos.

—Nada de esto tiene sentido —comentó Olivares al hacer un alto.

El frío viento que estremecía los árboles les secaba el sudor en la frente y en las axilas. Cubas miró en silencio a Olivares e hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza.

—El que tengamos que andar huyendo de unos y de otros, el que nuestro amigo Casanova se haya suicidado —continuó diciendo Federico—, el que no sepamos cuál es realmente nuestro deber en este momento...

—Lo que más me duele es lo de Casanova. En el fondo —dijo Cubas—, Casanova era un excelente compañero y un hombre de verdad. Yo quisiera saber quién tiene la culpa de que se haya matado.

Olivares se encogió de hombros.

—Tal vez todos —repuso—, tal vez nadie. Ya sé que no es decir nada, pero hemos llegado a una situación en que las palabras ya no tienen un significado claro, ni tampoco las acciones.

Se quedaron callados. Cubas propuso luego tomar el «metro», y Olivares accedió. Cruzaron la calle, pero al ir a zambullirse en el subterráneo les llamó la atención el aspecto que presentaba la Puerta de Alcalá. Los enormes retratos de Stalin, Lenin y Marx, que decoraban el monumento, aparecían profusamente agujereados y con algunos desgarros, y las grandes losas de su paramento habían sido arrancadas para formar parapetos en torno. Parapetos que ya nadie defendía ni atacaba.

—Se ve que aquí se hicieron fuertes los comunistas —comentó Cubas.

—Y tanto —dijo Olivares.

—Y que se han zumbado de verdad.

—Sin duda.

Varios camiones cargados de soldados, procedentes de las calles de Alcalá y Alfonso XII, confluyeron en la plaza y luego se dirigieron hacia la Castellana. Los seguía una batería motorizada del 7,5.

—La batalla continúa al parecer, Federico. A lo mejor se dirigen a los Nuevos Ministerios.

—Es probable, porque Casanova habló de concentrarse allí. Si es así, los Nuevos Ministerios van a quedar arrasados...

Dio media vuelta y, seguido de Cubas, Olivares se hundió en la escalera del ferrocarril subterráneo. No tuvieron que esperar mucho tiempo. El tren que tomaron iba casi vacío. Sus ocupantes eran obreros y mujeres abrigadas con toquillas de lana, todos con cara de sueño y de cansancio, silentes, algunos con los ojos cerrados.

—¿Quieres venir al hotel conmigo? Puedo encontrarte una cama allí.

Cubas denegó con la cabeza.

—Me voy a casa de Maruja, la «Morena de Chicote». Ya no hablaron más. Olivares se apeó al llegar a la estación de Sevilla y Cubas continuó.

VI

La Puerta del Sol aspiraba y expelía, sin apenas pausas, el gentío y el tráfico de coches y tranvías por las calles afluentes. Sus viejos edificios parecían engalanados para una fiesta con banderas y carteles. Banderas rojinegras, rojas, tricolores. Carteles con figuras de hercúleos milicianos. Y grandes letras formando siglas políticas y sindicales en los tranvías, en los automóviles, en las fachadas, en los escaparates. Y, por sus aceras, una multitud densa y gesticulante.

—Todavía no se ha dado cuenta el pueblo de Madrid del peligro que corre. El enemigo está ya en Illescas y el general Asensio ha dicho a Largo Caballero que no ve la forma de contener su avance —le había confesado Molina.

La mayoría de los hombres vestía el «mono» de miliciano, pero muy mejorado generalmente en tejido y hechuras. Los había verdaderamente vistosos con sus botones y pespuntos, con sus hombreras y sus solapas bien cortadas, con sus adornos metálicos y sus brillantes insignias. Sobre esta prenda destacaban los buenos correaes de grandes hebillas, con funda para la linterna y para la

pistola.

—¿No te parece que toda la gente que anda por ahí debiera estar pegando tiros o cavando trincheras, Molina?

—Si está movilizada, hombre.

—¿Cómo?

—Sí, pero el que más y el que menos está al servicio de alguno de los muchos «comités» que hay en la retaguardia. Pero yo creo que les va a durar poco el enchufe, ya verás.

Había pasado el tiempo de las mujeres con «mono». Ya vestían normalmente, con la acostumbrada coquetería, atentas a su personal lucimiento, desplegando sus gracias.

—Preséntate a las cinco de la tarde en el Ministerio de la Gobernación. Se va a organizar allí el Comisariado de Guerra y tú vas en representación nuestra.

A mediados de octubre el crepúsculo vespertino es trémulo y espantadizo, cobarde ante el empuje de la noche, y apenas dura lo que una pirueta, la última pirueta del sol sobre las crestas de las montañas. Luego sobreviene la oscuridad. Aquel día el cielo había estado cubierto de nubes, por lo que a las cinco de la tarde empezaba a anochecer, y, aunque seguía apagado el alumbrado municipal, ya lucían algunas tímidas bombillas en el interior de los cafés y demás establecimientos públicos.

Olivares oía al pasar:

—Dicen que vamos a lanzar una ofensiva a fondo.

—¡Ya es hora de que ataquemos! A ver si así acaba de una vez esta puñetera guerra.

Sí, ya está bien de retiradas.

Bajo la superficie frívola y despreocupada de la gente, se advertía, no obstante, una profunda marea de inquietudes, una

nerviosa excitación. Estaba en las miradas, en los gestos, en la misma volubilidad de las conversaciones.

—¿Qué ponen en el Capitol? —pregunta una chica.

—¿Sabes el último chiste, Emilio?

—¿El último chiste? Y cuál es el último chiste? Se cuentan tantos...

—Éste es muy bueno. Verás. Cogen prisionero a un legionario, que alega que es antifascista. «¿Por qué no te has pasado antes?», le preguntan. Entonces él dice que no ha podido hacerlo, porque corremos tanto que no ha podido alcanzarnos hasta ahora desde que desembarcó en Algeciras.

Del cuartel de Pontejos salen unas plataformas cargadas de guardias de asalto armados de fusiles, ametralladoras y bombas de mano. Visten uniforme de campaña, es decir, «mono». El público se detiene a contemplarlos y hay quien los aplaude. Algunos guardias levantan el puño y sonríen. Otros aparecen graves y miran a la gente con displicencia. Las plataformas toman el rumbo de la calle Mayor.

—Para Toledo marchan...

—En el frente es donde deben estar, ¿no te parece?

—Naturalmente.

Vendedores de periódicos que gritan los títulos y las noticias. «¡En el frente del Tajo, nuestras gloriosas milicias infligen grandes pérdidas al enemigo!» «¡Antifascistas, fortificad Madrid!» Eso mismo dice un gran cartel mural, donde se ven las figuras de unos hombres cavando trincheras y levantando fortines. En otro, un miliciano, alzando con la diestra su fusil, grita: «Madrid será la tumba del fascismo».

—Pues yo me creo que el general Asensio no es de fiar...

—Y que lo digas. ¿Militares republicanos? ¡Miau!

Olivares mostró la credencial a los guardias que había en la puerta y éstos le dejaron entrar. Subió rápidamente la escalera, y, después de preguntar a varios tipos uniformados de ordenanzas, fue a parar a una especie de antedespacho, donde ya aguardaban otros diez o doce hombres, con aspecto de combatientes casi todos ellos. Olivares no conocía a ninguno, pero abordó en seguida al que le pareció más simpático. Se llamaba Cecilio y era de la C.N.T.

—¿Tú también has sido citado para lo del Comisariado de Guerra?

—Sí.

—Ya se sabe lo que va a ser?

—No sé nada. A mí me han dicho que viniera, y eso he hecho.

—Igual que yo. Me han hecho bajar de la sierra para esto. Cecilio sabía del proyecto que allí los reunía poco más o menos lo que él. Nada en limpio. Fumaron.

—¿Cómo está la cosa?

Cecilio movió la cabeza.

—Mal.

—Eso mismo pienso yo. Y que como no nos plantemos de una vez, los tenemos aquí dentro de nada.

Cecilio, después de mirarle fijamente a los ojos, dijo:

—Sí, y creo que nos han llamado a nosotros para eso. Poca cosa, me parece.

—Pero, bueno, ¿y los rusos?

—¿Los rusos? Hasta ahora ni pum.

—Algo hay que hacer de todas maneras.

—Claro, pero lo malo es que no tenemos armas y que las pocas

que hay son para los comunistas. A nosotros, que nos parta un rayo. —Y Cecilio hizo un vehemente ademán—. Claro, para que no hagamos la revolución... Puede que tenga que venir Durruti desde el frente de Aragón para poner las cosas en claro.

A poco, los hicieron pasar a todos a otra habitación más confortable. Era un gran despacho con una enorme mesa, sillones y divanes. Tras la mesa se hallaban tres hombres, que se levantaron para responder a sus saludos. Luego, el que ocupaba el centro les hizo amablemente señas para que fueran tomando asiento. A ése le conocía perfectamente Olivares. Era Francisco Largo Caballero, a quien llamaban sus fanáticos el «Lenin español». En cambio, le era absolutamente desconocido el situado a su derecha.

—¿Quién es ése? —preguntó disimuladamente a Cecilio.

—Creo que es el embajador de Rusia —contestó Cecilio como en un susurro.

—¿Rosenberg?

—Así creo que se llama.

Olivares lo miró más atentamente. Parecía cargado de hombros, enfermizo, pero tenía una mirada vivaz y penetrante, y una sonrisa cansada y tibia.

(Ha conocido a Lenin y a Trotski. Este hombre sí que debe saber lo que es una revolución y cómo se gana una guerra civil de carácter social como la nuestra. Es judío como Radek, como Kamenev, como Zinoviev... ¡Cualquiera sabe lo que piensa de nosotros! Parece inteligente, pero no un jefe revolucionario. De mujik, nada. Un intelectual. Seguramente es un intelectual. Vamos a ver qué nos dice, porque a lo mejor nos adelanta algo sobre esa famosa ayuda que nos van a prestar los rusos...)

Mas el que hablaba era Largo Caballero, con voz monótona, pero con gran viveza. Se trataba de contener la retirada en el frente de Madrid, había llegado la hora de clavarse en el terreno y no dar un solo paso atrás.

—Una voz de pánico —decía—, o la consabida frase de «¡Estamos copados!», gritada no se sabe nunca por quién, provocan la espantada entre los milicianos, y así se abandonan posiciones y se pierde terreno apenas sin combate. ¡Hay que acabar con eso! Como hay que acabar con la costumbre de achacar a los militares profesionales, a los militares republicanos, nuestros desastres, colgándoles el sambenito de que nos traicionan, de que llevan a la gente al matadero...

(Sí, son vivos y penetrantes sus claros ojos, y tiene un rostro agradable este hombre, pero no cautiva, aleja. Sí, es honrado y austero, pero es ya demasiado viejo y, además, un despechado para dirigir una revolución. Me gusta más Prieto, a pesar de su mirada de miope y de su sotabarba, a pesar de su aspecto linfático. No me extraña que se haya disfrazado alguna vez de fraile. ¡Qué catastrófica la rivalidad entre estos dos hombres! De estar Prieto a la cabecera del Gobierno el 18 de julio, no hubiera habido guerra ni nada. Pero ¿qué dice? Dice que tenemos que contener nosotros la retirada, cueste lo que cueste. Vamos a desempeñar el papel de los delegados de la Convención, aquellos que se presentaban en los campamentos de la revolución acompañados de la guillotina, y de los comisarios políticos rusos. Cuando los milicianos corran despavoridos ante el enemigo, alzarse ante ellos y decirles: «Al frente está el enemigo; detrás, a la espalda, vuestras mujeres, vuestros hijos, vuestros padres. ¿Vais a dejar que éstos caigan en poder de aquél?» Y también: «Los

hombres siempre van hacia delante, donde la muerte suele respetar a los valientes; sólo los cobardes y las mujerzuelas corren para atrás, donde la muerte es segura». Y todo lo que se os ocurra, incluso insultos. Os plantáis en medio de la carretera, en lo alto de un coche o de un camión, y les gritáis hasta pararlos, y luego tratáis de convencerlos y, finalmente, los volvéis de nuevo a la batalla, yendo vosotros en cabeza. ¡Vaya papeleta! Dice que somos la representación genuina del pueblo combatiente y que en nosotros está depositada la plena confianza de los partidos y del Gobierno; que somos, en definitiva, el Gobierno mismo en los frentes... Mucho pide. ¡Demasiado! Porque ¿quiénes somos nosotros? Apenas si conozco alguno de los que están aquí, y estoy seguro de que ninguno de ellos sabe quién soy yo, ni siquiera cómo me llamo...)

Seguía hablando Largo Caballero. Rosenberg sonreía a veces, a veces movía la cabeza afirmativamente, sobre todo cuando se referían los ejemplos de los bolcheviques, y otras veces parecía ausente, como apagado. Olivares miraba de cuando en cuando a sus compañeros y observaba que todos habían entrado en situación y pendían de las palabras que, sin brillantez alguna, más bien con cierta opacidad, iba desgranando el orador.

—Tenéis que clavar a nuestros hombres y al enemigo donde actualmente están —terminó diciendo Largo Caballero—, para dar tiempo a que podamos utilizar el material de guerra que nos envía el gran pueblo ruso, material que está llegando ya en cantidades enormes a nuestros puertos. Necesitamos algún tiempo para poder montarlo y ponerlo en servicio, sólo unas semanas, pocas, tal vez días. Pronto aparecerán en los frentes los tanques, los cañones, las ametralladoras y los aviones del camarada Stalin —

Rosenberg inclinó levemente la cabeza y bombardeó a todos con el centelleo de sus gafas—, y pronto dominaremos el aire y el enemigo sufrirá el poder mortífero de nuestras bombas. Entonces sabrán los fascistas lo que es bueno. Pero, mientras tanto, hay que resistir, resistir y no dar un paso más hacia atrás...

Cuando concluyó, pese a su manera premiosa y monótona de decir las cosas, en los rostros, en las miradas e, incluso, en el aire de la estancia, estaba a punto de estallar el barril de pólvora del entusiasmo. Murmullos, apretones de manos y, en seguida, tomó la palabra Alvarez del Vayo, el hombre que estaba sentado a la izquierda de Largo Caballero.

(No me gusta como habla. Parece que tiene sopas en la boca, y al hablar se le pronuncia mucho el prognatismo. Si no fuera por las gafas, diría que tiene gran parecido con Carlos II de Austria, el Hechizado. Sí. Está muy sofocado, parece. ¿O es muy subido de color? Vaya, vamos a tener el mismo grado militar del mando al que estemos agregados. Si el jefe militar es comandante, comandante será el comisario; si coronel, coronel; si general, general. Naturalmente, dependeremos de él, de Alvarez del Vayo, que queda nombrado comisario general. Aparte de lo que nos ha esbozado Largo Caballero como labor nuestra, queda por aclarar otro aspecto muy importante, importantísimo, de la misma. Consiste en que nosotros, con nuestra presencia y con nuestras palabras, debemos en todo momento avalar al mando militar ante los milicianos. Sí, está comprobado que los milicianos no se fían, ni poco, ni mucho, ni nada, de los militares profesionales. Ha habido casos de traición, pero es igualmente cierto que a veces se inventa esa traición para justificar una retirada. Ya lo creo. ¡Ese tío es un fascista y nos lleva a la hecatombe! ¡Duro con él! Naturalmente, la

guerra produce muertos y heridos. Muertos del enemigo y muertos nuestros. Heridos del enemigo y heridos nuestros. El pensar que se puede hacer una guerra sin muertos es una tontería. La guerra es, en el fondo, matar o morir. Estamos comprometidos en una verdadera guerra y hay que hacerla sin contemplaciones. ¿Entendido? Matar o morir. Matar o morir. Matar o morir... Defender al mando militar de las sospechas de los milicianos. Para vigilarle estáis vosotros. Para impedir que se desvíe, se desmoralice o traicione, estáis vosotros. Y habla en tono oratorio, con los labios ensalivados. No me parece hombre de guerra, sin embargo. No. Largo Caballero se muestra impaciente.

Se mueve mucho. Gira la cabeza a uno y otro lado... El ejército rojo triunfó contra los generales blancos, en la guerra civil rusa, gracias a los comisarios. El mismo Stalin fue comisario... Otra vez sonríe Rosenberg e inclina levemente la cabeza. Me es simpático este hombre, pero... Me parece algo misterioso. Claro, es diplomático en fin de cuentas. ¿Sabrá hablar nuestro idioma? Lo que no veo tan claro es el motivo de su asistencia a esta reunión. Bueno, puede que esté aquí para rubricar y garantizar las palabras de Largo Caballero referentes a la ayuda del pueblo soviético...)

—Ahora se os entregará a cada uno un nombramiento firmado por el jefe del Gobierno y saldréis inmediatamente hacia el destino respectivo. Cuando lleguéis allí y os presentéis al mando militar, éste tendrá ya noticia de vuestra llegada y de la misión que se os ha encomendado.

Después, Alvarez del Vayo sacó unos papeles de una cartera de cuero y se los entregó a Largo Caballero. Eran los nombramientos.

—Federico Olivares —dijo Largo Caballero a la tercera o cuarta vez.

Olivares se levantó y se acercó a la mesa. Largo Caballero le miró un momento con sus ojos claros y Olivares le correspondió con una mirada intensa, ávida, apremiante, prolongada, mientras recibía el papel y estrechaba su mano, una mano fina y nerviosa, una mano que iba de prisa. Y se retiró a su sitio. Ahora era Cecilio...

Bajo el membrete oficial, unas pocas líneas tan sólo y la firma. Al pie, el nombre del jefe militar: coronel Sena. Destino: frente del Tajo. Se quedó pensativo, pero ya había terminado la entrega de nombramientos, y con ella, la reunión. Había prisa.

—¡Salud! —dijo Largo Caballero a todos, despidiéndolos.

Él, Rosenberg y Alvarez del Vayo se quedaron hablando en voz baja mientras los demás salían del despacho. Ya fuera, les habló uno de los que había permanecido callado hasta entonces. Era joven todavía, pálido, más bien grueso.

—¿Quién es? —preguntó Olivares a Cecilio.

—Creo que Mije.

—¿Alguna pregunta? —dijo Mije, dirigiéndose a todos.

—Sí —se adelantó a decir Olivares—. ¿Dónde podré encontrar al coronel Sena?

—En Torrejón de Velasco. Allí tiene su cuartel general.

—Bien, gracias.

(¿El frente del Tajo en Torrejón de Velasco? Pues estamos arreglados. Como no nos demos mucha prisa en cortar la retirada... ¡Frente del Tajo! Y yo que creía que...)

Pero ya se despedían unos de otros. Olivares bajó junto con Cecilio.

—La situación está más grave de lo que creía... Por eso tienen

tanta prisa en mandarnos al frente, casi sin respirar.

Olivares guardó silencio y al llegar a la calle se despidieron con un apretón de manos.

—¡Suerte!

—¡Igual te deseo!

Olivares tenía su coche esperándole en la plaza de Pontejos. Ya se había hecho de noche en la Puerta del Sol, por la que todo eran sombras ambulantes: los tranvías, la gente, los coches... Se detuvo a encender un cigarrillo y a reflexionar un momento. Todo había sido tan intenso, tan rápido, tan descarnado...

(Comisario de guerra... No está mal. Ahora veremos cómo es ese coronel que me ha tocado en suerte. Seguramente será un viejo coronel retirado. Lo malo es si se trata de uno de esos tíos autoritarios que no admiten que les lleven la contraria ni les discutan... De todas maneras, lo más probable es que le siente como un tiro tener que compartir su autoridad conmigo, un muchacho, en resumidas cuentas, sin ningún mérito especial. Porque ¿quién soy yo? Ni siquiera diputado... En fin...)

Bajaron por la calle de Toledo, todavía transitada, pero al pasar a la otra orilla del Manzanares empezó a sentirse inmediatamente la soledad de los suburbios, insolidaria y temerosa, de casas cerradas y oscuras y de callejuelas sucias y desamparadas. Más adelante, en la carretera, esta soledad se veía interrumpida, agravándose aún más, por los transportes de tropas o de avituallamientos, que se deslizaban silenciosamente, como si temieran alertar a un enemigo muy próximo.

—¿Torrejón de Velasco has dicho? —preguntó Tomás, el conductor.

Sí.

—Nunca he oído ese nombre.

—Pues debe de estar cerca.

—Ya lo veremos.

Al salir al descampado advirtieron el trazado de algunas trincheras, que parecían grandes surcos sobre la desnuda planicie. Trincheras elementales, sin alambradas ni fortines, descubiertas, continuas.

—¿Éstas son las fortificaciones que están haciendo? —volvió a preguntar Tomás, indignado—. Tanto hablar, tanto hablar de fortificar Madrid y ya ves... Más nos valdría traer aquí a picar a toda esa gente que se pasea por Madrid luciendo el mono y la pistola para nada. ¡Desgracias!

Tomás era soriano recriado en Madrid y, además, taxista de profesión.

—No están más que trazadas, hombre —le advirtió Olivares.

—Ya lo veo, ya. Pues no sé qué esperan, porque me parece que no nos va a dar tiempo de terminarlas. Si estamos confiados en detenerlos en estas zanjás... ¡Mi madre! De la carrera que nos peguen no vamos a parar hasta la Puerta del Sol... Ya lo verás.

Pronto empezaron a ver milicianos sentados o tumbados en los márgenes de la carretera, o formando grupos en torno a alguna casa. La oscuridad de la noche los mezclaba a veces, confundiéndolos, con la tierra, pero la punzada roja de sus cigarrillos y algunas voces sueltas denunciaban su presencia, al igual que las esquilas la del rebaño en la negrura del monte. Los pocos pueblos que cruzaron rebosaban de hombres armados que iban de un lado para otro, cansados y desorientados, siguiendo la estela de órdenes y llamadas que sonaban confusamente por

doquier.

—¡Los del batallón Condés, aquí!

—¡Oído los de la columna del Poum!

Podía decirse que las sombras estaban llenas de hombres. En algunos grupos peroraba alguien y los demás escuchaban con aire de desgana o le increpaban airadamente de cuando en cuando. Olivares mandó parar el coche para escuchar a uno de esos oradores espontáneos.

—Pero ¿es que no nos van a relevar nunca? Llevamos más de un mes combatiendo sin parar mientras que la retaguardia está llena de enchufados que no han oído todavía ni un tiro. Es muy bonito eso de hablar de la guerra en los cafés de Madrid, ¿no? Bueno, pues ya está bien. Ahora nos toca descansar a nosotros.

—¡De acuerdo!

—Pues tendréis que dejar primero las armas —gritó, adelantándose hacia el centro del carro otro miliciano, destacado, con el fusil en bandolera—. Porque no hay más armas que las que tenemos nosotros. Así que si queréis marcharos a Madrid para acostaros con una mujer, tenéis que empezar por dejar vuestro fusil aquí, cada cual el suyo, para que puedan recogerlos otros camaradas que quieran continuar la lucha, porque la guerra no descansa. —Y más enérgicamente—: Venga, que empiece el que tenga más prisa.

Siguió un momento de perplejidad e indecisión y, luego, una voz:

—Y por qué el Gobierno no trae más armas para hacer la guerra?

—Porque no encuentra quien se las venda. Las potencias democráticas tienen muchas armas, pero no quieren vendérselas

a nuestro Gobierno.

—¡Cuentos!

—Es la pura verdad.

—¡Pues a la mierda las democracias!

—Naturalmente, camarada. ¿Qué ayuda podemos esperar de los países capitalistas? ¿Es que van a tirar piedras contra su propio tejado? ¡Ni hablar! Por eso sólo podemos confiar en la ayuda del gran pueblo soviético.

—Y dónde está esa ayuda?

—Pronto llegará, camarada. Ya lo verás.

Se hizo de nuevo el silencio y comenzó a deshacerse el grupo con ruido de cantimploras y fusiles. Pero volvió a gritar el del fusil en bandolera, y la desbandada se detuvo en seco.

—¡Hala, muchachos, a los camiones, que mañana nos espera el combate! Mañana vamos a empezar, por fin, nuestra ofensiva.

—Sigue —ordenó Olivares a Tomás.

Y otra vez en la carretera poblada de sombras movedizas. Pequeñas filas de hombres, yendo a paso cansino por las cunetas, sentándose y levantándose, y camiones de toda especie, con los faros oscurecidos, a marcha lenta por el centro de la calzada. En una parada, impuesta por un atasco del tráfico, Tomás preguntó a uno de los milicianos que marchaba a pie:

—¿Queda lejos todavía Torrejón de Velasco?

—¡Qué va! Las primeras casas que encuentres, a la izquierda.

—Pero ¿de quién es: nuestro o del enemigo?

—Hombre, yo creo que es nuestro. Vienes de Madrid ¿eh?

—Sí. ¿Y qué?

—Nada. Que ya se ve.

Al entrar Olivares en aquella pequeña habitación resonante de

voces y velada por el humo del tabaco, se hizo el silencio y todas las miradas fueron a clavarse en él. No había más luz que la que daba una pobre bombilla que colgaba de un cordón prendido en el centro del techo. El hombre de los bigotes blancos, vestido con un «mono», en cuya pechera lucían las tres gordas estrellas de coronel, estaba sentado junto a una tosca mesa sobre la que había desplegado un plano. Los demás estaban de pie, a su lado.

—¡Buenas noches! —saludó Olivares—. ¿El coronel Sena, por favor?

—Soy yo —contestó el de los blancos bigotes—. Pase y acérquese. Le estábamos esperando. Es usted el comisario, ¿verdad?

Los ojos y los labios de aquellos hombres sonreían burlonamente, especialmente uno, que era muy alto y corpulento, y otro, más bien bajo y rechoncho, vestido este último con un uniforme militar azul. Olivares avanzó resueltamente, encarándose con el coronel, al tiempo de alargarle su nombramiento.

—Sí —dijo—. Acaban de nombrarme comisario de guerra de usted. Que conste que yo he sido el primer sorprendido.

El coronel Sena alzó la vista hasta los ojos de sus colegas y luego preguntó:

—Para vigilarme, ¿eh?

—En absoluto, coronel. Más bien para ayudarle. Olivares oyó a sus espaldas un leve murmullo de risas, pero permaneció impasible. Añadió:

—Nadie duda de la lealtad de usted ni de sus oficiales hacia la República...

—Pero sí dudan los milicianos ¿no es eso? —le interrumpió el

coronel.

—Lo ignoro, pero si así fuera, que no lo sé, repito, desde este momento yo soy el encargado de desvanecer cualquier duda que tuvieran o puedan tener y, además...

—Ya. Y acabar con las espantadas, ¿no es eso?

—Exactamente.

—¿Sólo con palabras?

—Y apoyando su autoridad con la que a mí me da ser representante político del Gobierno.

—Es mucho. ¿No le parece?

—Claro que sí.

Entonces sonrió el coronel por primera vez, más bien paternalmente. Le hizo una seña para que se guardase el papel, que no quiso siquiera ojear y le dijo, tuteándole ya:

—Muy joven me pareces para ser coronel como yo, de golpe. Yo tengo ya setenta años —y poniéndose en pie, añadió—: Comandante Opiso —era el alto y fornido—; Comandante Tori, enlace del Ministro de Marina —era el bajo y rechoncho—; mi ayudante —un joven capitán—; el comandante Vicente acaba de marcharse...

Olivares fue dando la mano sucesivamente a los nombrados. Entonces se dio cuenta de que se trataba de Opiso, militar profesional, comandante del batallón presidencial. Llevaba colgada a la cintura una gran cantimplora. Su manaza casi hizo crujir los huesos de su mano al estrechársela mientras le sonreía socarronamente. Y de que Tori, comandante de infantería de Marina, célebre por su valor temerario, tenía, no obstante, cara de eclesiástico, debido tal vez a sus gafas de cristales redondos y a un rostro relleno y sonriente. El ayudante, de aspecto universitario,

también usaba gafas.

—¿Conoces el plan para mañana? —le preguntó el coronel.

—No, no me han dicho nada.

—Pues ofensiva general en todo el frente. ¿Qué te parece? Olivares no supo qué decir. Los dos comandantes le miraban atentamente.

—Ahora que recuerdo, sí —murmuró al fin, con el ceño fruncido—. En un grupo de milicianos alguien aludía a esa ofensiva de mañana. Lo oí al pasar.

Opiso y Tori movieron la cabeza y cruzaron una mirada.

—Lo de siempre —dijo aquél—. Pues lo mismo lo sabrá el enemigo. Yo no sé cuándo se van a acabar estas indiscreciones.

—Bueno —bromeó Tori—, a lo mejor no se lo cree el enemigo. Y, si se lo cree, a lo mejor no nos enteramos...

El coronel había vuelto a sentarse frente al plano y, dando un fuerte puñetazo en la mesa, le interrumpió:

—No es para tomarlo a broma, desde luego, pero no es eso lo que más me preocupa. Lo que me parece una verdadera estupidez es ordenar una ofensiva de pronto, sin más ni más, sin saber las reservas con que se cuenta ni siquiera las fuerzas que han de operar. Te dicen que cuentes con este o con aquel batallón. Pero ¿cuántos hombres tienen? ¿Con qué armamento están equipados? ¿Cuántos fusiles, cuántas ametralladoras? De eso, ni una palabra. Luego resulta que se ha llamado batallón a dos compañías escasas, o resulta que el batallón no aparece por ninguna parte a la hora de la verdad. Y así, ¡hala!, una ofensiva. Tome usted Illescas. ¿Artillería? Pues sí: una batería de tres cañones del siete y medio, con treinta y cuatro proyectiles por toda dotación. ¿Y el municionamiento? Fusiles de tres calibres por

lo menos, de saldo, como si dijéramos. Y el tío que no puede disparar porque la munición que le han dado no vale. ¡La intemerata! Pero, eso sí, no quiero papeletas. No hay más cera que la que arde, y apáñese con ella... —se quedó un segundo callado, mirando fijamente a Olivares, y luego prosiguió—: Sin embargo, lo intentaremos, aunque sea imposible. Para eso estamos nosotros, ¿no? —e hizo una seña a sus subordinados—. Nosotros sabemos obedecer. El quid está ahora en que obedezcan todos y que se metan en la cabeza de una vez que esto es guerra, guerra y nada más que guerra. ¿Estamos?

Los dos comandantes y el capitán ayudante asintieron con un leve movimiento de cabeza y habló Opiso:

—Exacto, mi coronel, y como tengamos un poco de suerte, mañana dormiremos todos en Illescas. Respondo de mi gente. Es de primera. Y Vicente ya sabemos que no falla nunca. De todas maneras, se hará lo que se pueda, qué coño.

Entonces, Tori, que se había separado un poco del grupo y observaba atentamente las altas botas militares del comisario, preguntó a éste de pronto:

—Oye, ¡vaya botas que te gastas! ¿Qué número calzas? Olivares, sorprendido por la incongruente pregunta, se encogió de hombros.

—Sí que son buenas botas —comentó Opiso—. No me había fijado.

—Cómo buenas, ¡estupendísimas! —y Tori repitió—: Di, ¿qué número calzas?

Ante su insistencia, Olivares, recelándose alguna broma a costa de sus botas, que le habían hecho a la medida no hacía muchos días, dijo:

—El treinta y nueve. ¿Por qué?

Tori dio un brinco.

—¡Claro, mi número! —exclamó—. Ya me parecía a mí... — Luego, dirigiéndose a todos, añadió, jovialmente— Me apunto el primero, ¿entendido? Cuando mañana caiga nuestro comisario en cumplimiento de su deber, sus botas serán para mí, porque no creo que te interese mucho que te entierren con ellas puestas, ¿no? ¿De acuerdo, comisario? —y estrechándole amigablemente por los hombros, insistió—: ¿De acuerdo?

A Opiso, que bebía un largo trago de coñac de su cantimplora, le hizo atragantarse un golpe de risa, y empezó a toser y a escupir. El capitán ayudante trató de disimular un hipo hilarante mordiéndose los labios. El coronel también sintió cosquillas en la garganta. Sólo Olivares permaneció sereno, inconmovible, y sonrió al decir:

—Sí, hombre, de acuerdo, pero no me da el corazón que vaya a morir mañana.

El coronel intervino con su voz quebrada de fumador:

—Me parece que a éste no le asustas, Tori.

—Pues naturalmente que no. ¿Cómo va a asustarse un comisario? Yo sólo he querido dejar las cosas claras y evitar que otro se me adelante —y volvió a golpear suave y amistosamente la espalda a Federico.

Opiso se sonaba la nariz estruendosamente, todavía convulso, pero tanto el coronel como el capitán ayudante habían logrado dominarse, y el mismo Tori, una vez logrado el efecto pretendido, parecía pensar ya en otra cosa. El capitán ayudante, para suavizar sin duda la situación, ofreció cigarrillos a todos y siguió una pausa para liarlos.

—Eres la caraba, Tori —comentó luego Opiso.

—Qué se le va a hacer —dijo, suspirando, el aludido—, Hay que hacer moral.

—Bueno, señores —intervino el coronel—, el día de hoy no ha sido blando que digamos, pero es que el de mañana va a ser de aúpa y quedan todavía muchos cabos por atar... Afuera están esperando los enlaces.

—Y a mí también me esperan en el Ministerio —dijo Tori—. ¿A las seis en punto de mañana, mi coronel?

—A las seis en punto, Tori.

—Pues aquí me tendrá usted como un clavo.

Enciso, grande, atronador, dio la mano a todos, diciendo al coronel:

—Ya es hora también de que yo vuelva a mi puesto de mando.

Cuando se marcharon ambos comandantes, el coronel se acercó a Olivares y, echándole una mano por encima del hombro, le dijo:

—Me alegra mucho tener un comisario tan joven como tú. Así hay más probabilidades de que alguien cuente un día todo esto que está pasando. Además, prefiero estar con jóvenes y no con viejos como yo. Bien, amiguito. Ahora hay que pensar cómo vas a pasar la noche...

—No se preocupe. Tengo fuera un coche. Mañana ya me buscaré alojamiento.

—Bien, bien. Pero cenarás conmigo, ¿eh?

Olivares le dio las gracias y aceptó. Luego, el coronel se dirigió a la puerta inmediata, que comunicaba con otra pequeña habitación donde repiqueteaba una máquina de escribir, y después de abrirla, se volvió para decirle:

—Y no hagas mucho caso de Tori. Es un tío fenomenal que se divierte metiendo miedo a los que vienen a hacer turismo por aquí. Disfruta mucho con eso... Luego te presentaré al jefe de Estado Mayor. Ahora está muy ocupado, ¿eh?

Y desapareció tras la puerta, seguido de su ayudante.

Olivares aprovechó la oportunidad para salir a tomar el aire fresco del campo. Junto a la pequeña casa aguardaban varios motoristas fumando o charlando tranquilamente, y por los alrededores se observaba poco movimiento. Mirando hacia el frente, hacia la línea invisible donde se agazapaba el enemigo, crecía la calma. El terreno era liso y despejado, como un mar de sombras. Hasta Olivares sólo llegaba alguna voz suelta o el estampido de algún motor. Ni un solo disparo. Y, no obstante, miles de hombres se acechaban para matarse, a muy poca distancia unos de otros. Comerían, dormirían, incluso bromearían y soñarían, para, dentro de muy pocas horas, lanzarse a la zarabanda homicida, y matar sin saber a quién se mata o morir sin ver el rostro del matador. A toque de corneta. Cuando lo mandasen.

La noche cóncava y silenciosa era para Olivares como un inmenso grito de protesta contenido, porque bajo aquella tranquila apariencia él advertía un nervio invisible vibrando intensamente, como ese hilo telegráfico que atraviesa la noche de los campos y de los pueblos para anunciar quién sabe qué estremecedoras noticias y que pasa tal vez por nuestro lado sin que podamos entenderlo. Cerebros de hombres calculaban el número de muertos y cerebros de hombres preparaban los terribles lechos de los hospitales de sangre. En, calma. Bajo la noche. Con un cigarrillo entre los labios. Oficio. Desdén. La

mecánica de la guerra.

(—La verdad es que al contacto con la realidad grosera de la guerra, la literatura revolucionaria y su encendida dialéctica se quiebran y se pulverizan como pura hojarasca. Los dientes de la guerra trituran brutalmente cualquier pensamiento... Si robas un pan, te encarcelan. Si matas a un hombre, te ajustician. Y ahora... Ya sé que es vulgar, ya. Pero no se me ocurre otra cosa para medir esta insensatez sin nombre. Porque no es igual la revolución que la guerra, digan lo que digan. La revolución es como un relámpago. ¡Zas! Se salta el abismo y ya está. Son horas. El dieciocho de julio, por ejemplo. Sí, se mata o se muere tal vez. Pero es por algo inmediato. Es como una subida de sangre que oscurece el entendimiento momentáneamente. La muchedumbre, el fervor, el entusiasmo... Hay que cambiar el mundo para el bien. ¡Basta de atropellos! ¡Basta de injusticias! ¡La felicidad es para todos! Un acto insurreccional como la toma de la Bastilla... Y, luego, el orden, la paz... Pasó la tormenta. Pero la guerra... Son los lápices rojos, las reglas y los compases, los mapas... Motoristas, órdenes, Estados Mayores, toda una perfecta y complicada organización sobre el comercio de vidas humanas. La muerte objetivada, hecha número... La guerra no sabe para qué funciona. Funciona simplemente. Hombre, es la guerra. Pero... ¡Es la guerra! Y así hasta el final: la guerra sujeto, la guerra protagonista, la guerra razón. ¡Todo para la guerra! ¡Todo por la guerra! ¿Usted qué es? ¿Yo? Un miembro de la guerra, una uña de la guerra, un pelo de la guerra. La guerra es mi padre, mi dios y mi ley. Yo he nacido para eso: para servir a la guerra. Mi madre me parió para que un día, a una orden de otro, que le transmitió otro, quien, a su vez, la recibió de otro, y de otro, y de otro, y de nadie, yo empiece a

disparar contra otro. ¿Por qué? Ah, es la guerra, amigo. ¿Usted no sabe lo que es la guerra? No. Pues mire, la guerra es... eso. Y todo el mundo tan tranquilo, lavándose la sangre que le salpica. ¿Los muertos? Los muertos no existen, son bajas. ¡Número de bajas! No número de hombres. ¡Número de bajas!... Y qué es una baja? Nada, es decir, menos uno. Muy fácil y muy claro. Y Antonio, y José, y Manuel, y Vicente? Aquí no hay nombres. Esto es como una sociedad anónima, ¿entendido? Dividendos, ganancias, pérdidas, acciones, intereses... Usted es un hombre apegado a ciertas sensualidades directas, celulares, concretas, y no sabe separarse de ellas. Amigo mío, usted no es un guerrero, usted no tiene imaginación, usted no sabe elevarse como una águila. Desde la gran altura no se ve nada de eso en lo que usted piensa. Niños, conciencias, proyectos de vida, ética, trabajo... ¡Ay, ay, ay! ¡Cómo se ve que usted es un maestro de escuela!...)

La voz de Tomás le hizo salir de su ensimismamiento.

—¿Qué, nos volvemos a Madrid?

Tardó en contestar.

—No. Nos quedamos aquí esta noche.

—Vaya, hombre. Y la parienta sin saber nada de nada...

—Mañana hay ofensiva general nuestra, ¿comprendes?

—Ya. Si a mí me daba en la nariz algo raro... No me gustaba el ambiente... Pero; ¡qué se le va a hacer! Conque ofensiva general ¿eh? —y tras de menear la cabeza, añadió—: Ya era hora. A ver si los empujamos hasta Badajoz, ¿no te parece?

—Claro, hombre.

—Es que ya no podemos correr más para atrás... En Madrid no están preparados para nada. Y yo que creí cuando entré en el cuartel de la Montaña que era cosa de unos días... Bueno, a mí me

pasa cada cosa... Va y tenemos un chico, el primero. Nos casamos un año antes de empezar la guerra. Luego, que si no llega al invierno y zas, otra vez preñada la parienta. Confiado que es uno...

Rió. Olivares le dio un cigarrillo.

—Toma y no pienses en eso ahora.

Anduvieron lentamente, en silencio, mientras fumaban. Y de pronto dijo Tomás:

—¿Cuántas sentencias de muerte se cumplirán mañana, eh? Pero Olivares no contestó.

*

Por el centro de la carretera marchaba el mando, a pie, y por ambos lados de ella, largas filas de hombres avanzaban, se detenían, se agachaban, se descomponían, volvían a correr hacia delante y otra vez se detenían. Los milicianos, animándose con gritos y vivas, parecían combatir alegremente. Frente a ellos, la llanura; y, emergiendo del campo raso, el pueblo de Illescas, con su alta torre vigilante y desafiadora.

El enemigo permanecía agazapado donde estuviese, invisible y silencioso, pero los milicianos, cada vez que se detenían, se echaban al suelo y disparaban sus fusiles hacia delante, donde suponían que se encontraba. Desde atrás, pasaron volando alto, dejando una estela de maullidos, los proyectiles de artillería, tres exactamente, que fueron a estallar en las inmediaciones del caserío. El ruido y la polvareda que levantaron enardecieron aún más a los atacantes, cuyos alaridos de guerra estridían en la calma fresca y cristalina de la mañana campestre.

En un recodo, cabe un ribazo, buscando la desenfilada, se instaló el mando. Allí estaban el coronel Sena, su jefe de Estado Mayor, su ayudante, el comisario Olivares y el comandante Tori,

rodeados de un grupo de enlaces. El coronel Sena había preguntado a su jefe de Estado Mayor:

—¿Transmitió usted la orden a la batería para que no dispare más que cada diez minutos mientras no reciba más munición?

—Sí, mi coronel.

El tiroteo resonaba con algunas intermitencias hasta que se hizo cada vez más intenso y continuo. El coronel se mostraba impaciente. Olivares y Tori, juntos, fumaban sin cesar. Un enlace se acercó corriendo. Traía un parte. Informó el jefe de Estado Mayor:

—El comandante Vicente ha ocupado ya las posiciones previstas en el ala izquierda. Ahora espera a que avancen el centro y la derecha.

—Vamos —y el coronel Sena trepó ágilmente por el ribazo, seguido de su ayudante.

Olivares y Tori se unieron al coronel, que se había detenido a observar con sus prismáticos el orden y despliegue de sus fuerzas, como asimismo las posiciones enemigas. La línea derecha formaba una curva entrante, y lo mismo pasaba con la izquierda, por lo que el centro quedaba muy retrasado con respecto a los extremos de las alas. Sin esperar más, el coronel empezó a dar vivas a la República y a agitar sus brazos mientras corría hacia la vanguardia. Los demás le siguieron y pronto se hallaron todos en primera línea, entre los milicianos que disparaban cuerpo a tierra.

El enemigo había abierto un fuego terrible de ametralladoras y fusilería. Los milicianos, al percatarse de la presencia del coronel y verlo marchar hacia el enemigo junto con sus acompañantes, a pecho descubierto, impávido, sin agachar siquiera la cabeza, se levantaron, lanzando largos gritos, y echaron a correr hacia

delante. En una segunda línea avanzaban los servicios: camilleros, enlaces, municionamiento...

A poco de la arrancada, arreció el fuego enemigo y empezaron a caer milicianos, por lo que la línea volvió a quebrarse y los hombres a echarse en los surcos, buscando el amparo de los terrones para sus cabezas, pues en aquellos llanos rastrojos sin árboles no existía ningún desnivel ni obstáculo alguno que los protegiese.

—¡Camilleros, camilleros!

Los camilleros corrían encorvados bajo el ventarrón de las balas que barrían el campo.

—¡Camilleros, camilleros!

El mando del batallón y de las compañías se había agrupado en torno al coronel, ofreciendo así un blanco suculento a las ametralladoras enemigas, y Olivares tuvo que gritarles:

—¡Fuera de aquí! ¡Cada cual a su sitio!

No llevaba insignias, pero les impuso su gesto y le obedecieron. Entretanto, el coronel increpaba a un capitán de milicias:

—¡Eh, tú, capitán! ¡Ponme en pie a esa gente, y adelante! ¡Viva la República!

Pero el capitán de milicias se quedó con la boca abierta y el brazo extendido, cayendo fulminado. Ya no había camilleros.

—¡Coronel, coronel!

Era Tori, que, ajeno al parecer a lo que ocurría a su alrededor, observaba las posiciones enemigas con sus prismáticos. El coronel acudió a su lado, sin dejar de gritar vivas a la República y de agitar los brazos, trémulos los bigotes, ronca la voz.

—¿Qué pasa, Tori? —preguntó jadeante.

—Mire.

El coronel enfocó sus anteojos de campaña en la dirección que le señalaba Tori y murmuró poco después:

—Por el brillo parecen tanquetas, ¿no?

—Exacto. Dos. Las han adelantado para cortarnos el avance.

—Si tuviéramos ahora esos tanques rusos de que tanto nos hablan...

Y se volvió a su capitán ayudante para decirle:

—Corre al puesto de mando y haz que se cursen órdenes inmediatamente a la artillería para que dispare, hasta agotar las municiones, contra las dos tanquetas y la torre de la iglesia. ¿Estamos?

—Y por qué no se vuelve usted también al puesto de mando? Éste no es su sitio.

El coronel se quedó mirando fijamente a los ojos de Olivares. Los suyos estaban enrojecidos. Pero no contestó.

—¡Espere! —gritó entonces Federico al capitán ayudante—. Acompañe al coronel —y, sonriendo, dijo a éste—: Soy su comisario, coronel. ¿Vale?

El coronel estaba erguido. Con su bigote temblón y la tirantez de las líneas de su rostro, presentaba un aspecto imponente.

—He estado en Cuba y en Marruecos, joven, y sé lo que tengo que hacer —contestó secamente.

Pero en eso llegó un enlace, que se presentó diciendo:

—¡Mi coronel, el general le llama!

—¿Qué general?

—No sé. Acaba de llegar.

El anciano militar miró a los que le rodeaban y dijo, a modo de despedida:

—En cuanto comience a tirar nuestra artillería, hay que reanudar el avance, sin parar ya hasta el pueblo. ¿Estamos?

—Estamos —contestó Olivares—. Se hará lo que manda. Descuide.

Seguía el intenso tiroteo. Las ráfagas de ametralladoras cortaban el aire en rebanadas, corriéndose de un lado a otro. Los camilleros no daban abasto y muchos heridos tenían que ser retirados en volandas o a hombros por sus mismos compañeros. El sol prendía fuego al campo.

—Vamos a echar un pito —propuso Tori, sentándose en el suelo.

Olivares hizo lo propio y encendieron sendos cigarrillos en el mechero de yesca que les ofreció un teniente, hombre de aspecto campesino, con barba de varios días y el cabello rizado sucio de polvo.

—¿Qué tal, muchacho? —preguntó luego Olivares al miliciano que yacía tumbado junto a él y que en ese momento metía un peine en su fusil.

Era un mozo huesudo, rubiasco, con los ojos pardos.

—Hasta la presente, bien —contestó—. Pero de aquí a que se haga de noche...

—Si tuviéramos tanques —intervino el teniente—, nos los comeríamos.

—Así no tendría mérito, hombre —bromeó Tori.

El teniente no replicó y el miliciano, con la cabeza tras un montoncito de terrones, empezó a disparar de nuevo.

—Pero ¿a quién le tiras? ¡Eh! —le gritó Olivares. El mozo ladeó la cabeza para mirarle.

—Coño, al enemigo. ¿A quién va a ser?

—Pero, ¿lo ves?

Entonces el teniente gritó:

—¡No tiréis hasta que se os dé la orden de hacerlo, muchachos!

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —y la voz fue corriéndose a lo largo de toda la línea.

El fuego de los milicianos fue decreciendo. No obstante, el enemigo mantuvo el suyo con la misma intensidad.

—¡Leche, pues ellos bien que nos tiran! —exclamó el rubiasco.

—Toma, porque ellos nos ven perfectamente, hombre —repuso Olivares.

Siguió una pausa. Los cigarrillos se habían consumido. Delante, detrás y por entre medias de los hombres, las balas enemigas picaban la tierra y levantaban pequeñas burbujas de polvo. Otras muchas pasaban por encima de sus cabezas silbando rabiosamente. Al rato, percibieron claramente, a retaguardia, el apagado taponazo de los cañones y, casi a la par, el revoloteo de los proyectiles de artillería por lo alto. Como a una señal, Federico y el comandante Tori se pusieron en pie.

Las tanquetas seguían allí, chispeando al sol. Luego, se levantó una polvareda que las cubrió. Pero después aparecieron de nuevo, indemnes.

—¡Lástima! —exclamó Tori.

Pero ya los oficiales daban la orden de reanudar el avance y la línea se puso otra vez en movimiento. Más obuses. Explosiones. Polvo. Y, de pronto, un runrún por el cielo.

—¡La aviación! ¡La aviación!

Era la aviación enemiga. Tres aparatos negros, trimotores. Un ruido cada vez mayor. Ruido de cataratas. Los milicianos se

pegaron a la tierra. Sólo ellos dos permanecieron en pie.

—Toma un cigarro —y Olivares ofreció su cajetilla al comandante.

—Me has dado en la yema, Olivares.

Lieron los pitillos, pero no pudieron encenderlos porque el aire apagaba los fósforos y acababa de ser abatido el teniente del mechero de yesca.

Los aviones pasaban por encima lentamente, tronitantes, tremebundos.

—Van primero por los cañones. Luego volverán por nosotros —dijo Tori.

Olivares se agachó porque sintió un golpe en una pantorrilla. Una bala le había rozado la bota, desollándola.

—¿Qué? —preguntó Tori, solícito.

—Nada, que te han estropeado mis botas.

—¡Cabrones!

Los cañones se habían callado. En cambio, los «Junkers» empezaban a soltar su carga. Truenos. Varios truenos simultáneos y grandes polvaredas. El repiqueteo de una ametralladora antiaérea, gorda de voz, rodeando de globitos negros a los aviones.

—Mira, Olivares, aquí no hay nada que hacer por el momento. Vamos a ver qué disposiciones toma el general.

—Sí, creo que es lo mejor.

Al llegar a la carretera, pasado el recodo donde se había cobijado el puesto de mando, vieron a un hombre alto, delgado, vestido correctamente de uniforme, plantado en medio de la calzada, solo. De cuando en cuando daba un viva a la República y movía ambos brazos, ordenando el avance de las dos alas. Un

enlace saltó desde la cuneta para acercarse a él pero cayó a medio camino, teniendo los demás que tirar de sus pies y sacarlo a rastras de aquella zona de muerte.

El personal acompañante se había quedado unos metros atrás, al amparo de los taludes que flanqueaban hasta allí la carretera. Había también un árbol, cuyas hojas, al igual que las hierbas que crecían en la cresta del ribazo, caían segadas por el fuego concentrado de las ametralladoras instaladas en la torre de la iglesia de Illescas.

—¿Quién es? —preguntó Olivares a Tori, señalando a aquel hombre que de tal manera desafiaba a las balas.

—Es el general. Lo conozco muy bien. ¿Ves cómo se juega la vida? Pues estoy seguro de que antes de venir aquí esta mañana se ha rasurado, perfumado y peinado esmeradamente, como si fuera a una fiesta. Es nuestro primer talento militar.

Se acercaron a los ayudantes.

—Y el coronel Sena?

Otro militar, desconocido para Olivares, le contestó:

—Ha sido herido. Nada importante, un rasponazo, pero ha sido preciso evacuarlo. Yo me he hecho cargo provisionalmente del mando. Me llamo Arnal.

Ya Tori le abrazaba y, luego, le presentó a Olivares. Entretanto, el general seguía en su puesto, impávido, silueteado por unas balas que no se atrevían a tocarle, que barrían el suelo, a sus plantas, y que no permitían que nadie se le acercase.

Los aviones enemigos iniciaron su pasada desde atrás y la ametralladora antiaérea próxima a Olivares, camuflada bajo el árbol, abrió fuego contra ellos. Se veían unas bolas rojas, como naranjas, que subían una tras otra, atropellándose.

—¡Ahora le da! —gritaba alguien.

Pero, por un extraño misterio, el avión seguía, intocado, y las naranjas reventaban en el aire, dejando prendidas en él unas guedejas de humo negro.

Reculando, con los neumáticos reventados, apareció entonces un blindado de los de Asalto, pura chatarra, sólo eficaz en las revueltas callejeras.

—Lo hemos enviado antes de descubierta —dijo Arnal.

El blindado pasó junto al general y siguió retrocediendo. Se oía perfectamente el tamboreo de los proyectiles de ametralladora sobre su lomo. Se detuvo, al fin, al llegar a la altura del mando, pero en el centro de la carretera. Entonces se aproximaron a él Arnal, Olivares, Tori y los demás acompañantes. Sus chapas quemaban, encendidas por los arañazos de las balas y las púas de sol.

—¡Ay!

Y el comandante Tori se tambaleó, cayendo en brazos de Olivares, quien, sorprendido, no pudo sostenerse en pie y hubo de arrodillarse para no soltarlo. Tori se apretaba con ambas manos el lado izquierdo del pecho. Había cerrado los ojos. Sólo pudo decir suavemente:

—¡Cabrones!

Una bala, de rebote, acababa de atravesarle el corazón.

VII

Sonaban como unos cañonazos lejanos. Después más próximos, y se despertó. Eran unos golpes que hacían retemblar la puerta. Medio en sueños todavía, gritó:

—¿Quién va?

—Soy yo, Trujillo. Abre, hombre.

Se había acostado completamente desnudo después de tomar una ducha de agua fría, y tuvo que ceñirse la camisa a la cintura para ir a abrir la puerta.

—Creí que tendría que tirar la puerta... —oyó decir a Trujillo al otro lado de ella.

—Calla, hombre. ¡Qué bárbaro!

—Pero, coño, si pareces un fantasma —fue el saludo de Trujillo.

Olivares corrió de nuevo a meterse en la cama y, luego, preguntó a su amigo:

—Pero ¿qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? Eso digo yo. ¿Dónde has estado metido estos días?

—Me trincaron los chinos —contestó Olivares, sonriente.

—Ya me lo suponía.

Había descubierto, entretanto, la cajetilla de tabaco de Casanova sobre la mesita de noche y se le disparó la mano hacia ella, diciendo:

—Se podrá fumar, ¿no?

—Claro que sí, hombre.

Trujillo lió rápidamente un cigarrillo y le prendió fuego.

—Pues cuenta —espiró una densa humareda por la nariz—. Si ya se me había olvidado cómo sabe... —y se sentó en la cama, dispuesto a escuchar.

Olivares explicó escuetamente lo que le había ocurrido mientras el otro fumaba en silencio, ávidamente. Al llegar al episodio del suicidio de Casanova, exclamó Trujillo:

—¡Collons! Y yo que le tenía por un mal bicho... Lo que hacen las dichas ideas, la política y todo eso. ¡Pobre! —Ya no sonreía—. ¿Sabes que se ha portado como un tío de los buenos? ¡Hay que echarle valor...! Yo lo he pensado algunas veces... Si no fuera por la parienta y los chicos...

Olivares, que liaba otro cigarrillo lentamente, guardó silencio. Trujillo repitió:

—Si no fuera por la parienta y los chicos...

—No, hombre, no —saltó Olivares, mirándole atentamente—. Matándose no se consigue nada.

—Ya sé que no, pero ¿qué se consigue viviendo, en el caso de que pueda uno contarlo, cuando todo aquello por lo que uno ha luchado y penado tanto se lo lleva el aire?

Bajó la cabeza y se quedó contemplando el hilo de humo que ascendía en espirales desde su cigarrillo.

—Ya sabes, Trujillo; mientras hay vida...

—Sí, sí, una frase más. Esperanza ¿de qué?

Olivares abrió los brazos en aspa energicamente, como si quisiera disipar el aire sombrío que los envolvía, y exclamó:

—¡De todo, hombre, de todo! —Se incorporó en la cama y, dando un manotazo en la pierna a su amigo, añadió—: Ahora te toca a ti informarme. Yo llevo durmiendo desde que llegué esta mañana y no he podido hablar con nadie. Dime, ¿cómo andan las cosas? No seas cenizo y cuenta.

Trujillo hizo con los labios un gesto despectivo.

¡Pché! —dijo—. No sé qué decirte. Desde luego, los comunistas han palmado o están ya a punto de entregarse. Esta tarde, los de la junta han atacado los Nuevos Ministerios, que creo era lo último que les quedaba. No sé cómo habrá quedado el asunto, pero ya poco pueden hacer. Claro que ha estado la cosa en un tris. Por poco si se meriendan a los de la Junta. Yo creo que si aprietan un poco más lo consiguen, porque Casado y Besteiro llegaron a encontrarse prácticamente solos en los sótanos del Ministerio de Hacienda... Casado, doblado por su úlcera de estómago que dicen que tiene. Y Besteiro, el hombre... Yo vengo de allí ahora. Fui con Ramírez, ya sabes... Como es natural, después que ha pasado el peligro, hay mucha gente que sale y entra, y habla y alborota allí... Y puedo decirte que Casado está muy flaco y que parece que a Besteiro le han llovido encima los años. ¡Qué viejo está! ¿Y sabes con quien me he tropezado? Pues con Cipriano Mera. Lleva la gorra torcida, como siempre. Me conoció nada más verme. ¡Vaya vista que tiene el «viejo»! Descorrió la cremallera y me enseñó la mella. Luego me preguntó qué hacía yo allí. ¡Figúrate! Con la mala leche que tiene... Le dije que me había cogido el follón estando en comisión de servicio, que si tal, que si cual... ¡Hum! Y entonces va y me dice que por qué

no me he incorporado ya a mi unidad, que la guerra sigue, que ahora es cuando hay que demostrar las pelotas... Menos mal que vinieron a llamarle con urgencia y se fue. ¡Para qué contarte! Yo salí de allí como una flecha. Vamos, incorporarme yo ahora a la unidad... ¡Ni que fuera gilipollas!

—Bueno, ¿pero siguen los combates? —le interrumpió Olivares.

—El parte dice que se están entregando... Me hubiera gustado que hubieses visto el ataque a los Nuevos Ministerios... Yo creo que ni en Brunete ni en ningún otro tomate se ha luchado con tanta furia por ambas partes. Las tropas, desplegadas por la Castellana, con tanques a la cabeza. Las balas te comían... ¡La caraba! Y, a todo esto, mucha gente presenciando el combate, como si fueran unas maniobras, en la misma calle, en las terrazas y desde los balcones. A más de un curioso le habrá volado la cabeza. Se conoce que de tanto oír hablar de guerra durante tantos meses les había entrado la gana de verla de cerca... ¿Qué te parece?

—Ya. ¿Y ahora?

—Es cosa de pocas horas. Ya veremos lo que hace la junta al final. La gente está muy desmoralizada. Hablo de los militantes. Los del montón dan la guerra por terminada, y el que más y el que menos ya está pensando en cómo se las va a arreglar después, si va a poder volver a su trabajo, si habrá represalias... Claro, los que están locos de contento son los emboscados y los fascistas camuflados. Lo veo por los de mi casa. Creo que en Porlier y en San Antón, los presos fascistas hacen lo que quieren. Ya hay quien va a pedirles avales por si las moscas. Hasta hay graciosos, hombre. Nunca faltan. ¿Sabes qué mote le han puesto al fregado este? Pues la «semana del duro».

La bombilla iluminaba lúgubremente la habitación. Ni el tono jocoso con que Trujillo terminó su relato fue capaz de aliviar sus sombrías preocupaciones. Trujillo aprovechó la pausa para apurar el cigarrillo hasta que le quemó las yemas de los dedos y los labios. Olivares se había quedado pensativo, con los ojos cerrados.

—¿Duermes otra vez? —le preguntó Trujillo, porque el silencio le pesaba demasiado.

Olivares abrió los ojos rápidamente.

—¿Y los compañeros? —le preguntó—. ¿Qué piensan los compañeros del comité?

Trujillo movió la cabeza y arrugó los labios.

—Hay de todo. Molina, tan optimista como siempre. Ramírez, en la luna. Tudela lo ve todo negro. A Ángel no le he visto. Yo creo que nadie sabe qué hora es.

Olivares dio un puñetazo al colchón.

—Tenemos mala suerte, mala suerte hasta el final. En todas las ocasiones nos ha fallado algo. Ahora, también. ¿Por qué? —miró fijamente a Trujillo. ¿Por qué nos falló la ofensiva de Extremadura? ¿Por qué se nos escapa ahora la última oportunidad para poder negociar con algún provecho? ¿Por culpa de quién? ¿No será porque a los españoles se nos fue de la mano el pleito nada más empezarlo? Dime: ¿qué harías tú si estuvieras en el lugar de Franco? —Como Trujillo se encogiera de hombros, prosiguió—: A menos que... Pero no. Francia nos ha soltado definitivamente de su mano después del pacto Berard-Jordana. Y en cuanto a Inglaterra... No me fío de los ingleses.

En el fondo, nos odian... —Hizo una pausa. Sus ojos miraban más allá de las paredes—: ¡Nos hemos quedado absolutamente solos! Lo peor es que se hayan despilfarrado así las energías de

todo un pueblo. ¿Treinta y dos meses de guerra para terminar a trastazos entre nosotros? Es para volverse loco, Trujillo. Tengo clavada aquí —y se golpeó la frente— la visión de Casanova pegándose un tiro en la sien. Me entran escalofríos y náuseas cada vez que lo recuerdo.

—Bueno, bueno —y Trujillo le golpeó amistosamente una pierna por encima de las mantas—, olvídalo. Lo principal ahora es saber qué es lo que tenemos que hacer los demás. Tú no tienes mujer ni hijos. Yo, sí. Ahora son ellos los que mandan. Ellos tienen que vivir por encima de todo. A lo mejor consiguen mañana lo que nosotros no hemos sido capaces de lograr. Y conste que pienso como tú, Federico —movió dolorosamente la cabeza y añadió, con acento nostálgico—: ¡Qué lejos están ya los días de Guadalajara, eh! No se me olvidan los ojos de aquel sargento italiano. Entonces pensé que también podría tener hijos...

—Sí, ahora falta saber qué es lo que tenemos que hacer nosotros. Me parece lo más razonable.

Y Olivares cogió las prendas de ropa interior de encima de la cama y empezó a vestirse por debajo de las mantas. Después saltó al suelo y se puso el pantalón. Trujillo, sorprendido, le preguntó:

—¿Adónde quieres ir?

—Tengo que hablar inmediatamente con Molina. Tengo que enterarme de todo.

—Pero ¿sabes la hora que es? —y como Olivares se le quedara mirando, añadió—: Son cerca de las nueve de la noche. Ya no encontrarás a nadie en...

Le interrumpió el timbre del teléfono y Olivares se lanzó rápidamente sobre el auricular. En seguida se le iluminó el semblante.

—Sí, estoy aquí —dijo, con la voz súbitamente enternecida—. Ya te contaré... ¿Y tú?... Sí, sí, estoy bien, completamente bien. ¿Que te parece ronca mi voz? Es posible... ¿Que cómo estoy de ánimos? Ya te puedes figurar... En ti, en ti, claro... ¿Mañana? ¿Que tienes que cortar? Bueno, bueno... ¡Salud, preciosa! Oye...

Cerró los ojos y suspiró hondamente. Y murmuró, cayéndosele la voz:

—Es Matilde.

—Lo he comprendido. No sé si te habrá dicho el conserje que ha estado telefoneando todas las noches desde que desapareciste...

—Y yo que casi me había olvidado de ella... Y es la vida —miró fijamente a su amigo, con un relumbre extraño en los ojos—. ¿Comprendes, Trujillo? ¡La vida!

Un fuerte aliento le ahogaba, como si se le hubiera levantado un huracán dentro, y se echó de bruces sobre la cama, para dominarlo.

(—Si pudiéramos vivir lejos de todo esto, Federico.

—Algún día podrá ser, Matilde, pero no pienses en el mañana, sólo en el presente.

—Pero volverás mañana al frente.

—Calla, no me lo recuerdes ahora.

—¡Federico, cariño!

—Morirme en ti...

—¡Lo estoy deseando!)

Trujillo, contagiado, murmuró:

—¡La vida! Y que lo digas.

(—No te preocupes, Encarna, podremos comenzar a vivir de nuevo allá, donde sea, porque vale la pena.

—Ya lo creo.

—Te quiero mucho, Encarna.

—Ya lo sé. Y yo a ti.

—Déjame, ¿quieres?

—Claro que quiero.)

—La vida es muy hermosa, Trujillo —dijo Olivares al rato, con la voz sofocada.

—Sí, muy hermosa...

—Vale la pena.

—Ya lo creo.

(Cubas, reclinado en la almohada, al aire su ancho pecho y sus musculosos brazos, escucha complacido el parloteo de Maruja, la «Morena de Chicote», una carnosa moza que echa anzuelos al deseo de los hombres en el célebre bar de la Gran Vía.

—Yo no entiendo de política, pero me has gustado tú más que ningún otro hombre. Mi padre, como ya te he dicho otras veces, murió cuando se perdió Sigüenza, y entonces mi madre se vino del pueblo con todos nosotros. Mi madre no quería que yo me pusiera un mono y me fuese a la Sierra porque decía que la guerra no es cosa de mujeres, pero alguien tenía que vengar a mi padre, y mis hermanos pequeños. No era por la política. Era por mi padre. Y me fui. Y un espabilao me perdió. Estuve con él hasta que lo mataron, y cuando lo mataron —una bomba de aviación lo hizo harina—, me volví a Madrid. Yo había cumplido ya, ¿no te parece? Y empecé a ir con unos y con otros. Era fácil y me divertía, ¿sabes?, aunque,

la verdá, no supe lo que era bueno hasta que me tropecé contigo, porque es que tú sabes más...

Cubas sonríe. Le revuelve el cabello, negrísimo.

—Chiquilla, eres...

—Dilo, dilo...

—No sé cómo decírtelo. No sé si me entenderías...

—Un animalito. Dilo, hombre, dilo.

En los ojos negros, grandes, húmedos de Maruja, hay como un claro de luna. Cubas hace esfuerzos para reprimirse.

—Es igual, julio. Todo lo que tú me digas....

—Tu padre era pastor, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué hace tu madre?

—Trabaja ahora en la cocina del Palas. No pasa hambre. Estos días que tú has estado fuera, como no he consentido que me tocara ningún tío, tuve necesidad de ir a verla para que me diera algo de comer. Es buena, ¿sabes? Le da vergüenza lo que soy, aunque me parece que algunas veces, y que Dios me perdone, me tiene envidia. Yo creo que mi padre no...

Cubas la acaricia. Ella coge una de sus manos y la hunde bajo las sábanas.

—Quiero que me acaricies más hondo, julio.

Pero Cubas libera su mano de entre los redondos, morenos y cálidos pechos de Maruja.

—Tengo que preguntarte algo antes, Maruja.

Ella está profundamente turbada y respira con aleteos de nariz.

—Escucha y cálmate un poco, por favor.

Maruja cierra los ojos y él dice:

—Ya habrás oído rumores de cómo va la guerra... Va mal para nosotros. A lo mejor tengo que marcharme lejos, muy lejos. A lo mejor no nos vemos nunca más, ¿me oyes?

Maruja aparenta estar más tranquila. Abre los ojos y mira a Cubas, que, en la postura que está, parece asomarse a ellos.

—Sí que he oído rumores, pero ¿qué me importa a mí la guerra y qué tiene que ver la guerra con mi cuerpo? Me has hecho pasar un rato...

—Entonces es que no me has entendido.

—Sí te he entendido. Lo que pasa es que me lo deberías haber dicho después. ¿Por qué me acariciaste antes?

—¿Es que no te puedo tocar siquiera?

—Tú, no, ya lo sabes. En cambio, los demás me molestan más que otra cosa cuando lo hacen.

—Bueno, mujer, perdona.

Y la mira como si mirase a un niño. Ella, al fin, sonrío. Y dice:

—¿Dices que te vas muy lejos? ¿Dónde?

—No lo sé.

—Pues a mí me da igual.

—Bien. Pero lo que yo quiero saber es qué piensas hacer tú.

—¿No te he dicho que me da igual? Yo te seguiré a donde sea, tonto. ¿Crees que lo que te digo es mentira porque soy... lo que soy? Si lo soy es porque tenía que ser así y nada más. Ya te tengo dicho que antes me divertía. Ahora...—Se incorpora y quedan al aire sus pechos, que simula querer cubrir con una mano—, ahora sólo quiero estar contigo... ¡Te lo juro! —y deslumbra al hombre con sus ojos—. Ya verás cómo yo no te dejo...

Cubas procura no ver todo lo que se le ofrece y habla mirando al techo:

—¿Y si no puedes venir donde yo vaya?

—¿Cómo que no? Estoy acostumbrada a todo.

—¿Y si no te dejan seguirme? Ya sabes lo que es la guerra, ¿no?

Ella se deja caer de nuevo boca arriba y se cubre con el embozo hasta el cuello, enfurruñada de pronto.

—No sé qué quieres decir, julio, como no sea que me estés preparando el pastel... Si eres tú quien quiere dejarme... Dilo, hombre, dilo.

Está a punto de llorar y Cubas se vuelve a ella.

—¿Cómo puedes pensar eso, Maruja? —Le acaricia de nuevo la densa cabellera—. Pero si para mí no has sido lo que dices que eres desde el momento en que te conocí... No tengo ese concepto de las mujeres, por muy perdidas que se crean. Vosotras sois unas víctimas de la sociedad, al igual que otros, por ejemplo tu padre; por ejemplo miles, millones de criaturas... Nada más. Eso es lo que ha traído la guerra. Precisamente eso: que haya tantas víctimas. Otras mujeres, más viciosas que las de la vida, no pasan por tales y todo el mundo las respeta. Otras se venden al marido y son señoras. Otras no caen por miedo o porque no tienen ocasión. Sólo son buenas las que quieren de verdad, con sacrificio. Para mí sólo es buena persona la que hace el bien. Sólo la que hace el bien, ¿comprendes?

Maruja le mira, embelesada.

—¡Virgen, tenías que ser ministro o general con lo bien que hablas!

Cubas sonrío.

—Sí, se me ha ido un poco el santo al cielo, Maruja. Yo te quería decir... Bueno, ¿te da miedo que los otros entren en

Madrid?

—¿Qué otros?

—Los fascistas, mujer.

—¿Y por qué voy a tenerles miedo? Sólo a los moros, ¿sabes?

Dicen que son muy bestias con las mujeres.

—No es eso, no es eso. ¿Tú te has metido con alguien?

—¿Yo? —le aletean las pestañas—. Pues mira... A ti te lo puedo decir ahora... Conocí a un chico... Era de noche. Venía yo sola para casa y, de pronto, salió de un portal y ¡zas! se me cogió al brazo. Yo me asusté, la verdad, así, de momento, pero cuando le vi la cara se me quitó todo el miedo. Era muy joven y temblaba, ¿sabes? Le pregunto que qué quiere y él que pasar la noche conmigo. Era el verano pasado y yo iba un poco exagerada, como cuando me pusiste la mano en la nuca, estando, yo sentada a una mesa en «Chicote», y me preguntaste si estaba libre. Te iba a decir que no, porque eso es lo que más emperrea a los tíos; pero, chico, me dio por mirarte y entonces te dije que sí sin darme cuenta. ¿Te acuerdas? —Cubas afirma con la cabeza y ella sigue—: Tu cara me recordaba a no sé quién, y tu tipo y tu voz. ¡Qué sé yo! Luego he visto que no me recordabas a nadie, pero en aquel momento yo hubiera jurado que sí. Total, que me gustaste. Total, que nos vinimos a la cama rápido. Total, que me metiste en el saco, tú lo sabes. Te ibas al día siguiente al frente. ¿Te acuerdas de que quisiste darme dinero y que yo no te lo cogí? Te marchaste y yo lloré. ¿Por qué pasan esas cosas? Después de no sé cuánto tiempo, volviste. No me habías escrito ni nada. Menos mal que fuiste a parar a «Chicote» y que yo te vi. Ibas de caza, ¿eh?, y ni siquiera te acordabas de mí, ¿verdad? Yo me puse a tu lado, sin que me vieras, y te dije al oído: qué calvario, mi novio es

comisario, y tú pegaste un bote... Y desde entonces, siempre que has vuelto del frente, has pasado todo el tiempo conmigo. Yo me he dicho muchas veces que qué tendré yo para gustarte a ti... Si me regalas algo, como el reloj que llevo, te lo cojo, pero dinero por acostarte conmigo ¡ni hablar! ¡Ay, julio, tú sabes que es porque me gustas!

Y se abraza a él apasionadamente, ciega, temblando. Cubas espera, cierra los ojos y se deja besar en el pecho y en el cuello. Luego, dice ella:

—Déjame que te escuche el corazón, julio —y pega su oreja al pecho del hombre—. ¡Cómo suena! Me da un gusto escucharlo... Parece un tambor. Parece un río. ¿Qué será? ¡Qué hondo suena! Mira que estar escondido ahí el cariño y todo eso que nos pasa cuando nos queremos...

Cubas sigue aguardando en silencio. ¡Qué música la de aquellas palabras! ¡Qué labios reventones los de Maruja! ¡Qué verdad inconsciente, aturdida, instintiva! Ella sí que es como un río, como el viento, como la semilla que estalla bajo la tierra, como la yema que revienta en el árbol... Eso piensa Cubas, pero le dice, dominándose:

—Te has ido a otra cosa y no me has dicho lo que te pasó con aquel muchacho que se cogió a tu brazo una noche cuando venías sola por la calle.

Maruja sonríe, los ojos entrecerrados, recostada la cabeza en el pecho de Cubas.

—¡Ah, sí! Pues me lo traje, pero como si nada. No quería ni desnudarse, fíjate, pero yo le hice que se desnudara. Y dormimos como dos hermanos. Bueno, él no hacía mas que dar vueltas y suspirar. Me despertó no sé cuántas veces. La primera me pensé

que es que no se decidía... Pero no. Tenía miedo. Mucho miedo. Eso era lo que le pasaba. Total, que nos levantamos al día siguiente tal y conforme nos habíamos acostado. Me pagó y, al irse, me dijo que volvería por la noche. Se llamaba Enrique, ¿sabes?, Enrique no sé qué. Sí, pero si me sale un plan..., le dije. Yo te pago lo que quieras... Bueno, pasamos juntos otras dos noches más... ¡Me daba tanta pena! Claro que, a la segunda, picó, de mala manera, pero picó. Chico, que yo conozco a muchos mandamases, que si necesitas un aval... Era por si tenía miedo de ir al frente, ¿comprendes? Para qué tenía que ir al frente, decía yo. Y nada. No quería hablar de eso. De eso ni de nada. A la tercera noche ya se me agarró más fuerte. Pero, chico... Y él dale que te pego. Estaba tan flaco que... Pero le dejé salirse con la suya, y sin decir ni una palabra, ¡eh!, ni una palabra. Pues que te aproveche, rico. Yo, como si nada. Lástima, sí, pero también rabia, porque se dice algo, ¿no? Por eso voy y le digo después: ¿a que eres un fascista? Y que me callase. Pero lo eres, ¿no? Y él: ¿y si lo soy, qué? Bueno, hijo, si es tu gusto... Y ya no volvió más. La que volvió al otro día fue la poli. ¡Vaya susto que me llevé! Que si le conocía, que si conocía a alguno de sus amigos... Yo qué voy a conocer. Tres noches pasó conmigo, como cualquier otro. Algo raro sí que me parecía, pero yo no pido a nadie la documentación. Y se acabó lo que daban. Entonces me enteré de que lo habían detenido porque estaba complicado en no sé qué asunto de espionaje. Mira tú quién lo diría. Si no tenía alientos para nada la criatura, lo que se dice para nada. Pues era muy peligroso, por lo visto. Yo no entiendo de política, pero siempre me digo que unos a un lado y otros a otro, que cada oveja con su pareja, ¿no te parece?

Hace una pausa, cierra los ojos y se acurruca más

estrechamente contra el cuerpo de Cubas.

—¿Y qué fue de él?

—Está preso en San Antón. He ido a verle para llevarle pitillos, de los pitillos que me dan a mí. Y le he hecho algunos recados.

—¿Qué clase de recados, Maruja?

El respingo de Cubas le hace abrir los ojos y mirarle, asombrada.

—Bobadas, Julio. Que vete y dile a mi madre, que está en la cárcel de Ventas, que estoy bien. Que vete y dile a mi tío Jacinto, que vive en la calle de Serrano, que me mande esto o lo otro. Y cosas así.

—¿Y tú no sabías, Maruja, que ir a verlo a la cárcel y llevar esos recados podía costarte un disgusto?

—Como que estuve presa cerca de un mes en la cárcel de las Ventas por eso... Pero ya no tenía remedio. Lo que consiguieron con ello fue encorajinarme. Claro, ya no hice más recados. Enrique no quiso, pero yo he vuelto a llevarle tabaco.

—Así que estuviste encerrada por él, ¿no? ¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Porque los hombres sois más chinchés... Bueno, si no quieres, no iré más a verlo. No tengo ningún interés, ni me importa. A mí lo que me importa es estar a tu lado y escuchar tu corazón. Tan, tan, tan. Y estar pegada a ti. Y que me acaricies.

—¿Trataste a la madre del muchacho cuando estuviste presa?

—¡Y dale! Pues no. Ella estaba con las políticas y yo con las pringosas. Separadas. Además, me faltó atrevimiento. Oye — levantó la cabeza para mirarle —, ¿te ha sentado mal lo que te he contado?

—No, mujer.

—Si te lo he dicho es porque me has tirado de la lengua.

—Pues claro. Y dime ahora, ¿cuál era su apellido? Porque tienes que saberlo.

Maruja le mira a los ojos con temor, fruncidos infantilmente los labios.

—No irás a... —murmura—. ¿Verdad que no?

—Descuida.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Aún vacila, pero al fin se decide.

—Su padre era general o conde, algo así. Su apellido era el de Quesada. Pero no le quise nunca, ni le quiero. Es que me daba lástima. ¡Te lo juro! Era un chiquillo, y me dio lástima. ¿No me crees, Julio?

—Que sí, mujer, que te creo.

Se aprieta contra él.

—Me pasó lo que con aquel miliciano de la Sierra... Que a lo mejor me matan mañana, que a lo mejor hoy mismo... Y una no puede resistirlo. Aquél murió y éste, tan flaco y tan poca cosa el pobre...

—Bueno, bueno...

—Es que una no puede resistirlo, ¿sabes? —y le mira con sus profundos ojos húmedos.

Ya tendrá, tal vez, quien la proteja si se ve en un apuro. Claro que, dada su condición... Y Cubas se quedó pensativo, arrugado el entrecejo.

—Tendrás que ir a verlo, Maruja...

La mujer calla.

—Te conviene.

—Ya te he dicho que no me gusta, que sólo, me da lástima.

—A lo mejor, dentro de poco es un mandamás. Se yergue. Otra vez le tiemblan los pechos, desnudos.

—Entonces ¿es que van a ganar?

—Pudiera ser. En la guerra, ya sabes, unos ganan y otros pierden. Siempre pasa eso.

—¿Y crees que se va a acabar tan pronto, Julio? —pregunta, alarmada.

—¿No lo deseas tú?

—Ni hablar, julio. Esto es vicio. Como que voy a querer yo volver al pueblo... ¿Otra vez con las ovejas, llena de mugre, pasando frío, durmiendo en el chozo? ¿Otra vez con las abarcas y el garrote? ¡Ojalá que no se acabe nunca la guerra, Julio!

Ahora fulguran sus ojos por otra clase de sentimientos. Como en el amor, la sangre ha coloreado su rostro y vibra, estremecida.

—¿Qué dices, mujer?

—Eso. Y no lo digo yo sola. Hay otras muchas chicas, de fuera de Madrid, que no son lo que yo, sino decentes, enfermeras y otras cosas, y mozos campesinos, que dicen que esto es vida. Pero, chico, ¿y si te matan? Peor es vivir arrastraos y, al remate, también se muere. ¿No murieron mis padres y mis abuelos? ¿Y qué? Toda la vida penando y murieron sin saber lo que es bueno. Y tienen razón.

Julio la escucha, asombrado.

—A mi abuelo lo mató un rayo en el monte. Murió sin sacramentos, como un perro, figúrate. Yo, si tú me has de dejar, que no acabe nunca la guerra. ¡Nunca! Si he de estar contigo, ya no me importa que acabe o no, porque a mí lo que me importa es estar así, como ahora, siempre...

Se le enrosca, le coge otra vez la mano y la esconde en su seno, caliente... A Cubas se le corta el aliento, se le precipita la sangre en locas carreras por el cuerpo... ¡Ahora sí que suena a tambor ronco su corazón! Empiezan a estallar estrellas en sus ojos, estrellas rojas, azules...

Y ella parece que llora, que gime o que lucha desesperadamente cuando dice, trémula:

—Esto es vida, julio, esto es vida...)

Olivares y Trujillo continuaron durante largo tiempo en silencio, echado de bruces sobre la cama aquél, y como ensimismado en la contemplación de la alfombrilla del lecho, éste. Quizá retrocediendo ambos hacia el pasado o luchando con la incertidumbre que los rodeaba como una marca ascendente. El maestro de escuela y el ebanista, unidos en el azar de la guerra, hermanados en el peligro, buscando ahora quién sabe qué caminos o qué razones, o qué sinrazones, para hallar un vislumbre siquiera de esperanza en el porvenir, un resquicio de luz entre tanta negrura acumulada a su alrededor. Hasta que sonaron unos leves golpes en la puerta. Entonces volvieron a la realidad y se miraron como quien despierta de un sueño. Y antes de que se recobraran del todo, sonó una voz fuera:

—Soy yo, Rosina.

Olivares se puso en pie rápidamente. Trujillo lo hizo más despacio, interrogando a su amigo con la mirada. Pero Olivares se encogió de hombros y dijo en voz alta:

—Pasa, pasa.

Se abrió la puerta y apareció la figura de una muchacha delgada y triste, cuyos grandes ojos parecían querer devorar su rostro. Los dos hombres la miraron en silencio y ella trató de

sonreírles. Luego, dijo dulcemente:

—Me he enterado de que has vuelto y quería saber si te encontrabas bien... —y miraba a Olivares.

Trujillo le hizo señas para que tomase asiento, pero ella rechazó el ofrecimiento con un gesto.

—No, gracias. Me voy en seguida.

Olivares se acercó entonces a Rosina.

—Bueno, pues ya ves que no me ha pasado nada —le dijo, sonriendo afectuosamente—. Y tú, ¿cómo andas? La muchacha se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que ande? Por mí... Lo que más siento... Pero no tiene remedio.

—Di, mujer, di —le insistió Olivares.

—Ya sabes, lo de siempre. Lo estamos pasando muy mal de comida, sobre todo desde que Casado dio el golpe —su rostro se había ensombrecido y se endureció aún más cuando añadió—: ¡Ese traidor!

Siguió un silencio. Olivares cogió el paquete de tabaco y ofreció un pitillo a su amigo. Mientras lo liaban, preguntó Olivares a Rosina.

—De modo que tú estás contra Casado, ¿no?

—Sí —contestó ella enérgicamente—. ¿Y tú?

—A mí me han tenido secuestrado los negrinistas todos estos días —y añadió, al ver la confusión de la muchacha—: Pero no te preocupes por eso. Me hubieran detenido igual los de Casado —y se sonrió—: Esto parece ya una casa de locos.

—Pero Casado quiere entregarnos a Franco, Federico.

—No es tan sencillo, Rosina.

Ella contenía difícilmente las lágrimas y los dos amigos se

sintieron hondamente conmovidos.

—Entonces —volvió a hablar Federico—, ¿tú no quieres que acabe la guerra?

Ella se mordió los labios y negó con la cabeza.

—¿No estás ya harta de pasar calamidades? —le preguntó Trujillo.

Tan débil, tan desamparada, y, sin embargo, tan firme.

—Claro que sí, pero es peor la entrega. ¿Qué es lo que nos espera si perdemos? Parece mentira, Federico, que tú...

—Bueno, bueno —le interrumpió él, dándole unos amistosos golpecitos en el hombro—, no es para tanto. Nos quedará la vida. ¿Te parece poco? Tú eres muy joven aún y...

—¿Y todo lo que llevamos sufrido?

Federico meneó la cabeza.

—Como todo lo que llevamos gozado. Ya no vale.

A Rosina se le habían evaporado las lágrimas. Ahora sus ojos aparecían secos y ardientes.

—Es que hay muchas personas que todavía no sabemos lo que es gozar y sí sólo lo que es sufrir. ¿Y no ha de valernos esto de nada? Pues entonces mejor fuera que se lo llevara todo el diablo, que se hundiese el mundo, que qué sé yo... ¿Qué va a ser de mi madre y de mis hermanos? No digo ya de mí, porque...

Había ido exaltándose y al final se contuvo. Olivares le cogió una mano, que estaba helada.

—Vamos, cálmate, Rosina.

Al contacto caliente de la mano de Olivares, Rosina cerró los ojos e inclinó la cabeza sobre el pecho.

—No sé qué hacer —murmuró entrecortadamente.

Se derrumbaba otra vez. Apretó la mano de Federico y

prosiguió:

—Ahora mismo, mi hermanillo Lucio no hacía más que pedir y pedir... Está la criatura traspasada de hambre. Olivares y Trujillo cambiaron una mirada, y después dijo aquél en tono desesperado:

—Pues me coges sin nada. Yo mismo no he probado bocado desde anoche. ¡También es mala suerte!

La muchacha había levantado la cabeza y le miraba con los ojos otra vez húmedos.

—Yo sé dónde hay comida. Si no es más que eso... —terció entonces Trujillo encarándose con Olivares. Venga, ponte la guerrera y coge la pistola.

—¿Qué estás diciendo? —y Olivares le miraba, asombrado—. ¿Te has vuelto loco tú también? A lo mejor es el hambre lo que nos hace desvariar a todos.

Trujillo, por el contrario, sonreía.

—No, no estoy loco. Es que me he acordado de repente de un pequeño depósito de intendencia que tenemos muy cerca de nosotros.

—¿Un depósito de intendencia, Trujillo? —Y Olivares le agarró de un brazo fuertemente—. Déjate de bromas.

—Lo que te digo.

Había soltado a la muchacha y miraba hostilmente a su compañero. Por su parte, Rosina observaba el extraño comportamiento de los dos hombres, un poco asustada, sin comprender el cambio súbito de situación.

Trujillo dijo:

—¿No conoces a ese teniente que va siempre acompañado de dos mujeres, madre e hija, vestidas de luto?

Rosina abrió mucho los ojos y Olivares, tras un leve gesto de

duda, asintió.

—Sí que lo recuerdo, pero ¿qué?

—Es un tipejo, Federico. Se acuesta con las dos mujeres, que son de la acera de enfrente, quinta columna, ¿comprendes? Bien, pero lo importante es que las hincha de comida, porque tiene en su cuarto del hotel lo que te dije antes, un pequeño almacén de intendencia. Lo sé muy bien. Comida que pertenece a los combatientes. ¿Y qué somos nosotros, eh? Venga, ponte la guerrera y coge la pistola.

Olivares dudaba.

—Pero...

Rosina le miraba con los ojos muy brillantes.

—Hazlo por ella, hombre —insistió Trujillo—. Si no es más que presentarnos los dos en su cuarto y decirle que nos convide. Nosotros también tenemos derecho a esos víveres, ¿no? Anda, seguramente están ya los tres en el nido, durmiendo.

La rapidez de Trujillo se impuso. Él mismo ayudó a Olivares a ponerse la guerrera sobre la camiseta y el pantalón de paisano.

—¿Queréis que vaya con vosotros? —insinuó Rosina. Pero Trujillo le replicó:

—No, no es cosa de mujeres. Tú te quedas aquí esperándonos, ¿estamos?

Olivares se calzó los zapatos y se encasquetó la gorra de plato.

—Puede que tengas razón —murmuró—. Estos tipos se merecen un escarmiento.

—Pues claro. ¿Dónde tienes la maleta?

—Debajo de la cama.

Trujillo se agachó a cogerla y la vació, comentando:

—Cabe lo suyo. Como logremos llenarla... —y añadió,

dirigiéndose a la puerta—: Andando, Federico.

Rosina no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra, y cuando los hombres desaparecieron, cerró la puerta y luego fue a sentarse en la cama. El corazón le latía fuertemente.

—Lo tengo bien localizado —susurró Trujillo a Olivares en el pasillo malamente alumbrado por una bombilla pintada de azul—. Es en el piso de arriba.

Un silencio felino y acechante se le echó encima. Tras las puertas de los cuartos, sin ruidos y sin luz, parecía estar agazapado el miedo. Los dos hombres cuidaban que el rumor de sus pasos quedara ahogado en la gastada alfombra. No se encontraron a nadie a lo largo de todo el pasillo, ni en la escalera, ni tampoco en el corredor de la otra planta, tan mal alumbrado como el de abajo. Trujillo iba delante y le seguía Olivares, pistola en mano.

Sin ninguna vacilación, Trujillo se detuvo al fin ante una de las puertas y dijo en voz baja a su compañero:

—Aquí es donde vive ese cabrón.

Tras una breve pausa para comprobar que no los espiaba nadie, Trujillo dio dos golpes secos en la puerta. Pasaron unos segundos, sin que se oyera ningún ruido dentro. Entonces Trujillo hizo una seña a Olivares y éste repitió la llamada con la culata de su Star, mientras él pegaba su oreja a la cerradura. Luego guiñó un ojo e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. En efecto, seguidamente se dejó oír al otro lado una voz carrasposa:

—¿Quién llama?

—¡Abre! —contestó Trujillo, en tono enfático.

Siguió una pausa y, después, la misma voz, ya junto a la puerta:

—¿Quién es?

—¡El SIM!

—¿Cómo? —y le salió un gallo.

—El SIM he dicho, y abre rápido si no quieres que echemos la puerta abajo.

—Soy amigo del comandante Pedrero —alegó todavía el de dentro.

—¿Sí? Pues precisamente venimos por orden suya. Si Pedrero es tu amigo, mucho mejor para ti.

—¿Y qué queréis?

—Hacerte unas preguntas.

Siguió una leve pausa y, luego, el ruido de la cerradura al ser descorrida. Pero Trujillo no esperó a que el otro le abriera la puerta, sino que la empujó violentamente y entró al asalto en la habitación. El inquilino salió despedido y estuvo a punto de rodar por el suelo, lo que pudo evitar agarrándose a una silla. No tenía más prenda de vestir puesta que un pantalón y, cuando con el pelo en desorden y el asombro y el miedo saliéndosele por los ojos saltones, quiso encararse con lo que se le venía encima, se encontró frente a dos hombres, uno de ellos con una maleta de madera en la mano y el otro apuntándole con una tremenda pistola. Olivares había vuelto a cerrar la puerta. La estancia estaba en penumbra. En cada una de las dos camas gemelas aparecía acostada una mujer, boca arriba y de costado, respectivamente, y ambas dormidas. Sobre una mesita se veían los restos de una cena para tres: vasos, latas vacías, migas de pan, platos sucios. En un rincón se alzaba una pequeña pila de cajones de madera y paquetes, y encima del armario de luna se amontonaban también algunas cajas de cartón. Había una manta sobre una butaca y prendas de hombre y de mujer desperdigadas en el respaldo de las sillas y en los pies de las camas. Olía a un revuelto de perfumes

y aire viciado.

El hombre parecía absolutamente inerme y desvalido sin sus gafas, olvidadas en alguna parte. Se restregó los ojos con los nudillos de ambas manos, momento que aprovechó Trujillo para abrir la puerta del cuarto de baño y dar la luz en él, pero sólo pudo descubrir un cordel extendido de lado a lado, del que pendían prendas íntimas de mujer puestas a secar. Entonces se encaró con el hombre:

—Eres un emboscado y un saboteador —le dijo.

—Que yo...? —y el otro se le quedó mirando a través de las rayitas de sus gruesos párpados guiñados. Luego, temblándole todavía la voz, añadió Pero vosotros no sois del SIM, me parece a mí. Todavía no me habéis enseñado la documentación.

—¡Calla! —le ordenó Olivares—. Calla si no quieres que te vuele los sesos.

El leve chasquido del seguro de la pistola dejó mudo e inmóvil al teniente de intendencia, cuyos pantalones sin ceñidor se le escurrían por las caderas, viendo cómo Trujillo colocaba la maleta sobre la mesa, la abría y se volvía a él para decirle:

—Tranquilízate. Sólo hemos venido por comida.

Y empezó el cacheo. Lo primero que revolvió Trujillo fue el montón de cajones de madera y de paquetes. Se trataba de cajones de botes de leche y carne y paquetes con legumbres.

—¡Fíjate, Federico! —decía de cuando en cuando Trujillo, mostrando el botín descubierto, del que buena parte iba a parar a la maleta.

El teniente de intendencia seguía con la mirada las idas y venidas de Trujillo, sin atreverse a protestar ni a moverse, atemorizado por la actitud hosca de Olivares, que no dejaba de

apuntarle con la pistola y que ante uno de los hallazgos de su amigo, le dijo amenazadoramente:

—Lo que siento es no pertenecer al SIM en este momento. ¡De veras! Las ibas a pasar moradas. Conque ¿almacenando comida para ti y para tus queridas mientras la población civil y los combatientes se caen de hambre?

—Mira, hasta vino de Valdepeñas...

En efecto, acababa de descubrir un garrafón de vino al pie del armario, cubierto con un tabardo.

—Así da gusto hacer la guerra, ¿no? —le increpó Olivares. El aludido se mordió los labios y humilló la cabeza.

—¡Levántate los pantalones!

Obedeció torpemente. Mientras, Trujillo se subió en una silla y empezó a hurgar entre las cajas que había sobre el armario.

—Mantequilla rusa, chocolate, azúcar... ¡La madre que lo parió!

Pero el gran tesoro fueron unas cajas llenas de cajetillas de tabaco negro y rubio. Tan nervioso se puso, que se le cayeron varios paquetes al suelo, formando algún estrépito. Entonces se despertó una de las mujeres, aparentando gran sobresalto.

—¡Pepe! ¿Qué pasa, hijo? —gritó después de quedar sentada en la cama de un salto.

—¡Silencio! —ordenó Olivares.

—¡Silencio, camarada! —repitió Trujillo, blandiendo sobre su cabeza uno de los paquetes—. Un solo grito, y el tipo no lo cuenta.

En ese momento, la otra mujer, mucho más joven, que había permanecido de espaldas todo el tiempo, volvió la cabeza y se quedó mirando a Federico con los ojos muy abiertos, suplicantes. Unos ojos muy expresivos, que él ya conocía por no haberle

pasado inadvertida su dueña cuando tantas veces se cruzara con ella en el hotel. Además, los labios de la muchacha temblaban, dando la sensación de que el miedo le ahogase la voz.

Pepe, el teniente de intendencia, miraba desolado a una y otra, y movía pesarosamente la cabeza como reprochándoles su torpeza. La mayor de las dos, que se había echado una prenda sobre los hombros, parecía haberse tranquilizado. Por un momento los cinco personajes se mantuvieron inmóviles y callados, observándose mutuamente, como si cada uno dudara de la realidad de aquella escena. Al fin, habló Olivares:

—¿Qué comedia es ésta?

La joven ni pestañeó siquiera, pero la de más edad hizo un gesto de asombro y luego dijo:

—¿Comedia? ¿Y por qué comedia?

—¿Cómo? ¿No es una comedia que ustedes dos se hagan las dormidas para evitar preguntas y que, cuando ya no es posible disimular más tiempo, usted salga llamando hijo a este... camarada? Entonces ¿qué es esto? ¿Es que se ha creído que somos tontos? Ustedes piensan que nosotros somos todos unos patanes, unos ignorantes, ¿no?

Olivares había dado, mientras hablaba, unos pasos en dirección a la cama de la mujer mayor, pero ella no se inmutó; antes al contrario, después de mover enérgicamente la cabeza en sentido negativo, replicó:

—Nada de eso, capitán. Lo que pasa es que usted no quiere creerse la verdad. Pepe es hijo mío, como lo es también esta joven...

Olivares se quedó parado.

—¿Cómo? ¿Cómo dice?

—¿Que son hermanos? —preguntó a su vez Trujillo abriendo la boca, estupefacto.

Pero la mujer, en vez de contestar, recogió las gafas que estaban sobre la mesita de noche y, ofreciéndoselas al llamado Pepe, le dijo:

—Toma tus gafas, pónelas y cuéntales la verdad.

Pepe alargó el brazo con la torpeza de quien tantea en la oscuridad hasta que topó con las gafas. Entonces empezó su transformación. Apenas se las hubo ajustado, fue como si le hubieran inyectado una droga. Se estiró, creció incluso y recobró visiblemente el dominio de sí mismo. Por su parte, los dos amigos, después de comunicarse con una mirada, se habían quedado a la expectativa, un tanto recelosos.

Olivares, siempre pistola en mano, fue a situarse de nuevo junto a Trujillo.

—Camelos, no, jeh! —advirtió.

—No, no se trata de ningún camelo —dijo después Pepe, tras tirarse de los pantalones para arriba—. Lo que habéis oído es cierto. Esta mujer es mi madre y aquella otra mi hermana. Claro, todo ello tiene su explicación. A vosotros, que no sois del SIM, se os puede decir la verdad, y más ahora en que ya...

—Bueno, bueno —le interrumpió Trujillo—. No seremos del SIM, pero no por eso dejaremos de cumplir con nuestro deber de antifascistas.

La madre se encogió de hombros. La muchacha, por su parte, no quitaba ojo a Federico aunque éste le hurtase los suyos siempre que se encontraban con los de ella. Aquélla dijo:

—¿Es que es un delito tener madre y hermana?

La pregunta, de puro lógica, resultaba, no obstante,

completamente absurda en aquella insólita situación. Por eso tal vez no la contestó nadie. Los ojos de Olivares se tropezaron una vez más con los de la muchacha, y, al huir de ellos una vez más también, se encaró con Pepe, que comenzó a hablar:

—Ya sé que nos toman por otra cosa. Yo mismo he alimentado, como quien dice, esos rumores. Nos convenía que siguieran, ¿comprendéis?

Olivares movió negativamente la cabeza y Trujillo, que ya daba muestras de impaciencia, preguntó:

—Bueno, ¿y por qué?

Entonces, el teniente de intendencia bajó la cabeza y, tras una pausa, empezó a dar cortos paseos ante Olivares y Trujillo mientras hablaba:

—Porque mi madre es la viuda de un capitán que murió dentro del cuartel de la Montaña —levantó la cabeza y se quedó mirando a Federico. Luego, prosiguió, al tiempo que reemprendía sus pasos de un extremo a otro de la habitación—: Sí, pero no era fascista. Lo que pasa es que le cogió dentro del cuartel el día 18 de julio. Yo sí era de las juventudes del partido de Azaña... —hizo una pausa y siguió diciendo—: Y murió, no sabemos cómo, pero murió... En cuanto me enteré de que habían rodeado el cuartel, me presenté allí y allí estuve hasta que pude entrar en él, confundido entre los asaltantes, para ver si podía salvar a mi padre, pero... —respiró hondo— Llegué tarde. Después de dar muchas vueltas... ¡Había muertos por todas partes! Por fin me lo encontré en un pasillo, con un tiro en la frente, muerto. —Nueva pausa para apretarse los párpados con las yemas de los dedos. Después continuó—: Gracias a los amigos que mi padre tenía en el Ministerio, pudimos rescatar su cadáver y enterrarlo. Fue lo único que pudimos hacer por él —

se había detenido entre Olivares y Trujillo y miraba a ambos, escondidos los ojos tras los gruesos cristales de sus gafas—. Un hermano de mi madre, también militar, había muerto en Guadalajara, sublevado de verdad, porque él sí estaba metido en el ajo... Naturalmente, ya no nos sentimos seguros. Éramos demasiado conocidos en la casa y nos fuimos a vivir con unos amigos, pero por muy pocos días, porque en aquellos momentos resultaba peligroso dar cobijo a gente dudosa y nos percatamos, antes que nos lo hicieran saber, de que allí estábamos estorbando. Yo había pasado por Valdepeñas con algunos amigos de las juventudes de Izquierda Republicana de Madrid haciendo la propaganda de las elecciones de febrero, y allí me fui con mi madre y mi hermana. No faltó quien nos echara una mano. Nos dieron la casa de un fascista que había huido con su familia y que decían que estaba camuflado en Madrid... Nunca hemos sabido quién era. Estas cosas... —y movió la cabeza—. Luego, yo me alisté en las milicias; pero, como soy tan miope, me dejaron en los servicios de aprovisionamiento y, cuando se constituyó el Ejército Popular, me destinaron a intendencia con el grado de teniente. Entonces fue cuando me traje a mi madre y a mi hermana conmigo, y un día se me ocurrió decir en broma, estando con unos compañeros, que..., bueno, que había conquistado a una madre y a su hija... ¡Y se lo creyeron! Y empezaron a cundir esos rumores en el hotel... Nosotros pensamos que era la mejor manera de despistar, y dejamos correr la bola... Por lo pronto había que inventar una historia y la inventé. Que si la madre era una viuda rica de Salamanca, a quien había sorprendido el estallido de la guerra en Madrid, adonde viniera con su hija única para comprarle el ajuar de novia... Fijaros qué tonterías. Pues todo el mundo se

tragó el anzuelo. Nosotros, a veces, nos reíamos y hasta hablábamos de Salamanca y del supuesto novio de mi hermana, que seguiría esperándola para casarse con ella cuando acabase la guerra... Lo más importante era que nadie se preocupara de nuestros antecedentes... Pasado el primer año de guerra, ya no hubiéramos corrido ningún peligro, pero ¿y si a última hora, al ver que se imponía la derrota, alguien quería vengarse en nosotros? Lo mejor era seguir con el cuento, ¿no? Porque había que estar ciego para no ver que la guerra la ganaba Franco, sobre todo a partir de la caída del Norte.

Se dejó caer sentado a los pies de la cama de su madre, como si no pudiera tenerse en pie a causa de un enorme cansancio, se quitó las gafas y luego se cubrió los ojos con las manos. Siguió un breve silencio, durante el cual los demás personajes cruzaron entre sí miradas expectantes. La madre tenía una expresión sombría. La muchacha, en cambio, se había dulcificado. La de Trujillo y Olivares denotaban perplejidad, desconcierto y hasta embarazo. Forzado por los ojos confiados y tranquilos de la joven, Federico enfundó la pistola, diciendo:

—Si es así, se han salido ustedes con la suya, porque la guerra está terminando.

—Pero el acaparar tanta comida... —saltó Trujillo, vuelto en sí súbitamente—. Es un crimen. Todavía mandamos nosotros y...

—Tienes razón, tienes razón —le interrumpió Pepe, levantando la cabeza y mirándole con los ojos entrecerrados. Luego se puso de nuevo las gafas y continuó—: Nuestro único—deseo era y es sobrevivir... Nada nos importa lo demás, porque no estamos ni con unos ni con otros. Aunque no os lo creáis, yo he cumplido lealmente, claro que sin ningún entusiasmo. Lo que

queremos es que acabe la guerra de una vez y que el final nos coja vivos a los tres. Se puso en pie como haciendo un gran esfuerzo y añadió: Podéis llevaros lo que necesitéis. Estáis en vuestro derecho. Yo sé que, desde vuestro punto de vista, está mal lo que he hecho, pero no os quepa duda de que otros también, que alardean de un antifascismo rabioso, y que en el fondo es cierto, han hecho otro tanto. Claro que no faltan tampoco los que se dejarían morir de hambre antes de caer en la tentación... Si queréis denunciarnos, pues a lo mejor nos hacéis un gran favor. De verdad. Unos cuantos días de cárcel ahora puede ser un mérito mañana...

Se encogió de hombros. Tenía los brazos colgantes y se sacudió suavemente los flancos con las palmas de las manos.

—Para mí —continuó diciendo—, lo mejor es que esto no hubiera comenzado nunca —y meneó la cabeza dolorosamente—. ¡Cuántos muertos! Demasiados muertos, ¿no os parece? Y todavía habrá más muertos... Y lo más triste es que nadie se da cuenta de la realidad; unos, porque pierden y los otros porque ganan. ¿Y qué? ¿Y cuántos son los que de cualquier manera han perdido ya definitivamente, porque han muerto, o porque, como nosotros, no han estado ni están identificados con ninguno de los dos bandos? En nosotros no ha pensado nadie. ¿Y es justo eso?

Como ninguno le respondiera, volvió a preguntar, mirando alternativamente a Olivares y a Trujillo:

—¿Qué dirían los muertos si pudieran hablar, los muertos de aquí y de allá, eh?

Nuevo silencio. Trujillo buscó entonces los ojos de Olivares y éste le hizo una seña con la cabeza indicándole la salida. Se agachó antes a coger una de las cajas de cigarrillos caídas al suelo, que

unió a las que llevaba bajo el brazo, y se dirigió a donde estaba la maleta, colmada de víveres. La cerró y, cargando con todo ello, siguió a su amigo, que ya le esperaba en la puerta. Nadie pronunció una palabra más.

Tampoco hablaron por el camino de vuelta. Rosina se había quedado dormida sobre la cama y hubieron de sacudirla suavemente para despertarla. La muchacha, paralizada de estupor ante el contenido de la maleta, no se atrevía a tocar lo que tenía ante los ojos, hasta que oyó decir a Federico:

—Puedes coger lo que quieras, Rosina.

Fue como si en ese momento despertara de verdad. Se levantó la falda para hacer bolso con ella, sin importarle que quedaran al aire sus flacos muslos de muchacha, y cargó todo lo que pudo. Su avidez hizo sonreír a Federico.

—No te preocupes, mujer. Mañana podrás volver por más —le dijo.

Y cuando se hubo marchado Rosina, añadió Fíjate, ni siquiera ha dicho una palabra. ¡Pobre!

Trujillo no quiso coger más que un bote de leche y un paquete de cigarrillos.

—No sea que me trinque una patrulla por ahí y me tomen por lo que no soy —se excusó—. Mañana vendré por más, ¿no te parece? Y a propósito, no te habrás tragado el cuento que nos ha soltado el fulano, ¿eh?

Olivares se encogió de hombros.

—¡A saber! —dijo—. Lo cierto es que no se parece en nada a la muchacha...

—Por eso mismo.

—Bien, pero eso no quiere decir nada. Por consiguiente, puede

ser verdad. Él hablaba con sinceridad, me parece a mí. Y lo que decía no está falto de fundamento. Es indudable que ha habido mucha gente que no ha estado nunca de acuerdo con lo que se ha hecho en nuestra zona, y supongo que lo mismo pasaría en la otra, es decir, que no han sido de verdad partidarios ni de unos ni de otros. ¡Menuda situación! La peor, sin duda. Bien mirado... Pero ¡para qué hablar!... De todas maneras, no me parece ningún imbécil.

—Sí, eso sí, de tonto, ni un pelo. Y ellas están estupendas las dos, en particular la joven, que no hacía más que mirarte, como si quisiera comerte con los ojos... Yo creo que ahí tienes plan, Federico.

—No seas tonto. Lo que tenía era mucho miedo y creía que yo soy más blando que tú. Por eso me miraba tanto. Además, yo era el que tenía la pistola, ¿no?

Trujillo sonrió maliciosamente.

—Yo que tú ... Bueno, allá tú. A mí, de todas maneras, me parecen fachas... ¡Fachas los tres!

Y se fue, al acordarse, de pronto, de que Encarna estaría esperándole, insomne, en la fría cocina, remordida de temores y malos presentimientos.

—¡Salud!

—¡Salud!

Olivares apagó la luz y fue a asomarse a la ventana. En la estrecha calle desierta se remansaban las sombras densas y pávidas. Vio a Trujillo salir del hotel y andar pegado a los muros de las casas hasta desaparecer en una esquina. Por encima de los edificios despuntaba un débil claror, lejano y difuso, de luz lunar filtrada por las nubes espesas. Un silencio despierto, tenso y

palpitante, envolvía la ciudad.

(Allá, miles de combatientes preparados para el asalto definitivo. Rojillo, ¿estás ahí? Poco te queda ya, rojillo. ¡Rojillo! ¡Rojillo! Centinelas luchando con el sueño, a pocos metros unos de otros, en la Ciudad Universitaria. ¿Estallará esta noche una mina? ¿Por qué morir esta noche? Cuando esto acabe y vuelva al pueblo, le voy a dar un abrazo a la zagala... Aunque estén sus padres delante. Y luego... ¡Hum! ¿Por qué morir esta noche? Cecilia. Lucía. Antoñita. Juana. Dolores... La huerta. La plaza de la iglesia. El baile de los domingos... Quiero volver pronto, terminar mi carrera y... Mira que si me matan antes... ¡No quiero morir! ¿Quién se mueve por ahí? ¿Es el viento? A ver cuándo me relevan... ¿A que se ha dormido el cabo? Ese que tose ahora es el de enfrente. ¿Desde dónde habrán venido hasta ahí? Oye, facha. Calla, rojillo. Oye, rojillo. Calla, facha. ¿Tienes miedo? Me llamo Tomás y soy de Orihuela. ¿Y tú? Yo, Andrés, y nací en Sos del Rey. ¿Dónde cae ese pueblo? ¿Y el tuyo? ¡En España, coño! Cualquiera día de éstos os vamos a afeitar en seco, muchacho. No tenéis pelotas. ¿Que no? Todavía nos quedan muchas balas aquí... Como no os tiréis al mar... ¡Calla! Otra vez silencio. El miedo es igual que una brisa helada que volase sobre las trincheras y los parapetos. Mira que si estallara ahora una mina debajo de mis pies... Mira que si me arreasen un mortero... El relevo. No, no se ha dormido el cabo. ¿Qué pasará mañana y cuándo se acabará esta maldita guerra?)

Olivares sentía frío. Cerró la ventana y empezó a desnudarse a tientos. La cama conservaba todavía el calorcillo del cuerpo de Rosina. Entornó los ojos, bien arropado, encogido

(Acá, miles de hombres y de mujeres, y de ancianos y niños.

Unos, esperando la mañana; otros, temiéndola. Unos, escondidos; otros, pensando en un escondrijo. Al mismo tiempo, escenas de amor en las diez mil, en las cien mil alcobas, en las innumerables alcobas. Y heridos y moribundos en los hospitales. ¡Te quiero, te quiero, te quiero! ¡Doctor, doctor, doctor! Coroneles que dudan. Médicos que vacilan. Niños naciendo. ¿Para qué matar? ¿Por qué morir? Si a la vida no se la puede extinguir... ¡Viva la República! Alguien escribe y escribe... Alguien piensa y piensa... Hay que recoger todo este dolor y quemarlo, todo este dolor inútil, porque ¿qué quedará de todo esto dentro de unos años? El recuerdo en otros seres. Sólo un recuerdo. ¿Quién me da las gracias? Ah, ¿eres tú, Rosina? Vete, vete, Rosina. Estás helada, estás triste. ¿Por qué habré dejado abierta la puerta? Sí, claro, sólo el pestillo. ¿Que hubiera sido igual? No, no, no. Por favor, Rosina, hazme caso y vete. Tú puedes esperar. Tienes que esperar. No se ha perdido todo. ¡Rosina! ¡No! Me parece bien que quieras darte a un hombre antes de morir. Pero tú no vas a morir, y yo no puedo ser para ti ese hombre. Mira, la guerra pasa, se acaba y se empieza otra nueva vida. ¿Dónde estás, Aurora? Te he perdido para siempre. Pero te tengo a ti, Matilde. Tengo a Matilde, ¿comprendes? No llores, no llores, criatura. No llores. Algún día me lo agradecerás... Sí, algún día. Anda, sé buena. Además, te decepcionaría. De verdad. El amor tiene que madurar para que no duela y amargue. Entonces es hermoso. Eres una niña aún. ¡Diecisiete años! ¡Una niña! Sí, una niña. Lloro, lloro si te hace bien... Ya reirás, pequeña, ya reirás, y volverás a llorar, y a reír... Tápatelo bien. Así, y cierra la puerta... Adiós, Rosina. Verás cómo mañana te alegras... ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana! Ma-ña-na, ma...ña...na... La puerta. Ma...ña...na...}

Y Olivares se quedó, al fin, dormido.

VIII

Cuando el vehículo alcanzó la glorieta de Antón Martín, Olivares se quedó asombrado. Una especie de ahogo le apretó las vísceras, soltándose después bruscamente y dejándole una sensación de vacío e ingravidez.

—¡Madrileños, a la lucha! ¡Pueblo de Madrid, al combate!

Ése había sido su grito a través del altavoz mientras subía por la calle de Atocha, en aquella tarde gris de noviembre. Él veía salir gente de los portales, de las tabernas, de los comercios, de las bocacalles... Veía abrirse balcones y ventanas a su paso... Veía que hombres y mujeres le miraban y proferían gritos que él no podía entender desde dentro de la cabina donde iba encerrado...

—Es necesaria tu presencia en Madrid, Olivares.

—¿Otra vez a vueltas con el dichoso comisariado, Molina? No volveré más junto a coroneles y generales. Prefiero combatir al lado de la tropa, con los milicianos, ya lo sabes —y se acariciaba la escarapela que llevaba sobre el corazón con las dos estrellas doradas de teniente.

—No, no se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué, Molina?

—El Gobierno y los comités nacionales de los partidos y de las organizaciones sindicales, los diputados y todo el aparato oficial han abandonado Madrid sin preparar previamente la opinión. Ya lo sabrás, ¿no?

—Claro que lo sé.

—Lo que quizá no sepas es que tal hecho ha sido interpretado por muchos antifascistas como una huida ante la inminencia de la caída de Madrid en poder del enemigo, ¿comprendes?

—Naturalmente. ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

La comunicación telefónica es deficiente. Se cruzan interferencias, ronquidos, cortes y trémolos.

—¡Habla fuerte, Molina!

—¿Me oyes?

—Ahora sí. Sigue.

—Bien, Madrid está realmente inerme. No tenemos municiones ni para una hora de combate. El enemigo, a duras penas contenido en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria, quiere entrar a toda costa. Es urgente, vital, pues, contenerlo donde está hasta que lleguen los hombres y las armas que esperamos. ¿Me oyes?

—Sí. Sigue.

—Bien. Hay que movilizar al pueblo entero de Madrid y formar con él una verdadera barrera de carne. Devolverle la seguridad. Enrabiarlo. Enloquecerlo, si es preciso. Hay que provocar otro Dos de Mayo, ¿comprendes?

—Me parece muy bien. Sería muy hermoso.

—Pues contamos contigo para eso.

—No sé cómo, Molina. No se me ocurre.

—Muy fácil. Se necesitan oradores jóvenes para ello. Cada fracción política ha ofrecido unos cuantos, los mejores que ha encontrado, y nosotros te hemos elegido a ti. ¡Calla, calla! Esta tarde estarán dispuestos junto al Ministerio de Comunicaciones varios camiones con altavoces. Tú cogerás uno y te lanzarás con él por la ciudad, dando mítines relámpago en todas sus plazas y plazoletas.

—¿Y qué tengo que decir?

—Eso es cosa que debes ir pensando tú. Lo que se te ocurra.

—¿A la desesperada?

—Y tanto que a la desesperada. Sólo la desesperación puede salvarnos. Si el pueblo de Madrid reacciona, el enemigo no se atreverá a forzar militarmente su entrada en nuestra capital. Se calcula que traen veinte mil o treinta mil hombres a lo sumo, tropas escogidas, eso sí, pero insuficientes para ocupar tantas calles y edificios de una población con un millón de habitantes. Se perderían y serían cazados desde cada esquina, desde cada casa. Eso, al menos, es lo que hay que hacerles creer. Así que...

—Bueno, bueno, ahora mismo pido un coche y...

Pero no podía imaginar lo que le esperaba. La glorieta de Antón Martín era una auténtica piña humana. La multitud había bloqueado un tranvía en su centro, trepado por los postes, ocupado la marquesina del cine Monumental. Todas las bocacalles estaban taponadas por ella. Ventanas y balcones, abiertos y engalanados con banderas, parecían los palcos de una plaza de toros en los momentos más dramáticos de una corrida, no viéndose en ellos más que cabezas apelotonadas. Cerca de él, los rostros se asomaban al parabrisas y a los cristales de las

portezuelas de los costados. Federico se veía envuelto en caras humanas, dislocadas en su imaginación como si las contemplase en un espejo de aguas movedizas. Olas de estupor, de miedo, de ansiedad y de excitación ondulaban aquella superficie unánime y desigual de expresiones y de identidades: hombres y mujeres, muchachos y muchachas, mozuelos y mozuelas, combatientes barbudos, paisanos... Hasta divisó a los camareros y a las fondonas asiduas del bar Zaragoza subidos en las sillas y en las mesas de mármol... Ante tan abrumadora expectación, sentía secos la garganta y los labios y que le temblaba todo el cuerpo. Le fue muy difícil comenzar su: arenga.

—¡Madrileños! ¡Compañeros y compañeras! ¡Camaradas! ¡Hombres y mujeres de Madrid!

Tal fue el saludo, que sonó como una descarga de cañonazos en la garganta metálica del potente altavoz. Vio que el auditorio, hasta entonces inquieto y nervioso, se petrificaba en una expresión anhelante, como si todos aquellos rostros se hubieran fundido en uno solo y se disparó, arrebatado por la ebriedad y el contagio emotivo, hacia lo patético y lo heroico, sintiendo dentro de sí los acordes profundos, retumbantes y enardecedores de todos los himnos guerreros y revolucionarios que había oído en su vida, y viendo ante sí una exasperada multitud corriendo a la toma de la Bastilla, atacando a los mamelucos en la Puerta del Sol, luchando en las barricadas de la Commune, resistiendo a los cosacos en Varsovia, asaltando el palacio de Invierno de Petersburgo... De sus labios salieron los nombres de Espartaco y de Dantón, de Daoiz y Velarde, de Goya y Agustina de Aragón, del Empecinado y Rosa Luxemburgo...

—No importa que se haya marchado el Gobierno a Valencia.

Allí se sentirá más seguro, y vosotros también. Ahora podremos pelear a nuestro gusto y demostrar al mundo entero lo que es el pueblo de Madrid, indomable, invencible. ¿Es que nos vamos a asustar porque el enemigo haya llegado hasta nuestros suburbios?

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaron innumerables voces.

—Ahora es cuando empieza la verdadera batalla de Madrid. ¡Ahora! Una batalla que va a asombrar al mundo, porque el mundo va a contemplar cómo un pueblo sin armas ni organización militar es capaz de contener a un ejército disciplinado, compuesto por tropas muy aguerridas y mandado por una escogida oficialidad profesional. Ya están acudiendo miles de obreros y empleados para formar la barrera infranqueable, la muralla revolucionaria que salve a Madrid de la garra del fascismo. Unos, abriendo trincheras; otros, levantando barricadas; los más, esperando en las líneas de combate a que caiga un compañero para coger su fusil. ¡Mujeres de Madrid! Vosotras tenéis que ser el alma de esta defensa. ¿Cómo? Animando a vuestros hombres, empujándolos a la lucha, avergonzando a los emboscados, porque las mujeres de Madrid sólo pueden querer a los valientes...

Otras muchas frases semejantes salían disparadas como chispas por el altavoz e iban a prender el espíritu inflamable de aquella gente, frívola hasta entonces, pero enfurecida ya, en uno de esos súbitos arranques de las masas, para terminar en una frase anónima que recorría la ciudad como una consigna:

—¡No pasarán! ¡No pasarán!

Terminada así su vibrante alocución, mientras el «¡No pasarán!» retumbaba y enronquecía en innumerables gargantas, el vehículo que llevaba a Olivares quiso ponerse de nuevo en marcha, pero la multitud apretada a su alrededor se lo impedía.

Fue necesario que Olivares apelase una y otra vez a su buen sentido y a su disciplina revolucionaria para que, al fin, lentamente, deteniéndose y volviendo a arrancar varias veces, consiguiese salir de allí.

En la plaza del Progreso se repitió la escena con las mismas características. Desde allí continuaron, sin detenerse, hasta la Puerta del Sol, cuyo espectáculo dejó atónito al mismo Olivares.

La plaza estaba de gente hasta el colmo. Aquello sí que era un mar de cabezas, que recordaba el 14 de abril o una noche de fin de año. Gran número de oradores espontáneos, subidos a los postes, a las barandas o a los coches, arengaban a la multitud e invitaban a los hombres a correr con las armas que tuvieran, o sin armas, a taponar las brechas por donde el enemigo pudiera colarse en Madrid.

—¡Madrileños, a las armas! ¡Trabajadores de Madrid, al combate!

Voces roncas. Canciones revolucionarias. A veces, un clamor confuso, pero potentísimo, que tal vez se oyera desde las mismas posiciones de los sitiadores.

—¡Hay que combatir con palos, con piedras, con lo que sea!

Y el «¡No pasarán!» repitiéndose, saltando, quebrándose, arremolinándose y desbordándose después, como una ola cimera convertida en espuma, por encima de las cabezas y llegando hasta un cielo de nubes bajas y sombrías.

De pronto, unos camiones intentando desfilar, a toques de bocina y a los gritos de:

—¡Paso! ¡Paso!

Unos camiones descubiertos desde los que saludaban unos hombres portadores de picos y palas. En el costado de los

vehículos, unas percalinas rojas con la inscripción «Sindicato de la Construcción», en letras negras. Detrás, otros camiones también descubiertos, cuyos ocupantes no llevaban más impedimenta que una manta casera enrollada al cuello, y, al igual que aquéllos, con el letrero a sus flancos de «Sindicato de Artes Gráficas», «Sindicato de Agua, Gas y Electricidad»... Estos últimos llevaban a los focos de combate el relevo de hombres sin armas ni municiones ni organización, bajo la consigna de esperar a que quedase libre un fusil.

El conductor que llevaba a Olivares hubo de dar un gran rodeo para salir a la Gran Vía y poder llegar después a la glorieta de Bilbao, donde pronto le rodeó otra muchedumbre igualmente convulsa y ansiosa de que alguien le dijera lo que debía hacer. En esta ocasión, cuando Olivares se hallaba en lo más agudo de su arrebató emocional, advirtió un movimiento extraño en el auditorio. En vez de dirigirse a él, los rostros miraban a lo alto y las manos señalaban al cielo y se iniciaba una dispersión centrífuga entre los oyentes en dirección a las calles y a los edificios del contorno.

Fue una chispa de pánico que hizo que Olivares mirara también al cielo y percibiese, bajo la capa apelmazada de nubes, unas como guedejas negras que arrastraba el viento por encima de la plaza y que, al pronto, dada la poca luz que ya quedaba, podían ser confundidas con trimotores en formación.

—¡Calma! —gritó, interrumpiendo su discurso—. No son aviones. ¡Son nubes! ¡Mirad bien! ¡No son pavas! ¡Son nubes!

Bastó su rápida apelación para que el movimiento de huida se contuviese. Por suerte también, las negras nubecillas empezaron a distenderse, con lo que quedó completamente desvanecida la

ilusión óptica, y Olivares pudo continuar hablando.

En las oficinas de la calle de Fortuny todo era confusión y nervios aquella noche. Se había efectuado una urgente requisa de armas y los militantes más allegados al comité habían montado en las esquinas próximas al edificio, y dentro de él, un riguroso servicio de vigilancia armada. Cualquiera que transitase por sus alrededores era detenido, cacheado e interrogado. Si su documentación estaba en regla, se le dejaba marchar; si no, se le retenía y se le recluía en el sótano.

Cuando llegó Olivares, llevaban detenidos ya tres sospechosos. Se lo dijo Molina, a quien se tropezó en el vestíbulo.

—¿Qué vais a hacer con ellos? —quiso saber Olivares, un tanto alarmado.

—Es una simple medida de precaución. Si no ocurre nada, los dejaremos libres por la mañana.

Molina, normalmente tranquilo y apacible, denotaba gran excitación.

—Nadie sabe lo que puede pasar esta noche —dijo—. El enemigo es capaz de abrir brecha por alguna parte, y, a favor de la oscuridad, sembrar la confusión y el desconcierto y provocar el pánico en la población. En ese caso, los más temibles serían los de la quinta columna, quienes, desde que se han acercado a Madrid sus amigos, están esperando la ocasión de echarse a la calle y armar la de Dios es Cristo. Estamos al borde del caos, y hemos decidido defendernos juntos hasta el final. Por lo menos, que no nos cojan desprevenidos, ¿no te parece?

Por los pasillos y las secretarías pasaban, entraban y salían, y volvían a pasar, militantes armados que, a cada momento, pedían información y que, al no obtenerla o al recibir noticias ya viejas, se

quedaban perplejos, o prorrumpían en maldiciones o bien se consultaban unos a otros para tomar una decisión.

—Compañeros, el que quiera que me siga —oyó decir Federico a uno de ellos—. Yo me voy ahora mismo al Puente de los Franceses. No quiero que me pillen encerrado en esta ratonera.

Le siguieron unos cuantos.

—De todas maneras —hablaba Molina—, tenemos destacados compañeros en los puntos neurálgicos, con el fin de que nos avisen en caso de que el enemigo consiga infiltrarse en la ciudad. Todos nuestros comités de barriada están igualmente alerta, para, en un momento dado, poder acudir todos a una allí donde sea necesario.

Las secretarias y mecanógrafas habían preferido también permanecer allí a pasar la noche en sus casas, donde podrían quedar aisladas e indefensas. Habían tomado a su cargo los pocos víveres que se logró reunir, y se ocupaban en preparar una ligera cena a base de pan, huevos duros, leche condensada y coñac para todos.

Cuando, junto con Molina, penetró en el despacho de «Secretaría general», se encontró allí a Raimundo, Tudela, Ángel y Lavilla, armados con pistolas de largos cargadores. En seguida echó de menos a Ramírez.

—Está reunido en sesión permanente con el general Miaja, en su calidad de miembro de la Junta de Defensa —le informó Molina.

—¿Y qué dice?

—Pues que Rojo está muy sereno y ha empezado a poner orden en todo. En cuanto a Miaja, parece que ha reaccionado también con mucha entereza. Los dos confían en que, con un poco

de suerte, se pueda contener la presión del enemigo durante unos días por lo menos. Los últimos combates han sido muy duros y el enemigo ha tenido muchas bajas. Las tropas de Varela se han encontrado con una resistencia que no esperaban y en un terreno que no es el suyo. La caballería mora ya no asusta tanto como en campo abierto. En fin, que al menos se lucha y ya nadie piensa en retiradas. Claro, la situación sigue siendo gravísima. Cualquier error puede dar al traste con todo. Lo peor de todo es que estamos sin municiones. Por eso, como te decía antes, nadie sabe lo que puede pasar esta noche. Depende de que el enemigo pueda o se atreva a aventurarse por las calles de Madrid...

Mientras hablaba, Molina dio al botón de la radio, instalada en una mesita auxiliar, y luego se sentó a escuchar.

—¡Compañeros del Sindicato de la Construcción —decía una voz que sonaba lúgubrementemente—, acudid con vuestras herramientas a los locales del Sindicato, donde se están organizando brigadas de fortificaciones! ¡El enemigo está a las puertas de Madrid!

Repitió el texto varias veces. Olivares y sus amigos escuchaban mordiendo sus pitillos, pálidos, nerviosos. Volvió a oírse la misma voz:

—¡Que todos los compañeros de los Sindicatos de Banca y Bolsa y de Dependientes de Comercio acudan a sus centros para formar batallones de relevo! ¡Que ni un solo fusil deje de disparar!

Y, tras las consabidas repeticiones, otra angustiosa llamada a la solidaridad de los trabajadores madrileños:

—Compañeros metalúrgicos...

Molina ahogó la triste voz y se hizo el silencio.

—Has hecho bien en cortar —dijo luego Raimundo—. No hay

quien lo aguante. Parece una agonía... Molina le miró y luego cerró los ojos.

—¿Y qué otra cosa es sino una agonía? —preguntó Tudela.

—Sí —y Molina dio un puñetazo sobre la mesa—, y lo peor es que nada podemos hacer para aliviarla. Nos pasa a nosotros lo mismo que al médico que todo lo espera ya del mismo enfermo, después de que han fallado todos los remedios.

Se quedaron otra vez callados y al rato dijo Tudela:

—Propongo que juguemos una partida de algo...

Pero en ese momento sonó el teléfono. Todas las miradas se volvieron a él.

—¿Quién será? —se preguntó a sí mismo Molina, en voz alta.

Seguía sonando, pero nadie se atrevía a cogerlo. Por fin Olivares hizo intención de levantarse e ir hacia el aparato, pero se le adelantó Molina, diciendo:

—Deja.

Olivares se quedó quieto y Molina descolgó el auricular y se lo llevó lentamente a la oreja. Escuchó durante unos segundos sin dejar traslucir ninguna emoción, mientras los demás le miraban como hipnotizados, pero pronto se le animó ligeramente el rostro y sus pequeños ojos empezaron a brillar con viva e intensa avidez. Entonces, sus compañeros se levantaron instintivamente y fueron a rodearle, como si así no pudieran perderse ni una sola de las palabras que llegaban, nadie sabía desde dónde, a través del hilo telefónico. A una señal de Molina, se quedaron inmóviles, mientras decía a su lejano comunicante:

—¿De veras? ¿No se trata de otro falso optimismo para engañarnos? —y, tras escuchar de nuevo, añadió—: Podremos resistir dos, tres días quizá, pero no mucho más.

Al terminar, y aun pretendiendo dominarse, no pudo disimular la bocanada de esperanza que le había entrado en el pecho.

—Ha sido una conferencia. ¡Desde Albacete!

Estas palabras y la forma de decirlas aumentaron aún más la expectación de los otros.

—Dicen nuestros compañeros de Albacete —prosiguió— que hay allí verdaderas montañas de material de guerra de todas clases: ametralladoras, fusiles, bombas, qué sé yo... Que el único problema que tienen es el transporte, pero que ya está en vías de solución y que si aguantamos un par de días, o tres, la Junta de Defensa de Madrid podrá disponer de todo lo que necesite.

De pronto, Lavilla rompió a reír.

Al salir a la Castellana, que era como un bloque compacto de sombras, Federico ordenó a Tomás que detuviese el coche, y, al cesar el resoplido del motor, empezaron a oír ráfagas de ametralladoras y explosiones de bombas de mano como si el combate se desarrollara por los alrededores. ¡Taca-taca-ta! ¡Bum! ¡Bum! Y disparos en masa de fusilería. Nada, sin embargo, se movía por allí.

—Es un efecto del eco —murmuró Olivares—. O tal vez cosa del viento que sopla hacia aquí...

—De todas maneras, no me gusta. Debimos quedarnos a pasar la noche con los demás compañeros. Olivares le dio con el codo.

—Venga, hombre. Ésta no es una noche para estarse quieto esperando, ¿comprendes?

Se producían breves intermitencias en el tiroteo para reavivarse nuevamente con más furia y dar la sensación de que los combatientes podrían surgir detrás de cualquier esquina.

—Si te pones así... —cloqueó Tomás—. A mí tampoco me

gustan las ratoneras.

—Pues eso. Anda, sigue.

Cruzaron la gran avenida arbolada sin advertir nada sospechoso, pero al tomar la calle llamada de la Ese, oyeron unas roncadas voces conminatorias:

—¡Alto! ¡Alto!

Tomás detuvo el coche de un brusco frenazo e, inmediatamente, surgieron de las sombras unos hombres armados que los enfocaron con sus linternas.

—¡Esos faros! ¡Apágalos! —le ordenó una voz irritada.

Tomás obedeció sin rechistar, mientras por las ventanillas asomaban los cañones de unos fusiles que casi les rozaban el pecho.

—¡Salud, camaradas! —dijo Olivares, aparentando serenidad—. ¿Qué pasa?

Pero, en vez de contestar a su saludo, gritaron a la vez tres o cuatro de aquellos hombres:

—La documentación. ¡Rápido!

Olivares pudo comprobar entonces, mientras repasaban su carnet a la luz de las linternas, que se trataba de un grupo de milicianos apostados allí por algún partido u organización antifascista en misión de vigilancia.

—Está bien. Podéis seguir, pero con los faros apagados, no vaya a ser que os fríen por ahí. Hay mucho tomate esta noche y hacéis un blanco fetén. ¡Hala!

—¿Hay más controles calle arriba? —les preguntó Olivares al arrancar.

—Muchos.

El miliciano se quedó rezongando algunas palabras que ya no

pudieron entenderle. La estrecha y retorcida calle estaba totalmente a oscuras y solitaria, y parecía que el coche fuera levantando miedo al recorrerla. Cruzaron la de Serrano, igualmente abandonada, pero al tomar la de Juan Bravo, le salió al paso otra patrulla.

—¡Alto! ¡Alto!

Otra vez las linternas y los fusiles por las ventanillas.

—¿Por qué lleváis apagados los faros? —les preguntaron.

—Oye, compañero, ¿qué juego es éste? —gruñó Tomás—. Los del otro control nos han obligado a apagarlos.

Entonces sonaron unos tiros por allí cerca, pudiéndose percibir el chasquido de las balas al pasar zumbando por encima de sus cabezas.

—¿Juego, eh? Pues ya estáis viendo lo que pasa. La gente está nerviosa y tira a todo lo que se mueve. Además, creo que anda por ahí un coche que se dedica a tirar ráfagas de fusil ametrallador contra los puestos de vigilancia.

—¿De la quinta columna?

—Pues claro. ¿De quién va a ser si no?

Sonaron más disparos, secos, restallantes. Ya les habían revisado la documentación.

—Seguir, seguir —les dijo uno de los milicianos.

—Bien, pero ¿con los faros encendidos o con los faros apagados? —le preguntó Tomás.

—Como quieras. Tú verás.

—¿Qué hago, Federico?

Federico dudó un instante.

—Sigue a oscuras —decidió al fin—. Yo creo que es lo mejor, pero dale fuerte. A ver qué pasa.

Tomás hizo los cambios con rapidez y obligó a tomar al coche toda la velocidad que pudo. Así pasaron todos los cruces hasta llegar al de Velázquez, donde los detuvieron nuevamente. Al disminuir el ruido del coche fue cuando se dieron cuenta de que el tiroteo callejero se había extendido por aquellos contornos.

Algunos milicianos, rodilla en tierra y resguardándose tras los troncos de los árboles, disparaban a discreción en todos los sentidos.

—Pero ¿a quién tiráis? —preguntó Federico al que trataba de ver su documentación con la cabeza metida dentro del coche y alumbrándose con la luz del cigarrillo.

—¡Coño, a los que nos tiran a nosotros! Nos tiran desde todas partes.

—¿Quiénes?

—Y yo qué sé: pacos. Emboscados.

Siguieron, pisando Tomás a fondo el acelerador.

—¿Adónde vamos, Federico, a todo esto?

—A ver si podemos llegar siquiera a la calle de Alcántara. Pero al sentir unas ráfagas de ametralladora muy cerca, ordenó a Tomás:

—¡Para, para!

Acababan de atravesar Príncipe de Vergara. Una bala rozó la chapa del Ford. Disparaban con más furia por todas partes y se oían gritos de ¡Alto, alto! Se acercaba a toda velocidad un coche que soltaba rociadas de balas contra todas las bocacalles que cruzaba.

—¡Al suelo, al suelo, Tomás!

Saltaron rápidamente y se tumbaron junto al bordillo de la acera. Alguien gritaba, herido. El coche ametrallador se hizo casi

tangible y un chorro de plomo salpicó la calzada.

—Ése será el coche fantasma de que nos hablaron los milicianos —murmuró Tomás.

Pero debía de haber más coches fantasmas, porque se aproximaba otro, calle Juan Bravo abajo, despidiendo centellas.

—Hay que apartarse de nuestro coche, ¡rápido!, porque lo va a acribillar ése —dijo Federico al tiempo de echar a correr, encorvado, dejándose caer luego, como a unos cincuenta metros más adelante, otra vez al suelo.

Tomás le imitó y no habla hecho más que amagarse cuando el segundo automóvil fantasma se detuvo bruscamente, entre chirridos de llantas y frenos, en la esquina. Alguien dijo entonces dentro de él:

—Tira por aquí. Hay que cortarle.

Y tiró por la calle de Porlier, a la derecha, con rumbo a Diego de León.

Cuando desapareció, dijo Federico:

—Parece que éste va persiguiendo al otro.

—Lo que parece es que se han vuelto fantasmas todos los coches esta noche.

—Puede que tengas razón, ¿sabes?

Continuaron tumbados a pesar de que, después de tantos retumbos y traquidos, habíase quedado la calle en silencio, en un silencio irreal, manso, aplomado.

—No me fío —murmuró, no obstante, Federico—. Esta calma repentina parece una trampa de cazador. Quizá haya ahora mismo, muy cerca de nosotros, muchos ojos puestos en la mira del fusil...

—Sí, a mí también me da mala espina.

Hubo una pausa y, de repente, dijo Olivares, reprimiendo la voz:

—Mira.

Doblando la esquina y arrimado a la pared, apareció el bulto de un hombre. Andaba unos pasos y se detenía.

Federico apercibió la pistola y la linterna y, cuando el solitario caminante estuvo ya a dos o tres pasos de él, le enfocó la luz a la vez que le ordenaba que se detuviese, añadiendo:

—¡Manos arriba!

El desconocido se detuvo con los brazos en alto, tratando de esquivar la luz de la linterna, que le deslumbraba y le impedía ver a sus asaltantes.

—¡No te muevas! —le ordenó Federico, que ya estaba a su lado.

Él y Tomás le apuntaban con sus pistolas. Ahora les tocaba a ellos pedir la documentación. La llevaba en el bolsillo superior izquierdo del «mono»: un carnet de la U.G.T.

—Bien, pero ¿adónde vas?

Era un hombre de unos treinta años, moreno, ceñudo. Miraba de frente y contestó sin inmutarse:

—Soy de la construcción, ¿no? Pues a mi sindicato.

—¿Y las herramientas?

—No sé de qué iban a servirme la llana y la paleta en el frente. Ya me darán allí un pico o una pala si quieren que fortifique.

Federico le miraba directamente a los ojos mientras hablaba. El ser tan joven, y albañil por más señas, y no estar encuadrado en las milicias, le hizo sospechar.

—¡A ver las manos! —pidió Tomás.

El hombre sonrió y sacó las palmas de sus manos al aro de luz

de la linterna. Eran, sin duda, de trabajador manual. Entonces Federico le dejó marchar, no sin advertirle:

—Ten cuidado no te frían.

—Descuida.

—¡Salud!

—¡Salud!

Y reanudó su camino al abrigo de los muros de las casas.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Tomás.

—¿Y qué sabe uno? Puede ser lo que dice y parece, y puede ser lo contrario. En este follón, ¿cómo saber quién es quién?

—Desde luego —y, tras una pausa, añadió—: ¿Y qué hacemos ahora?

Federico miró en las dos direcciones de la calle. Continuaba la tregua.

—No pensarás irte ahora al Puente de Vallecas, ¿eh?

—Quita, hombre.

—Pues vámonos de aquí antes que empiece otra ensalada de tiros.

Echaron a andar ciñéndose también cuidadosamente a las fachadas, en silencio y atentos al menor asomo de peligro. No tuvieron que andar mucho y, justo cuando se inició de nuevo el tiroteo, se encontraban ya ante una especie de hotelito, en el hueco de cuya puerta se cobijaron.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Tomás, intrigado.

—Ahora lo verás —respondió Federico con sorna.

Pulsó un timbre y esperaron. Así tres o cuatro veces, hasta que sintieron correr una mirilla y oyeron después una voz de mujer que preguntaba:

—¿Quién es?

—Abre, soy Federico Olivares.

—¿A estas horas, hombre?

—Cuando se puede, rica

—¿Vienes solo?

—No. Traigo un buen amigo.

Se cerró la mirilla y se descorrieron unos cerrojos.

—Pasad.

Entraron en un vestíbulo completamente a oscuras, que olía a perfume de mujer. Esperaron. La mujer invisible corrió una cortina.

—Vamos, no seáis pazguatos —dijo.

—Es por no rompernos la crisma, ¿comprendes?

La mujer pasó junto a ellos, rozando suavemente el aire, y encendió una tenue luz roja. Entonces apareció ante ellos cubierta con una vistosa bata de seda. Era rubia, madura, pero todavía de buen ver. Estaban en una salita de butacas y divanes.

—¡Buenas noches, madame Tedy! —saludó Federico.

—¡Hola! De ser otro, no abro.

—Y hubieras hecho bien. ¿Hay niñas libres?

—Todas.

Federico miró a Tomás por primera vez desde que entraron allí.

—Estupendo, ¿no, Tomás? A elegir. Te aseguro que todas son guapas.

Tomás, que sonreía para disimular su embarazo, se quitó la gorra «Durruti» que llevaba encasquetada y dijo, torciendo los labios:

—Tengo buen diente, no te preocupes.

—Ya me lo suponía, hombre —y, dirigiéndose a madame,

agregó—: Acompáñale, que yo sé ir solo a la habitación de Marilú.

Madame Tedy movió la cabeza.

—Pero, hombre, ¿cómo se te ha ocurrido a estas horas...?
Federico se encogió de hombros.

—La lluvia, mujer, la lluvia.

—Pues habla bien aquí para ser francesa —dijo Tomás, moviendo admirativamente la cabeza.

La mujer rió. Federico, que ya subía la escalera, se volvió para decir:

—Sí, de Guadalajara. Francesa de Guadalajara. Aquí todo es legítimo —y, encarándose con la mujer, preguntó—: ¿No tendrás gato encerrado, eh? Quiero decir algún tío.

Ella negó con la cabeza.

—Ni mi tormento ha venido. Puedes mirar todas las habitaciones si quieres.

—Lo haré. No está la noche para bromas.

Pero las cinco mujeres dormían solas. Tomás y madame Tedy esperaban en el pasillo. Federico advirtió a Tomás antes de desaparecer en una de las habitaciones:

—Y la pistola en la mesilla. Por si las moscas, ¿eh?

—De acuerdo.

Federico cerró con llave la puerta de la alcoba y se quedó un momento contemplando el plácido rostro de Marilú al suave resplandor de la lámpara de noche. Luego se desnudó rápidamente, procurando no hacer ningún ruido, y se metió en la cama, no sin preparar antes la pistola, que dejó sobre la mesilla.

Se fue arrimando poco a poco a Marilú. Le acarició la mejilla, le alisó el suelto cabello y, de pronto, ella abrió los ojos, asustada.

—¿Quién está aquí? —preguntó, volviendo hacia él la cara.

—Yo, monada, ¿y qué?

—¡Qué susto me has dado!

—Vaya, vaya...

—¿Y cómo se te ha ocurrido venir tan tarde?

Pasó un brazo bajo su nuca, volvió a acariciarle con la otra mano los párpados y la mejilla, y le contestó:

—Porque no es noche para dormir, ¿comprendes? Se oyeron disparos en la calle.

—¡Virgen!

Y Marilú se cobijó en él con los ojos cerrados.

*

Matilde abrió los ojos perezosamente y vio que ya entraba la luz mañanera por las rendijas de la persiana. A su lado dormía plácidamente Federico y había en torno una quietud tibia, de seda. Todos los recuerdos de la noche estaban vivos aún, retenidos en aquella atmósfera íntima y reveladora.

Cuando se encuentran, al anochecer, en la acera de la Puerta del Sol donde se conocieran unos días antes, ella espera tímidamente y él se acerca con los ojos muy brillantes y la abraza sin pronunciar palabra.

—Ahora voy a estar en Madrid quizá una semana —dice a borbotones—. Hemos venido a reorganizar el batallón, que se ha quedado en cuadro después de los combates de estos últimos días.

Madrid está aún muy atemorizado y la gente pasa muy de prisa por su lado, como escurriéndose entre las sombras que anuncian una noche más de angustia.

—Pero no hablemos de eso ahora —añade él—. Vámonos al hotel Capitol, donde la otra vez, ¿quieres? Cenamos y luego...

Matilde se agarra fuertemente a su brazo. Tiembla.

—No. Allí se oyen los tiros muy cerca. Me da miedo. Me da horror la guerra, Federico.

—Está bien. Vamos. Sé donde podremos estar tranquilos.

En la esquina de la calle de Preciados aún humean unas ruinas. El café Colonial es otro montón de pavesas. Los bombardeos aéreos han sembrado ruinas y cenizas por toda la ciudad.

Andan cogidos por la cintura.

—Verás. Cenaremos. Creo que todavía dan de comer en el Nacional. Y beberemos un poquito, ¿qué te parece?

Matilde, con los ojos muy abiertos, revivió los momentos inolvidables. El techo de la habitación estaba pintado de oscuridad. Oía la respiración profunda y lenta de Federico. Sentía su calor y le enternecía la contemplación de su abandono, de su confiada entrega.

—¿No vas a llamar a tu casa?

—No. Ya dije a mis padres que no volvería esta noche, que tengo que velar en el hospital de sangre.

—¿En cuál, Matilde?

—En uno que ha organizado el Socorro Rojo últimamente. Tengo un conocido allí. Voy todos los días. Ayudo en lo que puedo. Como y me llevo alguna comida para casa, ¿comprendes?

La habitación es muy confortable. Su ventana da al paseo del Prado.

—Casi no nos conocemos —dice él— y, sin embargo, me parece que he estado toda mi vida buscándote.

—¿No tenías novia en aquel pueblo?

—Sí.

—¿Has vuelto a saber de ella?

—No.

—Entonces...

—Ha pasado un siglo, Matilde. Lo de antes ya no existe. No volverá nunca. Lo mataron y no resucitará.

—Es cierto, Federico. Pero a mí me hubiera gustado conocerte en otras circunstancias para que mi hijo fuera también tuyo.

Él la besa largamente en la boca y la siente estremecerse y palpar entre sus brazos.

—Lo importante es que nos hayamos encontrado y que ahora estemos solos en el mundo, ¿no?

A ella le parecen enormes, irresistibles, los ojos de Federico, y cierra los suyos. Siente cómo sus manos van sembrando un hondo calor por todo su cuerpo, y se abandona.

Federico movió un poco la cabeza y paladeó. Luego estiró los brazos hasta tocarla. Sus manos la seguían buscando en sueños, y se quedó quieta. Las estrías de la persiana eran como la escala luminosa por donde bajaba el nuevo día.

—Me hacen mucha gracia —dice él, sonriendo.

—¿Qué es lo que te hace gracia?

—Esos dos dientes tuyos un poco separados. ¿Es que eres mentirosa?

—A veces.

—Bueno es saberlo.

Se siente otra vez ella. Le tapa los ojos con las manos y dice:

—Pero para ti, no. ¿Por qué habría de mentirte?

Él no intenta siquiera librar a sus ojos de la presión de aquellas manos suaves.

—No sé, no tengo experiencia, pero dicen que a las mujeres os gusta mentir porque sí, sin malicia muchas veces.

—¿Que no tienes experiencia?

—No. De veras.

—¡Qué tonto eres! ¡Y qué embustero!

Era claro que ya empezaba a ascender desde las profundidades del sueño porque estiró las piernas, suspiró y la atrajo más hacia sí. Ella permaneció inmóvil.

—¿Y los hombres? También os hacéis los misteriosos.

Se miran de frente, con las cabezas reclinadas en la almohada.

—¿Misteriosos los hombres? ¡Bah!

—Sí. Por ejemplo, tú no me has dicho todavía a qué te dedicabas antes de la guerra.

Él sonríe.

—¿Qué crees, que era algo importante? Pues no. Sólo un maestro de escuela. Un vulgar maestro de escuela.

Ella le mira un instante de hito en hito, en silencio.

—¿Y te gusta serlo?

—Sí, creo que nací para ello.

—Los niños...

Sí. Los niños son lo mejor de este mundo, lo más hermoso, lo único incontaminado. ¿Tú qué crees? Pero en vez de contestar, le pregunta:

—¿Y qué les enseñabas? ¿La tabla de multiplicar, los ríos y las montañas, los reyes godos y todo eso?

—Y algo más, mujer.

—¿Algo más? No irás a decirme que los hacías revolucionarios también, ¿eh?

—Pues, en cierto modo, tal vez.

—Anda, que como te hubieran cogido... ¡Pobrecillo!

—Pues estuvieron a pique...

—Anda, dime, ¿qué les contabas? Te estoy viendo rodeado de chiquillos —y cierra los ojos.

—Les explicaba cosas. Les leía cosas... Quería que empezaran a tener una idea de lo que les aguardaba cuando fueran mayores. Por ejemplo, las injusticias. Y que comprendieran que no se puede vivir sin los demás. Que todos los hombres tienen derecho al respeto, a la ayuda y a la compasión de sus semejantes, y también a la felicidad. Que el ser pobre o rico, alto o bajo, guapo o feo, son circunstancias fortuitas, porque nadie puede elegir a sus padres al venir a este mundo y, por consiguiente, ni el país, ni la posición social, ni la cultura, ni las creencias en que ellos viven.

—¿Y te entendían?

—Algo les quedaría, pienso yo. Ya lo comprenderían después cuando fueran mayores.

—Eres un soñador, Federico, y un cielo.

—No lo creas. Lo que soy, en el fondo, es un gran egoísta. Sí, sí, no te rías. Es la verdad. Para estar satisfecho, tranquilo y feliz, es necesario que los demás lo sean también en la medida de lo posible. No entiendo cómo hay quien se coma a gusto un filete viendo que a su alrededor la gente bosteza de hambre. Ahora mismo, ¿tú crees que nosotros tenemos derecho a la felicidad de estos momentos mientras otros se baten a muerte en la Ciudad Universitaria?

Queda incontestada la pregunta. Se abrazan, sintiendo cada uno el golpeteo del corazón del otro.

—Bueno, si muriésemos juntos ahora... —murmuró ella.

Federico se removió otra vez. La oscuridad condensada y pegada al techo de la alcoba empezaba a desvanecerse. En la de al lado sonaron los grifos del agua. Pasaron unos camiones

chirriando por la calle.

—¿Oyes?

Ulula el aire.

—¡Las sirenas! ¡Apaga la luz!

Quedan a oscuras. En efecto, afuera ladran las sirenas con terrorífico clamor. Él salta del lecho y corre a la ventana.

—Ven pronto, Matilde.

Ella le sigue. Están desnudos.

—Espera.

Y él vuelve por una manta y se lían los dos en ella, cuerpo contra cuerpo, carne contra carne.

—En el hueco de la ventana es donde se está más seguro, si es que hay algo seguro ahora —dice él.

Suenan portazos por todas partes y se oyen alocadas carreras por los largos pasillos del hotel. Y voces. Muchos nombres desconocidos se revelan de pronto. Muchos seres ignorados adquieren realidad viva de repente.

Al abrir la ventana, el espantoso mugido casi los tira de espaldas.

—Llevan varias noches igual —dice ella, tiritando.

Dos potentes chorros de luz bracean nerviosamente en el oscuro cielo de la noche para atrapar a los aviones incursores.

—¡Ya está! ¡Han cazado a uno! —grita Federico. Parece como si parpadease el avión, deslumbrado. Las ametralladoras antiaéreas disparan sus fuegos artificiales.

—¡Maldita sea!

Los reflectores siguen rastreando el cielo como podencos encelados, pero es evidente que la pieza se les ha escabullido entre la apretada maleza de las nubes y de las tinieblas. A poco,

las ametralladoras enmudecen.

—¡Gracias a Dios que no ha descargado! —suspira ella. Tiritan los dos y ella empieza a dar diente con diente. Tras una pausa, dice él:

—Se ve que lo que pretenden es asustar y mantener la ciudad en vilo. Quitarle el sueño y desmoralizarla.

—Cierra, por favor, no puedo más.

Aunque algo amortiguados, los aullidos de las sirenas espeluznan todavía. La pareja sigue la caza a través de los cristales, pero ella desiste en seguida y se cubre la cabeza con la manta. Murmura:

—Quisiera que estuviésemos muy lejos de aquí, no me importa dónde. Aunque fuera en un monte o en una isla solitaria. Lo único que me importa es vivir...

Federico dio un respingo y abrió los ojos. Al ver que Matilde le estaba mirando, le preguntó, sobresaltado:

—¿Qué hora es?

—Más de las ocho —contestó ella, sonriéndole.

—¡Rediez!

De un bote se sentó en la cama. Se restregó los ojos y, mientras se echaba hacia atrás el cabello, peinándoselo con los dedos, siguió hablando:

—Y tengo que estar en el cuartel de Zurbarán antes de las nueve... ¡Menudo trabajo me espera allí! Habrán llegado seguramente los voluntarios de Cuenca, a los que hemos de instruir y equipar en menos de una semana, eso si no tenemos que volver al frente antes, sea como sea...

Como Matilde siguiera callada, se volvió a mirarla.

—Eso ya no te gusta, ¿verdad?

Ella movió negativamente la cabeza antes de preguntarle:

—¿Y a ti, Federico?

La penumbra no les permitía verse las caras y mucho menos aún buscarse recíprocamente la verdad en el fondo de los ojos. Por eso Federico se inclinó sobre ella y le sembró de besos las mejillas, la frente, los párpados y los labios. Luego dijo:

—No es que me guste o deje de gustarme. Se trata de cumplir con mi deber. No, no me gusta ningún sistema de matar. No, me repugna, pero tal como se han puesto las cosas, no hay más remedio que seguir adelante. Si no peleáramos, los otros nos aplastarían. Y si esto es malo, aquello sería aún peor. No hay salida, como ves. Esto es lo terrible: tener que emplear un método en que uno no cree y con el que no está conforme. Pero yo no lo he elegido, ¿comprendes?

Matilde, por toda respuesta, se abrazó a su cuello, murmurando débilmente:

—¡Calla, por favor, Federico!

Cayeron sobre la almohada en silencio y quedaron fuera del tiempo, sin más conciencia que la de su íntimo contacto, hasta que, primero débilmente y luego con creciente fuerza, empezó a oírse el clamor acompasado de muchas gargantas varoniles. Era como un fragor que avanzara con el viento, solemne, multitudinario, casi religioso.

—¡La Internacional! —exclamó Federico, desasiéndose de Matilde—. ¿Oyes? Es la Internacional.

Ambos escuchaban, conteniendo hasta la respiración.

—¿Qué pasará?

Y Federico, no pudiendo ya dominar su impaciencia, saltó al suelo y corrió a la ventana. A cada tirón que daba a la persiana, se

vertía en la alcoba una bocanada más de luz grisácea y temblorosa, hasta que aquélla quedó totalmente recogida y la habitación, inundada de una claridad macilenta. Entonces miró a la calle. Desde la glorieta de Atocha, y a todo lo largo del paseo del Prado, la mañana era un cuajarón de niebla que se había quedado enganchada en los árboles y que ya comenzaba a derretirse. Siguiendo esa misma dirección, avanzaba cantando una columna de hombres uniformados y armados.

Federico se volvió para buscar con la vista su capote. Lo descubrió sobre una butaca y fue corriendo por él. Se lo puso y volvió a la ventana, que abrió entonces de par en par. El clamor se hizo más intenso y vibrante. Era, en efecto, la Internacional, cantada, en varios idiomas extranjeros a la vez, por tres hileras de hombres que desfilaban al paso marcial de sus botas claveteadas.

—Ven, Matilde, corre —gritó Federico—. Son los internacionales que esperábamos. Antifascistas extranjeros que llegan desde todas las partes del mundo para ayudarnos en nuestra lucha.

Pero Matilde no se movió de la cama. Federico, profundamente excitado, siguió expresando en voz alta las impresiones y los pensamientos que aquel inesperado espectáculo promovía en su espíritu:

—¡Qué tipos, Matilde! Los hay hasta de cuarenta años y más... Hombres hechos y derechos, no muchachos... Fuertes, optimistas, bien equipados... Revolucionarios de todos los países... Quizás, entre ellos, socialistas austríacos, comunistas de Bela Kun, anarquistas suecos y franceses, militantes antifascistas alemanes e italianos... ¡Cualquiera sabe! ¡Y qué bien marchan! ¡Cómo se ve que son veteranos de guerras y revoluciones! ¡Y qué material

traen! ¡Mira las ametralladoras de carro! ¡Ay, si las hubiéramos tenido desde el principio! —y, tras una breve pausa—: ¿Y adónde irán? Seguramente, de cabeza al combate.

¡Matilde, Matilde! ¡Estos hombres van a cambiar las tornas en el frente! ¿No te das cuenta? ¿No te das cuenta, Matilde, de que la guerra puede ser ahora cosa de pocos días? Una sola batalla más, todo lo terrible que se quiera, pero una sola batalla, y se acabó. Como en una revolución, ¿comprendes?

Se volvió, humedecidos los ojos por el frío y el entusiasmo, pero se quedó desconcertado al ver que Matilde seguía inmóvil, con los ojos cerrados y arropada hasta la barbilla.

—¡Matilde!

Corrió a ella y la abrazó. Matilde abrió entonces los ojos llorosos.

—¿Crees que acabará ahora la guerra, Federico?

—Pues claro que sí. Antes de fin de año. Ya lo verás, mujer.

La Internacional, siempre ininteligible, pero enardecedora en las voces broncas y viriles de los voluntarios extranjeros, empezaba a alejarse, y lo mismo el ruido acompasado de sus botas herradas sobre el asfalto.

IX

Madrid sacó sus miserias al primer sol de la primavera. La Castellana amarilleaba, aunque débilmente todavía, entre los ateridos árboles en cuyas ramas apuntaban las yemas reventonas. La gente, entre ella algunos niños pálidos, acudió al paseo aquella mañana marceña a orearse, como a sacudirse la ceniza del invierno, tras las últimas jornadas de tiros en sus calles y con nubarrones grises en lo alto. Aún aparecía enfundada en sus viejos gabanes y arropada con tapabocas y, aunque flaca y ojerosa, hacía gala de una sonrisa cuyo recóndito sentido se transmitía con las miradas. Era como un comienzo de conjura o conspiración de la alegría de vivir, apenas sofrenada y disimulada. Hasta los hombres vestidos de uniforme, que iban y venían en grupos, o charlaban en corros, mostraban un talante eufórico. La circulación rodada por el centro y las calzadas laterales, si bien reducida a coches y camiones militares enmascarados, no infundía temor ni levantaba expectación alguna. Los que ocupaban los vehículos iban tranquilos, despreocupados, sin asomo de recelo o inquietud. Madrid recobraba su fisonomía anterior a la algarada de casadistas contra negrinistas y quizás, observándolo bien, con un ligero matiz más frívolo y optimista que de costumbre.

Ramírez lo percibió bien claramente y así lo hizo saber a su amigo, mirándole con sus ojillos cargados de malicia: —Cualquiera diría que la guerra ha terminado.

—Por lo menos, eso se piensan —comentó Olivares.

—Pues me parece que se engañan. Todavía hay guerra para rato.

—¿Tú crees?

—Y tanto, Olivares. No han hecho más que empezar las negociaciones de la junta con Burgos. En este momento están allí los enviados de Casado y no es cosa de cuatro días llegar a un acuerdo. Luego habrá tres o cuatro meses más de tiempo para ir evacuando paulatinamente nuestra zona. Así que...

Estaban mirando al paseo desde una de las ventanas del palacete de la Presidencia del Consejo, y el débil sol les daba en los ojos.

—Ya me lo ha dicho Molina, ya, pero, la verdad, no paso a creermelo que todo vaya a resolverse tan fácilmente.

—No lo dudes, hombre. Le conviene a Franco y nos conviene a nosotros. Por otra parte, a las democracias les interesa también que el desenlace tenga lugar de esa manera.

—¿Y qué les importa a las democracias cuál sea el final después que nos han dejado llegar a él en las peores circunstancias?

Después de hacer un gesto con el que trataban de darle a entender que se trataba de altas razones fuera del alcance de su cerebro, se dignó explicarle: —Sí, porque una paz negociada con Franco salvaría el último jirón de su prestigio, ¿no comprendes? Son cuestiones de política internacional, hombre.

No obstante, Olivares movió dubitativamente la cabeza.

—No sé, tal vez a mí se me escape el meollo de la cuestión, pero me parece que, después de la «semana del duro», nos hemos quedado sin ejército y sin moral de combate. En esas condiciones ¿qué podemos ofrecer en ese trato que se está discutiendo en Burgos?

—¿Que no? —replicó Ramírez, compadeciendo con el gesto y la mirada a su amigo. ¿Te parece poco dejarle al vencedor todo en orden y limpio de enemigos? Nosotros nos iremos y así podrá él tomar posesión de nuestro territorio sin tener que mancharse de polvo las botas, ¿no comprendes? Ya está Besteiro en tratos con las potencias democráticas con objeto de que nos faciliten barcos para la evacuación de todo aquel que quiera marcharse.

Olivares volvió a menear la cabeza y, respirando hondo, exclamó:

—¡Ojalá, Ramírez! ¡Ojalá sea así!

Se quedaron callados con las miradas perdidas entre la arboleda del paseo. A sus espaldas se oían órdenes en voz alta y ruido de muebles arrastrados de un lado para otro. Numerosos hombres llevaban de aquí para allá máquinas de escribir, mesas, ficheros, divanes, alfombras...

—Eso es para el despacho del general Miaja.

—¿Y esta máquina de escribir?

—Son dos. Para la secretaría del general. Y ese diván para su antedespacho... ¡Cuidado!

—Como verás —dijo Ramírez al cabo de un rato—, todo está en marcha. La Presidencia de la junta y su Secretaría general quedarán rápidamente instaladas aquí para que podamos ponernos a trabajar en seguida. A mí me han encargado de organizar la Secretaría general y me han agregado a ella. Si

quieres, puedes quedarte conmigo. Yo soy el que tiene que hacer los nombramientos...

—Gracias, Ramírez, pero no me atrae el trabajo burocrático, aunque, bien mirado, no creo que sea mucho el que tengáis que realizar.

—¿Poco trabajo dices? ¡Horrores! ¿No ves que hay que organizarlo todo, que ponerlo en marcha todo? Yo he trazado ya unos esquemas, unos croquis de organización... Por de pronto le he dicho a Molina que tendré que traerme alguna mecanógrafa del comité para empezar. Y he encargado los impresos. Hasta montaremos un comedor para los empleados...

Y Ramírez, cogiendo de un brazo a su amigo, le hizo recorrer varias dependencias, donde reinaba un atropellado ajetreo de mudanza, al tiempo que le exponía su complicado proyecto de organización de los departamentos.

—La Secretaría general constará de varias subsecretarías: tales como evacuación, transportes, suministros...

A Ramírez le brillaban intensamente los ojuelos pardos. Su gárrulo parloteo sobre la compartimentación burocrática mareaba a Olivares.

—¿Y tú? ¿Cuál va a ser tu cargo? —le interrumpió éste. Los ojos de Ramírez se nublaron un instante, pero reaccionó rápidamente: —La subsecretaría de evacuación, seguramente. Ya le he presentado un informe al general de lo que yo pienso acerca de ese problema, cómo hay que enfocarlo y cuáles son los medios más idóneos para resolverlo con eficacia y prontitud. No me sirven los viejos burócratas que piensan y se mueven a paso de carreta, no. Bueno, y si no la de evacuación, cualquiera otra. A mí me da igual.

—¿Y qué te ha dicho el general?

—Él no entiende de estas cosas. Para eso estoy yo, hombre.

—Ya.

Seguía el trasiego de muebles y enseres, y aprovechando un nuevo silencio de Olivares, Ramírez empezó a hablarle de la otra junta, de la de noviembre del 36, en la que él desempeñó la conserjería de evacuación hasta que, al ver la importancia que iba tomando y lo bien que pitaba, se la quitaron para conformar a un figurón. Le importó bien poco. Inmediatamente organizó otro departamento. Quien sufrió las consecuencias fue la evacuación...

—Por eso —terminó diciendo—, el general tiene tanta confianza en mí.

Olivares ya no pudo más y, alegando una cita con unos compañeros, dejó a Ramírez ordenando el tráfico de muebles y salió al aire libre. Tomó la Castellana en dirección a Cibeles y luego la calle de Alcalá hacia la Puerta del Sol.

Al darse de cara con la gente, pudo observar de cerca la sutil, pero evidente transformación de su talante. Demostraba tener más ganas de hablar y de reír que de ordinario. Hasta las amas de casa, con el consabido fardel o la consabida cesta al brazo, siempre embargadas por la preocupación de llevar algo de comer a los suyos, parecían menos angustiadas, pues no andaban tan abstraídas y hasta se paraban a mirar alrededor y a oír lo que podían cazar al paso, movidas por una curiosidad nueva y olvidadas momentáneamente del apremio de sus obligaciones.

Se detuvo en la esquina del Ministerio de la Guerra y desde allí, mientras liaba y encendía un cigarrillo, contempló el movido panorama que ofrecían la plaza y las avenidas confluentes. Se diría que tenía un perfil festero. Se veían menos uniformes que otras

veces y se exhibían mejores ropas de paisano. Se lucían, incluso, alguna que otra corbata y alguno que otro sombrero, y las mujeres jóvenes hacían una mayor ostentación de sus vestidos y adornos. Ciertamente, las madrileñas, salvo en los primeros meses de exaltación revolucionaria, no habían abdicado de su congénita coquetería, pero en esta ocasión se acentuaba el esmero en los detalles y el deseo de que fueran advertidos. Los centinelas y los militares que circulaban por los jardines del Ministerio o que entraban y salían por su gran puerta de hierro, mostraban igualmente una desusada despreocupación por las formas externas de comportamiento y por las mínimas precauciones de tiempos de guerra. Más que por el centro nervioso de un ejército en acción, se le hubiera tomado, a la vista de su apariencia de dejadez y confianza, por un hospital de convalecientes.

Por otra parte, la mañana, ligeramente áurea y tibia, invitaba de forma irresistible a levantar la mirada, a respirar hondo y a fugarse por los caminos de la imaginación. Comenzaba a desenroscarse la pereza, dormida como un gusano durante la interminable invernada, y los habitantes de la ciudad daban su primer bostezo y se estiraban al sol.

(Indudablemente, todos piensan que la guerra ha terminado y que ya es sólo cuestión de concluir los últimos trámites, cosa de pocos días, para que la vida torne a su cauce inmemorial. La gente desea volver a todo trance al «tiempo normal». Sí, pero ¿cómo? ¿Vamos a poder volver atrás? Muchos de nosotros claro que no, ni creo que nadie. Yo mismo tendré que emigrar. ¿Adónde? ¿A la Argentina, a Méjico o a Venezuela? ¿Y qué más me da? El caso es que tendré que ausentarme de España quién sabe durante cuántos años. ¿Y mi madre y mi hermana? ¿Qué pensarán? ¿Cómo

habrán podido sobrevivir? Me las llevaré conmigo, las reclamaré desde allí... Reharemos nuestra vida. ¿Rehacerla? Mejor comenzarla de nuevo, como si acabáramos de nacer. ¿Y Aurora? No querrá venir. Además, no la quiero como antes, como entonces. Ni la querré ya. Nos hemos alejado demasiado. Lo que ha sucedido estando ella allí y yo aquí, nos ha separado para siempre, como un gran río que ninguno de los dos fuese capaz de atravesar. Ella me hablaría de unas cosas y yo le contestaría hablándole de otras, y así no podríamos entendernos jamás. Aquello ha muerto, creo que hemos muerto todos... Aurora acabará casándose con otro, como otro desconocido ocupará mi puesto en la escuela, claro que con otros niños...

—¿Por qué se llama cabo Finisterre, don Federico?

—¿Era español el rey Chindasvinto, don Federico?

—Mi padre dice que siempre ha habido ricos y pobres, don Federico.

Aquel Evaristo con sus ojos de pillín... Y Vicentillo, con sus pelos siempre tiesos y su carita de hambre nunca saciada... Y el reconcentrado y cabezudo Manolito, el hijo de don Manuel, dueño de una fábrica de harinas... Y Marianín, y Perico, y el rubio y espigado Lucas... Otro será el maestro y otros los niños, y otro también el marido de Aurora, combatiente del otro bando seguramente, que le contará la guerra como si fuera otra guerra... Bien, ¿y yo, y mi vida? ¿Y Matilde?

—Hasta recé por ti. Sí, no arrugues el entrecejo. Cuando llamé al hotel y me dijeron que no habías aparecido, me temí lo peor.

—¿Qué hubieras hecho?

—Llorar por ti.

—¿Y después?

Ella se calla. Van del brazo por la calle, muy juntos. Hace frío y tienen que detenerse en un cruce para dejar paso a una columna de prisioneros negrinistas conducidos por soldados casadistas. Los vencidos, pese a las huellas de cansancio y agotamiento en sus rostros barbudos, llevan alta la cara y algunos de ellos siguen discutiendo con sus guardianes, tan cansados y agotados como ellos.

—¡Qué locura! —murmura él.

Siguen un rato en silencio. Luego, insiste:

—No me has dicho qué hubieras hecho después de llorar mi muerte.

Ella vacila otra vez y él siente su encogimiento de hombros.

—Ni yo misma lo sé. Pienso que mi hijo... Seguramente seguiría viviendo para mi hijo...

—¿Qué hiciste durante todos esos días?

—Pasar mucho miedo. Al segundo día del jaleo, ya no pude ir al Socorro Rojo. Mis padres no me dejaron ni poner los pies en la calle. Fueron unos días horribles.

—Vamos al hotel, ¿quieres?

—No, hoy no. Ya es tarde. Ahora tengo que andarme con mucho cuidado para que mis padres no sospechen lo nuestro. Ya te avisaré.

—Pero yo tengo hoy más necesidad de ti que nunca, Matilde.

—Pero no puede ser. Lo siento, Federico.

El guarda silencio, un silencio dolorido que le escalofría.

—¿Te has enfadado? —le pregunta ella.

—No, mujer. No te preocupes —contesta él, sonriendo forzadamente.

—No se oían más que tiros por todas partes, Federico. Nadie

sabía lo que podría pasar de un momento a otro. Mira que si llegan a triunfar los de Negrín...

—¿Sí? Y a ti ¿qué? Al fin y al cabo, eres su camarada. Y, además, teniendo a Guardiola de tu parte..., Sí, pero...

—¿Se metió en el fregado?

—¿Guardiola?

—Sí.

—No creo.

—¿Y cómo pudo escabullirse?

—No lo sé.

—¿Sigues viéndolo?

—No. Sólo me ha llamado por teléfono alguna vez desde no sé dónde.

Bruscamente se detiene él y ella le mira, sorprendida. La noche avanza por las calles y no pueden verse el alma en los ojos.

—Dime... —dice él, pero se calla.

Entonces ella insiste.

—¿Qué? Habla.

—Tengo que preguntártelo, Matilde —y, tras una pausa, en que se oye perfectamente la agitada respiración de ella, le pregunta—: ¿Es tu amante o lo ha sido? Ese Guardiola.

Ella cierra los ojos, deja caer la cabeza y rompe a llorar.

—Perdona, pero... —quiere excusarse él.

Ella continúa llorando, quieta y muda.

—¡Matilde!

Trata de abrazarla y ella no opone resistencia. Luego dice, entrecortadamente:

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar eso, Federico? ¿En tan poca estima me tienes?

Reanudan la marcha.

El la lleva enlazada por la cintura.

—Ha sido una idea repentina, Matilde.

—No me mientas además. Lo has pensado muchas veces, ¿no es cierto?

—Pues sí, pero mi sospecha era como una sombra nada más, una sombra tenue. Ha sido ahora, de repente, al ver que todo se hunde, cuando esa sombra ha tomado cuerpo en mí...

—Calla. Sé lo que te pasa. Dudas ya de todo lo que te rodea.

—Puede ser.

Se callan los dos de nuevo. Oyen chasquidos de besos en un portal y sienten como si toda la calle se llenase de música. Luego, dice ella: —Acompáñame a casa, ¿quieres? Mis padres estarán ya preocupados por lo que haya podido pasarme.

Cruzan por una calle lateral.

—¿Te acuerdas de la casita en el campo, lejos de todo, de la que tantas veces hemos hablado en nuestros ratos de felicidad? —pregunta él.

—Ya lo creo que me acuerdo. Con gallinas, conejos y un perro guardián. Yo, esperando tu regreso de la escuela y mi hijo recibéndote a los gritos de «¡Papá, papá!»... El pequeño huerto. Las tardes a la orilla de un río. Tú, leyendo; yo, cogiendo moras o mariposas o flores con el niño. Un cielo azul encima. Tú decías siempre: «En invierno pasaremos las veladas al calor de una chimenea con gruesos troncos encendidos. Mientras tú cosas, yo escribiré la historia de esta guerra...» ¡Vaya si me acuerdo! —se aprieta contra él y suspira—: ¡Un sueño! El mejor sueño de nuestra vida...

—Sí, un sueño que se lleva el despertar, precisamente cuando

se anuncia la primavera.

—Pero que nos ha hecho felices cuando caían las bombas sobre Madrid o tú tenías que salir para la guerra a la mañana siguiente...

—¿Y ahora?

No hay respuesta. Un beso en la oscuridad del portal de su casa. Y luego, más besos, largos, gemebundos, desesperados, hasta que ella, desasiéndose suavemente, dice: —Te llamaré por teléfono. Si no estás, dejaré el recado al conserje.)

Un ligero tropezón con alguien le hizo volver a la realidad.

—Perdón.

El otro era un hombre con el pelo blanco.

—No hay de qué —le sonrío y guiñó un ojo.

Olivares siguió su camino tratando de descifrar el enigma de aquella guiñada que parecía una consigna o una contraseña de complicidad en algo, pero pronto lo olvidó, atraída vivamente su atención por el espectáculo que se desarrollaba en torno al edificio de Bellas Artes.

Por todas sus ventanas asomaban ramilletes de cabezas de soldados. Abajo, rodeando casi el edificio, se agrupaba una multitud formada principalmente por mujeres. Entre unos y otros, entre los de arriba y los de abajo, se cruzaban voces, frases y conversaciones a grito pelado.

—Te he traído una muda limpia y algo de comer, Ramón —gritaba desde abajo, una mujer de unos cuarenta años.

—De comer sí nos dan —voceaba desde arriba un soldado—: lentejas con agua.

—¿Y cuándo nos van a soltar? —preguntaba otro prisionero agitando los brazos—. ¡A ver si nos van a entregar a Franco!

—Os soltarán antes de que entren, ya lo veréis.

—¡Tráeme una manta, Goya! —pedía otro.

—¿Os dan malos tratos esos infames?

De pronto, uno de los prisioneros entonó la primera estrofa de «La joven guardia» y rápidamente el himno fue cantado a coro, como un desafío, por los prisioneros, mezclado con vivas al partido comunista y a Negrín.

La gente que pasaba casualmente por allí, se detenía a contemplar el tumulto, a escuchar lo que se decía y a comentarlo después.

—¡Olivares!

Olivares buscó con la mirada a algún conocido que hubiera podido gritar su nombre, pero hasta que sonó por tercera vez no descubrió a Trujillo, que le hacía señas con la mano. Esperó y a poco lo vio llegar acompañado de Cubas y de un desconocido que lucía las insignias de comandante.

—¿Qué hacías aquí? —le preguntó Trujillo.

Olivares se encogió de hombros.

—Precisamente me dirigía a pie a tu casa, pero al ver este alboroto me detuve para ver en qué acaba.

Entonces Cubas le presentó al desconocido.

—Es el comandante Gálvez. Supe ayer por la mañana que estaba encerrado aquí y me fui a ver a Feliciano Benito, el comisario de Mera, para que me consiguiese una orden de libertad para él. Y así ha sido. El comandante Gálvez me salvó la vida en la carretera de Almería, cuando la pérdida de Málaga. Entonces no era más que teniente. Me parece que ya te lo he contado alguna vez...

Gálvez le dio la mano en silencio. Parecía profundamente

entristecido. Dijo:

—Quién nos hubiera dicho entonces que todo terminaría así, ¿eh? En fin, más vale no hablar de eso ahora.

Siguió un silencio entre ellos, cargado de dolorosos pensamientos, mientras continuaba la algarabía entre prisioneros y familiares. Para salir de la situación, Trujillo propuso: —¿Nos vamos a tomar una copa?

Por encima de sus cabezas sonaban de cuando en cuando frases disparadas como cohetes: —¡Para ti ya se han acabado los tiros, Juan!

—¡De aquí a casa, madre!

Como nadie le contestara, Trujillo añadió:

—Vamos a «Chicote». Creo que dan un valdepeñas que no está mal del todo.

Entonces le siguieron sus amigos.

—¿Y qué? ¿Os han tratado mal? —preguntó Olivares a Gálvez. Este le miró e hizo una mueca con los labios.

—Hombre, no se puede decir que nos hayan tratado mal, pero el estar prisionero es siempre una cabronada, ¿no? Olivares asintió con un movimiento de cabeza e intervino Cubas: —Ya le he dicho que tú y yo hemos estado varios días trincados por ellos.

—Es verdad —concedió Gálvez—, pero eso no quita para que en uno y otro caso sea una cabronada. Tan cabronada es lo uno como lo otro, digo yo.

—Es de locos —afirmó Olivares—. Estamos locos todos, no me cabe duda, y con una locura de cuerdos, que es lo peor. Gálvez movió la cabeza penosamente.

—Bueno —dijo—, ahora hay que procurar no caer en las garras de los otros. Eso, sí que sería lo peor. Yo, en cuanto

anochezca, me iré al control de la carretera de Valencia a ver si consigo que alguien me lleve hasta allí. Siempre será mejor estar a la orilla del mar, me parece.

—De todas maneras, creo que nos evacuarán a todos los que queramos irnos de España —informó Olivares—. Precisamente se ha entrado en tratos con el enemigo para eso y, según me acaba de decir Ramírez, un compañero nuestro que anda algo metido en eso de la junta, Besteiro está gestionando barcos de las potencias democráticas para llevar a cabo esa evacuación general a las repúblicas americanas. Así que...

Pero Gálvez movió dubitativamente la cabeza, diciendo:

—Es posible, pero yo no me fío. A lo mejor no nos quieren a nosotros y, por si acaso...

El bar Chicote estaba lleno a rebosar de militares todavía de uniforme, de militares vestidos ya de paisano, de busconas profesionales y de otras que, sin serlo, lo aparentaban. Voces broncas, risotadas y agudos de mujer llenaban de estruendo el local. La barra estaba acordonada de bebedores.

Olivares y sus amigos no lograron acercarse a la barra y hubieron de conformarse con coger sus vasos por entre las cabezas de los más próximos a ella y bebérselos de pie y aprisa, entre codazos y empujones, mientras alrededor de ellos surgían y se entrecruzaban varias conversaciones.

—No, creas, la chatarra va a ser un buen negocio.

—La chatarra y todo, hombre. ¿No ves que no hay de nada?

Y unos golpes en la espalda.

—Los que tendrán que correr son los mandamases... Tú y yo ¿qué? No hemos hecho más que lo que nos han mandado.

—A más de cuatro que yo sé se les va a caer el pelo. Y muy

bien empleado que les estará...

Y una risa gorda.

—Por mí, que entren cuando quieran. Yo no he hecho nada y lo que quiero, es que me dejen de gaitas. Ya está bien de guerra, ¿no te parece?

—Digo si está bien. Me sé yo de algunos... Y un silbido.

—Vámonos —dijo Cubas—, porque me están entrando ganas de sacar la pistola y liarme a tiros con toda esta gentuza. Olivares sonrió tristemente.

Aún oyeron decir:

—Lo peor es reunir el primer dinero... ¿Tú crees que respetarán, como dicen, esos billetes de cien pesetas de la serie C?

Olivares cogió del brazo a Cubas y lo arrastró hacia la salida, diciendo:

—No hay que hacer demasiado caso a esa bazofia. Mientras, Trujillo arrugó en su mano, haciéndolo una pelota, un billete de banco y se lo tiró al del mostrador, por encima de las cabezas de los que tenía delante, gritando: —Y guárdate la vuelta. Ese es de los que no van a valer... Ya en la calle, dijo Gálvez: —Me estaba entrando como asfixia ahí dentro.

—Si llego a saberlo, no os traigo aquí —se excusó Trujillo. Luego se separaron. Cubas marchó con Gálvez para comer en casa de unos parientes de éste, y Olivares acompañó a Trujillo, que dijo cuando estuvieron solos: —Hay que aligerar, no sea que a la parienta se le quemen las lentejas...

Estaban sentados en torno a la mesa de pino, en la pequeña cocina, cada uno delante de su plato, donde el guiso de lentejas agonizaba ya. El fogón quemaba alegremente las resecas astillas con que lo atascara Trujillo antes de empezar a comer.

—¿Sabes que hace calor? —dijo Olivares, dejando la cuchara sobre su plato.

Trujillo se echó a reír.

—Dile de dónde sacamos las astillas, Encarna.

—Pues ya ves —dijo ella—, de los muebles. Ya no nos quedan más que los justos, y como esto se alargue un poco más...

—Entonces echaremos mano de las puertas —le interrumpió su marido—. ¿Para qué queremos muebles si tendremos que marcharnos a América con poco más que con lo puesto? ¿No te parece, Federico?

—Claro, hombre.

—Pero ¿va a ser eso verdad? —preguntó Encarna mirando a Olivares.

—Anda, chico, díselo tú —le pidió Trujillo—, porque a mí no acaba de creermme.

—De eso se trata al menos —contestó Olivares mirando a Encarna.

Los niños habían terminado ya, y Encarna se levantó para poner un plato lleno de carne rusa en conserva en el centro de la mesa. Sirvió a los pequeños y luego dijo: —Es que me ha dicho esta mañana doña Rosario...

Los dos hombres alzaron la cabeza, expectantes, pero ella se interrumpió para recoger los platos sucios y llevarlos al fregadero.

—¿Y qué es lo que te ha dicho? Anda, mujer, habla —la instó Trujillo.

Pero ella no abrió la boca hasta que les hubo servido la carne y tomado asiento de nuevo. Entonces dijo: —Pues verás... Yo le había dicho, días pasados, que pensábamos irnos todos a América... y no me contestó, como si no lo hubiera oído. Pero esta

mañana me llamó con mucho sigilo, me pasó a la salita esa que tienen, llena de tantos cachivaches, y me hizo sentar. A todo esto sin decir ni pío. Yo me pensaba que a qué vendría tanto misterio y tantos rendivuses... Bien. Después de mucho entrar y salir, va y me dice que quiere que me lo diga su marido porque de eso entienden los hombres más que nosotras. Yo estaba que botaba. Que estaba afeitándose y que pronto saldría. Yo le dije que no se preocupase, que yo no tenía prisa, que para lo que se puede guisar hoy en día... Y fue y me sirvió una copita de vino dulce. ¡Vaya!

—Pero bueno... —la interrumpió su marido, impaciente.

—Espera, hombre, espera. Pues salió don Rafael, hecho un pimpollo, con su mejor traje, con camisa limpia y hasta corbata. ¡Vaya, hombre! Ganas me dieron de reír... Estaba como en sus mejores tiempos, como si no hubiera habido guerra. Qué ¡hola, Encarna! ¿y su marido? Ya ves tú qué le importaría. Le dije que estabas por ahí... Y entonces me dice que le ha dicho su señora que tenemos pensado marcharnos a América, que si era cierto. Pues que sí, que eso queremos, que tal como se están poniendo las cosas lo mejor es largarse hasta que pase el chaparrón, por si las moscas. Y él: que no, mujer, que estáis equivocados, que Franco trae muy buenas intenciones, que todo se va a arreglar muy bien, que sólo tienen que temer los que hayan robado y matado, y que él sabía muy bien que tú no habías hecho ni lo uno ni lo otro, que éramos gente honrada, qué sé yo... Yo hubiera querido decirle: Mire usted, don Rafael, que yo no me fío un pelo de usted, que mucho gritar vivas al principio y luego tirar chinitas cada vez que los facciosos ganaban algo..., pero me callé eso y le dije que es que tú vas bien contratado a uno de esos países, con

buen trabajo y con buen sueldo y que, como has perdido tanto tiempo con esto de la guerra, quieres recuperarlo por los chicos. Que claro que tú no has matado ni robado, pero que de todas maneras no tenías ganas, ni yo tampoco, de que alguien quisiera olvidarse de los favores que nos deben echándonos en cara, para que no se lo echemos en cara a ellos, nuestra manera de pensar, que donde menos te piensas te sale un enemigo, y cosas así... A él no le sentó muy bien, me parece, porque suprimió la sonrisa y entonces me dijo que bien, que bien, que hagamos lo mejor que nos parezca, que sólo era un consejo, y que si alguna vez necesitamos de él que ya sabemos dónde le tenemos, y todas esas cosas. Así que eso me dijo que el que no haya matado ni robado no tiene nada que temer. ¿Qué te parece?

Ni Olivares ni Trujillo contestaron al pronto. Luego, dijo éste:

—Ese tío no sabe nada de nada y lo que dice es para darse importancia.

Olivares hizo un gesto de duda.

—Puede que haya oído algo, porque la consigna no tiene nada de tonta. Bien considerada, es muy desmoralizadora. ¿Para qué preocuparse ni oponerse si no va a pasar nada? Hay que sembrar la tranquilidad y la confianza para evitar cualquier reacción de última hora. No, no está nada mal... —y movió la cabeza.

—Bueno, pero a mí no me la dan —replicó Trujillo. Miró después a su mujer y añadió—: Nosotros nos largamos, Encarna, tanto si es verdad como si es mentira eso que dicen.

Manolito escuchaba ávidamente la conversación de los mayores, mientras que sus hermanos pequeños, aburridos, habían comenzado a molestarse el uno al otro, y cuando rompió a llorar su madre les hizo abandonar la mesa.

—¡Hala, veniros conmigo!

Manolito se quedó y los dos hombres liaron un cigarrillo.

—Gracias al fulano aquel de tu hotel fumamos y comemos.

¡Menudo remiendo echó a nuestra intendencia! —murmuró Trujillo.

—Me he dado de cara varias veces con él y con las dos mujeres...

—Eso quería yo preguntarte, hombre. ¿Y qué?

—Pues nada. Nos saludamos, y en paz.

—Como si no hubiera habido tal atraco, ¿eh?

—Sí. Como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Fumaron en silencio.

—A lo mejor es verdad lo que nos dijo, ¿eh, Federico?

—No te diría ni que sí ni que no. Se ven y se oyen tantas cosas absurdas...

—Lo he pensado muchas veces desde aquella noche y, si es verdad lo que nos contó, no hay duda de que lo pasaron mal, sobre todo al principio.

Volvió Encarna y se encaró entonces con Olivares.

—Supongo, Federico, que tú te vendrás con nosotros, ¿no? Siempre será mejor ir con conocidos y amigos, digo yo.

Olivares enseñó su media sonrisa triste.

—Sí, claro, aunque... va a ser muy duro para mí marcharme de España sin saber qué ha sido de mi madre y de mi hermana. Hace más de seis meses que no tengo noticias de ellas.

—¿Y antes las tenías más a menudo? —le preguntó Encarna.

—No. Durante la guerra sólo en tres ocasiones he sabido de ellas, y siempre por intermedio de la Cruz Roja. Ya conocéis esa clase de mensajes: «Estamos bien, abrazos». En resumidas

cuentas, sólo te dicen que viven todavía. Nada más.

Marido y mujer cruzaron una mirada de inteligencia y Olivares siguió diciendo:

—Es curioso. Siempre me he acordado de mi familia, desde luego, pero no con la fuerza y el sentimiento de ahora. Antes, cuando me venía su recuerdo a la imaginación, no sé por qué no me angustiaba tanto, tal vez porque había otras cosas que me preocupaban más. Claro, uno no paraba. El frente, el peligro... En estos días, en cambio, no me deja en paz su recuerdo. Las veo tristes, muy lejos... Parece como si las hubiera sacrificado a mi egoísmo. Me encuentro muy solo y las echo de menos como nunca. No sé... —y miraba a sus amigos moviendo la cabeza, confuso y desolado.

Trujillo puso amistosamente una mano sobre su hombro.

—¡Bah, no pienses así! Exageras, Federico. Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado ni nada pudiste hacer para evitarlo. De quedarte en tu pueblo, te hubieran liquidado, ¿no es eso?

—Probablemente. Pero aunque no me hubiesen hecho nada, yo habría aprovechado la primera ocasión para pasarme a esta zona. Mi deber era combatir junto a los que pensaban igual que yo.

—Pues entonces... Además, en cuanto lleguemos a nuestro destino, allá en América, podrás reclamarlas.

—Ya verás cómo os juntáis otra vez —intervino Encarna.

—Ya, ya —concedió Olivares—, pero no sé qué daría por tenerlas ya a mi lado. Os repito que me siento muy solo. Ya no sabe uno adónde mirar.

—Eso sí que es cierto, Federico, —y Trujillo golpeó la mesa con la palma de la mano—. Parece que le van arrinconando a uno. No

es que me importe mucho, es un detalle, ¿sabes?, pero desde hace unos días, la portera o se esconde o se hace la longui cuando me ve salir o entrar, mientras que antes... ¡No veas lo empalagosa que era! Claro, tiene recogido un pariente, ella dice que es su primo, que huele a cura a media legua, ¿comprendes?

—Pues conmigo hace lo mismo —añadió Encarna—. Ya ni le hace caricias a Dorita, y antes tenía que quitársela muchas veces, de tantos besos y achuchones como le daba.

—¿Ves cómo tenemos que buscar otros aires? —le preguntó su marido.

Encarna hizo un gesto de asentimiento al tiempo que levantaba la mesa, y Trujillo, tras una breve pausa, dijo a su hijo: —Anda, vete tú también a jugar un rato —le acarició la mejilla y añadió—: Ya verás cuando estemos en América... Lo vamos a pasar de miedo.

—Tendremos caballos y escopetas, verdad? —inquirió Manolito.

—Pues claro —le contestó su padre.

—Y peharemos con los indios, ¿no?

—Los indios ya no pelean, hijo. Pero iremos a cazar fieras. Al chiquillo le relucían los ojos.

—Ya verás qué bosques y qué ríos tan grandes —y Federico subrayó sus palabras abriendo mucho los brazos.

—¡Y qué libertad para todos, hijo!

El niño, de pie, miraba a uno y a otro, con los ojos iluminados de ilusión.

—¿Y también tendremos perros, papá?

—También, hombre.

—¿Y cuándo nos vamos a ir?

—Muy pronto.

—¿Y habrá escuela?

—Claro. Este compañero —y señaló a Federico— será allí tu maestro.

Manolito movió la cabeza.

—Pues eso ya no me gusta tanto, ¿sabes?

Encarna escuchaba sonriente el diálogo del niño con los dos hombres.

—¿Qué te creías —le dijo—, que allí vas a estar hecho un golfales como aquí? —y le revolvió el pelo.

Cuando, al fin, salió el niño de la cocina, sus padres y Federico se miraron en silencio y entonces pudo oírse por el patio interior la voz de una mujer joven que cantaba «Ojos verdes».

—¡Quién fuera él! —suspiró Federico, apuntando con un gesto la puerta por donde había desaparecido el niño.

—Y que lo digas —asintió Trujillo—. Ellos no sabrán nunca lo que hemos pasado todos estos años. Cuando sean mayores, pensarán que han sido muy bonitos...

—Sí, la guerra hay que hacerla para saber lo que es. Ellos van a tener más suerte.

—Quiera Dios —dijo Encarna— que no tengan que verse como nosotros.

Luego, la mujer preguntó a los hombres:

—Me queda un poco de cebada tostada. ¿Queréis que os haga una tacita?

Olivares y Trujillo asintieron con un gesto, añadiendo éste:

—Pues claro. A falta de café..., aunque me pienso que el día que tomemos café de verdad nos vamos a marear, ¿eh, Federico?

Antes de que Federico pudiera contestar se oyó el repiqueteo

del timbre de la entrada del piso. Encarna, que había abierto el grifo del agua, lo cerró, preguntando en voz alta: —¿Quién será?

Tras un instante de vacilación, Trujillo se puso en pie:

—Espera. Yo iré a abrir.

Pero ya se oía una voz de hombre en el pasillo y, seguidamente, sonó el grito de Manolito: —¡El tío Matías!

Trujillo, muy sorprendido, se volvió a su mujer.

—¿Tu hermano?

Ella, igualmente perpleja, se encogió de hombros. Entonces se abrió la puerta de la cocina y apareció en ella la figura de un hombre joven, rechoncho, cubierto con un capote de soldado sin insignias militares, llevando auestas un abultado macuto.

Siguió un instante de indecisión y sorpresa.

—¡Salud! —saludó el recién llegado, avanzando hacia Encarna.

—Oye —le dijo Trujillo.

Matías se detuvo y miró a su cuñada. Éste prosiguió ¿Cómo tú por aquí? ¿Qué ha pasado? Matías le respondió: —Ahora te contaré —y fue a besar a su hermana. Mientras, dijo Trujillo a Olivares: —Es mi cuñado. Es el que estaba de oficial gobernador en el cuartel general de una división, cerca de El Escorial. Ya os conté a ti y a Cubas lo que me pasó allí hace unos días...

Olivares hizo un gesto de asentimiento y miró más detenidamente al recién llegado. Este había dejado, entre tanto, el macuto sobre la mesa, diciendo: —Es comida. Toda la que me he podido traer.

—Pero si tú estabas allí como Dios... —le echó en cara Trujillo —: ¡Menuda vida os pegabais! —Matías meneaba la cabeza pesarosamente. Su cuñado continuó atacándole—: Y hechos unos fachas. ¿Por qué has salido pitando a última hora, sin insignias ni

nada, como un prófugo?

Para Encama no pasaron inadvertidos el gesto agresivo de su marido ni la expresión de abatimiento de su hermano. Por eso dijo a éste: —Anda, quítate el capote y siéntate. ¿Te apetece un poco de café de cebada?

Matías se despojó de la gruesa prenda militar, ayudado por su hermana, y tomó asiento.

—Ahí —señaló el macuto— traigo un poco de café. Haz para todos, si quieres —y sonrió caninamente a su hermana. Luego, se encaró con su cuñado—: Ya sé lo que piensas de mí, hombre, pero te advierto que me liaron. Claro, la guerra se veía perdida y yo piqué... Tú ya sabes que nunca me mezclé en política. Vino esto, que ojalá no hubiera venido nunca, y me acoplé. Si me hubiera cogido en el otro lado, pienso que habría hecho lo mismo. Como otros muchos... —Hizo una pausa para secarse el sudor que le corría por la frente y prosiguió—: Pero las cosas no van a salir como se pensaba. Se ha sabido allí, en la División, que el enemigo no va a reconocer nada ni va a tener en cuenta el comportamiento de última hora.

—Claro, no se va a fiar de traidores. Es natural —le interrumpió Trujillo.

Matías bajó la cabeza.

—Está bien, hombre —dijo, tragando saliva—, pero no hemos traicionado nada, al menos yo. ¿Qué podía traicionar yo? Era un paripé. Chico —y levantó la cabeza—, te digo la verdad, yo lo que pretendía con aquella mojiganga era ganar algunos puntos para que luego me dejaran tranquilo y poder volver a mi oficina. A mí no se me había perdido nada en esta guerra y...

—Pero tú eres un trabajador, Matías —estalló Trujillo.

—Sí, ya lo sé. Por eso no me pasé a la otra zona y aguanté lo mío, a pesar de ver que aquí no pitaba nada. Pero al estar todo perdido, ¿qué quieres que hiciera? ¿El mártir? Ni hablar de eso. Tú eres un hombre de ideas, lo has sido siempre, y es diferente.

Encarna se había olvidado del café y estaba únicamente atenta al tiroteo de palabras y frases entre su marido y su hermano, temiendo, sin duda, el estallido final. Por su parte, Federico se removía constantemente en su asiento y miraba de cuando en cuando su reloj, dando así visibles muestras de que empezaba a sentirse incómodo en medio de aquella situación familiar.

—Un hombre de ideas... ¡Qué sabrás tú de eso! —exclamó Trujillo despectivamente.

—Un militante, como decís vosotros.

—Sí, claro, y poco bien que te vino...

—De acuerdo. Y te estoy muy agradecido.

Trujillo se encogió de hombros con desprecio. Luego se quedó mirando a los ojos de su cuñado.

—Ya. Y ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Por qué has venido? Porque tú no haces nada al tuntún. Esa comida...

—Pues mira, porque quiero que el final no me coja en el frente.

—Hombre, entre tus amigos fachas...

—Allí nadie se fía de nadie. El que más y el que menos anda buscando un refugio donde meterse. Yo tonteaba con una chica refugiada que tiene dos hermanos en la otra zona, y ha sido ella la que me ha dicho que no me confíe y que me largue de allí todo lo lejos posible. Bueno, es lo que está haciendo todo el mundo: oficiales y tropa. Ya se ha marchado más de la mitad de la división. Unos han tirado para sus casas y otros se han pasado al enemigo

con sus armas, algunos hasta llevándose para allá ametralladoras y todo.

Trujillo y Olivares cruzaron una mirada y cada uno sorprendió en el otro un mismo gesto de rabia.

—¡Canallas! —exclamó Trujillo dando un puñetazo en la mesa—. Es una pena que los otros no los reciban a tiros, que es lo que debían hacer. ¿Pasarse ahora? Ni para nosotros ni para ellos valen.

Siguió un silencio. Trujillo, muy nervioso, se levantó de la silla y abrió la ventana. La misma voz de mujer joven cantaba con sordina otra canción popular: «María Salomé».

—¿Y dónde piensas meterte? Esta casa no es un boquete seguro...

La pregunta había salido de los labios de Trujillo como un escopetazo. Matías se encogió de hombros.

—No lo sé. Me he traído un coche y un par de bidones de gasolina de la División, por lo que pueda ocurrir. ¿Y vosotros? ¿qué vais a hacer?

Terció entonces Encarna:

—Irnos a América. Nos vamos todos, y, si tú quieres venirte con nosotros, no creo que haya ningún inconveniente.

—¿A América? Pero ¿va a dar tiempo?

—Eso creemos, Matías.

—¿Y los barcos? Harán falta muchos barcos.

Como no supiera qué contestarle, Encarna dijo, señalando a Olivares y a Trujillo:

—Ellos lo sabrán.

Matías miró alternativamente a los dos hombres. Olivares se puso en pie y habló por primera vez desde que apareciera Matías: —Esperamos que los haya. Eso es todo.

—¡Estaríamos salvados! —gritó casi Matías, desprendiéndose de su aire contrito.

Trujillo sonrió.

—Ya veremos —dijo—. A lo mejor vas a tener hasta esa suerte, hombre. Para eso tu cuñado es... un militante, como decimos nosotros. O un gilipollas, como decís vosotros, ¿eh?

—Bueno, hombre, bueno —y Encarna le cogió de un brazo—. Anda, siéntate y tranquilízate. No es ésta la ocasión para andarse con tiquismiquis. Ahora, a hablar de América mientras yo hago el café, ¿no te parece, Federico? Pero Federico se excusó: —Ya es tarde y quiero pasarme por el comité por si hay alguna nueva noticia.

Trujillo le acompañó hasta la puerta. Allí le preguntó en voz baja:

—¿Qué te parece ese cabrón?

Olivares le contestó sólo con una sonrisa. Al cruzar el portal vio cómo la portera, que le había visto desde su cuchitril, volvía ostensiblemente la cabeza para mirar a otro lado.

*

Cruzó rápidamente el vestíbulo del hotel y subió la escalera sin esperar al ascensor. Al abrir la puerta de su cuarto, se encontró a Matilde metida en la cama.

La muchacha alzó la vista del periódico que estaba leyendo y le sonrió, mostrando una vez más la malicia de sus dientes ligeramente separados. Él, después de cerrar tras sí la puerta, corrió a abrazarla. Y, al final de un largo beso, dijo: —He venido corriendo. Esta mañana a primera hora me llamaron urgentemente del comité, pero he dejado a los compañeros en plena reunión tan pronto como oí tu voz por el teléfono.

Ella seguía sonriéndole.

—Necesito tanto verte y sentirte a mi lado... No puedes imaginarte, Matilde, lo que es para mí tu compañía en estos momentos —continuó diciendo.

Ella apagó la sonrisa y le preguntó:

—¿Cómo van las cosas, Federico?

Federico se levantó y empezó a desnudarse y, de espaldas a ella, murmuró:

—Mal. Creo que muy mal. Esto amenaza desplomarse de un momento a otro cogiéndonos a todos debajo. Los soldados abandonan los frentes y ha empezado el desfile hacia Valencia y Alicante, como en noviembre del 36, sólo que ahora...

Pero ella guardó silencio hasta que lo tuvo junto a sí, asido fuertemente a su cuerpo, con los ojos cerrados y más estremecido que nunca.

—Bien y ¿qué piensas hacer, Federico?

—No lo sé, ni quiero pensarlo. Ahora sólo pienso que te tengo entre mis brazos, y me basta.

Y quedaron callados. Y ella también cerró los ojos. Tan mudo estaba asimismo el hotel, que parecían sumergidos en un lago de silencio, y aunque por los cristales pasaba la luz de la ciudad, era como si estuvieran en un remoto paraje abandonado, envueltos en jirones de niebla, solos definitivamente. En aquella deslucida y triste habitación de hotel, avejentada por la desidia de la guerra, de nuevo se buscaban desesperadamente y huían de todo en un instante profundo, agónico.

Y, como otras veces, el brusco y dolorido retorno. Fue él quien habló primero:

—Matilde, no puedo estar tantos días sin verte, ahora menos

que nunca.

—Lo sé, pero no hay remedio —dijo ella, despertando.

—Hay que buscar una solución.

—¿Cuál?

—Hay que buscarla.

Él cubrió su desnudez.

—¿Vendrás conmigo?

—Sabes que no puedo.

Él se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

—Nos llevaremos a tu hijo, y hasta a tus padres, si quieres.

—Pero, Federico...

—Yo te daré una vida nueva. Se nos unirán también mi madre y mi hermana, y seremos todos una misma familia. Hablaban sin mirarse, entornados los ojos.

—No podrá ser, Federico.

—¿Por qué? ¿Por tu marido? ¿Sabes siquiera si vive? Entonces se incorporó ella. Le alisó los cabellos con sus dedos, lentamente, y luego suspiró.

—Sí.

Él abrió los ojos.

—¿Qué dices?

—Lo sé desde hace mucho tiempo, Federico. Su tío el canónigo le salvó la vida, pero no pudo evitarle la cárcel. Ahora está en el penal de Burgos cumpliendo condena a treinta años de reclusión.

Él dilató los ojos, incrédulo, y ella afirmó lentamente con la cabeza.

—¿Cómo lo sabes, Matilde?

La pringosa luz de la ventana la hacía aparecer pálida y ojerosa, ajada, como si tuviera veinte años más.

—Tengo que decirte ahora una cosa que no sé si serás capaz de perdonarme.

Federico, como si le hubieran pinchado, quedó sentado en la cama de un salto.

—¿Guardiola? —preguntó.

Ella negó con la cabeza, sonriendo tristemente.

—No, no es por ahí.

—Entonces ¿qué? —y le apretó fuertemente una muñeca. Matilde cerró los ojos.

—Me estás haciendo daño —murmuró.

—¿Y tú a mí?

Pero la soltó. Entonces ella dijo, sin mirarle a la cara:

—Desde hace más de un año estoy al servicio de Auxilio Social.

—¿Auxilio Social? ¿Qué auxilio es ése, que lío es ése, Matilde?

—Es lo que vosotros llamáis Socorro Blanco. Y Guardiola también. Él fue el que me convenció. Desde el Socorro Rojo hemos estado ayudando al Socorro Blanco él y yo, y otros. Desde hace tres o cuatro meses, muchos.

Se quedó atónito.

—Así que... —pero no pudo continuar.

Olivares se cogió la cabeza entre las manos. Siguió un silencio. Matilde no se atrevía a tocarle, pero al fin se decidió a hablar: —La guerra estaba perdida ya entonces. Lo comentaba la gente enterada. No se podía decir en público, pero se sabía. Lo que me extraña es que tú no te dieras cuenta también, y eso que estabas en el frente... Guardiola se puso en contacto con ellos y un día me dijo que sabía lo que le había ocurrido a mi marido. Yo no le creí al principio, pero insistió tanto... Hasta me trajo una carta de él y cuando yo le pregunté que cómo se las había arreglado para

conseguirla fue cuando me confesó también su trabajo. Era expuesto, pero no teníamos opción. Acepté colaborar, y la verdad es que no he tenido grandes dificultades. Disimulo y nada más. Los antecedentes políticos de Guardiola y los de mi marido nos cubrían suficientemente.

Olivares continuaba inmóvil. Matilde rompió a llorar contenidamente y la angustia de su llanto le hizo a él estremecerse.

—No me atreví nunca a decírtelo, porque te hubiera perdido sin remedio, lo sé —continuó diciendo ella entrecortadamente—, y no quería perderte. A pesar de todo, nunca he sido tan feliz como en esta maldita guerra, aunque pueda parecer mentira. Por ella te encontré, pero temía que su final sería también el de mi dicha. Y quería y no quería que acabase. Y ahora...

Se enjugó los ojos con el embozo de la sábana. Hizo una pausa y prosiguió después: —No puedo dejarlo en una cárcel, ¿comprendes? Es el padre de mi hijo. No lo quiero, pero sería una infame y acabaría por serte odiosa si yo huyese ahora contigo, eso en el caso de que pudiéramos huir.

Volvió hacia él la cara y se encontró con sus ojos serenos, tristes.

—Perdona dijo Federico— que haya sido por un momento cobarde.

—¿Cobarde tú? ¿Y por qué? —le preguntó ella, asombrada.

—Sí, cobarde. Me ha dado miedo quedarme solo.

—¡Pobre! —gimió Matilde, asiéndose a Federico. Mientras ella, en un movimiento incontenible de ternura, le besaba los brazos y luego el pecho, y el cuello y, finalmente, el rostro, decía él: —Me olvidé de que soy un revolucionario... Nunca fui un

guerrero, pero siempre he sido un revolucionario. Eso he creído al menos. Y los revolucionarios...

No terminó la frase porque ella le selló los labios con los suyos. Permanecieron un largo rato en silencio, muy apretados, hasta que él dijo: —Seguramente ésta es nuestra despedida, Matilde.

—No digas eso, Federico —protestó la mujer—. No quiero oírlo.

—Es la ley.

—¿Qué ley?

—¿Y me lo preguntas tú?

Él sonreía tristemente. Matilde cerró los ojos y, tras una breve pausa, habló de nuevo.

—Quiero que me prometas una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que no te marcharás en el último momento a tontas y a locas.

Entonces él replicó en tono más enérgico:

—Eso no lo haré nunca. O nos marchamos organizadamente, o me quedo aquí a hacer frente a lo que venga.

—También quería decirte, Federico, que en mi casa, bueno, en la de mis padres, que es igual, tendrás siempre un refugio. Si te ves en un apuro, no lo dudes...

Federico cogió sus manos y las acarició largamente para terminar besándolas.

—Está bien, pero creo que no hará falta.

—Ojalá.

Y quedaron callados otra vez. Oscurecía en la ventana. Todo se había tornado sórdidamente triste alrededor. Federico y Matilde estaban como de espaldas el uno al otro, pensando cada cual en el

doloroso desenlace que los amenazaba. Al cabo, Matilde se escurrió suavemente de la cama y Federico se volvió a mirarla. El plano de su desnudez, primero, y luego su escorzo, en rápido deslizamiento hacia el cuarto de baño, lo dejó absorto.

(Es algo que se me va para siempre. Ya no lo veré más...)

Matilde comenzó a hablar de nuevo desde allí:

—Quiero que me acompañes hoy a mi casa para poder presentarte a mis padres. Les he hablado tanto de ti, que tienen muchas ganas de conocerte. Ellos creen que estás también controlado en nuestro servicio, ya ves... Por supuesto, sólo Guardiola sabe lo nuestro... No tendrás más que disimular un poco. ¿Lo harás? Mi padre no entiende de política, pero está deseando que acabe la guerra... Ahora está contento y habla entusiasmado de Franco, pero tú no lo tomes muy en serio. Mi madre, la pobre, no sabe nada de nada, pero también para ella Franco es como un dios. Han pasado mucho miedo, y eso que no les ha faltado nunca que comer. Pero ya sabes, son dos viejos anticuados. Todavía no les he dicho que mi marido está en el penal de Burgos, porque el día que lo sepan se van a llevar un gran disgusto. Creen que está luchando con los otros...

(¿Dónde está Matilde? La oigo, pero no la veo. ¡Matilde! ¡Matilde! ¿Cómo son sus muslos? ¿Cómo sus pechos? Pero ¿ha sido verdad todo esto? ¿Me levanto? ¿La sorprende una vez más? Pero ¿para qué? Ya es tarde. Aurora, Matilde... ¿Y Marilú? ¿Qué será de Marilú? ¿Por qué no me pides nunca nada, Marilú? Voy a levantarme. No, esperaré a que termine. Sí, esperaré. ¡Qué solo me estoy quedando...!) —Hala, ya puedes entrar, Federico. Tenemos que darnos prisa.

*

Antes de pulsar el timbre, dijo ella:

—Y acuérdate. Aquí es donde nadie vendría a buscarte.

—Lo sé —murmuró Federico.

—Y dime ahora: ¿tú no sospechaste siquiera que la guerra la teníais perdida desde hace más de un año por lo menos? Federico sonrió.

—Sí, claro que sí. Pero no olvides una cosa, y es que yo no estoy hecho de la misma madera que ese Guardiola.

Entonces Matilde dejó de mirarle y apretó el botón. En seguida se oyeron como voces confusas y pasos precipitados por el pasillo. Luego, el roce de la mirilla, hasta que, finalmente, se oyó decir a una voz fresca de mujer: —Es Matilde.

Y se abrió la puerta, apareciendo en ella la figura de una muchacha que dijo en voz baja a Matilde: —Es que estamos a todo meter... ¡Figúrate qué redada! Y se echó a reír, mirando a los ojos de Federico.

—Este es el camarada Olivares.

—Y ésta, Julita, una buena camarada.

Al tiempo de darse la mano, Federico descubrió que algunas cabezas aparecían y desaparecían rápidamente por una puerta cercana, pero no tuvo tiempo de preguntar nada porque Matilde, cogiéndole una mano, se lo llevó pasillo adelante, diciendo: —Ven, te voy a presentar a todos.

A los pocos pasos, se detuvieron en el umbral de aquella puerta. Desde allí se veían dos habitaciones contiguas, que daban la impresión de un improvisado taller de costura, donde se mezclaban los muebles más diversos: aparadores, librerías, máquinas de coser... Las ocupaban un grupo de muchachos y

muchachas. Parte de éstas, sentadas ante máquinas de coser, unían trozos de percalinas rojas y negras. Otras remataban a mano pequeños banderines de los mismos colores. En cuanto a los muchachos, algunos ayudaban a las chicas a cortar las telas y dos de ellos, apartados en un rincón, copiaban algo en una máquina de escribir.

Federico puso cara de asombro ante aquel entusiasmo juvenil que le recordaba otras muchas escenas semejantes de los primeros meses de guerra y, sobre todo, ante aquellas banderas tan parecidas a las sindicalistas y que, por la disposición de los colores, no lo eran. ¿Qué significaban aquellas banderas? ¿Qué simbolizaban? ¿A quién pertenecían?

Pero hablaba otra vez Matilde:

—Camaradas, os presento al camarada Olivares, Federico Olivares, que con tanto entusiasmo, y con tanto peligro para él, ha venido colaborando secretamente con nosotros.

Los jóvenes suspendieron momentáneamente su quehacer para sonreírle amistosamente y saludarle levantando el brazo.

—¡Arriba España! dijo alguien, sofocando la voz.

Entonces, el que estaba escribiendo a máquina siseó imperiosamente. Y, cuando se hizo de nuevo el silencio, dijo: — Hay que guardar, camaradas, toda clase de precauciones hasta el último momento. Precisamente porque ya falta poco para que vuelvan victoriosas nuestras banderas, hay que ser más prudentes —y, dirigiéndose a Olivares, añadió—: ¡Bien venido, camarada!

Federico empezó a temblar por dentro. Acababa de comprender y miró duramente a Matilde, pero ella se le adelantó: —Espera aquí un momento. Voy a ver por dónde anda mi padre — oyó que le decía ella y que luego añadía en tono confidencial—:

Tú, como si nada. No seas tonto.

Y le dejó solo en aquel extraño ambiente, donde no sabía qué hacer ni dónde mirar. Por su parte, los muchachos y muchachas habían vuelto a reanudar su tarea, pero era evidente, por sus cuchicheos y las miradas de soslayo que le dirigían, que su presencia y su actitud de perplejidad los intrigaba. De pronto, el que escribía a máquina se levantó y se dirigió hacia él, papel y lápiz en mano. Era un jovenzuelo de mirada ardiente, delgado, con una tenue sombra de barba y muchas espinillas en la frente y en el entrecejo.

—Me llamo Pajares y soy camarada de primera línea —dijo a Olivares con cierto aire impertinente y militar.

Olivares sonrió por toda respuesta, dominando hasta lo imposible la cólera que ya comenzaba a turbarle.

—Y he pensado —continuó diciendo el otro— que podrías prestarnos un gran servicio.

—¿Yo? —se oyó a sí mismo decir Olivares.

—Sí, tú. Como has estado en contacto con los rojos tanto tiempo, sabrás algunos nombres y direcciones. Nos ahorrarías luego mucho trabajo.

¿Rojos? ¿Ahorrar trabajo? Olivares no comprendía.

—No sé a qué te refieres... —contestó, mirando derechamente a los brillantes ojos negros del muchacho. Éste movió la cabeza, impaciente.

—Sí, camarada. Nombres y direcciones de los que hayan cometido fechorías.

—¿Cómo? —y Federico aspiró profundamente.

Su interlocutor frunció el entrecejo.

—Claro, de criminales. ¿Es que me vas a decir que no conoces

a ninguno?

La ira se le amontonó en la garganta a Olivares. Era como si se ahogase. Sus ojos chisporrotearon. Pero pudo contenerse y contestarle en tono seco y desdeñoso: —Pues sigo sin entenderlo. Yo no me he tratado nunca con tipos de esa calaña.

El muchacho hizo un visible esfuerzo también para reprimirse. Sólo dijo:

—Está bien —y le volvió la espalda para regresar a su puesto.

Los demás habían seguido atentamente la escena y, al ver la actitud de su joven camarada, se quedaron mirando al intruso gravemente, con aire de desconfianza. Ya nadie sonreía ni cuchicheaba. Era como si hubiese pasado sobre sus cabezas un soplo de sospecha.

Pero en ese momento se oyó la voz de Matilde en el fondo de la casa. Federico volvió la cabeza en aquella dirección y, seguidamente, salió al pasillo y, ya sin dudarlo, se dirigió a la puerta de entrada del piso. Oyó que Matilde preguntaba por él y que luego le llamaba, pero estranguló aquella voz con el portazo que dio al salir. Como si le persiguieran, se lanzó después corriendo escalera abajo. El ruido de sus taconazos en la madera de los peldaños sonaba y crecía como un martilleo ensordecedor. Se tropezó con alguien en el portal, pero ni siquiera se excusó, oyendo después que le gritaban: —¡Eh, animal!

No paró hasta llegar a la esquina de la calle de Ayala, para respirar hondo y serenarse. Era ya entre dos luces y se veía poca gente circulando por aquellas calles. Lió un pitillo.

(Es increíble... Son increíbles la tranquilidad y la desenvoltura de Matilde. Tú, como si nada. No seas tonto. Y viendo hacer en mis narices banderas enemigas... ¡Cómo ha sabido ocultármelo

durante tanto tiempo! Y su marido en el penal de Burgos, condenado a treinta años de prisión... No me cabe duda de que muchas personas, especialmente mujeres, son capaces de desdoblarse en dos o en tres. Aurora tenía un hermano fascista que me enviaba anónimos de muerte, y Matilde trabaja para ellos teniendo un marido en la cárcel y un amante revolucionario. Es increíble... Como es increíble también que yo no acometiera a aquella gente y saliera huyendo de allí...) Meneó la cabeza y siguió andando.

(Y ese chaval no me gusta. Tiene ojos de fanático. Tan joven y ya odiando de esa manera... Claro, a lo mejor tiene motivos personales para ello... ¡Ha sembrado tanto odio esta guerra!... Todo el país está podrido de odio: el aire, la tierra, las gentes... Como no sea que la Iglesia nos eche una mano... Pero ¿será capaz de defendernos y de pedir piedad para los vencidos?) Al llegar a la calle de Goya volvió la cabeza. Ya no podía ver la casa de Matilde, que quedaba muy atrás, pero sí reconstruir mentalmente aquel breve itinerario que había hecho muy pocas veces llevando prendida del brazo a la muchacha: la noche en que le detuvieron los negrinistas, la primera; haría sólo como una hora, la última.

(Ya no se repetirá. Ella correrá a Burgos con su hijo... ¿Y yo, dónde estaré yo dentro de unos días?) Se detuvo de nuevo junto a la baranda de la estación del «metro». Las banderas revolucionarias seguían meciéndose perezosamente al viento, aunque ajadas y descoloridas. Se veían igualmente muchos carteles de propaganda republicana y antifascista, aunque algunos de ellos estuvieran desgarrados y el vientecillo moviera sus jirones. Y también se advertía una mayor concurrencia de transeúntes, si bien la mayoría eran militares: grupos de soldados

oliendo a trinchera, sin armas, cargados con maletas y paquetes, algunos hasta con colchones. Probablemente desertores, huidos de los frentes, que regresaban a sus casas. Parecían tristes, avergonzados, abatidos. Vencidos. Eran vencidos. Como lo eran los que ocupaban dos camiones que aparecieron viniendo de las Ventas. Iban apelotonados en las plataformas, silenciosas, con expresión de cansancio y de estupor. Ni un viva, ni un grito, ni una canción. Eran los mensajeros del desastre que llegaba por todas partes como la noche.

Olivares siguió con la vista a los dos camiones hasta que se perdieron por el rumbo de la calle Narváez. ¿Adónde irían? Luego centró su atención en la gente que subía y bajaba por la escalera del «metro». Nadie reía tampoco. Aun en las jornadas más dramáticas de la guerra, los madrileños no olvidaron la chirigota ni el buen humor. Ya, sí. Porque la gente sentía la pesadumbre de la derrota, con sus malos presagios, sus incertidumbres y sus remordimientos. La derrota que planeaba sobre la ciudad como una águila atroz.

(Parece como si cada uno buscase a Dios para preguntarle qué va a ocurrir después, porque sólo Dios puede decírselo... Si yo tuviera a mi madre aquí, a mi lado... Hijo, ha sido la mala suerte. Tú no tienes culpa de nada y no has hecho más que cumplir con tu deber. Para mí sigues siendo el mismo y es igual que si volvieras vencedor. ¿Vencedor? ¿Y cuándo se vence o se es vencido de verdad? En lo más alto quedan siempre las banderas de la esperanza, madre. Son las últimas que nos quedan y ¿quién sería capaz de abatirlas definitivamente? ¡Nadie, nadie, madre! Nada sucede en vano ¿comprendes? ¿Qué importa, pues, lo que me pueda pasar a mí?) Y Federico Olivares se zambulló en la estación

del «metro».

X

El ala herida de la tarde sólo rozaba ya las cumbres de las colinas mientras que por el valle avanzaban las primeras sombras de la noche, todavía tenues, vaporosas y frágiles. El mar, en cambio, se oscurecía más intensamente por momentos. No se movía ni un aliento de brisa y sobre el paisaje pesaba todo el calor acumulado durante aquel ardoroso día del mes de julio, en que el sol había bramado a sus anchas como un toro en celo.

Federico, desde el alpende de aquella especie de choza que servía de taller al viejo Martín, escondida en un repliegue de la loma, entre cactus y chumberas, contemplaba atentamente el panorama. A su izquierda, una serie de casuchas desperdigadas entre huertas arenosas llevaba, en descenso, hasta el gran caserío del pueblo que se extendía por una estrecha franja, junto al mar. Por delante tenía el valle que terminaba en una barriada de pescadores, cogida entre la playa y la carretera general. A su derecha, la cadena de lomas y alcores se ondulaba y crecía, perdiéndose en un horizonte de sierras. Lejos, en la llanura del mar, emergía, como un gran barco, el peñón de Gibraltar.

De pronto, algo atrajo más vivamente su atención. Eran dos sombras que se movían por la carretera en dirección al pueblo, de

derecha a izquierda. A los pocos minutos, las dos sombras fueron adquiriendo formas concretas. Eran, sin duda, dos camiones descubiertos. El ruido de sus motores, imperceptible al principio, fue creciendo y engordando en la caja de resonancia del valle a medida que se acercaban, y cuando ya estuvieron a la altura del poblado de pescadores, pudo apreciar que se trataba de dos transportes militares, cargados de soldados en pie. Las últimas luces hacían brillar sus bayonetas y destacaban el blanco tocado de sus cabezas. Los camiones pasaron por delante de las casas, sin detenerse, y siguieron imperturbablemente su ruta.

Federico, que había estado conteniendo inconscientemente el aliento, respiró entonces profundamente y se volvió al interior del chamizo. El viejo Martín seguía dándole al torno con el pie mientras sus manos terminaban de moldear un botijo de barro gris.

—Acaban de pasar dos camiones de moros —dijo Federico.

Martín le miró sin entender y Federico hubo de acercarse más a él y levantar la voz:

—Digo que acaban de pasar por la carretera dos camiones cargados de moros. Creí que iban a descargar en el barrio, pero no; han seguido para el pueblo.

Martín, más envejecido por el trabajo que por la edad, era un hombre correoso, enjuto, con el rostro y el cuello marcados con esas profundas arrugas que parecen trazadas en corteza de árbol. Tenía una abundante cabellera, rizada y blanca, y unas ásperas cejas grises. Paró el torno y habló, sin que se le cayera de entre los labios la húmeda colilla apagada:

—Ya he oído el ruido. Si llegan a quedarse en el poblado, nos estropean la combinación, don Federico.

—Pues eso me temí —siguió diciendo Federico—. Y hubiera sido fatal, después de lo que ha costado prepararlo todo.

Martín dio una chupada a la colilla, después de trasladarla con la lengua desde el ángulo de los labios al centro de la boca. Pero era ya sólo papel y la escupió. Luego dijo:

—Pues cualquier día pondrán moros ahí también. Por eso no se puede esperar más.

—Claro que no. Llevo todo el día deseando que anochezca.

Martín volvió la mirada hacia la puerta. Tenía ojos de gato, muy vivos, que chispearon al recibir directamente la escasa claridad del exterior.

—Pues ya falta poco —afirmó—. Pero voy a rematar antes este botijo.

Todo revelaba calma en él. Mojó las manos en una lata con agua que tenía a su vera, acarició después la panzuda vasija, humedeciendo el dócil barro, y puso otra vez en movimiento el torno.

Junto a una de las paredes se alineaban los diversos cacharros que había moldeado durante la jornada: botijos, pucheros y lebrillos. El suelo del chamizo era de tierra revuelta con paja y cagarrutas de cabra; su techo, de cañizo; sus paredes, de adobes.

Federico se dispuso a esperar y se sentó para ello en un cajón vacío. No se oía más que el monótono roce del eje de madera del torno y, de cuando en cuando, el tintineo débil de una esquilita de ganado fuera, porque, habiéndose ya retirado a dormir las moscas, había cesado también el zumbido del aleteo de sus enjambres.

(¿Y qué va a hacer la tropa? —pregunta Federico.

Está junto con Ricardo en la puerta del bar que hay frente al

cuartel. La gente sigue afluyendo allí, en manifestación, desde diversos puntos del pueblo. Hombres y mujeres enarbolan banderas republicanas y revolucionarias. No gritan. Más bien dan la impresión de que presintiesen que algo fuera a ocurrir y no supieran qué, ni si iba a ser para bien o para mal. Esperan.

El cuartel está rodeado de centinelas con la bayoneta calada. Desde la terraza del edificio, varias ametralladoras dominan la explanada. Se ve el gorrito cuartelero, con las rojas insignias de cabo, del que ocupa el sillín de la más adelantada.

—Ha decidido no combatir —contesta Ricardo—. Ya sabes que por la mañana se llegó al acuerdo de que tropas y carabineros ofrecerían toda la resistencia posible a las fuerzas que vinieran de fuera. Bien, pero no hace todavía una hora, al enterarse los carabineros de que se acercaba un tabor de Regulares, desembarcado en Algeciras, hicieron saber al alcalde que no dispararían contra ninguna fuerza del ejército. Entonces, los sargentos que mandan la tropa dijeron que ellos solos no podían hacer frente a los moros, que sería inútil el derramamiento de sangre y que, por lo tanto, rendirían el cuartel a los jefes que llegasen. ¡Figúrate! Ya no había tiempo para nada, porque las fuerzas de Algeciras estaban llegando a las afueras del pueblo. Yo me he escapado del Ayuntamiento y he venido aquí cuando el comandante de la columna entraba en el despacho del alcalde, que se ha quedado solo para recibirle. No se qué pasará, porque la gente no sabe todavía la verdad. Claro, no ha habido tiempo de decírselo...

De pronto, suena un clarín y la gente que ocupa el centro de la explanada se retira hacia la periferia, buscando instintivamente las bocacalles. Y hace su aparición un coche, al que sigue una fila de

camiones. El coche se detiene a la puerta del cuartel y descienden de él unos oficiales que, a la luz del crepúsculo, aparecen pálidos, desencajados y nerviosos. Los camiones, entre tanto, se han parado también y de ellos saltan ágilmente soldados con barba y turbante, que corren a colocarse en formación de a tres en fondo delante del cuartel. Todo se hace rápido, mecánicamente, siguiendo las voces de mando, secas y restallantes.

La multitud deja completamente libre toda la extensión de la plaza irregular, intimidada sin duda por la presencia terrorífica de los africanos, de quienes se han venido contando espantosas historias de crueldad durante toda la vida.

—¡No son nadie los moros! ¡Menudos tiradores!

—Y no respetan nada.

—¡La que hicieron en Annual, niño!

—¿Y en el Barranco del Lobo? ¡Na!

—Pues, ¿y en Asturias?

Son los comentarios de la gente que se agolpa en la puerta del bar. Federico y Ricardo han preferido meterse dentro y seguir desde allí lo que ocurra.

Ya se ha terminado la formación y se extiende por encima de la multitud y de los hombres armados un silencio cargado de amenazas, siniestro, como una bandera negra. En el cuartel no se descubre ningún movimiento, como si estuviera vacío o como si sus habitantes hubieran muerto. Hace un calor exasperante, pegajoso, irresistible, y la gente suda a chorros, pero nadie se entretiene en enjugarse el sudor.

En medio de la angustiosa espera suena al fin una voz, la de un oficial que grita:

—¡Viva España!

Y le responde un reguero de voces broncas, apagadas, con el contrapunto de algunas pocas vibrantes, agresivas, como toques de clarín, y, seguidamente, se alzan otras muchas, innumerables, entre las que destacan las agudas de mujer, que atruenan con su vítor:

—¡Viva la República!

Es un clamor multitudinario, mucho más intenso y vario, que se acompaña luego con aplausos frenéticos. Los oficiales se miran, indecisos, y por toda la formación cunde un estremecimiento que hace chirriar las culatas sobre el adoquinado.

Federico, que en aquel instante trepa con la mirada por el grisáceo muro del cuartel en busca de una señal de vida, se queda encogido por el estampido del primer disparo, como si le hubiera dado a él, y ya no puede discernir claramente lo que está ocurriendo. Una de las ametralladoras instaladas en la terraza del cuartel, la del cabito, empieza a disparar sobre los moros. Éstos, sin esperar órdenes, que, por otra parte, no podrían oírse en medio del inmenso griterío que se ha levantado, se despliegan inmediatamente y responden con un espantoso fuego de fusilaría, rodilla en tierra. Las balas pasan por encima de su cabeza y van a derribar las botellas de la estantería. Algunos de los hombres que estaban en la puerta del bar son cazados antes de conseguir retirarse dentro y se derrumban, sudorosos y pálidos, con las camisas enrojecidas por los chorros de sangre. La gente grita, corre, empuja, atropella. A los disparos de fusil se han unido las ensordecedoras explosiones de las bombas de mano.

—¡Al patio, al patio!

Federico se ve arrastrado al patio, al que, por una puerta lateral, que da a la calle, irrumpen hombres y mujeres

despavoridos. Uno de ellos lleva aún asida una bandera roja.

—¡Tírala! —le dicen.

Pero el hombre se resiste. Se la arrancan de las manos, hacen un bulto con ella y lo arrojan al pozo que se abre en medio del patio.

—No salgáis a esa calle. Los moros la enfilan con sus tiros.

—Entonces, ¿por dónde salimos?

—Por la puerta de atrás.

Y Federico se ve impelido de nuevo, esta vez hacia la puerta de atrás, que es la salida a una calle transversal. ¿Y Ricardo? Ha desaparecido en el tumulto. ¿Herido? ¿Muerto? ¡Quién sabe! No se puede retroceder. Alguien confirma que las calles que van a dar a la explanada están batidas por las ametralladoras que los africanos han emplazado en las bocacalles. Parece incluso que el tiroteo ha arreciado.

—En el cuartel sí que hay liada una bien gorda...

Federico se ve obligado a huir en zigzag, pasando de una casa a otra, atravesando patios de vecinos.

—¿No pensará usted ir a su casa? —le preguntan.

—No se le ocurra —le aconseja otro—. Tiene que esconderse hasta que pase la llamada.

En la carrera va perdiendo a los compañeros de fuga, casi todos extraños, y al fin se queda solo en una calle de las afueras. Una calle que no conoce. Todas las casas están cerradas y no se ve un alma por ningún lado. Ya ha advertido, antes de llegar allí, que las puertas de las casas, al principio llenas de curiosos, se iban cerrando al paso de la ola de terror de los fugitivos, quedando las calles desiertas y mudas igual que en las muertas horas de la madrugada.

Entretanto, ha anochecido y ya no se oye más que algún disparo suelto. Federico, agotado, con los pulmones a punto de reventar, bañado en sudor y la mente extraviada, se recuesta contra el muro de una de aquellas encaladas casitas. No puede más y respira con ansia. Tiene que pensar, pero no puede. Tiene que decidir algo, pero no sabe qué. En su tremenda confusión echa mano al tabaco y lía torpemente un cigarrillo. Se siente como si le hubieran pisoteado o apaleado. Es una sensación nueva para él, que le ha cogido, además, de improviso, sin planes. ¿Quién iba a pensar en un desenlace tan rápido y catastrófico?

—Puedes irte a casa a comer tranquilamente —le dice el alcalde—. Creo que hoy no pasará nada. Los de Algeciras no se atreverán a venir por ahora. Ellos también están sin saber qué hacer. Y tienen mucho en que pensar.

—¿Y los carabineros?

—Seguros.

—¿Y usted no piensa descansar?

—Yo no puedo faltar de aquí. Me traerán la comida de casa.

—Bueno, bueno...

Y después, su madre:

—¿Por qué no te echas un rato, hijo? Estás que te caes de sueño.

—Sí, pero llámame a la menor novedad.

—Descuida.

Duerme no sabe cuánto tiempo, hasta que oye:

—¡Federico, Federico!

—¿Qué, qué pasa, madre?

—Una gran manifestación que baja hacia la explanada. Y dicen que vienen los moros...

Poco a poco, el tabaco le calma los nervios y le esclarece las ideas. Sigue solo en aquella calle desconocida, apoyado en el muro enjalbegado. Un gato cruza silenciosamente la calzada. Por lo visto, ha sido cortado el suministro de fluido eléctrico a la población, porque el alumbrado público sigue apagado y no se filtra ningún rayo de luz por los intersticios de puertas y ventanas. Todavía suenan algunos tiros, espaciados, que alternan con ráfagas de ametralladora y algún bombazo que otro.

¿Adónde ir? ¿Qué hacer? El campo comienza allí mismo. Un campo de higueras, bancales de arena y pobres barracas de madera donde viven los huertanos. Puede que se tropiece con alguien con quien enviar un recado a su casa y a Aurora. Puede que allí encuentre donde pasar la noche a cubierto...

Los pies se le hunden en la arena caliente. Un perro ladra y oye un breve roce entre las chumberas. Instintivamente mira a su alrededor en busca de una piedra o un palo.

—¡Don Federico!

Es la voz de un niño. Se detiene, sintiendo un golpe de calor por todo su cuerpo, una subida de sangre. El perro invisible se ha callado.

—¡Don Federico!

Al fin lo ve, saliendo de entre las sombras. El niño va hacia él despacio. Pregunta:

—¿No me conoce, don Federico?

Al pronto, no. Pero cuando lo tiene a la distancia de dos pasos, sí. Es Vicentillo, el de los pelos tiesos y la carita de hambre.

—¿Vives por aquí?

—Sí, señor, ahí mismo —y le señala una barraquita que blanquea en medio de un oasis pequeñito de plantas y macetas

oscuras. Debe de haber alguna débil luz dentro porque en su puerta se recorta confusamente la silueta de una mujer. Federico parece indeciso, pero el chiquillo insiste:

—¿Adónde va usted por aquí, don Federico?

—¿Quién es? —pregunta la mujer.

El niño contesta:

—Don Federico, mi maestro —y añade en voz más baja: Es mi madre. Dentro están también mi abuelo y mis hermanos.

—Pregúntale si quiere pasar un momento —dice la madre. Federico acepta sin vacilar.

—Claro que sí. ¡Cómo no!

Y observa un súbito fulgor en los ojos del niño, que le invita:

—Por aquí, don Federico, por aquí. Venga.

Va delante de él, desbrozándole el camino. Aparta una rama, da una patada a un bote vacío y murmura:

—Somos muy pobres y...

Federico se adelanta, le revuelve los tiesos cabellos y le dice:

—¿No os tengo dicho que la pobreza no es ninguna vergüenza?

Bajo su caricia, el chiquillo se estremece como un gato.

—Pase, pase, señor. Eso mismo le están diciendo siempre su padre y su abuelo, que la pobreza es una desgracia, pero no una deshonra.

Ha hablado la mujer suavemente. Federico le alarga la mano y siente cómo ella apenas la roza con la suya. Es una mujer joven aún, que viste una amplia bata de percal muy ajada. Federico sólo ve en ella sus grandes ojos oscuros. Y entran en la barraca.

Es una sola estancia, con piso de tierra, que sirve de comedor, cocina, almacén de aperos y alcoba para todos, alumbrada

escasamente por la luz de un quinqué que hay sobre una redonda mesa de pino. Le recibe en pie Martín, con un bebé de mantillas en brazos, y desde un rincón le observa tímidamente una niña poco menor que Vicentillo.

—Es el maestro de Vicentillo y le he dicho que pase —dice la mujer y añade, dirigiéndose ahora a Federico—: Es mi suegro y se llama Martín.

—Y aquélla es mi hermana Loliya —dice Vicentillo, señalando a la niña del rincón.

—Es una honra para nosotros su visita —habla cortésmente Martín—. Aunque muy pobre, ésta es también su casa.

Y le da una mano sarmentosa, dura, que estrecha fuertemente mientras Vicentillo le trae una silla de anea.

—Síntese —le ruega la mujer, que añade—: Poco le podemos ofrecer...

La silla de anea se desencuaderna casi al tomar asiento en ella.

—Gracias. No se preocupe. Sólo deseo un poco de agua.

En tanto que la mujer se dispone a servirle el agua, tomándola de un cántaro, Vicentillo se ha sentado a su lado, en el suelo, y Martín en la silla que ocupaba. La niña del rincón se ha acercado a su madre y se coge a su falda.

Sigue un silencio hasta que la mujer le ofrece un vaso rebosante:

—No está muy fresca... —se excusa.

En efecto, está calentuja, pero es tanta la sed que tiene, que a Federico le parece un gozo beberla, y apura el vaso de un largo trago.

—¿Quiere más? —le pregunta ella.

—Luego. Gracias.

Entonces, tras mover la cabeza, como titubeando, Martín le dice:

—Usted perdone, pero viene huyendo de la chamusquina, ¿no?

Federico afirma con la cabeza, añadiendo:

—Sí, y me he encontrado aquí sin saber cómo.

—Pues estamos para servirle.

—La verdad es que no tengo dónde pasar la noche ni sé cómo mandar un recado a mi familia para que no se intranquilice. Es muy comprometido en estos momentos, ya lo sé. Es natural que todo el mundo tenga miedo.

—Ya le he dicho que estamos para servirle.

—Gracias, pero no quisiera...

—No se preocupe, señor maestro. El caso es esconderlo y salvarlo. Tenemos que ayudarnos unos a otros, señor. Si no, ¿qué sería de los hombres y adónde iríamos a parar los pobres? ¿No dicen los curas que todos somos hermanos? Es en lo único en que creo, mire. Será porque toda mi vida he estado yendo de un lado para otro y no he visto más que desgracias en todas partes. Y no es cuestión de dinero, no. Yo tuve un patrón, en América, que era riquísimo. Tenía más tierras que todos los marqueses y condes españoles juntos. Pues, mire, le atacó el cáncer en el labio. Era joven todavía, pero la carne de la barbilla y de la garganta se le caía a pedazos. Ni su mujer ni nadie tenían valor para lavarle y curarlo. Sólo yo. Y el hombre me decía muchas veces que de buena gana se cambiaría por mí. Y él era un principal y yo un peón más pobre que las ratas... Y se murió una noche sin más compañía que la de su peón Martín... —hace una pausa y prosigue—: Se lo he contado para que vea lo que son las cosas y lo que es la vida.

Ahora mismo quién sabe si mi hijo habrá tenido que pedir ayuda a alguien. Salió hace un par de días con una carga de botijos para ir a venderlos en Málaga y ha debido de pillarle la tormenta por el camino. Él es del sindicato y a saber en qué manos habrá caído...

El abuelo Martín habla con una calma tan profunda que todo se serena a su alrededor, como si sus palabras fueran de óleo. Federico le ofrece tabaco y la mujer se apresura a recoger al pequeñín de brazos del viejo para que éste pueda liar el cigarrillo. Los demás callan y miran atentamente a los dos hombres.

Después de darle dos calmosas chupadas al suyo, Martín se dirige a su nuera:

—Deja el niño en la cama y echa unos cuantos chumbos y pan en un talego, y prepara también un botijo con agua —y, luego, mientras la mujer cumple sus órdenes, habla a Federico—: Lo primero, me parece, es pasar la noche lo mejor posible, y aquí no puede quedarse, pero no porque seamos muchos, no, sino porque mañana le vería demasiada gente y ya sabe usted lo que pasa... Le llevaré a un sitio muy seguro que yo me conozco cerca de la playa. Lo que no podemos ofrecerle es nada aparente para cenar. Sólo unos chumbos y pan... Mañana será otro día.

Federico no sabe cómo expresarle su agradecimiento y sólo se le ocurre decir:

—¡Oh, no se preocupe! No tengo apetito esta noche.

Sigue otro silencio. Entonces Federico percibe la grande y limpia pobreza que le rodea; que Lolilla no se cubre más que con una camisita y que le mira con mucha curiosidad chupándose un dedo; que el perro que le ladró descansa tranquilamente a los pies de Martín; que huele a los claveles de las macetas y que hace un calor de suplicio.

—Bien, pues en cuanto haya descansado, nos vamos —dice Martín al cabo.

Federico se pone en pie.

—Por mí, cuando usted guste.

—¿Otro vaso de agua? —pregunta la mujer.

—Sí, y muy agradecido.

Martín se levanta también y la mujer sirve a Federico otro vaso de agua que, como el anterior, se bebe sin respirar.

—Tenía mucha sed —murmura después.

La mujer sonríe y también Vicentillo, que se ha puesto a su lado. Martín agarra el talego y el botijo y se dirige después a todos:

—Aquí no ha estado nadie ni nadie ha visto nada, ¿estamos?

—Descuide —contesta la mujer— ya se lo meteré en la cabeza a los niños.

Federico advierte que, al despedirse, la mujer le entrega más confiadamente la mano.

—¡Adiós, don Federico! —y la voz de Vicentillo tiembla.

Madre e hijo quedan en la puerta mientras Martín y Federico salen a la huerta. La noche, sin tiros ya y sin luces, está completamente callada, absorta en sí misma, como si no hubiera hombres. Sólo de alguna de aquellas casitas de madera y cañizo escapa un rumor de vida: llanto de niño o voces de mujer, pero como si fueran proferidos bajo una mordaza.

Los perros con que se tropiezan conocen a Martín y no ladran. Sin embargo, evitan las barracas.

—Déjeme que le ayude yo ahora —dice Federico a Martín y le coge el talego, que el viejo le entrega sin comentarios. Después de un silencio, dice Martín:

—No vamos a la playa. He dicho eso por si acaso. Le llevo a otro sitio más seguro.

Y tras otro silencio:

—Le habrá extrañado tal vez que no le haya hecho ninguna pregunta sobre lo que ha pasado esta tarde. Pues ha sido porque no quiero que los niños escuchen estas cosas... Pero ha sido gordo, ¿verdad?

—Terrible.

—Sí, sí, ya entiendo. Cuando supe que los militares se habían echado a la calle y luego oí los tiros... De no haber faltado mi hijo, me hubiera cogido a mí también. Pero ¿quién dejaba solos a una mujer y tres niños?

—Pues hizo usted muy bien.

—He visto muchas, no crea, y ya sé cómo acaban siempre, pero me hubiera gustado. La sangre no le deja a uno todavía en paz, y eso que uno ya no espera nada...

Suben el repecho de la colina jadeantes. Atrás quede la masa oscura del pueblo. A la izquierda, lejos, aparece la iluminación, que parece de fiesta, de Gibraltar. El viejo calla hasta que llegan a un cobertizo. Entonces dice simplemente:

—Ya hemos llegado.

La cuesta les ha hecho trasudar y Martín se enjuga la frente con el puño. Federico aspira con ansia la leve brisa que corre por aquellas alturas.

La media puerta de madera que da entrada a la casucha chirría. La estancia está a oscuras. Antes de que Martín encienda el fósforo, se oye el tintineo de una esquila de ganado y, cuando la cerilla arde, Federico descubre una cabrita negra, echada en el suelo, que rumia tranquilamente, moviendo las finas orejas y

mirándolos con ojos confiados.

Martín prende una vela de sebo y toda la estancia queda iluminada temblorosamente. Hay en ella, además de la cabra, un rústico banco de alfarero, una artesa, algunos cacharros de barro y unos sacos henchidos.

—Le apañaré una cama con la paja de esos sacos —Martín empieza a vaciar su contenido—. Por lo menos, dormirá blando.

Federico calla y deja hacer a Martín, que sigue diciéndole:

—Por la mañana podrá tomar leche fresca de mi Mariquita —se vuelve, sonriendo, a Federico y añade—: Bueno, llamo Mariquita a la cabra porque todas las mujeres que he conocido con ese nombre eran tan locas y tan lecheras como ella.

Cuando termina de hacer la cama, apaga la vela.

—Es mejor que no se vea luz aquí —y le hace sus últimas recomendaciones—: El botijo déjelo fuera, al fresco. Y tenga cuidado de no pincharse al mondar los chumbos. Tome mi navaja. Yo volveré temprano.

Salen. Algunas luces corren por la carretera en uno y otro sentido. Son como el parpadeo nervioso de los hombres que vigilan y van extendiendo su poder por pueblos y aldeas mientras los demás duermen o se ocultan.

—Ahora sólo falta que me diga el recado que quiere que llevemos a su casa —dice Martín al cabo de un silencio.

—Sólo que sepan que estoy bien y fuera de peligro. Por el momento, sólo eso.

—Está bien. Pero yo creo que lo más importante es procurarle la fuga. De eso me encargo yo. Por descontado que tiene que ser a Gibraltar.

Federico afirma en silencio con la cabeza.

El viejo Martín emprende lentamente el descenso de la colina y Federico se queda otra vez solo. La calma de la noche y el suave relente le devuelven la sensación física de las cosas y le relajan los nervios. Siente un profundo cansancio, pero se le resiste el sueño y hasta la madrugada no se le cierran los ojos sobre el lecho de paja, junto a Mariquita, que ya ha dejado de rumiar.

Cuando los abre de nuevo, el sol entra ya en haces rubios por la puerta y Martín fuma silenciosamente sentado en un cajón de madera que ha traído para que sirva de silla y de mesa.

—No he querido despertarle —le dice— porque sé que lo que más necesitaba usted era dormir.

Desayúnase con leche de cabra, todavía tibia, y un mendrugo de pan. Martín, que ya ha preparado las pellas de barro, pone en marcha el torno de alfarero y comienza su trabajo mientras va dejando caer sus palabras lentamente:

—Todo sigue igual por mi barrio, y no hemos visto por allí ningún militar, moro o cristiano. Vicentillo es el que va a llevar el recado a su casa, porque en estas situaciones los críos son los que menos sospechas despiertan. Además, Vicentillo es muy espabilado.

La mañana es larga, inacabable. Almuerzan tomates, chumbos y pan, y toman té, que Martín sabe hacer muy bien, y meriendan otra vez té con rebanadas de pan embadurnadas con manteca rojiza de cerdo.

—Yo también fui rebelde en mi juventud —cuenta Martín despaciosamente mientras gira el torno—. Trabajaba en Linares, de donde soy, en las minas, y un día armamos una buena zapatista porque los capataces nos trataban muy mal, peor que a los presos en el penal de Cartagena. El ingeniero no quiso saber

nada. Ah, sí, con que no quieres oírnos ¿eh? Pues ahora verás lo que es bueno. Vas a bajar tú a los pozos, majo. Claro, hubo los cobardones de siempre y tuvimos que darles a algunos una buena zurra, pero a alguien se le fue la mano y uno de los capataces, un tío bragado donde los haya, resultó tan magullado que tuvieron que llevarle al hospital. ¡Mi madre! Entonces nos echaron los civiles encima. Yo, aunque esté mal el decirlo, era uno de los más echaos palante, por la poca edad, me parece, porque, puestos a ser hombres, el que más y el que menos lo era tanto como yo o más. Pues no se me ocurrió otra cosa que tirar una pella de dinamita por la ventana del despacho del ingeniero... ¡Una barbaridad! Menos mal que no estaba allí en aquel momento que, si llega a estar, lo hago mixtos. De todas maneras, ya puede usted imaginarse la que se armó. Por de pronto, tuve que esconderme porque los civiles echaron tras de mí como podencos. Anda que si me llegan a pillar... Pero no pudieron ponerme la mano encima. Pasados unos días me escapé de Linares y andando de un lado para otro paré en este pueblo. Entonces no era más que una barriada, más o menos como esa que ahora tenemos ahí enfrente. Yo estaba ya casado y tenía dos hijos, pero la mujer no supo de mí hasta que me encontré seguro. Todo se olvida y lo mío, como luego ocurrieron cosas más gordas y hubo elecciones, pues pasó al archivo, que digo yo. Aquí hice de todo. Fui pescador, huertano, contrabandista; lo que le digo, que hice de todo. ¡Pues no tengo yo pasados alijos a Ronda ni nada...! En esa playa de ahí enfrente tengo yo descargados más fardos de Tánger que pelos me quedan en la cabeza... ¿Y qué otra cosa podía hacer uno? Usted dirá... Uno estaba a la que caía y nada más. Bueno, pues me traje a la mujer y a los chicos. Luego tuve más, pero, no sé por qué, cogían los

pobres el garrotillo y se morían como peces fuera del agua. Y esos dos mismos me quedan. Uno es el que anda por Málaga, o a saber por dónde, y el otro anda a la pesca y vive en la barriada que se ve desde la puerta. Pero no crea usted que paran ahí las cosas, no. Entretanto me había engordado la sangre y un día cogí un barco en Gibraltar y me fui a América. Pero eso ya se lo contaré otro día si se tercia... —levanta un poco la cabeza para mirarle y como ve que Federico sigue atentamente sus palabras, añade, sonriendo—: Por lo menos, mi cháchara le hace olvidarse de otras cosas, ¿no es así?

Al día siguiente llega también muy temprano y sorprende a Federico dormido. Ordeña la cabra, riega y humedece las pellas de barro y espera a que su huésped se despierte. Y otra vez, mientras Federico se desayuna, pone en movimiento su rústica maquinaria, que mueve con el pie, y suelta las novedades:

—Siguen sin aparecer militares por el barrio. Hasta la presente no han pasado del centro del pueblo, pero han obligado a abrir los comercios y a que todo empiece a funcionar como antes. Se habla de que han detenido a bastantes y, eso sí, han echado bandos en que se amenaza con la pena de muerte por todo. A la menor, cuatro tiros... Es lo normal... —hace una pausa y continúa—: Su familia ya está informada. Creo que su madre lloró mucho cuando mi Vicentillo le hablaba de usted. Es natural. Su hermana le hizo muchas preguntas, pero el crío, como el pobre no sabe nada, mal podía contestarlas. Lo mejor de todo es que nadie las ha molestado para nada. Ni les han preguntado por usted ni nada. Como si no existieran ni ellas ni usted. Creo que es lo mejor, ¿no? —y como Federico afirma silenciosamente con la cabeza, prosigue—: Al remate besaron al chiquillo por usted y le dieron algunas

cosas de comer que he dejado ahí: huevos, jamón y un bote de leche condensada. Vicentillo hizo todo muy bien y hoy lo he mandado a arreglar lo de la fuga. Mañana ya tendremos noticias de esto.

Después del almuerzo, esta vez con jamón y huevos crudos, Martín vuelve a coger el hilo de su historia:

—Me parece que ayer le dije que me fui a América. Pues sí, me largué a la Argentina, más que nada por saber cómo son los países que están tan lejos del nuestro, y sus gentes. Fui a parar a una estancia, allí le llaman estancias a los cortijos, bueno, eso lo sabe usted tan bien como yo, donde tuve de patrón a un tío riquísimo, que, como ya le dije, se murió de cáncer. Era bastante buena persona y, cuando se murió, ya empecé a no encontrarme a gusto allí. Además, que no se ganaba mucho. Y yo me dije: si has venido hasta aquí para reunir unas perras y no las juntas pronto pues ¿de qué te vale todo? Me enteré que pagaban más en la América del Norte y allí me zampé. Era cuando la guerra europea y allí necesitaban mano de obra. Trabajé en una granja y le digo que daba gusto trabajar allí. Claro que aquellos americanos son diferentes de los argentinos en mirar a los españoles. Allí llaman españoles a todo bicho viviente que habla español, aunque sean negros o mejicanos, o mestizos o qué sé yo. Y los miran mal, por encima del hombro, como decimos nosotros, sobre todo en lo tocante a mujeres. Tan descuidados como son muchas veces para eso y, sin embargo, cuando uno de nosotros ponía los ojos en alguna de aquellas rubias descaradas, ya se estaban juntando para hacerle la encerrona y buscarle la ruina. A más de uno le costó el pellejo. Pero pagaban bien y por eso daba gusto trabajar con ellos. Lo demás eran cosas de arreglárselas cada uno como pudiera... —

hace una pausa y tras mirar sonriente a Federico, sigue diciendo —: Por poco me la lían también a mí. A ver... Uno era joven y... piqué. Lo más gracioso de todo era que no nos entendíamos. Pues no crea, ella era muy cariñosa y eso bastó para que nos pusiéramos de acuerdo hasta que se lo olieron los amigos de su marido y le fueron con el cuento. Y menos mal que a mí me avisó un mejicano que entendía el inglés y les oyó hablar de mí, y así se enteró de lo que me preparaban. Nunca olvidaré aquel mejicano. Llevaba bigotes como Pancho Villa, pero era más bueno que el pan. Él fue el que me enseñó esto de hacer cacharros de barro. El que le llamara Pancho Villa ya lo había ganado todo con él. A mí me había hablado mucho un italiano del Canadá, de los trigales del Canadá y de muchas cosas buenas del Canadá, y de las ganas que tenía de irse para allá. Así que cuando el mejicano me dijo la que los gringos, él llamaba gringos a los norteamericanos, me preparaban, me fui a ver al italiano para decirle que estaba dispuesto a irme con él al Canadá, pero ya mismo. Y así fue. Nos largamos de noche, en el primer tren, un sábado, después de cobrar y justo un poco antes de la hora en que los gringos, como decía el mejicano, pensaban ir por mí. Pasamos muchas peripecias en el camino, porque no lo hicimos todo de un tirón. A ver. No queríamos gastarnos las perras que teníamos ahorradas y nos deteníamos a trabajar en alguna granja que encontrábamos al paso. Al fin llegamos al Canadá. Yo había podido mandar ya algún dinero a los míos y con él compraron la huerta y la barraca que usted vio la otra noche. En Canadá estuvimos segando y cuando terminó la siega yo decidí volverme a casa. Total, ya había visto lo que quería ver y no me convencía mucho. Sí que se ganaba más, pero ¿y todo lo que yo perdía a cambio? Mi mujer, mis hijos, mis

costumbres... ¿Y sabe también por qué renuncié a continuar allí más tiempo? Pues porque me convencí de que en todas partes pasa lo mismo, más o menos, y de que en todas partes se encuentra uno con hombres y mujeres, con calles, con árboles, con enfermedades, con sufrimientos, con miserias. Se tienen las mismas necesidades y los mismos pensamientos, y los mismos vicios y las mismas penas aquí que allí. Bah, las diferencias son menudas y sin fundamento. El mundo y la vida son para comprenderlos, y si no los comprendes en tu tierra, no te molestes en andar de un lado para otro, porque no vas a sacar nada en limpio, no los comprenderás nunca porque nadie te va a decir nunca la verdad...

Al tercer día, lo primero que le dice a Federico, nada más despertarse éste, es que vaya preparándose.

—Mañana es la fuga. Mañana por la tarde, entre dos luces. Tendrá usted que cruzar el valle, siguiendo la reguera. Después de atravesar la carretera, tirará usted por la primera bocacalle que encuentre todo seguido, recto, hasta que se tropiece con un hombre que llevará puesto un sombrero de paja, de esos de segador. El hombre le hará la seña quitándose y poniéndose el sombrero dos veces seguidas. Usted entonces no tendrá más que seguirle:

—¿Es su hijo? —le pregunta Federico.

—Tendrá preparada una lancha a motor, porque a remo el viaje resultaría muy lento y peligroso. Además, no llegarían al puerto antes de que lo cierren, y no podrían desembarcar. No es mi hijo, no. Es un amigo suyo de toda confianza, que también quiere refugiarse en Gibraltar, y que es mozo todavía. Y mientras Federico se toma el consabido cuenco de leche de cabra con migas

de pan, le informa:

—Todo marcha igual en el pueblo. Dicen que hubo más de ochenta muertos el domingo por la tarde en la explanada y en sus alrededores, de los cuales más de veinte eran moros. También dicen que en Málaga, en Madrid y en otras grandes capitales ha triunfado el Gobierno, y que los marineros rasos se han apoderado de los barcos de guerra. Sin embargo, Sevilla es facciosa. Por lo que se ve, la pelota está en el tejado todavía. Hay muchas cosas que dicen y no concuerdan. Por ejemplo, unos dicen que el jefe de los militares es Sanjurjo, y otros que Franco, y otros que Queipo... Ah, y también se habla de fusilamientos. Esto es lo peor, me parece a mí. Si corre de esa manera la sangre... ¡malo! No hay cosa más difícil de borrar que la sangre. Una sangre trae otra siempre. Si no se respeta la vida de los hombres por lo menos, es que se ha perdido la razón, y por muy bien que se hagan después las cosas, no puede haber perdón ni paz nunca más. Hacer correr la sangre entre hermanos... ¡Dios!

Se calla. Le tiemblan las manos. Federico respeta su silencio y su turbación. El zumbido de las moscas llena la estancia...)

Martín dio por terminado el botijo.

—Ya está —dijo, mirando a Federico.

Era como la señal y Federico se puso en pie, sosteniendo la mirada del viejo hasta que éste bajó la suya y, luego, calmosamente, fue a colocar el botijo recién acabado junto a las demás piezas, todavía rezumantes.

—Mañana encenderé el horno —murmuró, contemplando el fruto de su trabajo.

Cuando se volvió, Federico estaba junto a la puerta, mirando hacia la carretera. La esquila de la cabra sonó como si el animal

sacudiera la cabeza, impaciente. Los rumores dispersos del anochecer agrandaban el silencio del campo. Era el momento de la gran melancolía del véspero.

Se le acercó por detrás.

—Bueno, creo que ha llegado el momento, don Federico. No se ve nada por la carretera.

—Sí —y Federico suspiró—, vamos a ver qué pasa.

—No se preocupe. Todo saldrá bien. Si, se lo pediré a Dios. Hace tiempo que no le pido nada.

Federico le miró sin poder disimular su asombro. Entonces Martín dijo, gravemente:

—Sí, creo en Dios; como todos los pobres. Si no fuera porque los pobres creemos en Dios de verdad, el mundo se hubiera acabado hace muchos siglos, no lo dude —y como Federico sólo hiciera un signo afirmativo con la cabeza, añadió—: Coja la chaqueta y llévela en la mano, tranquilo.

Después salieron al alpende. El valle era un remanso de sombras grises. La carretera, cuyo asfalto ya no despedía destellos, sino que negreaba intensamente, aparecía solitaria. La reguera, por donde se encauzaba el agua de las lluvias, bajaba de la colina y cruzaba la carretera por un sumidero e iba a desembocar más allá del caserío, en la playa.

—Ya sabe, sin apartarse de la reguera.

Federico asintió con un gesto y luego, sin poder ocultar su emoción, dijo:

—Muchas gracias, Martín, por todo. Nunca lo olvidaré. Martín también estaba emocionado.

—No hay que pensar en eso ahora. Si acaso, haga lo mismo con otro, sea quien sea, si es que puede. Se abrazaron.

—Lo haré.

Y Federico saltó del cobertizo y empezó a bajar la cuesta. Al salir del seno de la colina y alcanzar la reguera quedó visible desde todos los puntos del valle. Sin correr, pero sin detenerse ni siquiera para saludar otra vez a Martín, siguió por el borde del cauce, con la americana al hombro, como si volviera de un paseo. No tenía ojos más que para la carretera en que, por suerte para él, no se descubría ningún movimiento.

(No suelen pasar coches a estas horas, no sé por qué. Tal vez porque es la hora del rancho, pero, en estas circunstancias, es posible cualquier alteración, cualquier imprevisto... ¿Qué hacer si aparece un coche? ¿Tirarme a la reguera? Pero ¿y si ellos me han visto antes de que lo haga? Eso sí que sería sospechoso. Sería delatarme yo mismo. No, tengo que seguir como si tal cosa, tranquilo. ¿Y pararme a liar un pitillo? ¡Eso! Creo que sería lo mejor...)

Martín se había sentado al borde del alpende y seguía, con el corazón apretado, la peripecia de su amigo. De cuando en cuando tragaba saliva, que sonaba en su garganta.

(Y eso que no sabe que han ido a buscarle dos veces a su casa...)

Federico llegó, al fin, sin novedad hasta la carretera, pero después de cruzar ésta y enfilar la calleja que se le había indicado, se encontró de manos a boca con una mujer. Una mujer de edad indefinible, gruesa, con trazas de pescadora.

—Oiga —le dijo en voz baja—. Es usted un huido, ¿verdad?

Le interceptaba el camino con su cuerpo. No obstante, pudo

ver al fondo de la calleja un grupo de tres o cuatro hombres. Los ojos de la mujer le parecieron leales.

—Pues sí —contestó.

Entonces ella le cogió la chaqueta.

—Traiga y sígame. Pegado a mí. Y no mire a donde están aquellos hombres. Uno de ellos es un teniente de Regulares.

Federico se dejó conducir mansamente, confiado, advertido por su instinto de que aquella mujer le decía la verdad. Ella le hizo retroceder hasta la carretera y rodear una casa mientras decía:

—Le vi venir desde lejos y me dio el corazón que era un perseguido...

Estaban ya en el comienzo de una calleja, paralela a la otra. La mujer le devolvió entonces la chaqueta, diciéndole:

—Tire por aquí. Todo recto hasta los sombrajos. ¡Hala, y que Dios le guarde!

—Muchas gracias, mujer. ¿Cuál es su nombre?

—¿Y qué importa? Hala, no vaya a ser que... —y miró, atemorizada, a su alrededor.

Federico no esperó a saber su nombre ni cómo era su rostro. Cuando volvió la cabeza, la mujer había desaparecido.

(¡Bendita mujer! Sí, ellos creen en Dios...)

Pero a los pocos pasos quedó perplejo, sin saber qué determinación tomar. Hacia su mitad, la calleja se ensanchaba, formando una especie de plazoleta, aunque no pudiera llamársela tal. Era más bien un recodo formado por un edificio de más apariencia que los otros, a cuya puerta había sentados tres carabineros en mangas de camisa, tomando el fresco al parecer. Los carabineros fumaban y hablaban entre sí acaloradamente. O

no vieron al fugitivo, dada la escasa luz, o se hicieron aposta los desentendidos. Federico estuvo a punto de echar a correr, pero pudo dominarse en el último instante y, sin pensarlo siquiera, se desvió por la primera transversal con que se tropezó, a su derecha.

(Y ahora, ¿qué hago? Si el hombre espera en el sitio convenido, no le voy a encontrar... Y si no lo encuentro...)

Y otra vez le ayudó el instinto. A la primera revuelta, tomó la dirección del mar, y no había hecho más que andar unos pasos cuando vio aparecer la figura de un hombre que salía de entre los tinglados de palos y cañizo que precedían a la playa. Federico se detuvo, indeciso, y el hombre se quitó entonces el sombrero de paja, se lo volvió a poner y tornó a quitárselo para encasquetárselo de nuevo y definitivamente.

(¡Es la señal! ¡Él es el hombre!)

La oscuridad le impedía ver su rostro. El desconocido esperó a que él se le uniese y luego echó a andar, seguido de Federico. Tras de atravesar varios sombrajos se metieron en el espeso cañaveral que cubría la desembocadura de la reguera. Temblaron y crujieron las cañas a su paso... El guía se detuvo e hizo una seña a Federico para que se detuviera también. Luego escuchó y escudriñó. Pero nada se oía ni se movía por allí. Y dijo:

—Ahora, a esperar a que se haga un poco más de noche —y se sentó.

Federico, que había estado reteniendo el aliento hasta entonces, se colocó a su lado y le susurró:

—Creí que no le iba a encontrar.

—Me di cuenta de lo que pasaba y atajé por los sombreros, pensando que usted se llegaría a la playa de todas maneras.

—¿Quién es esa mujer?

—La señora Catalina. Una buena persona.

—¡Y tanto!

Siguió un silencio. Los envolvía la más completa oscuridad y casi no podían verse los rostros, pero Federico advirtió que su acompañante era un hombre joven, un mozo todavía, moreno, curtido, de ojos brillantes y dientes muy blancos.

—¿Podemos fumar? —le preguntó al cabo de un rato.

—Sí, pero con mucho cuidado. Me llamo Germinal.

Federico sacó tabaco y liaron un pitillo, que encendieron después en el chisquero de mecha de Germinal.

—El susto más gordo me lo dieron los carabineros. Han tenido que verme...

—Seguramente, pero no se han declarado todavía. Los moros los desarmaron el primer día, y así están... Se conoce que el teniente ha venido para eso y dicen que a lo mejor traen aquí un retén de Regulares —hizo una pausa y agregó—: Pero la verdad es que no se sabe nada de cierto.

Siguió otra pausa. Se oyó hablar a unas mujeres y también alguna voz de hombre. Desde donde estaban no podían vigilar la carretera. La noche se iba espesando poco a poco y ya el mar era una llanura completamente negra con algunos reflejos plateados.

Enfrente lucían las luces de Gibraltar, esplendorosas. Algeciras también aparecía iluminada, pero más pobremente.

Germinal enterró la colilla. Federico estaba empapado de sudor. Las cañas ardían y también la arena, y el aire, detenido allí y

caldeado durante todo el día, quemaba la piel y escocía los ojos.

—¿Qué hora es? —preguntó Germinal, que empezaba a impacientarse.

Tuvieron que recurrir al chisquero para poder ver la hora en el reloj de Federico, que marcaba más de las ocho y media.

—Bien —dijo Germinal—. Vamos poco a poco. Tengo ahí mismo el bote.

Bajaron el pequeño ribazo a cuyo pie se mecía la barca en el agua, amarrada a un taco clavado en la arena.

—Embarque usted primero y tumbese en el fondo. A mí me conoce todo el mundo por aquí y no llamaría la atención si alguien me ve. Pero usted...

Era una embarcación pequeña, con los fondos encharcados, que se balanceó bruscamente al poner en ella el pie Federico, quien, al tumbarse después bajo los bancos, sintió en su espalda la dureza de las cuadernas y una tibia humedad a lo largo de todo su cuerpo. Por su parte, Germinal recogió rápidamente el amarre y, después de darle la vuelta, saltó dentro, sentándose en uno de los travesaños, de espaldas a proa, con lo que la barca volvió a oscilar. Germinal empuñó los remos.

—¿Es que no funciona el motor? —preguntó Federico, alarmado.

—Sí, pero ahora haría mucho ruido. Cuando estemos algo alejados.

Y empezó el chapoteo suave de las remadas y la embarcación inició su blando deslizamiento al compás del gemido de los estrobos. Federico sólo veía el gran cielo oscuro, donde empezaban a puntear las primeras estrellas, que parecía derrumbarse sobre él, y cerró los ojos para ser todo oídos.

A medida que se alejaban de la playa, Germinal remaba con más fuerza. Afortunadamente, el mar dentro de la gran bahía era como un lago dormido, y la barca podía escurrirse ligeramente sobre su superficie.

El jadear del hábil remero se hizo más intenso y de pronto sonó el ruido de los remos al chocar con los bancos. Federico abrió los ojos y pudo ver que Germinal se dirigía por encima de él a la popa. La velocidad de la embarcación disminuyó rápidamente.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Pero la respuesta se la dieron las primeras, vacilantes explosiones del motor, que pronto se empastaron en un ritmo igual y continuo. La embarcación pegó un tirón y en la gran oscuridad de la noche los pistonazos sonaron como un cántico triunfal. A una señal de su compañero, Federico abandonó su incómoda postura y se unió a él, que le dijo, brillándole los ojos y los dientes:

—Por mucha prisa que se dieran, ya no podrían trincarnos. En tierra, todo permanecía en calma y sumido en la oscuridad más profunda, hasta que, al cabo de un largo rato, vieron dos luces corriendo, sin duda por la carretera, que se dirigían al poblado de pescadores desde el pueblo.

—A lo mejor son los moros —murmuró Germinal—. Pero llegan tarde.

Las luces, en efecto, se detuvieron en el poblado de pescadores, allí se quedaron y allí desaparecieron, como tragadas por la noche.

Y ya no cruzaron una sola palabra más. La noche parecía empequeñecerse a medida que se acercaban a las luces del Peñón, mientras éste crecía y crecía ante sus ojos. Luego fueron

los pontones, las gabarras, los barcos fondeados en la dársena y, finalmente, los muelles. Infinitas luces por todas partes, reflejándose y bailando en el agua, como si se adelantasen a darles la bienvenida.

Germinal paró el motor y acercó la barca a la primera escalerilla remando suavemente. Sólo al amarrarla a la barandilla de hierro, volvió a hablar:

—No es mía. La cogí sin permiso de su dueño, pero ya se la devolverán.

Ninguno de los dos podía imaginarse siquiera lo que les aguardaba allí, nada más tomar tierra. Pronto vieron a una masa de hombres que se movía junto a un barco con las luces apagadas. Los hombres se agitaban y alguien les hablaba en voz alta.

—Parecen españoles —dijo Germinal.

—Sí, vamos a ver qué pasa.

Eran cientos de hombres, a quienes se dirigía desde lo alto de la escala un tipo fornido en mangas de camisa militar, con dos grandes pistolas a la cintura.

—...y ahora —decía con voz bronca— saldremos rumbo a Málaga, que como sabéis está al lado de la República y donde se necesitan hombres para hacer la revolución y la guerra. El que quiera venir con nosotros, que venga; y el que tenga miedo, que se quede aquí con los «llanitos»...

Los hombres se empujaban para subir a bordo. Federico, que ya había descubierto a algunos conocidos entre la multitud, preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Hola, Federico! Te hacíamos muerto —le saludó un muchacho del Ateneo Libertario.

—Pues no. Acabo de llegar en una barca. Ahora mismo. Pero dime, ¿qué es lo que pasa aquí?

—Pues que éste es un cañonero español, el Uad-Lucus, que viene de Tánger y se dirige a Málaga, y admite a todo el que quiera ir para allá. Lo manda un cabo de cañón del

Jaime.

—Pues vamos.

—Eso digo yo.

Y se unieron a los que embarcaban. Sin embargo, alguien gritaba también:

—¿Y si es un engaño para llevarnos a Ceuta?

Pero ya no podían retroceder. Habían llegado a cubierta casi en volandas y, aunque muchos discutían esa última probabilidad, los hombres se disputaban subir a bordo, dispuestos a correr el albur.

Pronto la cubierta del pequeño buque quedó materialmente abarrotada de hombres. Federico y Germinal fueron separados en medio de la confusión y aquél fue a parar en medio de un grupo de desconocidos, junto a un bote salvavidas, dentro del cual ya se habían acomodado otros. Había allí hombres procedentes de casi todos los pueblos del Campo de Gibraltar.

—Bueno, ¡basta! —se oyó gritar al hombre de las pistolas—. Ya no cabe ni un alfiler más. Pero volveremos. Volveremos dentro de unos días por todos.

Y empezaron seguidamente las operaciones de desamarre. El cabo de cañón seguía dominando el tumulto con sus voces de mando. Los pasajeros, que casi no cabían en pie, hubieron de acomodarse como pudieron, echándose al suelo, apretados unos contra otros, formando una auténtica alfombra humana sobre

cubierta. Los que se quedaban en tierra saludaban con gritos y vítores hasta que el ruido a cascajo de las máquinas y la distancia fueron apagando su clamor.

El barco navegaba suavemente, manteniendo apagadas todas sus luces, como un barco pirata. Al salir de la dársena, alguien dijo, señalando unas luces frente a ellos:

—Eso es Ceuta.

Y se hizo el silencio. A Federico le recorrió todo el cuerpo un hondo escalofrío. Sin embargo, sudaba copiosamente y sentía sed.

Pero el barco dejó las luces a su derecha e inició el largo giro en torno al Peñón.

—Vamos rumbo a Málaga. Ya no hay duda —dijo entonces la misma voz.

Fueron las últimas palabras que oyó Federico antes de caer en un denso sopor, del que al final le sacaron empujones y ruidos que estallaban dentro de su cabeza dolorosamente. Había amanecido. Los pasajeros, en pie, gritaban incoherentemente, mirando y señalando al cielo.

Él también se enderezó como pudo, agarrándose a los bordes del bote salvavidas. Entonces vio algo fantástico, enajenante. Por el cielo, a contraluz, avanzaban hacia el barco tres aviones. El cabo de cañón, desde el puesto de mando, trataba en vano de hacerse oír por los pasajeros, que gritaban hasta enronquecer. Por fin le trajeron un altavoz y así pudo imponer silencio, dominando con su vozarrón el griterío:

—¡Silencio! ¡Silencio!

Cuando amainó algo el tumulto, bramó de nuevo:

—Sí, son aviones. ¡Pero no importa! ¡Ahora veréis cómo los cazamos! —y señaló a los cuatro marineros armados de fusiles

que ocupaban la cofa, apuntando al cielo.

La gente calló y los aviones, sin situarse nunca en la vertical del barco, dieron un breve rodeo en torno a él y emprendieron rápidamente la vuelta en dirección a tierra. Al reflejar en sus alas la luz del sol naciente, dejaron ver, entre centelleos, el círculo con los tres colores de la bandera de la República.

—¡Son nuestros!

—¡De la base de Torremolinos!

—¡Viva la República!

Aquel huracán de voces enardecidas hizo bambolearse a Federico. Le dolían la cabeza y todos los huesos del cuerpo, y le devoraba una sed terrible. Nunca supo si pudo gritar con los demás o no. Tan sólo guardó el recuerdo de la bandera de los tres colores ondeando en el mástil más alto y que alguien decía, cerca de él:

—Compañeros, este hombre se ha puesto malo. Luego, la fiebre se apoderó de él.

XI

Los bulos, los rumores y los tristes presagios corrían aquella tarde por la ciudad como un aire de fronda. Parecía que estuviese transida de presentimientos. A medida que la luz se tornaba más gris bajo un cielo de nubes plomizas, crecía el nerviosismo de sus habitantes. Era una inquietud insana y un desasosiego provocados por la espera de algo inminente que nadie, sin embargo, hubiera podido precisar.

Desde el fin de la lucha entre casadistas y negrinistas, los dos bandos de la guerra civil circulaban ya por sus calles sin que, el que hasta entonces permaneciera sumido en la clandestinidad, ocultara su etiqueta. Los partidarios de Franco se habían quitado la careta o arrojado el prudente disimulo con que vinieran encubriéndose, y si no reclamaban abiertamente la victoria, al menos especulaban con ella. Por otro lado, los neutrales desertaban de su cómodo campo y se alineaban entre los presuntos ganadores, denostando lo que durante tantos meses proclamaran hipócritamente para bienquistarse con los amos de la situación.

—En cuanto entren los nuestros, se habrán acabado las injusticias y la miseria. Todo volverá a la normalidad. Será la paz

para todos. Sólo los asesinos y los ladrones quedarán fuera de ella. Se lo digo yo, que estoy muy bien enterado. Fíjese si estaré bien enterado que llevo todo el tiempo que ha durado la guerra al servicio de los nacionales. ¿Que cómo me las he arreglado? Me detuvieron dos veces, pero en las dos ocasiones los engañé. En el fondo eran unos pobres diablos. Sus mismos malos instintos los cegaban. Ya ve: hasta quisieron ascenderme y todo esos malvados —decían aquéllos.

—Ya va siendo hora de que vuelvan las personas de bien. ¿Qué se creían estos ignorantes, que les iba a durar toda la vida el mando? Pero, hombre, ¿de qué? ¿Cuándo se ha visto un país gobernado por albañiles y limpiabotas? Zapatero, a tus zapatos —decían éstos.

—A ver si se acaban las colas para el suministro, y los bombardeos, y las alarmas, y los apagones de luz, y volvemos a ver los escaparates llenos de cosas y las calles iluminadas por la noche... —decían otros.

Y los que veían declinar su estrella o que comprendían que el barco donde tomaran pasaje se hundía bajo sus pies, se preguntaban:

—Bueno, pero ¿cuándo se firma esa paz y podemos salir del país?

Había también otros muchos que observaban silencio, un silencio sombrío y desesperanzado, y que aguardaban impávidos el desenlace.

Federico Olivares, que había permanecido todo el día encerrado en su cuarto del hotel leyendo la Historia de Roma, de Mommsen, llamó a Molina por teléfono:

—Dime, ¿qué hay de cierto en los rumores que corren por ahí?

—Es mejor que vengas al comité. Tenemos que tomar una decisión inmediatamente.

—Pero ¿no puedes adelantarme nada?

—Mira, chico, es muy complicado. Sólo puedo decirte que en las negociaciones con Burgos ha surgido un contratiempo imprevisto que amenaza con dar al traste con todo.

—¿Qué contratiempo?

—Tú sabes que debería haberse entregado ya nuestra aviación, ¿no?

—Sí.

—Bien, pues no pudo llevarse a cabo por dificultades técnicas: poco tiempo, malas condiciones atmosféricas, *etc.*

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que, al parecer (aún no hemos tenido confirmación de ello), puede convertirse en motivo suficiente para que los del otro lado den por terminadas las conversaciones, ¿comprendes?

—Pero eso sería el desastre...

—Y tanto.

—No me digas más. Ahora mismo salgo para allá.

Ya era casi de noche cuando llegó a la calle Fortuny. Durante todo el trayecto a pie había observado un inusitado movimiento de automóviles de todas clases: turismos, camiones, camionetas..., todos ellos abarrotados de pasajeros, entre los que abundaban las mujeres y los niños, y cargados con paquetes y maletas sobre las improvisadas bacas o sujetos a la carrocería con cuerdas y alambres.

(Esto es el éxodo. Otra vez la huida. Siempre huyendo. Pero ¿hasta dónde, hasta cuándo?)

Vio grupos de familias enteras en los portales, rodeadas de bultos... Oyó comentarios de algunos transeúntes:

—Y nosotros, ¿qué? ¿Qué podemos hacer los que no tenemos coche? Siempre nos pasa lo mismo a los de a pie.

—Déjalos que corran. Ya pararán. La otra vez también pararon, y luego tuvieron que volver con las orejas gachas y dando disculpas, justificándose.

A la puerta del comité distinguió varios automóviles estacionados entre las numerosas personas que esperaban impacientemente ante el local. Al acercarse al grupo, le salió al paso Tomás.

—Oye, Federico —le dijo, llevándoselo aparte y hablándole en voz baja—, he requisado un coche y gasolina, y me queda una plaza libre. Cuenta con ella.

—¿Y adónde piensas ir?

—A Alicante. Dicen que allí hay barcos esperando... Yo no he sido toda la guerra más que chófer, pero... Chico, no me fío. Pierdo dos taxis, pero ya ganaré para otros dondequiera que vaya a parar, ¿no te parece?

—¿Y quién te ha dicho que hay barcos en Alicante dispuestos a recoger fugitivos?

—Todo el mundo.

—¿Y si no es verdad?

Tomás dudó un momento, pero se recobró en seguida.

—Pues los requisaremos por la fuerza. Barco, barca, bote, lo que sea. Algo habrá por allí que flote, ¿no?

Olivares le dio un golpe amistoso en la espalda y le dijo:

—Voy antes a ver qué noticias hay. Espera un momento, si quieres.

En el portal, a oscuras, tuvo que abrirse paso a fuerza de paciencia y empujones, deslizándose entre los cuerpos de hombre y mujer que lo llenaban. En el vestíbulo, la aglomeración era tanto o más compacta aún, y la escasa claridad de las bombillas revelaba, además, el estupor, la angustia y los síntomas de pánico en los rostros. Allí se encontró con Trujillo, que vino hacia él braceando por aquel mar de carne humana.

—Te estaba esperando —le dijo, jadeante, y le preguntó: ¿Tienes donde salir pitando?

—Sí. Tomás me ha reservado una plaza en un coche que ha requisado.

—Bueno, pues entonces me marchó. Es conveniente salir cuanto antes. Nosotros nos vamos en el coche que trajo mi cuñado, y nos lo llevamos a él también. Está muerto de miedo.

Se miraron intensamente a los ojos los dos amigos y luego se abrazaron con fuerza.

—Toda la guerra juntos... —pero a Trujillo se le estranguló la voz.

—Sí, y otra vez nos juntaremos en alguna parte.

—No seas tonto y lárgate en seguida —pudo ya decir Trujillo, tras una ligera pausa—. Yo voy a Alicante. Allí te espero, Federico.

—De acuerdo. ¿Y Cubas?

—Hace dos o tres días que no sé nada de él.

—¡Salud y suerte!

—Igual te digo.

Cuando se desprendió de los brazos de Trujillo. Olivares se pasó la mano por la frente y los párpados. Las únicas palabras que llegaban a sus oídos eran las de «coche», «gasolina», «barcos», «comida para el camino»...

Luego miró a su alrededor, pero no encontró el rostro que buscaba.

(¿Dónde estará metido Cubas? Ni que se le hubiera tragado la tierra... Pero ése no es de los que salen huyendo sin decir nada...)

En las oficinas se hallaban los militantes más conocidos y se observaba un poco más de orden, aunque nadie ocultara tampoco las graves preocupaciones del momento. Ninguno advirtió su presencia, salvo Madriles, que le habló entre una vaharada de vapores alcohólicos, pero mirándole con unos ojos terriblemente serenos.

—Compañero Olivares, creo que ha llegado la hora de que los hombres demuestren lo que tienen, ¿no? Federico afirmó con la cabeza, añadiendo:

—Sí, creo que sí.

—Ya sabía yo que tú eres de los buenos... —y luego gritó—: ¡Afuera la chusma! ¡Sí, la chusma, los cagones, los...!

Pero debieron de hacerle callar porque no terminó la frase. Federico se había escurrido entretanto y, al fin, pudo penetrar en el despacho de Molina. Al cerrar la puerta tras sí, sintió un gran alivio. Acababa de refugiarse en un recinto donde todavía se conservaba la calma. Allí estaban, además de Molina, el imperturbable Ángel, Raimundo y Lavilla. La gran petaca de Ángel estaba sobre la mesa y todos, excepto él, fumaban.

El primero en hablarle fue Molina:

—¿Qué pasa por ahí? —le preguntó.

Federico se acercó a la mesa y se dejó caer en una silla. Miró luego a todos y contestó:

—¿Que qué pasa? ¿Es que no oís la estampida desde aquí? El

pánico se ha apoderado de los nuestros —y como los demás le miraban en silencio, se encaró sólo con Molina—: Pero nadie sabe nada de nada. Todo el mundo dice que dicen... Bueno, ¿qué es lo que pasa realmente?

Molina le apuntó con el índice.

—Lo que te he dicho antes por teléfono —contestó.

—¿Y se han roto las negociaciones?

—Sí. Ángel lo ha sabido en el Ayuntamiento.

—Entonces...

Molina hizo un gesto de resignación.

—Es el final, querido. Las tropas de Franco iniciarán de madrugada una ofensiva por todos los frentes.

—¿Y nuestras fuerzas...? ¿Van a resistir? Pues en ese caso... —y le brillaron intensamente los ojos.

—No —le interrumpió Raimundo—. Se rendirán. La consigna de nuestro mando es que se entreguen.

—¿Sin condiciones? —volvió a preguntar Olivares.

—Sí, sin condiciones. Rendición incondicional es lo que ha exigido a última hora el vencedor —remachó Molina con acento grave.

Olivares cerró los ojos y guardó silencio.

—No tenemos otra salida. Aunque quisiéramos organizar una resistencia a la desesperada, ya no podríamos —añadió Raimundo—. Sólo muy pocos obedecerían, y sería una matanza inútil.

—Se veía venir, pero... —murmuró Olivares.

—Anda, fuma —le invitó Ángel.

Pero a Federico le atormentaban las preguntas que le bullían en la mente:

—¿Y qué hay de los barcos?

—¿De los barcos? ¿Qué barcos?

—De los que dicen que esperan en Alicante para evacuar a todo el que lo desee.

—No hay tal cosa, hombre.

—¿De veras?

—Por lo menos nosotros no sabemos nada.

—Entonces, ¿qué va a ser de toda la gente que corre para allá con esa última esperanza?

Molina se encogió de hombros y entornó los ojos.

—Es una aventura —murmuró—. Me parece la más triste de todas.

Entonces Olivares se puso a liar su cigarrillo. Siguió una pausa en que la tristeza parecía aplanar a todos. Luego de darle un par de chupadas al pitillo, preguntó a Ángel:

—¿Qué pensáis que va a pasar? Me refiero a qué va a ser de nosotros.

Y Ángel habló un poco enfáticamente, como era su costumbre, debido tal vez sólo al efecto de su voz de barítono.

—Según mis noticias, se hará el traspaso de poderes con todas las formalidades habituales. Nosotros ya lo hemos acordado así en el Ayuntamiento. Cada cual ha de permanecer en su puesto hasta el último momento, con el fin de evitar la confusión y el barullo.

—Pero ¿y después? —insistió Federico.

Ángel hizo un gesto evasivo antes de contestar:

—Parece que no va a haber violencias, que se tiende a evitar enérgicamente cualquier intento de venganzas o represalias masivas e irresponsables.

—Bien, pero ¿quién lo asegura, quién lo garantiza?

—Es mucho pedir en estos momentos, ¿no te parece? Lo sé

por Baltasar, y él, como tú sabes, tiene muy buenos amigos entre ellos, amigos que le deben la vida.

—Sí —intervino Raimundo—, que el que no haya robado ni matado no tiene nada que temer. Ésas son las garantías. Todas las garantías. —Luego, tras una pausa, añadió—: Pero no me fío.

—Ni yo —se apresuró a decir Olivares.

Molina intervino rápidamente. Sus ojos habían recobrado el brillo de inteligencia que le era característico y enfiló, como siempre, su índice hacia sus interlocutores.

—Entonces, ¿qué pensáis vosotros que pueden hacer? ¿Liarse la manta a la cabeza y fusilar a troche y moche?

—Hombre, tanto como a troche y moche, tal vez no —contestó Raimundo—. Sería una gran torpeza por su parte. Pero sabiendo a quién, es lo más probable.

—¡Bah! —replicó despectivamente Molina—. Pensáis como si estuviéramos en el año 36, al principio. No, amigos. Han pasado treinta y dos meses y ya no es lo mismo. Han muerto muchos españoles en las retaguardias y en los frentes para que ahora, cuando los tiros terminan, se empiece de nuevo a verter sangre. No lo creo. Todas las guerras son feroces, compañeros, y las civiles más, y, si no, acordaos de las guerras carlistas. Pero una cosa es la crueldad cuando se lucha a vida o muerte y otra muy distinta cuando ya no hay guerra y sí sólo vencedores y vencidos. No es que yo crea que la guerra justifique todos los excesos, ni mucho menos. Lo que yo creo es que esos mismos excesos, cuando uno de los combatientes tira las armas, son humanamente inconcebibles.

—Mira, mira, Molina... —quiso interrumpirle Raimundo. Pero Molina, después de hacerle una seña con la mano, prosiguió:

—Pero, hombre, ¿es que van a permitir una escabechina semejante? ¡Ni hablar de eso! No te digo que no nos reserven algunos tragos amargos... Pero otra cosa no se concibe después de lo que ha pasado en España.

Todos le escuchaban atentamente, pero sólo en Lavilla, por los gestos de asentimiento que hacía, lograba su dialéctica algún efecto positivo. Hasta Ángel permanecía impasible. Olivares parecía estar lejos de allí y Raimundo movía dubitativamente la cabeza. Éste fue quien le dijo:

—Molina, eres el optimista de siempre. Demasiado optimista, demasiado confiado.

—¿Optimista yo? —replicó él—. ¡De ninguna manera! Lo que pasa es que me sitúo en el terreno de la lógica. El triunfo siempre inspira generosidad. ¿Qué pasó en la carlistada? No me digas que aquélla no fue una guerra sin cuartel, aunque sólo se desarrollara prácticamente en un rincón del país. Carlistas y liberales fusilaban a placer. Pues bien, al final se dieron un abrazo y cada cual se fue a su casa. Y es natural que así fuera. Al fin y al cabo, todos eran españoles y los hijos de unos y otros tendrían que ir juntos a la escuela. Y se llegó a más todavía, que fue admitir en los escalafones del ejército vencedor a los oficiales del ejército vencido...

—Yo pienso igual —y Lavilla habló por primera vez—. Por un lado, serán pocos todos los brazos para reparar lo que se ha destruido, y, por otro, no hay que olvidar que no pasarán muchos meses sin que estalle otra guerra mundial. En estas circunstancias...

—¡Calla! —le interrumpió Raimundo—. ¿Así que tú no tienes miedo?

—¿Miedo yo? ¿Por qué? Desde luego no espero que me readmitan en el ferrocarril. Tampoco me dejarán, por lo menos al principio, escribir sobre temas políticos. Pero en literatura hay mucho campo. ¿Quién te dice que yo no pueda ganarme la vida escribiendo novelas ejemplares, eh?

Pese a la gravedad del momento, Raimundo no pudo contener una carcajada. Su risa, que acompañaban los demás con sonrisas, incluso el futuro autor de novelas ejemplares, relajó un tanto la tensión del ambiente.

—Conque novelas ejemplares, ¿eh? —y a Raimundo le lloraban los ojos.

Iba a replicar Lavilla cuando se abrió bruscamente la puerta, dando paso a un hombretón vestido de militar, con las insignias de jefe de brigada y que lucía en la cintura una pistola de larga culata de madera. Con su presencia y el pisar de sus botas claveteadas y sucias de barro, irrumpió en la estancia el ventarrón de las trincheras.

—¡Salud a todos! dijo, y se espatarró en medio de la habitación.

—¡Hola, Cuevas! —le saludó amablemente Molina.

Olivares se levantó con la mano tendida hacia él, pero el recién llegado no tenía ojos más que para Molina y no advirtió su gesto. Dio unos pasos más y, apoyando las palmas de sus manos en la mesa, se inclinó sobre Molina, preguntándole:

—¿Es verdad que tenemos que entregarnos mañana al enemigo?

Jadeaba.

Molina separó lentamente sus manos, las volvió a juntar por las puntas de los dedos y, luego, dijo serenamente:

—Eso es cosa del mando militar, compañero. Cuevas dio un puñetazo sobre la mesa.

—Entonces, ¿para qué están los partidos y las organizaciones? Molina no se inmutó. Sonriendo levemente, le replicó

—Hace tiempo que ya no pintamos nada, y tú lo sabes y tú mismo lo has dicho más de una vez.

—Era diferente entonces, compañero.

—No vamos a discutir eso ahora, pero lo cierto es que no pintamos nada.

Cuevas se enderezó y miró a todos, interrogándolos duramente con los ojos.

—¿Y el coraje? —preguntó—, ¿dónde está nuestro coraje?

Olivares, que había vuelto a sentarse, le contestó:

—El coraje no puede resolverlo siempre todo. Cuando se abusa de él, se acaba también. Y eso es lo que ha pasado con el nuestro.

Cuevas cerró los ojos como si se sintiera mareado y continuó así, plantado en medio de todos, hasta que Molina tomó de nuevo la palabra:

—Ahora el coraje consiste en aguantar lo que venga sin dejarse quebrar y sin espavientos, compañero. Sí —recalcó al ver que Cuevas abría los ojos y le miraba, asombrado—, hemos perdido la guerra y una de las cosas más difíciles es saber perder, sólo un poco menos difícil que saber ganar. Pero no somos militares, somos revolucionarios. Por eso nos quedan todavía muchas batallas por delante. No, no se ha perdido todo.

—¿Que no se ha perdido todo si nos entregamos? ¿Estás loco? —y los ojos de Cuevas brillaban, humedecidos.

—No —contestó, imperturbable, Molina—. Las ideas no

mueren. ¿Tú no sabes eso?

—Las ideas, las ideas... —y Cuevas movía la cabeza, exasperado—. Palabras, palabras... ¿Sabes lo que pienso yo? Pues no entregarme. Hay otro jefe de brigada en mi frente que piensa lo mismo. No nos será posible resistir nosotros solos, claro, pero nos distribuiremos en grupos y nos echaremos al monte. Y si el enemigo quiere cogernos, que venga al monte a cogernos... — Luego pasó por todos su mirada fulgurante y gritó ¡Yo no me entrego! ¡Yo no me entrego!

Y sin despedirse salió del despacho a grandes zancadas, dando un portazo antes de desaparecer.

Los demás se miraron en silencio y Molina cogió la petaca y se sirvió tabaco, ofreciéndola después a sus compañeros, que le imitaron por turno. Y siguió el humear de los cigarrillos, entre miradas y silencio, bajo la impresión de la entereza de Cuevas, el campesino extremeño que comenzara la guerra en defensa de Badajoz, de donde escapó en el último momento, y que desde entonces fuera conquistando los grados militares a fuerza de valor y heridas.

—Y no se entregará, lo conozco muy bien —dijo al fin Olivares—. Es de la clase de hombres que se necesitan para ganar una guerra, porque no dudan ni miran a los lados, ni discuten ni sienten remordimientos ante sus consecuencias. Un guerrero.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo Molina. Volvieron a quedarse callados, pero se abrió la puerta y apareció en ella Marina, diciendo:

—La radio anuncia un comunicado especial. ¿La traigo aquí?

Los demás miraron a Molina y éste decidió:

—No. Ponla al más alto volumen para que puedan oírla todos.

Y vamos nosotros también.

Marina desapareció y Molina y sus amigos se levantaron para seguirla. Al salir al pasillo, la voz del locutor dominaba todos los rumores, que cesaron completamente a los gritos de:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Habla la junta!

Se hizo un gran silencio, un silencio expectante, angustioso, dramático. La gente llenaba el pasillo y cerraba la perspectiva con un empedrado de cabezas.

Era la voz de uno de los miembros de la junta, José del Río. Una voz conmovida que relataba el proceso de las relaciones de la junta con el Gobierno de Burgos. Las iniciales proposiciones de aquélla y la contrapropuesta de éste, conformes en principio en los dos puntos principales: un plazo para la entrega de la zona republicana y plenas garantías para que pudieran expatriarse todos los que lo desearan. Se acordó la entrega simbólica de la aviación republicana en prueba de la buena voluntad de la Junta, y aunque no pudo hacerse en la fecha indicada por razones técnicas, fueron aceptadas por la otra parte las excusas presentadas y se señaló otra fecha para llevarla a efecto. Pero...

—De una manera inesperada y sorprendente —siguió diciendo—, cuando los representantes de ambas partes se encontraban en la mejor disposición de ánimo, a las dieciocho horas, los representantes del gobierno nacionalista reciben la orden de dar por terminadas las conversaciones, y nuestros representantes se ven obligados a regresar a nuestra zona en condiciones nada favorables para el uso de la aviación.

Surgió entonces un clamoreo que ahogó las palabras de José del Río, hasta que, restablecido de nuevo el silencio, a instancias enérgicas de Molina, pudo oírse el contenido del último

radiograma urgentísimo de Burgos a la junta:

—Ante inminencia del movimiento de avance en varios puntos de los frentes, en algunos de ellos imposible ya de aplazar, aconsejo que fuerzas enemigas en línea, ante preparación de artillería o aviación, saquen bandera blanca, aprovechando la breve pausa que se hará para enviarnos rehenes con igual bandera, objeto entregarse, utilizando en todo lo posible instrucciones para entrega espontánea.

Antes de que la voz de la radio se recobrase, gritó alguien:

—¡Pero eso es un «sálvese el que pueda»!

Y ya el griterío y la confusión impidieron oír el final del comunicado. La gente, igual que en un incendio, enfiló la salida tumultuosamente, como si así pudiera escapar a la catástrofe. En medio de un grupo, tambaleándose por los empujones que recibía, Federico descubrió al fiel Tomás, a quien ya había olvidado, que le hacía señas perentorias de que le siguiese. Pero Federico le contestó solamente con un movimiento negativo de su cabeza y con el natural ademán de despedida. Entonces, Tomás, saludándole también con sus manos juntas, se dejó llevar por la corriente de los fugitivos y desapareció.

En pocos minutos quedó vacío el local. Sólo permanecieron en él los del comité, Olivares, las mecanógrafas y Madriles. Y Molina dijo a las muchachas:

—Esta noche tendréis que ir a pie a casa, y es conveniente que os marchéis cuanto antes. Lo siento.

—¿Venimos mañana? —preguntó Marina.

—No —contestó Molina, sonriendo tristemente—. Y me sospecho que nunca más. Tendréis que buscaros otro empleo, ¿eh?

Las muchachas quedaron visiblemente consternadas mientras Molina y sus compañeros regresaban al despacho.

—Bien —dijo después Molina, suspirando—, ya está dicho y hecho todo.

Cada cual requirió sus prendas de abrigo.

—Ahora es cuando siento el cansancio —volvió a hablar Molina cuando todos estuvieron listos para partir—. Supongo que seguiremos en contacto, más que nada para saber cómo se desarrollan los acontecimientos y qué es de cada uno de nosotros.

—Por mi parte —confesó Raimundo—, pienso pedir refugio en una embajada, tan pronto como la evacuen los que la ocupan ahora. Los relevaremos. Supongo que vosotros habréis pensado hacer lo mismo, ¿no?

—Yo, sí —se apresuró a declarar Lavilla.

—Pues me parece que será inútil —terció Ángel—. Según tengo entendido, el vencedor no va a reconocer el derecho de asilo.

—Pero durante toda la guerra —replicó Raimundo— las embajadas han sido en Madrid el refugio de nuestros enemigos. ¿Por qué nos van a cerrar las puertas a nosotros ahora?

Ángel se encogió de hombros.

—Ya lo sabemos, pero...

—No olvides una cosa —intervino Olivares—, y es que nos hemos quedado solos frente al enemigo victorioso. En estas circunstancias, nadie quiere tratos con el vencido. Estamos a merced de los vencedores y no podemos esperar ayuda de nadie, no nos engañemos. A esta realidad es a la que hay que hacer frente.

—Eso quiere decir que tenemos que lidiar el toro a cuerpo

limpio, ¿no?

—Justamente, Raimundo —y Molina le dio un golpecito en el hombro—. Por de pronto, yo me voy a mi casa —luego, se dirigió a Olivares—: ¿Y tú qué vas a hacer? No podrás continuar en el hotel. Sería peligroso —y añadió—: ¿Por qué no te vienes conmigo? Tenemos sitio de sobra.

Federico aceptó, agradecido.

—Precisamente estaba pensando dónde pasar estos primeros días.

Las mecanógrafas ya se habían marchado y sólo quedaba Madriles, quien dijo:

—Yo me encargo de cerrar, como todas las noches. Me iré después de cenar.

Ya en la calle, se le ocurrió preguntar a Raimundo:

—¿Y Tudela y Ramírez? No me he dado cuenta hasta ahora de que no se les ha visto el pelo en todo el día.

—Tudela fue a Valencia para zanjar una cuestión entre los compañeros de allá y no ha tenido aún tiempo de volver —dijo Molina—. En cuanto a Ramírez...

—Seguro que sigue en el palacete de la Castellana organizando la evacuación —le interrumpió Olivares. Pero la broma no tuvo eco, y a poco el grupo se deshizo.

Lo primero que advirtió Federico al llegar al hotel fue que el conserje no estaba en su puesto. Luego, en el rellano de la escalera, a la altura del primer piso, se tropezó con Pepe, el miope teniente de intendencia, que bajaba casi a rastras dos grandes maletas, y que se detuvo al verle. Vestía de paisano, tenía el rostro brillante de sudor y, al dejar las maletas en el suelo, respiró hondo y comenzó a desabrocharse el cuello de la camisa.

—¡Hola! —dijo Olivares, e iba a pasar de largo, pero el otro lo detuvo con un gesto.

—Espera, hombre. Tal vez no nos veamos más, porque supongo que no te quedarás aquí.

—No, claro. Vengo precisamente a recoger mis cosas —contestó Federico, reticente y apercebido.

—Nosotros nos volvemos a nuestro antiguo piso, que hasta esta tarde no ha sido desalojado por los evacuados que vivían en él —y le alargó su mano.

Federico se la estrechó mientras le decía, sonriendo:

—¿No nos guardas rencor por lo de aquella noche?

—No, hombre, aunque nos disteis un buen susto. Hasta cierto punto estabais en vuestro derecho. Además, el hambre... Pero, por mí, olvidado. ¿Te marchas de Madrid?

—Pues sí —contestó sin vacilar Federico.

—Ahora te puedo decir una cosa y es que tengo tanto miedo a lo que nos pueda suceder ahora como en los primeros tiempos de la guerra. Como ya te dije entonces, aunque nunca he estado de acuerdo con vosotros, tampoco os he traicionado ni he hecho méritos con los nacionales. En el fondo he sido neutral, pero me ha tocado estar aquí, ¿comprendes? Ya veremos —y movió la cabeza dubitativamente, añadiendo—: Mi madre, por aquello de que es viuda de un capitán muerto en el cuartel de la Montaña, está muy optimista, pero yo soy más bien pesimista, porque ¿dónde están los míos? Los míos no ganan nunca, ¿no te parece?

Y, tras encogerse de hombros, volvió a cargar con sus maletas. Federico esperó hasta verle tirar de ellas escalera abajo. Luego corrió a su cuarto, donde se dio prisa en recoger todo aquello que le interesaba llevarse: ropa, calzado, los restos del botín de Pepe y

algún libro, metiéndolo todo a la fuerza en su destartada maleta. Pero un ligero taconeo, primero, y una suave llamada a la puerta después, le hizo interrumpir su tarea.

Apareció Rosina, acalorada y jadeante.

—Está abajo esperando un coche. Mi madre y mis hermanos ya se han montado en él —dijo atropelladamente—. Me iba yo también, pero al ver luz en tu habitación, no he querido marcharme sin despedirme de ti.

Federico avanzó hacia ella, que se mantenía en la raya de la puerta.

—Muy bien y ¿adónde vais?

—A Alicante. Todo el mundo va para allá y el hotel se ha quedado vacío. Por suerte, un amigo de mi padre, el que mandaba ahora su brigada, se ha acordado de nosotros y ha venido a recogernos.

La muchacha seguía hablando de prisa, mirándole a los ojos, unas veces, y rehuyéndolos otras. Federico le tendió su mano, pero ella, en lugar de cogerla, comenzó a llorar.

—Pero, chiquilla... —murmuró él, poniéndole la mano en el hombro.

Rosina temblaba. Después de una breve pausa, pudo contenerse y entonces miró a Federico con los ojos rebosantes de lágrimas que le caían por las mejillas.

—Tengo miedo de lo que nos espera. Tengo mucho miedo, Federico, y no lo puedo remediar.

—Pero, ¿quién puede hacer daño a unas mujeres y a unos niños? Nadie, Rosina.

—¿Tú lo crees así?

—Pues claro, mujer.

—Que todo el mundo no es como tú, Federico...

Con intención, sin duda, de calmarla, él le golpeó suavemente una mejilla con la punta de los dedos.

—Eres una chiquilla y ves fantasmas por todas partes —le dijo—. Y procura no hacer tonterías, ¿comprendes?

—Soy una mujer —y le miró retadoramente, con los ojos brillantes, pero ya no por las lágrimas.

—Como quieras...

—Tú sí que fuiste tonto.

—Anda, anda...

Y Federico hizo ademán de empujarla suavemente al pasillo.

—Bueno —dijo ella mirándose los pies. Luego levantó la cabeza y, tratando de encubrir su nerviosismo con una sonrisa, añadió—: ¿No me das un beso de despedida?

La sorpresa dejó al hombre indeciso, pero ella se le echó en los brazos y fue tal la fuerza con que le besó en los labios, que se sintió, a su vez, turbado, y correspondió con igual ímpetu, largamente, hasta que Rosina se soltó con brusquedad de su abrazo. Quedaron mirándose a los ojos, pero ella dio entonces un paso atrás y dijo:

—¿Ves como soy una mujer? Pero ya es tarde. Lo de aquella noche lo has perdido para siempre.

Y echó a correr por el pasillo en dirección a la escalera, dejando a Federico conmocionado como si acabaran de darle un golpe en la cabeza.

El piso que ocupaba Molina con su mujer, Rosario, por ausencia de sus dueños, era una típica mansión burguesa de la Carrera de San Jerónimo, casi frente al Congreso de los Diputados, con muebles y decoración isabelinos, como embalsamada en el

aire del XIX madrileño. Desde su balcón debieron de contemplar sus moradores muchos de los grandes episodios de la historia de España, cuyo máximo escenario tenían tan cerca las coronaciones de Isabel II y de Amadeo, la proclamación de la primera República, el golpe de Pavía, la entronización de Alfonso XII y tantos otros hasta llegar a los de los últimos tiempos. Un largo y penoso tejer y destejer, sístole y diástole de un pueblo todo corazón y corazonadas.

Sólo hacían uso de las habitaciones destinadas a la servidumbre y, naturalmente, de la cocina, permaneciendo intactas las demás estancias, en el mismo estado en que las dejaran sus dueños al ausentarse: con los muebles y las lámparas enfundados de blanco, corridos los cortinajes, cerradas las vitrinas...

Cuando llegó Federico, cargado con su maleta y algunos paquetes, ya le tenía preparada Rosario una pequeña habitación contigua a la que usufructuaba el matrimonio. Rosario era una mujer alta, delgada y triste, que sólo vivía, al parecer, para hacer lo más cálida y fácil posible la humilde, a la par que agitada, existencia de su marido, a quien siempre denominaba «mi Manolo».

También estaba a punto la cena: una fritanga de patatas y unas rodajas de pan, que la aportación de Federico redondeó con un tazón de café y leche condensada. Apenas hablaron en tanto comían, porque Molina había advertido en un aparte a su compañero la conveniencia de reprimirse un poco delante de Rosario, con objeto de no alarmarla ni deprimirla más de lo que estaba. No obstante, la mujer, que espiaba atentamente cualquier gesto de los hombres, reveló en algún momento su inquietud ante

la excesiva pasividad que mostraban.

—Bueno, no decís nada y eso me da mala espina —dijo finalmente, cuando ya recogía los cacharros utilizados.

—Mala espina, ¿por qué? —y Molina miró a su mujer, sonriendo—. Es que hay poco que decir, Rosario. ¿No ves que ahora comienza el descanso para nosotros, verdad, Federico?

—Y que lo digas. Yo ya no podía más —contestó el aludido—. Va a ser éste el primer cigarro que me fume tranquilo desde la noche en que Casado dio el golpe.

—Es verdad. Dame otro a mí.

Habían cenado en la cocina y Rosario iba y venía de la mesa al fregadero y viceversa. En uno de estos viajes se detuvo para preguntar:

—¿Has pensado en lo que haremos cuando aparezcan los dueños de esta casa?

—Ya veremos. Como van a quedar tantos pisos libres en Madrid, no será difícil alquilar uno.

—¿Y crees, de verdad, que todo va a quedar como si aquí no hubiera pasado nada? ¿Tú qué crees, Federico? —La verdad es que no sé qué creer...

Le interrumpió Molina:

—Un poco de barullo, un poco de euforia los primeros días, y después cada cual tendrá que dedicarse a lo suyo otra vez. ¡A ver! ¿Qué pasó siempre después de cada follón?

—Sí, pero éste ha sido más gordo que todos los demás juntos, Manolo —insistió ella.

—Ya te lo he dicho mil veces. Lo sé, lo sé. Pero la vida no puede acabarse por eso. ¿Que habré perdido mi antiguo empleo? Lo sé. Pues habrá que buscar otro trabajo. ¿Que me detienen

como cuando lo de octubre? Bien. Pues también como entonces me soltarán. Es lo de siempre, un poco más tal vez; pero, al final, lo de siempre. Cualquiera que te oyera creería que es la primera vez que nos vemos en estos apuros. ¿Que la cosa se pone mal? Pues coges el primer tren y te vas a Albacete con tu hermana. Yo ya sé arreglármelas solo. Y como no tenemos hijos ni perro que nos ladre... —y Molina sacudió con el dedo meñique la ceniza de su cigarrillo.

La mujer, cuya admiración por su marido era como un brillo que emanaba de toda su persona, apoyó una mano en su hombro y le sacudió suavemente con aire maternal, diciendo:

—¡Huy! Tú siempre tan confiado —y mirando luego a Federico, añadió—: El caso es que mi Manolo siempre acierta, ¿sabes? Y yo me digo que por qué no se habrá dedicado a otra cosa, a los negocios, por ejemplo. Seríamos ricos. Y no a la política, para sacarles a otros las castañas del fuego, que luego no te lo agradecen ni nada. Y vuelta a empezar cada vez. Pero ahora me parece que se va a quedar más harto. A ver si es verdad y podemos vivir tranquilos por fin, porque ya nos vamos haciendo viejos y es justo que pensemos en los cuatro días que nos quedan de vida. Ahora tendrá que dejar eso de la política, que da tan poco, y dedicarse a algo más práctico, como decía mi padre, y a pensar un poco en nosotros, que está bien, y no me arrepiento, que hayamos puesto todo lo posible en provecho de los demás, pero ya va siendo hora de que apenquen otros, ¿no te parece?

Federico asintió, sonriendo, mientras cruzaba con su amigo una mirada que era una contraseña de complicidad.

—Está bien, mujer, lo pensaré —dijo Molina.

Ella se volvió al fregadero, rezongando:

—No, si yo sé que tú no lo harás. Yo sé que me tendré que ir a Albacete como otras veces y que mi Manolo andará escondiéndose, porque para eso se da mucha maña, y que luego, cuando estemos de nuevo juntos y bien, volverá a meterse en otro lío. Porque lo que a él le gustan son estos líos. Y eso que el salir con bien de éste no va a ser tan fácil, se me figura a mí. Y no es que me queje por mí, que yo, con tal que él ande a gusto, pues todo está bien, sino que lo digo por su bien, que ya ha dado bastante de sí, me parece. Pero qué se le va a hacer... —y suspiró.

Olivares y Molina cruzaban entretanto, gestos de comprensión, y cuando la mujer calló, dijo éste:

—Ahora, en cuanto termine Rosario, voy a quemar los libros que me quedan. No creas, llevo ya varias noches quemando papeles.

—Te ayudaré si quieres —se ofreció Federico.

—¡Estupendo!

Y sucedió un silencio en que los dos hombres seguían impacientes con la mirada los movimientos de Rosario, que de espaldas a ellos ultimaba sus trajines.

—Siempre me toca quemar papeles y libros después de cada fracaso —dijo al cabo de un rato Molina—. Y no creas que es fácil. Parece al pronto que el papel arde fácilmente. Pues no es así. Ya lo verás. Se retuesta y se convierte en una brasa lenta que tienes que estar soplando constantemente si no quieres que se apague. Ni aunque lo mojes con gasolina. —Y, sonriendo, añadió—: ¿Será por las ideas que llevan dentro?

Federico, que estaba pensando en otra cosa, murmuró como para sí mismo:

—¡Menudo chasco se van a llevar Trujillo, Tomás y todos los

que corren a estas horas camino de Alicante! Se van a juntar allí miles y miles de fugitivos.

—Sí —y Molina cogió el hilo de su pensamiento—, y todo hubiera salido bien de no haber ocurrido lo que ha ocurrido entre nosotros. La «semana del duro» fue una liquidación precipitada. Pero tenía que ocurrir. Nunca hubo en nuestro campo unanimidad de criterio. Si ya estábamos divididos antes de comenzar la guerra... Luego pareció que se enterraban las diferencias ante el enemigo común, pero no fue más que aparentemente. En la otra zona pasó igual, pero Franco logró imponerse a todas las facciones. Entre nosotros no hubo quien fuera capaz de ponerle el cascabel al gato...

—No era posible, Molina. En la otra zona estaban los hombres experimentados, los que van a lo práctico; y, en la nuestra, los ideólogos. La diferencia era muy grande. Aquí, ni Franco hubiera podido hacer la unificación. Y aunque hubiéramos ganado la guerra, ¿qué? A saber lo que hubiéramos hecho después. Yo creo que habría pasado lo mismo que con la República, que entre todos la mataron y ella sola se murió.

Hablaba apasionadamente, sin titubeos, como si recitara un discurso aprendido de memoria. Expresaba ideas muy rumiadas, muy maduras en su espíritu. En momentos así, Olivares aparentaba muchos más años de los que tenía. Se le llenaba la frente de arrugas y sus ojos, de ordinario luminosos y confiados, se le achicaban y endurecían.

Tras una breve pausa, prosiguió:

—Y es que no podíamos entendernos, Molina. Por eso mismo no ganamos la guerra en el primer mes. Luego se internacionalizó, y eso fue lo peor que pudo ocurrirnos.

Molina, que había seguido atentamente sus palabras, subrayándolas de cuando en cuando con vehementes movimientos de cabeza, se puso en pie, diciendo:

—Pienso lo mismo que tú.

—En cuanto a nuestros enemigos del extranjero —añadió Olivares—, para mí el principal ha sido Inglaterra, por encima de Alemania e Italia. El Gobierno inglés es el que nos puso el pie en el cuello desde el primer día.

—Conforme también con eso, Federico. ¡Vaya un tipo el Chamberlain! ¿Y qué me dices de lord Plymouth? —hizo una pausa, encogió despectivamente los labios, y dijo después—: Pero ¿qué podemos decir nosotros en comparación con los checoslovacos? Y puede que aún sacrifiquen algún otro país con tal de salvarse ellos... Y a lo mejor tienen suerte... —apretó los dientes y escupió—: ¡Hijos de la Gran Bretaña!

Se acercó a Rosario, que los escuchaba con los brazos cruzados, terminada ya su faena, y dándole un beso en la frente, le preguntó:

—¿Por qué no te vas a la cama? Federico y yo nos quedaremos un rato todavía para quemar los libros.

Ella sonrió.

—Bueno, que lo que queréis es charlar un rato a vuestras anchas, ¿no? Bien, pero no tardes, ni me manchéis mucho la cocina.

Se fue y los dos amigos tomaron posesión del fogón. Molina sacó de un armario unos cuantos volúmenes en rústica y una botella con gasolina. Eran libros de Marx, Engels, Sorel, Bujarin... Mientras los asperjaba con la gasolina, Olivares comentó:

—¿Y crees que importa mucho que te cojan esos libros?

—Mira, más que nada es por costumbre.

—Si es así... —y Olivares se encogió de hombros. Luego dijo—: Esto me recuerda otra vez la soledad y el abandono en que hemos quedado. ¿Adónde mirar? ¿A quién recurrir?

Molina ya había prendido fuego a los libros colocados en el interior del fogón y cuando arrancaron las llamas tapó éste con las arandelas de hierro. Olivares siguió hablando:

—Hemos pasado revista a algunas de las causas de nuestra derrota, pero algún día tendrá que hablarse de las conductas. Porque ¿qué me dices de aquellos célebres escritores e intelectuales que trajeron la República y que fueron nuestros maestros? Ellos nos lanzaron (hablo de los estudiantes de mi generación) a la lucha por una España nueva, y luego, a la hora de la verdad, se pusieron al margen y nos dejaron en la estacada. ¡Qué faena! ¿Qué se creían ellos que iba a pasar cuando el pueblo jugara el papel que ellos le habían escrito? Yo no sé qué pensaron. Tal vez que el drama político y social de España podría ventilarse como un acto académico, ¿no? Pero ¿no habían denunciado ellos el hambre y el atraso de nuestras gentes? ¿Es que luego, con decir que aquello no era lo deseado y hacer frases se puede uno retirar por el foro mientras los españoles se despedazan? ¡Qué asco!

Las palabras de Olivares rezumaban más bien tristeza que rencor. Molina le echó un brazo por encima del hombro.

—Déjalos. Era puro señoritismo literario lo que hicieron.

—De acuerdo, Molina. Pero ¿es que se puede hacer esteticismo con las miserias de un pueblo?

—Claro que no, pero lo hicieron. Han demostrado lo que eran: fantoches.

El fogón se atascó y empezó a escupir humo por entre las

arandelas, y Molina corrió a abrir la ventana, que daba a un patio interior.

—Ya te he dicho que no hay cosa más difícil de quemar que los libros... —murmuró.

Olivares se había quedado pensativo y Molina le llamó:

—Ven. Mira qué serena está la noche.

En efecto, todas las ventanas aparecían a oscuras y había un gran silencio. Por lo alto, en el escaso cielo cuadriculado que veían, pasaba una claridad espejeante, como esos reflejos del agua en un pozo que se contempla desde el brocal. Tras una pausa, dijo Molina:

—Volverás a tu escuela, ya lo verás.

Olivares se le quedó mirando.

¿Crees —y estiró sus manos ante él— que bastará tener las manos limpias de sangre y de codicia?

—¿Por qué no? Sigo creyendo, y te lo digo en serio, que no habrá represalias. Vamos, no me cabe en la cabeza.

—Pues yo no soy tan optimista, Molina. Pero aunque te salieras con la tuya, ¿es que no es para sobrecogerse el pensar esta noche en tantos como han muerto en nuestra guerra? ¡Qué saldo más espantoso, compañero!

Molina afirmó lentamente con la cabeza.

—Ya lo creo que es espantoso. Y lo peor es que no tiene remedio.

—Pues ahora comprenderás que alguien tendrá que cargar con él. ¿Los vencedores? No, los vencidos. ¿Todos los vencidos? Tampoco. El que más y el que menos se sacudirá las pulgas como pueda. Y seremos precisamente los que no tenemos que avergonzarnos de nada personal los que pagaremos, de una u otra

manera, las culpas de todos. Ya lo verás.

Molina quiso entonces hacer un último esfuerzo para arrancarle de sus sombríos presentimientos:

—No te dejes dominar por el pesimismo, hombre. Comprendo que para ti es la primera experiencia de esta clase. Yo he pasado ya por situaciones semejantes y sé que la vida es más fuerte que los hombres. Ahora estamos cansados, deprimidos, desmoralizados. Pero yo te aseguro que mañana, a plena luz del día, verás las cosas de otra manera. Me ha ocurrido a mí muchas veces. La vida sigue, Federico, tiene que seguir. Hombres y mujeres se amarán esta noche y otros morirán de muerte natural. Y mañana nacerán niños... La vida, chico, la vida. Anda, vámonos a dormir y seguiremos hablando mañana.

Federico se encogió de hombros.

—Sí, vámonos a la cama —pero antes de retirarse de la ventana, dijo, moviendo tristemente la cabeza—: Figúrate la noche que estarán pasando también nuestros partidarios de Burgos, Valladolid, Sevilla... Tantos meses viviendo sólo de la esperanza que tenían puesta en nosotros y ahora... Se ha apagado la última luz que les quedaba.

El fogón ya no dejaba escapar humo. Se había extinguido el fuego. Cuando Molina levantó la tapa, vieron que los libros estaban todavía casi enteros. Sólo se habían quemado las cubiertas y el fuego no había podido morder más que los bordes de las páginas.

—Pues que se queden como están —decidió Molina—. Estoy que me caigo de sueño —y reprimió un bostezo.

—Yo — dijo Federico— aún leeré un rato en la cama. Estoy repasando el final de las guerras civiles de Roma: la de Mario

contra Sila y la de César contra Pompeyo.

—¿Y tú crees que pueden enseñarte algo? La historia no se repite, compañero.

Federico hizo un gesto de indiferencia y ya se dirigía a la puerta cuando le detuvo y le hizo volverse la pregunta de Molina:

—¿Tienes miedo?

Molina le miraba con ternura mal disimulada. Parecía casi un anciano. Por eso no se ofendió. Tan sólo se encogió de hombros mientras el otro insistía en el mismo tono familiar y afectuoso:

—¿Más que en el frente, Federico?

Entonces contestó:

—No lo sé, pero es otra cosa.

—¿Cómo?

—No lo sé —repitió—. Aquello era duro y esto es amargo. Allí, uno podía hacer algo; ahora, nada. Y tú, ¿tienes miedo?

Pero Molina, en vez de contestarle, le cogió de un brazo y le obligó suavemente a traspasar la puerta. Y, al tiempo de apagar la luz de la cocina, murmuró:

—Hombre, nunca se está tranquilo del todo, pero ya verás como no pasa nada —y añadió, ya en tono más seguro y como si quisiera acallar también su propia inquietud—: ¿Te parece poco lo que ya ha pasado?

Madriles cerró el portal y salió a la calle tambaleándose.

—¡Que yo no me piro, hombre, que no! —farfulló con lengua estropajosa.

Anduvo unos pasos, vacilante, y se acucilló después junto a una boca de la alcantarilla.

—¡Vaya, buen viaje!

Besó las llaves y las arrojó por la alcantarilla.

—¡Se acabó!

Se enderezó trabajosamente y siguió anclando. Cruzaba la acera de un lado a otro y de cuando en cuando se recostaba en la pared. La calle estaba desierta y enmudecida y arropada en sombras. La noche aparecía cariñosa, sumisa, quieta. Por eso, cuando, hablaba Madriles, su voz resonaba claramente, como la de un actor en un teatro vacío.

—¡Ay, madrecita! Tanto hablar y hablar, ¿para qué?... ¡Qué tíos!... Conque a Alicante, ¿eh?... ¡Qué tíos!

Se detuvo en la esquina y echó un trago de la botella que llevaba en el bolsillo del gabán.

—¡Viva la República, sí, señor! —exclamó, chascando los labios—. ¡Y viva la revolución! ¡Y viva la madre que me parió! —hipó sonoramente y añadió—: Y el que quiera algo, ya sabe... Me falta un brazo, ¿y qué? Para lo que van a servir ya los brazos... ¡Pana! ¡Brrr!

Se dirigió luego, dando traspiés, hasta un poste de hierro y se asió a él con el muñón.

—¡Eh, amigo! ¡Quieto!... ¡Quieto paran!...

Poco a poco fue resbalando hasta quedar sentado en la acera.

—No corras, cabrón, no corras. Ahora verás lo que hago yo con los tanques. Mira...

Braceó un poco, como si escarbase, y después lanzó a lo lejos la botella, con toda la fuerza de que fue capaz.

—¡Pum! ¡Así!... ¡Uno menos!... ¿Lo ves qué fácil? Sí... Sí... Pero hay que echarle valor y todo eso que los hombres tenemos... No, yo no soy mal hablado, no. Pero que me echen tanques y no me echen maricones, ni voceras... ¡Ay, madrecita!

El mismo silencio absorbía sus palabras como un secante. Al fin

reclinó la cabeza sobre la columna metálica, como sobre el hombro de un amigo, y empezó a balbucir:

—Sí, me he quedado solo. ¡Solo, madrecita!... ¿Y qué va a ser de ti ahora, eh?... ¡Estoy solo!

Su voz era cada vez más oscura, más ronca, hasta que se quebró en un gemido estertóreo.

—¡Pobre madrecita, pobre madrecita!

Se ahogaba. Y es que Madriles, abrazado fuertemente al poste, había roto a llorar.

*

Federico Olivares abrió los ojos, sobresaltado. Por el ventanuco entraba la plena claridad del día y un fragor de voces, radios y gritos, que brotaban de los fondos de la casa y salían disparados por el tubo del patio interior hacia lo alto. Luz clara y ruidos confusos e inquietantes.

Miró su reloj. Eran las diez y media de la mañana. Entonces saltó de la pequeña cama de hierro, cuyos muelles gimieron de alivio, y comenzó inmediatamente a vestirse.

(Ocurre algo raro. ¿Qué será? Pero Molina no me ha avisado... A lo mejor es que está durmiendo todavía...)

Su mente se despabiló en seguida, como cuando, en la guerra, cualquier alarma, o el simple repiqueteo del teléfono de campaña, a cuyo lado dormía, le hacían actuar sin pérdida de tiempo, recobradas súbitamente la lucidez mental y la conciencia clara de la emergencia.

Pero al abandonar su habitación quedó sorprendido por el soñoliento silencio de la casa. Terminó de abrocharse la camisa y de alisarse el cabello y carraspeó. La mudez absoluta que le rodeaba le puso nervioso. No obstante, pudo dominar su

impaciencia y continuó andando despacio, a fin de que los crujidos de la tarima anunciaran su paso. Aún volvió a carraspear antes de abrir la puerta del salón, y de pronto se encontró frente a Molina y Rosario, que vueltos hacia él lloraban silenciosamente. Molina estaba junto al balcón, de pie, y Rosario, sentada en una pequeña butaca, a su lado.

Sobrecogido, Olivares miró, a su vez, a ambos con expresión atónita. Luego susurró:

—Pero ¿qué pasa?

Rosario se enjugó los ojos con un pañuelo y Molina le hizo una seña con la cabeza para que se acercara. Los tres o cuatro pasos que le separaban del balcón fueron para Federico como un largo viaje, y los tres o cuatro segundos que invirtió en cubrir tan corta distancia, un tiempo interminable. Al fin llegó. A su amigo aún le corrían las lágrimas por las mejillas.

—Mira —le dijo, señalando a la calle.

Y Federico miró. La Carrera de San Jerónimo estaba llena de luz... Federico abrió el balcón y salió fuera. Y se quedó pasmado. Todos los balcones y todas las ventanas, entre los extremos que abarcaba su vista, aparecían adornados con banderas bicolores, con banderas rojas y amarillas. Y miró abajo. Pasaba una camioneta encima de cuya cabina iban sentados un sacerdote y un guardia civil, sujetando ambos el asta de otra gran bandera bicolor que los transeúntes se detenían a saludar con el brazo en alto. Ya los gritos se oían claramente: ¡Viva España! ¡Arriba España! ¡Viva Franco!

Lo último que vio fueron los leones negros de guardia ante el palacio del Congreso de los Diputados, que parecían reír.

Y se encontró de golpe otra vez en el centro de la estancia,

oyendo cómo Molina cerraba el balcón. Rosario tuvo otro flujo de llanto y él sintió cómo le brotaban también unas lágrimas calientes. Y no sabía qué decir.

Federico Olivares se sentó en una butaca, frente a sus amigos. Y los tres se miraron entonces en silencio sin saber qué decir.

Así continuaron, quietos y mudos, como estupidizados, mucho tiempo, hasta que Molina se movió hacia el gran aparato de radio que había en uno de los rincones del salón. Federico y Rosario le siguieron con la mirada... Después, una voz hinchó la estancia. Era una voz acongojada, trémula, que pedía a los madrileños calma y serenidad en el difícil trance que estaban viviendo. Era una voz suplicante. La del viejo profesor de Lógica Julián Besteiro, que fue asaltada y anulada al final de la alocución por unos impacientes, victoriosos y estridentes gritos de ¡Arriba España! ¡Viva Franco!, ¡Franco, Franco, Franco!

Esos mismos gritos oía en aquel momento Cubas a través del entreabierto balcón de la alcoba de Maruja, la «Morena del Chicote». Grupos de hombres y mujeres bajaban por la calle de la Aduana al encuentro de los camiones y coches enarbolados que afluían, por la de la Montera, a la Puerta del Sol. Todos los balcones y ventanas de la acera de enfrente aparecían con colgaduras religiosas o con los colores rojo y amarillo.

Cubas había adelgazado notablemente, por lo que sus pómulos y sus mandíbulas resaltaban más en su rostro, mientras que sus ojos aparecían más hundidos en las cuencas. Su morenez se había tornado violácea y la negrura de su barba descuidada descubría entreveros plateados. Miraba a la calle con expresión dura y concentrada y, de pronto, como si quisiera ahogar los clamores callejeros, cerró el balcón de un zarpazo, y así pudo oír un

porfiado cuchicheo a sus espaldas.

—Que le he dicho que se espere, ea. No sea pesada —decía Maruja.

—Mira que alguien puede fijarse en nuestros balcones y... —replicó otra voz, también de mujer.

—Es que a lo mejor le sienta mal, señora Vicenta.

—Otra, ¿y qué le vamos a hacer?

—Luego le hablaré yo, ¿quiere?

—Bueno, yo, con decirle al portero lo que pasa, me lavo las manos.

Entonces se volvió Cubas. A la puerta de la alcoba, Maruja trataba de impedir el paso a otra mujer que llevaba un rebuño de lienzo blanco en las manos. Cubas, en mangas de camisa militar, mostraba la culata de la pistola del cabo Mínguez por encima del cinturón. Ante la mirada del hombre, las mujeres se encogieron intimidadas.

—¿Qué pasa, Maruja?

Maruja trató de sonreír.

—Nada. Es que... Es que la señora Vicenta está emperrada en colocar eso en el balcón —y señalaba el paño blanco.

La señora Vicenta se adelantó, mostrándolo más claramente. El paño blanco estaba ribeteado por una franja roja y presentaba en el centro la mancha purpúrea de un corazón. La señora Vicenta era una mujer de hinchado abdomen, con mechones grises y desaliñados sobre la frente, con ojos acuosos y blanda boca, con unas piernas redondas, de carne sebácea, que le desbordaban las zapatillas.

Dijo:

—No es que una, ¿sabe?, pero... Se lo he pedido prestado a

una vecina para evitar después malos decires. Ya sabe lo que pasa, ¿no? Al principio de la guerra, una tampoco, vamos, que no estaba ducha en estos detalles...

—Yo le he dicho que espere, que a lo mejor... —le interrumpió Maruja.

Pero Cubas indicó con un gesto a la señora Vicenta que podía pasar y la señora Vicenta aprovechó la invitación todo lo rápidamente que se lo permitieron sus pesadas piernas, aunque tuvo que ayudarle Maruja a extender y prender la colgadura.

Mientras, julio Cubas acabó de vestirse, embutiéndose un grueso jersey negro, de cuello alto. Esperó después a que las mujeres terminaran de engalanar el balcón y, cuando la señora Vicenta le dejó a solas otra vez con Maruja, dijo a ésta:

—Bueno, Maruja, me voy.

Maruja se le acercó suavemente y le puso sus manos sobre el pecho.

—¿Y dónde vas, julio?

Cubas parpadeó.

—Mira, la guerra ha terminado y yo tengo que irme.

—Bien, pero ¿adónde?

—¡Qué sé yo! Muy lejos.

—Pues entonces, ¿por qué no nos vamos los dos juntos a mi pueblo? Contigo volvería, ya ves, y eso que tenía jurado no volver nunca —y como él denegase con la cabeza, añadió—: Pero me es igual, tonto, un sitio que otro y yo voy a gusto donde tú vayas. Y si quieres, ahora mismo. Mira, lo dejo todo y me voy contigo. Ya ves, lo dejo todo.

—No, no puede ser —y Cubas se desprendió de sus manos e inició un movimiento hacia la puerta—. Tú no puedes

acompañarme en este viaje.

Pero ella corrió más y se le puso, otra vez delante.

—Pero ¿por qué, julio? Llevamos tantos días encerrados en esta alcoba, que te has cansado de mí. ¿Es por eso, julio?

Julio no quería encontrarse con sus ojos y miraba por encima de sus hombros.

—No, mujer, no es por eso.

—¡Mírame!

—Bien —y la miró a los ojos, esforzándose por sonreír.

—Así. Desde luego —y le pasaba las manos suavemente por el pecho—, si seguimos más tiempo encerrados aquí, te matas... —y apoyó la cabeza en él.

Cubas le acarició la cabellera.

—Hubiera sido una buena muerte, Maruja. ¡La mejor!

—¡Huy, qué agonioso estás hoy! No hables de eso ni en broma, con el día que hace... En mi pueblo ya ocurrió una cosa así, como te lo digo. Él era pastor también, un mozo como un castillo. Y si hubieras visto lo escurrida que era ella... Se casaron y en menos de seis meses el Justino se quedó hecho un espárrago. Ella lo devoraba, según decían, y una cómo iba a pensarlo viéndola tan poca cosa... Pero sí, la muy calentona subía todas las noches a dormir con él en la paridera. Y una madrugada, en que cayó una escarcha negra, el Justino se quedó en un vómito, y cuando la Engracia bajó al pueblo a pedir auxilio con la ropa manchada de sangre, se pensó la gente que había sido un crimen. Y yo vi al Justino. Estaba blanco como el papel. Desde entonces, a la Engracia ya no la miró nadie y se fue quedando seca, seca... —hizo una pausa y miró a Cubas sonriendo—: No le pasó lo que a mí, que cada día estoy más fondona, según dice la señora Vicenta, ¿qué te

parece?

—Bien, mujer.

—No, no me oyes. Tú estás muy lejos de aquí.

Y los ojos se le enrojecieron.

Cubas tuvo que hacer un esfuerzo para separarse de ella.

—Mira, Maruja —le dijo gravemente, mirándola a los ojos—, no quiero dejarme agarrar como un conejo. Voy a ver si puedo salir de Madrid, porque una vez en el campo ya no habrá quien me eche la mano encima. Seguiré así por los montes hasta Francia. ¿Comprendes ahora por qué no puedes venir conmigo?

—¿Cómo que no? ¿Es que crees que a mí me asusta el monte?

—Es huir y huir, de día y de noche, mujer. Sin comida, sin cobijo... Ni yo mismo podré resistirlo tal vez. Lo que debes hacer tú —Maruja se iba serenando, quedándose fría— es quedarte aquí mientras tanto. A ver si te puede echar una mano ese Enrique amigo tuyo. Ya habrá salido de San Antón y andará hecho un mandamás de ahora, ¿comprendes?

—Pero si yo no lo he visto hace un siglo...

—No importa. Él se acordará de ti, porque de ti no hay quien se olvide. Bien. Yo, si logro llegar a Francia, te lo mandaré decir. Y si entonces quieres venirte conmigo...

Maruja bajó la cabeza y guardó silencio. Parecía estar pensando y Cubas aguardó su respuesta.

—Está bien —dijo Maruja después de una larga pausa—, puedes irte. Anda, márchate —se había separado de él y colocado a contraluz del balcón—. Y no digas nada, ni me mires, anda.

Al poner la mano en el pestillo, Cubas pareció vacilar, pero se recobró rápidamente y salió sin volverse a mirar a Maruja. Esta, tan pronto como desapareció él, corrió al armario ropero para

coger un abrigo. Se lo puso apresuradamente y abandonó también la alcoba. A la señora Vicenta, con quien se tropezó en el pasillo, le dijo:

—Vuelvo ahora mismo. Es que se le ha olvidado una cosa a Julio —y echó escalera abajo.

El gentío crecía por momentos. La Puerta del Sol era ya una masa bullente de cabezas sobre las que ondeaban las banderas izadas en los balcones del Ministerio de la Gobernación, en los troles de los tranvías y en lo alto de camiones y coches. Banderas rojas y amarillas, blancas con el aspa roja en su centro, rojinegras con el yugo y las flechas. Banderas flameantes que la gente saludaba con gritos, levantando los brazos a la romana.

Se veían grupos de soldados que parecían deslumbrados por aquella frenética acogida triunfal que se les tributaba. Algunas mujeres los abrazaban, otras los besaban y muchas gritaban al paso de los oficiales:

—¡Ésos sí que son oficiales de verdad!

Era una explosión de alegría nerviosa, impaciente, eléctrica. Los moros reían con sus grandes dentaduras blancas al sentirse acosados y besados por las muchachas enardecidas.

—¡Franco, Franco, Franco!

Abriéndose paso a codazos, acudían gozosos guardias civiles luciendo el charolado tricornio, y sacerdotes blandiendo sus sotanas, y monjas aireando sus hábitos, saliendo de quien sabe qué escondrijos, desquitándose de quién sabe qué fingimientos o encubriendo quien sabe qué clase de debilidades y claudicaciones.

—¡Arriba España! ¡Arriba España!

También había quien parecía atónito, o asustado, sin saber si reír o llorar. Y también había quien bajaba la cabeza y miraba

alrededor con desconfianza. Y también lloraba gente tras los cristales de los balcones, sin que pudiera saberse si era de pena o de alegría.

—¡Y han pasao! ¡Y han pasao! ¡Y han pasao!

Escuadras de muchachos con camisa azul rompían y pisoteaban las antiguas banderas o arrancaban de las paredes los carteles de propaganda antifascista. Así fueron desgarradas las efigies de los robustos obreros de la U.G.T. y de la C.N.T. dándose la mano, y las de Stalin, Lenin y Marx, y las del espion de grandes orejas, y las de la «Pasionaria», y las de Jesús Hernández, y las de los soldados en cuyos cascos campeaba la estrella roja de cinco puntas. Y se formaban coros para aplaudir y animar a los muchachos de las camisas azules, que luego rompían a cantar el «Cara al sol», que los espectadores no podían seguir porque ignoraban su letra y su música.

—Cara al sol con la camisa nueva...

La gente abría la boca y dejaba escapar unos murmullos disonantes acompañándolos con braceos y vivas.

—que tú bordaste en rojo ayer...

Cubas abandonó pronto la calle de la Montera y salió a la de Preciados, pero sin lograr zafarse de la muchedumbre que acudía por todas partes. Tras él iba Maruja, entre encontronazos y empujones, pero sin perderlo de vista, corriendo cuando podía, empinándose sobre las puntas de los pies para seguir el rumbo de su cabeza entre el oleaje humano.

Al llegar al Capitol, Cubas se encontró el camino más despejado, pero se dio de manos a boca con un grupo de jóvenes que subían por la Gran Vía gritando vivas a España, a Franco y a la Falange. Cubas se hizo a un lado, para dejarlos pasar, pero el que

capitaneaba el grupo se encaró con él, ordenándole:

—A ver tú, levanta el brazo y grita ¡Arriba España!

Cubas le miró inexpresivamente, como si no le hubiera oído ni casi le viera, y permaneció quieto y mudo. El otro se envalentonó aún mas, si bien sus camaradas, impacientes, hacían intención de seguir adelante.

—¿No has oído lo que te he dicho? ¿O es que no quieres levantar el brazo y gritar ¡Arriba España!?

Entonces, Cubas contestó, pronunciando lentamente las palabras:

—Eso mismo: que no me da la gana.

El joven quedó desconcertado por la inesperada respuesta y buscó con la mirada la ayuda de sus compañeros, pero éstos se habían puesto ya en marcha, gritando:

—¡Y han pasao! ¡Y han pasao! ¡Y han pasao!

En vista de ello, clavó en Cubas su centelleante mirada, que era un relámpago de ira, y le dijo, amenazador:

—Ahora no quieres, pero ya aprenderás a levantar la mano y a cantar el «Cara al sol». Ya lo verás, rojo, ya lo verás —y corrió a unirse al grupo.

Cubas continuó su camino, sin volver la cabeza atrás, cuesta abajo, hacia la plaza de España, seguido siempre por Maruja, quien levantó temblorosamente el brazo al encontrarse con el grupo de jóvenes exaltados y siguió un buen trecho en la misma postura.

En los solares de la Gran Vía, los moros habían establecido ya algunos tenderetes en los que ofrecían tabaco y té. Los clientes formaban corro en demanda principalmente de tabaco, pero los moros rechazaban a muchos de ellos diciendo:

—Billetes rojos, no, paísa. Plata, plata...

Los frustrados fumadores, incapaces de dominarse ante los cigarrillos canarios y los cuarterones, se despojaban de sus relojes, de sus plumas estilográficas y de algunas prendas, a cambio de ellos. Otros moros encendían fogatas y preparaban sus utensilios para el té.

Cubas pasó de largo, mirando sólo de reojo estas escenas, y Maruja se subió el cuello de su abrigo para ocultar su rostro todo lo posible a los africanos. La rápida marcha de julio la hacía jadear y sudar.

En la plaza de España comenzaban los verdaderos signos de la guerra: barricadas de adoquines y de sacos terreros, agujeros de obuses, edificios despanzurrados... Por allí andaban todavía, confundidos, soldados vencedores y soldados vencidos, charlando amigablemente, dando aquéllos de fumar a éstos, y tramando tal vez planes de paz y de reconciliación.

Cubas tomó la calle de la Princesa. Corría un aire fresco por allí, pero esplendía el sol. Se barruntaba el campo.

Maruja perdió el tacón de uno de sus zapatos y anduvo cojeando hasta que decidió arrancarse también el otro.

Casas derrumbadas. Los gritos y el estruendo de la victoria habían quedado atrás. Aquí se imponía el silencio de la desolación cada vez más patente, con más muñones al aire como imprecando o maldiciendo. Ahí hubo un árbol; allí, un comercio; allá, un colegio; al otro lado, una clínica. Ahora, sólo ruinas, vacío, silencio. Casas de vecinos, huecas, sin alma viviente. Pasó la guerra. De cafés donde se citaban los novios, sólo el sitio. Pasó la guerra. He ahí una alcoba al aire, donde alguien nació y alguien amó, y durmió y soñó. Sólo le quedaba el color azul de sus paredes

agrietadas. Pues mira esa bañera... y ese trozo de reloj que parece pegado al muro. Pasó la guerra. ¿Dónde están sus hombres, dónde sus mujeres, dónde sus niños? ¿Y sus risas, y sus llantos, y sus palabras? Pasó la guerra. Hasta la iglesia parece un cadáver sin enterrar. ¿Dónde han ido a parar las oraciones, y el incienso, y el perdón, y el amor evangélico? Pasó la guerra.

Seguían bajando grupos de soldados de uno y otro bando, unos con armas y los otros inermes. Contentos todos, sin duda, por el fin de la guerra, pero cansados, sucios. Y ahora, ¿qué? Pues al pueblo, a trabajar el campo, a charlar con las mozas en la fuente, a bregar con el cansancio, a apalear los días y a morir poco a poco, como antes.

Se veían ya tipos cargados con sacos a la espalda husmeando entre las ruinas, como pajarracos madrugadores entre las víctimas de la noche, como los primeros gusanos de un cuerpo en descomposición. Ladrones de miles de muertos que llevan a su retaguardia todas las guerras, detrás de los logreros y los negociantes, a quienes la matanza engorda. Los sapos de la guerra.

Cubas se detuvo al fin ante una de las casas en ruinas, y, tras mirar a su interior, desapareció en ella. Entonces, Maruja echó a correr hacia allí, reuniendo para ello sus últimas energías físicas. Le silbaba el aire en la seca garganta, se le había clavado un dolor en el vientre, tropezaba, gemía, pero pudo llegar al portillo por donde desapareciera julio. Al pronto no vio nada, pero después de atravesar lo que debió de ser el hueco de una escalera y que ya sólo era un túnel formado por vigas y escombros, se encontró en un patio rodeado de muros que aún sostenían engarabitadas entrañas de algunas viviendas. Sentado en un madero, Cubas

contemplaba una fotografía.

—¡Julio!

El hombre se estremeció y volvió la cabeza. Maruja avanzaba hacia él dando tumbos, muda, sin poder romper a llorar. Se levantó rápidamente a cogerla, antes que se derrumbase, y Maruja cayó en sus brazos. Por unos momentos estuvieron ambos en silencio y fuertemente apretado el uno contra el otro. Luego, dijo él:

—¿Por qué has venido, mujer?

—No iba a dejar que te mataras. Sí, porque tú has venido aquí a matarte. Lo vi en tus ojos —dijo ella, compungida, con la cara oculta en su pecho. Y siguió hablando—: Ahora tendrás que matarme a mí también. ¿Qué creías, que me iba a ir con Enrique? Cómo se ve que no me conoces, julio. Yo sólo voy contigo, donde tú vayas. Para siempre. Que lo que sea de ti tiene que ser de mí, ¿entiendes?

Cubas la dejó desahogarse y luego buscó un refugio entre las ruinas, donde pudieran cobijarse sin peligro.

—Hay que evitar que nos descubran, porque podrían pensar que hemos venido a robar como esa gente que anda por ahí. Y a la noche veremos lo que podemos hacer. Si las trincheras quedasen vacías, no nos sería muy difícil llegar a campo libre...

Se sentaron en el suelo. Estaban envueltos en penumbra y silencio.

—¿Verdad que querías matarte, julio? —preguntó ella acurrucándose estrechamente contra él.

Cubas, en vez de contestar, se guardó la fotografía que aún conservaba en la mano.

—He visto esa foto muchas veces, julio. El día que la descubrí

esperé a la noche, a que estuvieras dormido, para sacártela de la cartera. Ella era tu mujer, ¿verdad? Y los chicos, tus hijos, ¿no? ¡Qué lástima de criaturas! Porque ella era joven y muy guapa, y los chicos muy majos. Yo pensaba lo que tú pensarías, y sentía tu pena... ¿Por qué yo habré sido como he sido?

Y Cubas la dejó hablar y hablar, cerrados los ojos, como adormecido por el rumor del viento en la arboleda o del agua en un regato.

Rosario y Molina jugaban a las damas mientras Olivares leía a Mommsen. Estaban en la cocina, a cuya ventana se asomaban ya los anuncios de la noche. A la orgiástica explosión de la victoria en la calle había sucedido el silencio, como si la ciudad se hubiera quedado afónica después del griterío.

No se oían más que el ruido de las fichas sobre el tablero y, de cuando en cuando, el suave roce de las páginas del libro. Y, de pronto, sonó el timbre del vestíbulo. Rosario, Molina y Olivares se miraron, sorprendidos primeramente y luego temerosos. Antes de que ninguno hablara, el timbre volvió a sonar, más imperiosamente.

Rosario se levantó murmurando:

—¿Quién podrá ser a estas horas?

Olivares y Molina salieron tras ella hasta la puerta, desde la que podían ver perfectamente lo que sucediera en el vestíbulo. Entretanto, el timbre repiqueteó de nuevo, con insolencia.

Rosario descorrió el cerrojo y entraron, empujando, dos hombres. Vestían de uniforme militar, a la manera irregular de campaña: botas altas, cazadora y boina. Sobre el pecho lucían los dos la solitaria estrella de alférez. La mujer tuvo que hacerse a un lado precipitadamente para dejarlos pasar y ellos, después de

mascular un saludo ininteligible, irrumpieron en la casa. Entonces, Olivares y Molina fueron a reunirse con Rosario, quien, pálida y temblorosa, estaba ya a punto de romper a llorar.

—Deben de ser los dueños de la casa —susurró Molina.

No se atrevieron a moverse de allí. Y los tres permanecieron quietos y mudos todo el tiempo que duró la requisa, que les pareció larguísimo. Mientras, oían el ir y venir de sus botas por todas las habitaciones y el murmullo de sus comentarios, secos y bruscos, que no podían entender. Al fin reaparecieron, tan impetuosos como habían entrado, pero se detuvieron al ver a los dos hombres junto a la mujer. Y uno de ellos dijo:

—Bueno, antes de las diez de la mañana tienen ustedes que desalojar el piso, ¿entendido?

—Sí, señor —contestó Rosario al tiempo que les franqueaba la salida.

Y se fueron sin despedirse.

Después de suspirar profundamente, dijo Rosario:

—Menos mal que han encontrado la casa lo mismo que la dejaron...

Sí, eso los ha desarmado —añadió Olivares—. Porque venían con las del beri.

—Puede ser —terció Molina—. De todas maneras ya habréis visto que no es tan fiero el león como lo pintan, ¿eh? Hay que tener en cuenta que ésta es su casa.

—Bien, pero ¿qué hacemos? ¿Adónde vamos mañana?

—preguntó Rosario, añadiendo—: Y antes de las diez de la mañana.

Otra vez se miraron los tres sin saber qué decir.

—Sí que es una papeleta, sí —murmuró finalmente Molina.

Continuaban en el vestíbulo, de pie, perplejos.

—Bueno, a lo mejor... —se dejó decir Olivares.

—Qué? —se apresuró a preguntarle Rosario, que era la más acongojada.

—No sé, no sé... —y Olivares empezó a inspirar una esperanza con sus gestos—. Pero habrá que intentarlo, y en seguida, antes de que cierren los portales.

—Pero ¿qué? —preguntaron a la vez Rosario y Molina.

—Veréis. Un tío mío tiene un piso en la calle de Castelló.

Él está ahora fuera de Madrid, al frente de un hospital de sangre, en la Mancha. Así que el piso tiene que estar desocupado. Yo conozco al portero y él me conoce a mí, porque he ido a dormir allí varias noches, hace ya tiempo, claro. El problema consiste en que tenga las llaves y quiera dármelas. Rosario y Molina aceptaron inmediatamente la idea.

—Naturalmente que hay que intentarlo —dijo Molina. Rosario le trajo el abrigo y le ayudó a ponérselo, murmurando.

—Es la única solución, me parece.

Al partir, recomendó Olivares:

—Si la cosa sale bien, os llamaré por teléfono. Y ya podéis empezar a preparar las cosas. Yo me quedaré a pasar la noche allí. ¿De acuerdo?

—Ten mucho cuidado —le aconsejó Rosario.

Olivares encontró la Carrera de San Jerónimo completamente solitaria y pudo recorrerla sin tropiezo, pero en la esquina del paseo del Prado, donde el Banco Alemán Transatlántico, le salió al paso un militar apuntándole con un avispero.

—¡Manos arriba! —le ordenó.

Federico obedeció inmediatamente y quedó sorprendido al

oírse decir:

—¡Arriba España!

—¿Adónde vas a estas horas por aquí? —le preguntó el otro. Y de nuevo le salieron a Federico unas palabras que él ignoraba:

—A tomar contacto de nuevo con mi bandera. Con todo el jaleo del día, pues...

—Está bien, está bien. Sigue. Pero anda con ojo.

—¡Arriba España!

Pronto se dio cuenta de lo que ocurría. Una larga fila de camiones con tropa y material de guerra se deslizaba silenciosamente, viniendo de Cibeles, por el paseo del Prado. Era la ocupación militar de la ciudad. Hasta entonces no habían penetrado en ella más que unas vanguardias en descubierta y exploración. Ahora era la masa del ejército de Franco quien tomaba posesión de Madrid.

Subió por junto al hotel Ritz. Todavía pudo leer en una fachada «Partido Comunista de España. Comité Provincial». Siguió de prisa. No quiso ni volver la cabeza para cerciorarse de si aún continuaban en la puerta de Alcalá las efigies de los dirigentes rusos. También la calle de Castelló aparecía desierta. Y, por suerte, el portal de la casa que buscaba estaba abierto, con el portero vigilante tras la vidriera de su cubículo. Y, por suerte también, el portero le conoció sin vacilar, si bien se lo quedó mirando con expresión asustadiza.

—Quisiera las llaves del piso de mi tío, si no hay inconveniente.

Era un hombre calvo, pálido, con cara de hambre. Rebuscó, sin rechistar, en el tablero y le entregó las llaves.

—Gracias.

El portero, que no había dejado de mirarle, como alucinado, lo

siguió con los ojos hasta que el ascensor se lo quitó de la vista.

El piso olía a moho y a trapos, y se le había ido el alma. La primera preocupación de Federico fue llamar por teléfono a Molina, según lo convenido, para decirle que la aventura había tenido éxito y, luego, se dio a husmear por la cocina en busca de algo de comer. Sólo encontró un panecillo, duro como una piedra, en el cajón de la mesa. En vista de su fracaso, hizo un gesto mudo de resignación.

(«Vaya, pasaremos en ayunas la primera noche de paz...») Y se dejó caer, desalentado, sobre una silla.

Por su parte, julio y Maruja, en cuanto fue noche cerrada salieron de su escondrijo y, pasando de ruina en ruina, ocultándose a la menor alarma y esquivando toda presencia humana, lograron salir al descampado del Parque del Oeste. En más de una ocasión tuvieron que permanecer tumbados en el suelo durante largo rato al tropezarse con formaciones militares que, a pie o en camiones, se dirigían a la ciudad.

El valle quedaba cubierto por la densa oscuridad de la noche.

Se oían algunas voces sueltas, el ruido intermitente de algún motor y rumores apagados. A veces, asomaban unos faros, como antenas de luz, que desaparecían luego haciendo guiños. No obstante, se presentía, bajo aquella calma, un intenso hervor de afanes humanos.

Julio y Maruja, cogidos de la mano, llegaron a rastras hasta una trinchera que todavía transpiraba a soldado. Delante de ella había alambradas rotas y, más allá, un brusco descenso dejaba el panorama en tinieblas. Un viento juguetón esparcía bravíos olores de montaña.

—Ahora tenemos que cruzar esa franja y dejarnos caer luego por el declive, vaya, por el ribazo, ¿comprendes? —decía Cubas, mostrando el camino a Maruja—. Allí, el terreno nos ocultará a las miradas de los centinelas, que debe de haberlos muy cerca.

Se miraron un instante a los ojos. Los de Maruja relumbraban de júbilo; de impaciencia y excitación los de Cubas. Apretó éste fuertemente la mano de la muchacha y dijo:

—Vamos.

Treparon por entre los sacos terreros y, después de esperar unos segundos al otro lado de la trinchera para tomar aliento, echaron a correr cogidos de la mano.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó un centinela, no muy lejos de allí.

—Sigue —apremió Cubas, tirando del brazo de ella—. ¡Sin miedo!

Pero un enganchón de su abrigo en un alambre espinoso hizo detenerse y agacharse a Maruja.

—¡Vamos, tira fuerte! —urgió él.

Maruja obedeció enérgicamente, dejando un jirón de su abrigo entre los garfios de la alambrada. Hasta se hizo un profundo rasguño en la mano, que no sintió. Y corrieron otra vez, fuera de sí.

—¡Alto! ¡Alto!

Entonces sobrevino una estrepitosa explosión acompañada de un relámpago que iluminó lívidamente el contorno.

—¿Qué ha sido eso, qué ha sido eso? —se oyó preguntar después en tono de alarma.

Y contestar al centinela:

—Eran dos fugitivos, mi alférez. Les eché el alto dos veces pero no me hicieron caso. Se ve que les ha estallado una mina.

Y al poco tiempo volvió la calma, como tantas otras veces.

XII

—A mí, ni una peseta. ¿Y a tí?

—Nada.

—Pues estamos listos.

—Y, sin embargo, en los billetes dice: «El Banco de España pagará al portador...»

—Sí, sí, pero ya sabes: donde dije digo, no dije digo sino Diego...

Estaban ambos amigos frente a la tablilla que, en el vestíbulo del Banco, indicaba el número y la serie de los billetes que reconocía como válidos el Gobierno de Franco. Al igual que Federico y Molina, otros muchos ciudadanos y ciudadanas compulsaban, nerviosos y angustiados, las notas en que traían apuntada la reseña de los billetes que poseían. Algunos palidecían junto a quienes hacían gestos de resignación. También había quienes bajaban la cabeza y se marchaban sin manifestar ninguna impresión, y quienes estrujaban los papeles sin poder disimular un estremecimiento de cólera sorda. Y hasta hubo quien gritó: — ¡Mira, Pepi, me ha valido éste!

Era una mujer que, con una bolsa al brazo, estrujaba los billetes recogidos en un pañuelo; una mujer flácida, que calzaba

zapatillas de paño y se abrigaba con un mantón negro. Le mostraba el billete agraciado, un billete amarillo de cien pesetas, con la efigie de un Felipe II hermético, a una muchachita flacucha que se agarraba a su brazo.

—Hija, ya tenemos algo —añadió, emocionada. La chiquilla hizo un gesto despectivo.

—Pues vamos a hacer bastante con veinte duros teniendo a padre encerrado en la plaza de toros...

Hubo entonces un rápido y misterioso cruce de miradas entre los que formaban el grupo de consultantes, pero nadie se permitió el más ligero comentario.

—Vamos a canjear el billete bueno —dijo luego la madre, y ambas mujeres cruzaron la puerta giratoria que les franqueaba la entrada al interior del Banco.

Federico y Molina se dirigieron, a su vez, a la calle, cruzándose con personas de todos los pelajes y trazas que, en mayor número cada vez, acudían allí a lo mismo que ellos.

—Yo, en cuanto me enteré de la lista esa que daba la radio de Burgos, fui y le dije a Rafael: mira, chico, vamos a hacer caso por si las moscas, que con eso no perdemos nada —oyeron decir a una mujer alta, rozagante y bien vestida.

—Pues yo le aconsejé lo mismo a Ilde: no seas tonto y billete de esos que te venga a las manos, billete al cajón. Y ya ves tú por dónde... Y es que los hombres son unos acérrimos...—se expresó su amiga y acompañante.

Molina se encogió de hombros.

—¡Mujeres! —dijo—. Siempre van a lo práctico. Hasta Rosario me habló alguna vez de la célebre lista de billetes válidos. Yo no hice ni caso, como es natural, pero ella quiso guardar cinco duros

de plata que conservaba, y los guardó. Gracias a ellos ha podido comprar víveres estos días.

—De todas maneras —comentó Federico—, aunque a mí me hubiera valido todo el dinero que me quedaba... No llega a mil pesetas.

—Pues nosotros teníamos menos: un billete de quinientas y tres de ciento.

—Nos han dejado lo que se dice en la calle.

—Lo mismo que cuando vinimos al mundo, sí.

—Ha sido un golpe bajo, ¿no te parece?

—De acuerdo, pero deja que todo acabe ahí, Molina.

Era una bonita mañana de sol, y las fachadas de los edificios, los postes del tranvía y algunos árboles aparecían engalanados con banderas y gallardetes bicolores, rojinegros con el yugo y las flechas, o, blancos con el aspa roja. Hubiérase dicho que era una mañana primaveral florecida de banderas.

—¿Cuándo volveremos a ver las nuestras, Federico?

—¿Las nuestras has dicho? Mira, mira...

Le señalaba las hileras de nuevos carteles de propaganda, pegados sobre los anteriores. Eran menos variados y policromos, pero con un mayor énfasis en su literatura: «¡Por el imperio hacia Dios!», «España es una unidad de destino en lo universal». Uno de dichos carteles consistía en una corona de laurel con la siguiente inscripción: «Todos los césares fueron generales invictos. ¡Franco!» También aparecían las consignas revolucionarias: «¡Por la patria, el pan y la justicia!», «Ni un hogar sin lumbre ni una familia sin pan».

—Como si Felipe II se hubiera vuelto loco, ¿no? —comentó Olivares.

—No entiendo nada, de verdad, Federico.

Los detuvo el repiqueteo de una campanilla. La gente comenzó a arrodillarse a su alrededor y a santiguarse precipitadamente. Estaban en el cruce de las calles de Goya y Velázquez.

—¿Qué es? —preguntó Molina.

Pero no tuvo que aguardar mucho tiempo la respuesta. Se trataba de una procesión de desagravio. Tras una pequeña imagen del Corazón de Jesús, transportada a hombros por cuatro hombres que vestían camisas moradas con cordones dorados, marchaba un sacerdote revestido con la capa pluvial y otros varios de sobrepelliz. Seguía una heterogénea multitud enfervorizada. Al paso del cortejo se detenían los tranvías y los coches que circulaban por ambas calles y se arrodillaban los transeúntes, algunos de los cuales rezaban jaculatorias en voz alta, otros alzaban hacia la imagen sagrada los ojos humedecidos y muchos inclinaban la cabeza en silencio.

Federico y Molina, atrapados por el público, hincaron también una rodilla en tierra, aguardando, inmóviles en esa postura, hasta que la imagen y sus seguidores, una vez salvado el cruce, alcanzaron el otro andén central de la calle de Velázquez, en dirección a la de Alcalá. Coches, tranvías y peatones reanudaron inmediatamente el flujo circulatorio; pero, antes de que se estableciera enteramente, se interrumpió otra vez.

Federico y Molina, que se habían detenido a liar un cigarrillo, buscaron con la mirada la causa de la nueva interrupción.

—¿Otra procesión? —inquirió Molina.

En efecto, en la puerta de la iglesia de la Concepción se estaba formando otro desfile procesional en torno a unos estandartes, pero no era ése el motivo del colapso, sino una gran multitud que,

procedente de la Castellana, marchaba calle de Goya arriba, ocupando toda la calzada.

No era una multitud formada por devotos penitentes, sino por hombres barbudos, exhaustos, que arrastraban un paso cansino bajo la vigilancia de soldados armados. Eran prisioneros de guerra: carabineros, guardias de asalto, soldados. Sus demacrados rostros, su tristeza, sus uniformes destrozados y su silencio componían la estampa simbólica de la derrota. Eran los supervivientes de un naufragio. Por un momento todo parecía callar y oscurecerse a su paso, como si sobre la calle soleada pasara una nube sombría. La gente los veía desfilan, porque desfilaban a pesar de todo, conmovida, apesadumbrada, con disgusto. Alguien gritó un viva a España, pero no tuvo eco.

—¿Adónde los llevarán? —preguntó alguien.

Y contestó una mujer:

—Seguramente, a la plaza de toros, donde están concentrado a muchos miles. ¡Quiera Dios que no llueva!

Federico rehuyó los ojos de la mujer y dijo en voz baja a su amigo:

—Vámonos de aquí, no sea que alguien repare en mi edad y se le ocurra pedirme la documentación.

Siguieron de prisa y sin cruzar palabra hasta que se vieron en la calle de Castelló. Entonces dijo Molina: —Lo peor es que estamos sin un céntimo. ¿Cómo tirar encerrados en casa hasta que las cosas se aclaren? Hay que comer, aunque sea poco... ¿A quién recurrir, eh? La comida no la regalan y de aquí a que podamos ponernos en comunicación con nuestros familiares de la otra zona han de pasar muchos días.

—Eso es —convino Olivares—, ¿a quien recurrir? Salvo los

aprovechados de siempre, todos los que hemos estado en esta zona nos encontramos poco más o menos igual.

—Sí —y Molina movió la cabeza—. La radio habla de Auxilio Social, pero ¿cómo vamos a presentarnos nosotros en uno de esos sitios? Nos descubriríamos en seguida.

—Sobre todo, yo.

—Claro —Molina hizo una pausa y luego cogió a Federico de un brazo—. No te lo he querido decir antes, pero veras lo que ocurrió ayer. Rosario fue a una casa de compraventa, donde alguna vez habíamos ido a empeñar, antes de la guerra, para ver qué le daban por mi reloj de oro, las alianzas y unos pendientes, también de oro, que pertenecieron a su madre. Había allí mucha gente con la misma pretensión de ella, cada cual con su pequeña alhaja, o con un colchón, con mantas, *etc.* Rosario habló con el prestamista, pero éste se negó en redondo a hacerse cargo de nuestras cosas, a pesar de que no era la primera vez que pasaban por sus manos, si no le presentaba las facturas de compra.

—¿Las facturas de compra a estas alturas? —preguntó, extrañado, Federico.

—El reloj me lo regaló mi madre el día de mi boda... ¡Figúrate!

—Pero ¿por qué pedía las facturas? ¿Es que hay alguien que las guarde después de tanto tiempo, eso en el caso de que se las den a uno en compras de ese tipo?

—Pues para justificar que no eran prendas o alhajas robadas.

—¿Es posible?

—Y tanto, pero ahora viene lo mejor. Cuando ya se marchaba Rosario, el prestamista la llamó, la llevó a un rincón y como si se compadeciera de ella, le ofreció treinta pesetas por todo.

—¡Qué canalla!

—Claro, Rosario no aceptó y se vino a casa con lo mismo que se había llevado de ella, pero sin un céntimo. ¿Y qué iba a hacer? Según se pone la cosa, tendrá que volver, pero ya le he dicho a Rosario que llevando cada vez un alhaja solamente. Es posible que así saquemos más, ¿no te parece?

Federico no contestó, pero después de andar un rato pensativo y en silencio, se encaró con su amigo para decirle: — Espera. No quería recurrir a cierta persona, pero es preferible antes de consentir semejante despojo. Lo intentaré mañana mismo.

Habían llegado entretanto al portal de su casa, donde tenía lugar una escena que los dejó desconcertados. La mujer del portero lloraba desconsoladamente.

A su alrededor, su hija mayor y otras vecinas o amigas trataban en vano de calmarla.

—Paciencia, mujer; ya verá usted cómo, todo se aclara y vuelve su marido —le decían mientras ella se abrazaba a su hija, llorando convulsivamente.

—¿Por qué se lo han llevado? ¿Por qué, si él nunca se ha metido en nada? —gemía.

Pero, pese a su congoja y a su llanto, percibió la llegada de los dos amigos y fue como si su sola presencia hiciera estallar su desesperación. Mirándolos y como dirigiéndose a ellos, gritó histéricamente: —¡Y habiendo tantos rojos en esta casa, señor!

Federico y Molina pasaron de largo, sin detenerse a esperar el ascensor.

—¡Sí, con tantos rojos como se esconden en esta casa, han tenido que llevarse a un hombre honrado! —clamó la hija.

—¡Ya no hay justicia en España, hija mía!

Las terribles voces perseguían a Federico y Molina como los ladridos de una traílla de perros enfurecidos. No obstante, ellos procuraron dominarse y subir la escalera a ritmo sosegado y tranquilo. Al alcanzar el rellano de su piso, se detuvieron para liar un cigarro. Mientras, las imprecaciones de las mujeres fueron desvaneciéndose, ahogadas, sin duda, por el llanto.

Los dos estaban pálidos. Cuando, al fin, quedó la casa en silencio, Molina pulsó el botón del timbre, diciendo: —Que Rosario no lo sospeche siquiera...

—De acuerdo.

Y los dos forzaron una sonrisa cuando apareció ella.

—¿No sabéis? —les dijo apenas entraron—. Han detenido al portero.

—¿Sí? —preguntó Molina, y dirigiéndose a Federico, añadió—: Entonces ése es el motivo de que la portera esté llorando.

Pero Rosario ya había desaparecido en la cocina.

*

Se encontró en una rotonda encristalada, a la que rodeaba lo que en otro tiempo fuera un pequeño jardín interior, lleno ahora de papeles y desperdicios. Olivares se situó en un extremo y desde allí contemplaba, un poco apartado, el ir y venir enfebrecido de la gente. De cuando en cuando llegaba alguien, o un grupo de personas, levantando el brazo y gritando: —¡Arriba España!

Eran, por lo general, hombres nerviosos, pálidos, poseídos de una alegría irreprimible. Muchos de ellos se conocían entre sí y entonces se saludaban a gritos o se palmeaban entre detonantes exclamaciones. En seguida abordaban familiarmente a las muchachas con camisa azul y éstas les sonreían y se los llevaban a otra dependencia, de la que salían al poco tiempo cargados con

bolsas de papel llenas de víveres.

Su sobreexcitación y su alborozo eran desbordantes, diríase que incendiarios, y cargaban el ambiente de una tensión casi histórica. Después de los saludos y los abrazos, cuando dos se reconocían por primera vez, se abrumaban a preguntas el uno al otro. Muy cerca precisamente de donde se hallaba Federico, dos de estos jóvenes se habían enzarzado en el consabido interrogatorio.

—¿Yo? En la embajada de Chile. ¿Y tú?

—En la de la Argentina.

—¿Y qué tal?

—De comer, fatal.

—¿Sabes dónde ha estado Pocho muchos meses?

—Pero ¿vive Pocho?

—Sí, hombre. Ya lo creo que vive. Lo pasó mal al principio, pero luego logró colarse en el Hospital francés.

—¡Qué tío! No sabes cuándo me alegro.

—Ya todo ha pasado, gracias a Dios.

—Y a Franco. ¡Viva Franco!

Fue como un chispazo eléctrico. Varios de los que allí andaban, se pararon y, levantando el brazo, gritaron, unánimes: —¡Viva!

—¡Arriba España! —vitoreó otro.

—¡Arriba!

Los componentes de un grupo uniformado con camisa azul y boina roja, que acababan de llegar de la calle, se cuadraron, brazo en alto, y entonaron a voz en cuello el «Cara al sol». Todos los presentes los imitaron, incluso Federico. —hasta que terminó el himno no se movió nadie, y los que llegaban del exterior o aparecían allí, procedentes de algún otro departamento, se unían

automáticamente al canto y permanecían rígidos. Finalmente, se repitieron los gritos y las figuras de aquel cuadro recobraron el movimiento.

Federico empezó a liar lentamente un cigarrillo para disimular su aturdimiento y tener un pretexto para rehuir otros ojos y evitarse las preguntas que vendrían después. De pronto oyó: — ¡Camarada Olivares!

Era una conocida voz de mujer y levantó la vista en aquella dirección. Sí, era Matilde, que avanzaba hacia él llevando en la mano una de aquellas bolsas de víveres. Su sonrisa era alegre, abierta; pero su mirada desmentía a la boca. Le cogió de un brazo y se lo llevó fuera, al sucio jardín.

—Toma —y le dio la bolsa—. A pesar de que me dijo mi madre que querías verme y que venías para acá, no me lo creí.

Hablaba haciendo muchos gestos y riendo, pero su voz y sus palabras tenían un acento hondo, emocionado, como si fuera una muñeca parlante que se moviera y hablara en cómica discordancia. Ello desconcertaba aún más a Federico, que dijo: — Pues si tardas unos segundos más en aparecer, no me encuentras. No podía resistirlo más tiempo.

Matilde soltó una carcajada.

—Tonto, más que tonto —le dijo con los ojos humedecidos. Luego, bajando el tono de voz, añadió—: Tienes que hacer un esfuerzo, cariño. Es necesario que te mezcles con ellos hasta que tú puedas orientarte y buscarte una protección o un camuflaje. He estado temblando por ti todos estos días, y sigo temiendo que te pase algo, ¿comprendes? —y le miraba riendo y llorando a la vez.

—No podré, Matilde.

—Tienes que intentarlo y ahora ríe, hombre, ríe —y, simulando

que le enseñaba los víveres que contenía la bolsa, le fue diciendo —: Hay mucha pólvora en el ambiente, mucha pólvora, ¿entiendes? Pues bien, he decidido que acompañes hasta las Ventas a unos camaradas de Auxilio Social de Logroño que acaban de llegar al frente de una expedición de víveres. Son simpáticos y con ellos no corres peligro. Aquí tienes las señas de la casa donde vais. El caso es que te vean entrar y salir. Así, tú te acostumbrarás y ellos también, y ya no te preguntarán nada, ¿comprendes?

Y sin darle tiempo a reaccionar, le cogió otra vez del brazo y le hizo entrar en la rotonda mientras le decía: —Y procura reír, por favor, y levantar el brazo con naturalidad siempre que se tercie.

Lo condujo de esta forma por entre los grupos. Alguno la saludaba:

—¡Matilde, Matildita!

Y ella se excusaba, riendo:

—Ahora vuelvo, ahora vuelvo, camarada.

Se le habían secado los ojos y hablaba con plena naturalidad. Federico, por el contrario, tragaba saliva y miraba hacia adelante para no ver.

Salieron a la calle. Allí estaban, estacionados junto a la acera, los camiones de Logroño. Matilde seguía diciéndole: —A ver si el domingo busco un pretexto y podemos vemos un rato a solas. Yo lo prepararé todo y te avisaré —y, luego, gritó—: ¡Eh, camaradas!

Se dirigía a un grupo formado por una mujer y dos hombres, los tres con camisa azul y boina roja. Los aludidos volvieron la cabeza y, al reconocer a Matilde, fueron hacia ella.

—¿Qué? —preguntó la mujer.

—Resuelto. Os enseñaré el camino este buen camarada. Olivares se llama. Yo he hablado ya por teléfono con Marisa y Sole,

que os están esperando.

—Pues ¡hala! —dijo uno de los hombres—, porque estoy deseando darme una vuelta por Madrid.

—Y yo descansar un rato —dijo la mujer.

Federico, entretanto, había levantado el brazo y dado luego la mano a aquellos tres desconocidos, al tiempo que miraba a Matilde. Pero ésta parecía ignorarle ya completamente. Levantó a su vez el brazo y se excusó, diciendo: —Perdonad que os deje, pero me están esperando ahí dentro. Creo que todo saldrá bien — y les volvió la espalda sin que sus ojos se encontraran ni una sola vez más con los de Federico.

Uno de los hombres dijo entonces:

—Pues andando. Ahí está el coche.

En el coche, le destinaron el asiento inmediato al del conductor. Los de atrás lo ocuparon la mujer y uno de los hombres, pues el otro se subió al camión que encabezaba la caravana. Federico apenas se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor y no advirtió que se hallaban en marcha hasta que oyó la pregunta: —¿Vamos bien por aquí?

Era la voz del conductor.

—Sí, sigue —contestó.

A poco, le dijo la mujer:

—Os parecerá mentira encontraros al fin sanos y salvos después de tantos meses de vivir perseguidos como alimañas, ¿eh?

—Claro, claro —se oyó contestar.

—Mucha hambre, ¿verdad? —preguntó el hombre.

—¡Figúrate!

—Pues ya se acabaron todas las penalidades, hombre —añadió

el otro.

Y otra vez la mujer:

—¿Te detuvieron alguna vez los rojos?

Federico se dirigió al conductor:

—Ahora, a la derecha y todo seguido —y añadió—: Sí, tres veces. Pero nada.

—Pues claro —observó el de Logroño—. Eran gentes sin principios, analfabetos.

—¿Y dónde te ocultaste? —inquirió ella.

Federico se volvió de perfil para contestarle:

—Al principio, en casas de amigos. Luego anduve por ahí, yendo a Valencia cuando aquí se ponían mal las cosas y volviendo a Madrid cuando peligraba en Valencia. Al fin me metí en el Hospital francés.

—Lo que yo te decía —comentó el de Logroño—: que no sabían por dónde se andaban.

Tras una pausa, volvió ella a la carga:

—¿Dónde tienes la familia?

—En Cádiz. A mí me cogió la guerra aquí porque estaba preparando unos cursillos del Magisterio.

—Ah, entonces eres maestro, ¿no? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Pues si te hubieras pasado a los rojos, te hacen lo menos coronel.

—Seguro.

—¿Qué plaza es ésta?

Era la voz del conductor.

—La de Manuel Becerra. Tienes que cruzarla.

—Pues menos mal —era la voz de la mujer— que has tenido

todo el tiempo la familia en Cádiz, que si no... Federico guardó silencio y, de pronto, exclamó el de Logroño: —Mira, Josefina, la plaza de toros.

Había mucha gente, especialmente mujeres, agolpadas a la puerta, lo que hizo preguntar al de Logroño —¿Es que hay corrida?

—No. Es que está llena de prisioneros —contestó Federico.

—Hombre, pues a lo mejor les echamos luego un vistazo, ¿eh, Josefina?

—Quita, quita. Tantos rojos juntos no me hacen ninguna gracia.

Pasados los arbitrios municipales, empezaron a ver soldados de Regulares acampados en las aceras.

—¡Y no les tenían miedo los rojos ni nada! —comentó el de Logroño, señalándolos—. En cuanto los veían, echaban a correr...

—Sí, pero en la Casa de Campo y en la Universitaria... —se le escapó decir a Federico.

—Claro, se encontraron con los rusos...

—Claro.

Los africanos tomaban el sol, bien sentados en el bordillo, bien recostados contra la pared o bien tumbados, ajenos e inmóviles.

—¡Cuidado, ya falta poco! —advirtió Federico.

El conductor sacó el brazo por la ventanilla para anunciar a los camiones que venían detrás la próxima parada.

Federico, que seguía atentamente la numeración de las casas, exclamó:

—¡Aquí es!

El coche se detuvo. A la puerta de un establecimiento que era, a la vez, tienda de comestibles y carnicería, había dos muchachas,

que, al ver detenerse al coche, se dirigieron a él, preguntando: — ¿Sois los camaradas de Logroño?

Eran dos chicas delgadas, espigadas, de facciones vulgares. Añadieron: —Somos Marisa y Sole, y os estamos esperando.

El hombre y la mujer de Logroño se apearon rápidamente. Federico lo hizo más despacio dando tiempo así a que las mujeres se besaran e hicieran ellas mismas las presentaciones.

—¿Tú eres el camarada Olivares? —le preguntó la llamada Marisa.

—Sí.

—Pues ¡hala!, venid. Papá está en cama algo malucho, pero quiere saludaros.

Era una de esas típicas casas de los barrios suburbanos de Madrid, de dos plantas, con la vivienda en la de arriba y el establecimiento en la de abajo. Una estrecha escalera de peldaños de madera unía la una con la otra. Marisa iba en cabeza y, detrás Federico, seguidos por los demás. Donde primeramente entraron fue en una especie de comedor, en el que se encontraban varios oficiales de Regulares, en torno a una mesa redonda, tomando unas copas y pizcando unas tapas de aceitunas y trocitos de jamón.

—¡Arriba España! —saludó Federico para disimular su turbación.

Los oficiales sonrieron y apenas si iniciaron un desgano movimiento con las cabezas unos, y con las manos los demás.

—Por aquí, por aquí —indicó Marisa.

Cruzaron el comedor y franquearon una puerta que daba a una alcoba penumbrosa, donde, al pronto, sólo pudo Federico vislumbrar el bulto de un ser humano en el lecho arrimado a la

pared.

—Pasen, pasen —dijo una voz de hombre desde la cama.

Se había incorporado un poco sobre la almohada y ofrecía su mano a los visitantes. Federico fue el primero en estrechársela, sin que la oscuridad ambiente le permitiera precisar sus facciones. Pero Marisa descorrió las cortinas y un chorro de luz cayó sobre el enfermo mientras saludaba a los de Logroño. Entonces, instintivamente, el hombre volvió hacia él la cabeza, y quedaron mirándose. Federico vio cómo los ojos del enfermo se apagaban, como si se convirtiesen en ceniza. Menos mal que sólo fue un instante, porque en seguida los apartó de él y, como si se hubiese sentido deslumbrado, hizo una seña a su hija para que atenuase un poco la luz que le daba en el rostro. Marisa obedeció diligentemente y otra vez el enfermo quedó en una zona de sombras.

Por su parte, Federico había quedado paralizado. Aquel hombre del lecho era el desconocido cuya presencia llamara tanto su atención en las oficinas de la calle de Fortuny y a quien Madriles había señalado como el «secretario del comité de las Ventas». Le oía hablar con voz sosegada a los recién llegados sobre la forma en que deberían distribuirse los víveres en la barriada mientras él sudaba y empezaba a sentir una especie de mareo, como un vacío a su alrededor. Así que aprovechó la primera oportunidad para decir: —Bueno, yo he cumplido ya mi misión aquí...

Y empezó a dar la mano a todos. Al tocarle el turno al enfermo, que fue el último, volvieron a mirarse intensamente los dos. Federico ya se había recuperado, en parte al menos, de la terrible sorpresa, y pudo hablar y moverse con el suficiente aplomo para

no descubrir la debilidad y el desfallecimiento físicos que le afligían en aquel momento. Al enfermo, que tenía más defensa, le fue fácil entornar los párpados en señal de despedida.

Salió de la alcoba con la sensación de que flotaba y saludó de nuevo a los oficiales de Regulares como si no fuera él. Hasta en la calle todo parecía fluctuar en torno al principio; personas y edificios, como si se derritiesen. Luego, el andar le serenó un poco.

(¿Cómo es posible que todo haya podido cambiar tan de repente? Éste es otro mundo, otras gentes, otras palabras. No, aquí no tengo nada que hacer. Es para ellos solamente. Entonces, ¿dónde está nuestro mundo? ¿Dónde se han metido nuestras gentes? ¿Dónde?) Se detuvo y miró alrededor. Los moros seguían en las mismas posturas, hieráticos, soñolientos, indiferentes... Los chiquillos de la barriada iban y venían, o corrían y jugaban, como si siempre hubiera sido igual y no hubiese ocurrido ningún cambio. Y, sin embargo, allí estaban la plaza de toros y aquellas mujeres que aguardaban pacientemente a su puerta sin saber qué, ni por qué, ni por cuánto tiempo...

(Mi puesto está ahí, dentro, con ellos. Es inútil huir ni disimular. Lo demás sería una soledad inútil, vacía. Ése es mi mundo, ésa mi gente, quiera o no, me pese o no. Ahora sí que no es posible optar. Antes, cuando todo era incierto y posible, se podía discutir, disentir y condenar incluso. Pero ya, no. Ahora, sólo una cosa nos queda que hacer a todos: salvarnos de la derrota. Todos juntos. La derrota es, a veces, mejor que la victoria inmediata. Sí ¡qué gran batalla! Una batalla sin falsos héroes, sin

propaganda, sin rivalidades de partido, sin egoísmos. Demostrar que se es más fuerte que los demás en el dolor. Dar ejemplo de dignidad. Pobres, indefensos... ¡No importa...! Ahora verán los otros qué clase de hombres tenían enfrente...) Federico sintió cómo le llegaba la calma al corazón por todas las arterias y las venas, y cómo la mente se le oreaba.

(Ahora ya sé qué es lo que me espera y cómo he de obrar... No quiero encontrarme solo nunca más. No quiero huir más, ni disimular más...) Y al continuar su camino era otra vez dueño de sí mismo. Atrás quedaban para siempre las horas de indecisión y angustia.

*

Federico sintió que lo zarandeaban bruscamente y que luego le gritaban: —¡Eh, tú!

Y abrió los ojos. Dos hombres, uno a cada lado de la cama, se inclinaban sobre él, pistola en mano. Al mismo tiempo oyó el lejano llanto de Rosario.

—¿Qué pasa? —preguntó mecánicamente, sin apenas darse cuenta de lo que decía.

—Anda, levántate, que ya hablaremos —contestó uno de los hombres.

—Sí, ponte el pantalón —y el otro hombre le tiró el pantalón a la cara, aunque sin violencia.

Seguía el llanto de Rosario y parecía crecer, como parecía crecer la luz que entraba por el balcón, una verdadera oleada de sol. Mientras se ponía los pantalones y se calzaba sentado al borde del lecho, el primero de los hombres que le hablara, que era el que estaba a su lado, le preguntó: —¿Tienes armas?

—No —y ni siquiera levantó la cabeza.

—No mientas. Mira que si te las encontrarnos después va a ser peor para ti —dijo a sus espaldas el otro, que ya había empezado a hurgar entre sus objetos personales colocados en desorden sobre la mesita de noche: el reloj, la estilográfica, el tabaco, el volumen de Mommsen...

Federico se encogió de hombros y, cuando hubo terminado de calzarse, se puso en pie, diciendo: —Bueno, ¿y qué a qué viene esto?

Estaba sereno, frío, lúcido.

—Parece que estás muy tranquilo —comentó el que hablara a sus espaldas.

Entonces lo miró. Era un tipo alto y flaco, de mejillas chupadas, de boca grande, casi barbilampiño y de poco pelo, con los ojos muy juntos y larga nariz. Se había colocado ya en la muñeca su reloj y buscaba algún papel donde probar su estilográfica.

—¿Y por qué no? —le preguntó Federico.

—Termina de vestirme —le ordenó el otro.

El alto y flaco probaba la pluma en una página de Mommsen.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó después de quedar satisfecho del estado de la pluma y de habérsela prendido en la camisa.

—Hombre, qué raro que no sepas cómo me llamo.

—Pues es la pura verdad. Hemos venido a detener a tu compañero y, al registrar la casa, te hemos encontrado a ti. Mala suerte. Así que ¿cómo te llamas?

—Federico Olivares. ¿Y tú?

El otro se rascó la barbilla con la uña del dedo pulgar y, después de mirarle con aire de burla, contestó: —Valdivia. ¿Te gusta? —y como Federico se encogiera de hombros, añadió—: Y

dime qué eres.

—Maestro. ¿Y tú?

—¿No lo estás viendo? Agente provisional de investigación. Bueno, pero ¿qué has sido en la guerra?

—Ahí en ese armario está mi uniforme. Capitán de Estado Mayor de una Brigada.

—¿Y cómo no te has presentado a su debido tiempo?

—Porque no tenía prisa.

Mientras, el otro policía había abierto el armario y mostraba a su compañero las prendas militares de Federico. Valdivia se sintió atraído por las botas y se adelantó a palparlas.

—¡Estupendas! Pero no sé si van a valerme. ¿Qué número calzas?

—Uno bastante más bajo que el tuyo.

Valdivia se miró sus pies y los comparó con las botas.

—Sí, eso me está pareciendo. Pues es una lástima —e indicó a su compañero—: Mira a ver si te vale a ti, Lorenzo.

El llamado Lorenzo movió negativamente la cabeza y devolvió las prendas al armario, diciendo después a Valdivia: —Y deja tú la pluma y el reloj donde estaban.

—¡Ni hablar! —protestó Valdivia—. Si todo esto es robado —y, volviéndose a Olivares, le preguntó—: ¿No es verdad, rojillo?

—Seguro, hombre —contestó Federico—. ¡Figúrate! Como que el reloj me lo regaló mi madre cuando acabé la carrera y la pluma es un recuerdo de mi novia...

—Tú qué vas a decir —insistió Valdivia—. Pero, ¿a que no tienes las facturas de compra, eh?

—Es igual —intervino entonces Lorenzo, siempre grave—. Eso no es cuenta nuestra. Si de todas maneras quieres llevarte el reloj

y la pluma, ya sabes que tendrás que entregarlos en la jefatura de la Centuria, porque yo pienso hacerlo constar en el parte. — Luego, dirigiéndose a Olivares, prosiguió—: Y allí, si creen oportuno requisártelo, te darán un recibo.

Valdivia se encogió de hombros despectivamente.

—Está bien —dijo—, lo entregaré en la Centuria. Pero, la verdad, no sé para qué le van a valer ya a éste —y señaló con la cabeza a Federico—, si le van a pegar cuatro tiros.

—¿Y por qué me van a pegar cuatro tiros?

—Ya te lo dirán, hombre. No tengas tanta prisa ahora.

Federico había terminado ya de vestirse y Valdivia dio por terminado el interrogatorio, ordenándole: —¡Hala, vamos!

Lo echaron por delante de ellos. En la cocina, pálido y con los ojos enrojecidos, esperaba Molina bajo la vigilancia de otro agente de las mismas características. Rosario, recostada contra el fogón, lloraba ya mansamente, agotada.

Al aparecer Olivares, el agente que custodiaba a Molina le hizo adelantar un paso para que Valdivia pudiera unir a los dos amigos con unas esposas de acero. Entonces, Rosario se abalanzó sobre su marido, sin llorar, apretándose furiosamente contra él, como si quisiera fundir su cuerpo con el suyo.

Los policías guardaron silencio.

—Usted no se preocupe dijo al cabo el que custodiaba a Molina—. Los llevamos a un hotelito con verja que hay en la glorieta de San Bernardo. Allí puede usted ir luego a llevarles comida y ropa, ¿sabe?

Se desprendieron suavemente, mirándose a los ojos. Luego Molina bajó la cabeza y echó a andar hacia la puerta y salió sin mirar atrás, tirando fuertemente de Federico.

Seguidos de los tres agentes, Federico y Molina salieron a la escalera. En el portal se tropezaron con los ojos, todavía asustados, de la mujer del portero, quien los vio pasar con el rostro pegado a los cristales de su cuchitril como si fuera una alma en pena, inmóvil e inexpresiva.

Ya era casi mediodía, pero la mañana perseveraba en su frescura y en su limpidez como una muchacha recién salida del baño. La gente se había echado a la calle a gozar del sol y la de Goya parecía un paseo dominguero. Era un día más de fiesta y de victoria. Las banderas se mecían a impulsos de un vientecillo emperezado que soplaban las acacias. Se hacía notar, entre los transeúntes, los jóvenes y chiquillos de uno u otro sexo, uniformados. Muchas camisas azules y muchas boinas rojas. Y muchos sombreros también y muchas corbatas. Y se advertían un cierto envaramiento y una cierta tensión militares y un ademán combativo en las personas, y en el ambiente, como una incansable resonancia de estrofas y de músicas triunfales.

Olivares y Molina, flanqueados o seguidos de cerca por los policías, marchaban en silencio. A su paso, algunos transeúntes bajaban la cabeza; otros se paraban a mirarlos, con diferente y aun contradictoria expresión; pero la mayoría mostraba indiferencia por ellos. No faltó quien los señalara descaradamente mientras vertía un comentario a su acompañante. Sólo una mujer dijo en voz alta: —¡Jesús, más presos!

Iban con la cabeza alta, no desafiante, pero tampoco humillados. Como si fueran de paseo. Sin embargo, buscaban ávidamente un destello de solidaridad en los ojos de los demás, y a veces lo encontraban, pero menos que el frío y la curiosidad hostil.

Tomaron un tranvía y quedaron situados en la plataforma de atrás. Allí encendieron un cigarrillo y, mientras los guardianes hablaban de sus cosas, aunque sin perderlos de vista, ellos pudieron también intercambiar impresiones.

—Ahora es cuando me siento tranquilo —dijo Olivares—. Prefiero, afrontar de una vez mi suerte a la inseguridad de estos últimos días.

—Lo que yo siento es que te hayan detenido por mi causa. Venían por mí y...

—Sí, ya me lo han dicho ellos. Pero es igual, Molina. Un día u otro hubieran venido también por mí. Así estaremos juntos —miró a los guardianes y luego dijo—: Lo que sí quisiera saber es de qué te acusan o nos acusan...

—No me lo han dicho. Creo que ni ellos mismos lo saben.

—Pues a mí me han hablado de pegarnos cuatro tiros...

—¡Bah, no hagas caso!

Sin embargo, aunque siguiera obstinado en rechazar lo peor, Olivares advirtió que Molina estaba muy afectado y que sus palabras carecían de aquella fuerza de convicción de otras veces.

Subían por los bulevares, soleados. En una parada, tomaron el tranvía dos sacerdotes; al verlos, se levantaron inmediatamente varios viajeros para ofrecerles su asiento en una verdadera porfía que ellos contemplaban sonrientes, hasta que al fin se decidieron por aceptar unos.

—Ya no estaremos solos, Molina. Para mí, el peor tormento era ver cómo iba quedándome más solo cada día. Nuestros compañeros y nuestro mundo se han desvanecido, ¿no lo comprendes? ¿Qué pintamos, pues, nosotros en este nuevo ambiente? Nada. Somos en él menos que forasteros. ¡No nos ha

quedado nada!

—Sí, lo comprendo, pero... ¿cuándo volveremos a ver esto que estamos viendo ahora? —y señalaba las aceras por donde circulaba la gente, el cielo espléndido, los árboles reverdecidos.

—¿Has perdido el optimismo, Molina?

Molina sonrió tibiamente y se encogió de hombros por toda respuesta.

Otra vez se paró el tranvía y subieron a él, riendo, unas muchachas, seguidas de dos monjas pedigüeñas.

—¿Tú crees que yo no siento en la sangre la primavera? Esas muchachas me la acaban de alborotar. Mira, hasta las monjas esas me parecen guapas.

Los dos amigos se miraron y movieron tristemente la cabeza. Mientras tanto, las monjitas habían ido pasando la alcancía a todos los viajeros, excepto a los curas, y, al final de su recorrido, asomaron sus cabezas a la plataforma. Una de ellas usaba gafas de cerquillo metálico y la otra era vieja, con verrugas en las mejillas. Al darse cuenta de que eran dos presos, desaparecieron rápidamente.

Valdivia se acercó:

—¿Qué, despidiéndose de todo esto, eh? —y abarcó con un giro de un brazo todo el contorno, y como ellos callaran, agregó—: ¡Y cómo están las gachís!

—¡Déjalos, hombre, déjalos! —exclamó su compañero.

Pero Valdivia aún insistió:

—¡Si es que da gloria vivir ahora!

Las muchachas los miraron intensamente cuando el tranvía siguió y ellos se quedaron en tierra, y Federico siempre creyó que una de ellas contenía las lágrimas.

—Vamos —dijo Valdivia.

—Míralo todo bien, Federico —murmuró Molina—. Míralo por última vez.

Se detuvieron y Federico volvió la cabeza para rebañar con la mirada hasta el último reflejo de lo que le rodeaba. Luego, cerró los ojos.

Cuando los volvió a abrir se encontraban en el vestíbulo de aquel hotelito con verja que les había señalado Valdivia. De espaldas a la pared había unos cuantos hombres que sostenían en alto el brazo derecho. Tenían cara de agotamiento, de insomnio y de desesperanza.

Frente a ellos, un muchacho uniformado y armado gritaba en aquel momento: —Conque no os gusta el saludo nacional, ¿eh? ¡Pues vais a estar así hasta que se os duerma el brazo!

Valdivia se acercó a él y le dijo unas palabras, señalando después a sus dos prisioneros.

Entonces, el joven uniformado y armado se volvió a ellos y gritó:

—¿Es que tampoco éstos saben saludar?

Sonaba a orden. Lorenzo y el otro agente les hicieron señas para que levantaran el brazo derecho al par que ellos. Valdivia, en rígida posición militar, ya había extendido el suyo. Y Molina y Olivares obedecieron torpemente.

—Bien —dijo el joven uniformado y armado. Ya aprenderán a hacerlo mejor. ¡Lleváoslos dentro!

Los agentes les empujaron suavemente para que siguieran y los hombres colocados junto a la pared con el brazo extendido los miraron pasar ante ellos con indiferencia, como si no los viesen.

—Por aquí, por aquí... —les susurró Valdivia. Era un pasillo

largo y oscuro.

FIN